

Joaquín Araujo

XXI

SIGLO DE LA ECOLOGÍA



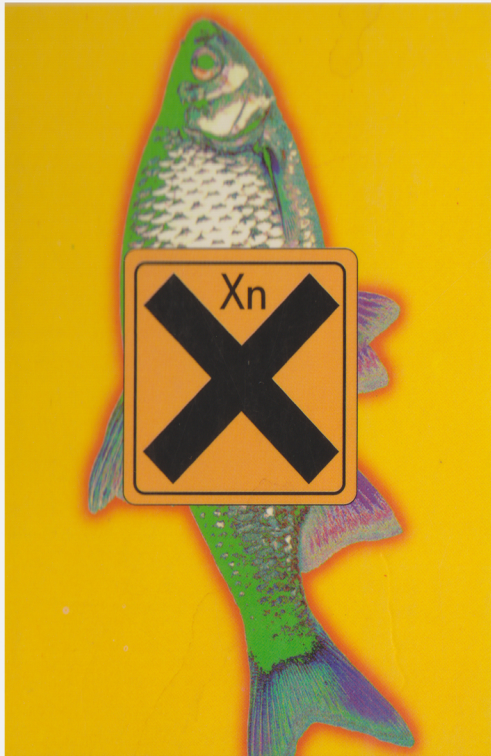
Este libro repara la indiferencia hacia la Naturaleza que caracteriza a nuestra Cultura actual. En realidad, estamos ante una introducción al pensamiento ecológico.

Sin duda, la primera obra en español que conjuga las aportaciones de la ecología con las del humanismo de todos los tiempos.

Frente a la desertificación de lo humano que ha logrado la sociedad de los excesos y la competitividad exacerbada, Joaquín Araújo indaga los caminos de la compatibilidad con nuestras propias raíces y nuestro futuro.

XXI: Siglo de la Ecología propone como terapia la hospitalidad. Sólo renovando nuestra capacidad de acogida con lo que nos acoge fundaremos una cultura más profunda, es decir, más cuidadosa con todo y con todos. Este ensayo es además un canto a la Naturaleza, ya que su autor encuentra en la admiración de lo espontáneo el principio regenerador de la condición humana.

Obra finalista del *Premio Espasa Hoy* 1996,
concedido por el siguiente jurado: Pedro Laín
Entralgo, Margarita Riviere, Amando de
Miguel, Fernando Savater y Javier de Juan.



XXI: SIGLO DE LA ECOLOGÍA

Joaquín Araújo

Joaquín Araújo

XXI: SIGLO DE LA ECOLOGÍA

Para una cultura de la hospitalidad

ESPASA HOY

Ilustración de cubierta original: Juan Pablo Rada

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

1. UMBRALES
2. RAÍCES
3. TIEMPO DESGASTADO
4. CONSUMIENDO CONSUMO
5. ECOLOGÍA Y CONDICIÓN HUMANA
6. UNA CULTURA CULTA
7. ÉTICA ECOLÓGICA
8. ECOLOGÍA Y ESTÉTICA
9. CON

BIBLIOGRAFÍA

¿Qué comprará mejor que lo que vende?

Omar Jayyam

INTRODUCCIÓN

El ecológico es un pensamiento manantial, fresco y joven pues. Y la sensibilidad hacia todo lo viviente, toda ella aurora. Podría estar amaneciendo.

Ya Lichtemberg percibió que «La Cultura devora la hospitalidad», aunque hoy, más que Cultura, usaríamos el término civilización occidental. Por eso lo ecológico pretende instalar a la hospitalidad en el destacado lugar de las conductas que nos merecemos. La mente natural acoge. El sentir ecológico no excluye, ni lo de fuera, ni lo de dentro. Con todo, estas propuestas son todavía brote, semilla, embrión que pretendo atisbar a lo largo de este libro. Luego, si deseamos regarlos con algo de generosidad e iluminarlos con la más poderosa fuente de energía del universo, la inteligencia que se nos supone, tal vez los veamos crecer, se multipliquen y den generosas cosechas de sensatez y delicia en medio de las cada día más abandonadas responsabilidades sobre el mundo y capacidad de alegrarnos con la vida. Pretende este

ser libro también de encuentros, de múltiples abrazos. Desde el convencimiento de que sólo la infinita multiplicidad de las aspiraciones humanas construirá un futuro a disfrutar. Por eso se enfrenta con descaro, y hasta con la rabia del dolor, a la sistemática erosión de la pluralidad cultural, al acabamiento de los que pusieron sus fines por delante de sus intereses, al imperialismo de la desertificación anímica, a la creciente fealdad de los horizontes, a la huida de la ternura, a la opacidad de las miradas....

Creo que la procedencia debe estar incluida en el destino. La Naturaleza, pues, en la Cultura. Y la Cultura levantándose sobre lo espontáneo sin ocultarlo ni mucho menos destruirlo.

Pensar sin sentir destruye la vida. Sentir sin pensar a menudo destruye las mejores creaciones del ser humano. Por eso aquí no excluirémos ni las más íntimas sensaciones, ni los arduos equilibrios de la razón para ser éticamente constructiva. Vemos en lo espontáneo una realidad que fluye y nos compete. Vemos en la ciencia, una vez más, la posibilidad de encontrar la respuesta a la seguramente más crucial pregunta de todos los tiempos: ¿Cómo ser compatibles con nuestro propio mundo? Sabemos, al mismo tiempo, que la tarea ya culminada de nuestra actual civilización ha sido la de ocuparlo todo, ejerciendo poder sobre todos. El pensamiento ecológico, íntimamente no violento, propone detener tanta ansia de dominación. Pretende inaugurar un tiempo y un espacio de tregua, de

reconciliación, de diálogo entre lo que sabemos y lo que sabe la biosfera. Ella conoce la forma de sostener y continuar, nosotros hemos averiguado ya cómo destruirlo todo, pero también cómo curar. Hace falta, creemos algunos, la mediación que proponen constantemente estas páginas para apaciguarnos. Se sugiere que, de la posesión y el dominio del entorno, que invariablemente acaba en destrucción, pasemos a la caricia que desemboca en placer. Estoy seguro de que sólo la fusión de la Cultura y la Naturaleza, hoy todavía contrarios para la mayoría, desembocará en una sociedad tal vez, al fin, justa: para nosotros sin distinción, para la vida sin distinción. Creo, con Juan Larrea, que «El hombre considerado en sí mismo es inaguantable. Mas, si no se lo substraer a su medio, a la naturaleza de todo orden que le rodea, cielo, tierra, animales, plantas, etc., forma con ese complemento un conjunto admirable. Pero no hay que abstraer nada porque de faltar algo se hace inadmisibile.»

No menos perentorio resulta crear y agigantar buen número de valores, especialmente el de nuestra propia vida, permanentemente sacrificada para comprar cosas que valen inmensamente menos que ella misma. La cita, o mejor la reflexión poética que preside este libro y que Ornar Jayyam dedicó al vino, hoy resulta más que apropiada para aplicarla a la sociedad de consumo.

A lo largo de este ensayo también se intenta sugerir que potenciemos una elección independiente de armonizarnos,

de buscar encuentros múltiples con lo múltiple. Llevamos demasiado tiempo en el proceso cultural de sistematización, no ya en especies, sino en órdenes y clases, cuando la vida ha inventado individuos. Casi todo tiende hoy a la homogeneización por el rasero más empobrecedor, cuando la mayor riqueza de este planeta es precisamente su multiplicidad.

No ignoro que a menudo concretar traiciona lo mejor que llevamos puesto: la ilusión, sentimiento vaporoso y difuso como pocos. Y siempre asocié lo ecológico al entusiasmo. A una postura muy joven, adolescente y consecuente con casi todo el futuro. Sirva, en cualquier caso, esta aproximación a lo que brota del tronco del árbol llamado ecología para atrapar ilusiones, argumentos y propuestas. Tronco que, como todos, es camino de doble dirección. El ramaje escala hacia la luz, pero necesita profundas raíces. Arriba, lo difuso, lo animado a ser proyecto sin límites, lo esperanzado, Abajo, un sólido cimiento. Nadie escala o despega sin un punto de cimentación o una plataforma. Y ésa la tenemos a partir de rigurosos diagnósticos de la comunidad científica y de muchos organismos de las administraciones de medio mundo.

Sé que estas páginas son poco más que una ojeada. En realidad, nadie hace más que asomarse al mundo, unos lo quieren conquistar, la mayoría no ser víctimas de nada ni de nadie. Aquí se apuesta por ese óptimo que sería disfrutarlo.

Este vistazo crítico a la actualidad es al mismo tiempo optimista en cuanto a las todavía inmensas posibilidades creativas de nuestra especie, aunque activarlas realmente pasa por una clara incorporación de algo de lo olvidado y, ante todo, de lo que nos rodea. Se propone construir y reconstruir en alianza con lo que construye, incesantemente y desde casi siempre. Se desea más vida y menos materia muerta. Se llama a la sensatez de ser sentimentales.

Haya llegado al punto que sea, y ese será siempre el de partida, este libro no habría sido posible sin la confianza, seguramente no calculada en relación a mis méritos, de Javier de Juan, director editorial de Espasa Calpe, al que agradezco en nombre de los defensores del derredor y de todos los que sienten cercana la Naturaleza, la oportunidad de reflexionar en público sobre lo que estimo crucial para nuestra sociedad en los próximos decenios, que serán de búsqueda, ya que es demasiado lo encontrado. Este es, al mismo tiempo, un libro de consultas hechas a la misma Naturaleza, es decir, a lo que de Naturaleza hay en nosotros mismos.

Agradezco finalmente las sugerencias verbales, los detalles y observaciones que a mi línea de trabajo y pensamiento me hicieron Jesús Mosterín, Artemio Precioso y Joaquín Fernández. Mi esposa, Ana Clara Zarza, y Victoria Esteban Infantes también han hecho sugerencias y correcciones al manuscrito.

I. UMBRALES

1.1. ATALANTAR

Su vida es una búsqueda de todo lo invendible.

Elias Canetti

Aunque amo a las palabras y me sumerjo constantemente en ellas, no entendí aquello de que esperara a la entrada del chozo porque me iban a atalantar. Pero pronto brotó el significado. Se abrió sin necesidad de consultarlo el mejor diccionario que siempre es el acto o el objeto del que derivó el significante.

El pastor sacó su cuerno de gazpacho, el pan candeal y el zaque de agua helada en plena canícula. Me llevó hasta el reparadero, estratégicamente situado en plena collada. Allí, la sombra y la «fina mareílla que picaba» –así llamó a la suave brisa–, comenzaron a desvelar los otros secretos de la palabra. Y de inmediato el gesto, la demostración en la práctica, el inmejorable ejemplo de la acción. Se trataba de una acogida sin fisuras, de compartir lo que necesitaba.

Sentados, frescos y comidos nos desparramamos por una afable conversación sobre lo que veíamos. Recibí otros cuantos tesoros de sabia sencillez, además de la palabra que provoca esta sección.

Atalantar es como la sombra y la brisa. Como el alimento cuando tienes hambre o el agua si te la requiere la sed. Como lo descubierto si te llama la curiosidad. O la conversación si necesitas compañía. Pero, como uno de los pocos recíprocos de nuestro idioma, atalantar es verbo que actúa por igual en el sujeto y en el complemento, hasta literalmente intercambiarlos. El que atalanta es atalantado por su actitud, el atalantado atalanta dejándose atalantar.

Años más tarde descubrí que la mejor actitud para enfrentar la profundización de lo humano y evitar la degradación de la Naturaleza era sencillamente acrecentar hasta el atalantamiento el sentido de la hospitalidad. Que incluye, por cierto, la conversación, el intercambio de conocimientos, emociones, pasados y proyectos.

La delicia de lo atalantador es que te sientas atalantado, es decir, capaz de, sin modificarlos ni mucho menos destruirlos, convertir todos los paisajes en tu hogar y a éste en el de todos los que a él se acerquen. Es, en medio del actual desplomarse de la afabilidad, sentir como necesidad el compartir.

Desde Platón somos lo que miramos. Seguramente porque todo lo mirado está incluido en nosotros mismos que fuimos alguna vez tierra, árbol, animal y que todavía somos en no poca medida agua, aire, vegetal, carne común. Lo que miramos es nosotros mismos porque la proeza de la cultura humana ha sido convertir en morada y utilidad propia todos los ámbitos posibles e imposibles de este mundo. Acabada la ocupación, multiplicado el dominio podríamos darnos un descanso, atalantarnos con una buena dosis de lo mejor de nosotros mismos: hospitalidad. Que es la actitud más creativa que conozco. Sentirse, ofreciendo y ofrecido, y dar lo que tienes para que descanse, se repare y hasta disfrute el siempre nómada que acoges, te hace disfrutar. A algunos incluso nos atalanta estar vivos. Ser el hogar de las sensaciones que te dan a conocer el mundo. Que te habiten los pensamientos o las emociones. Ser vida en suma en medio de la vida, acogido y acogedor, es el principio de una forma de ser y de parecerse a la vida misma. Porque sin la ilimitada vocación hospitalaria de la vida para sí misma y para todas sus infinitas creaciones no habríamos llegado a este oasis del universo que llamamos Tierra. Que podría ser

atalantador para todos si también comenzamos a serlo nosotros mismos.

1.2 TIEMPO MUERTO

Todo empieza en el pensamiento.

(Tal vez de Buda)

Un profundo pesimismo subyace en la creencia y práctica de que las relaciones que mantenemos entre nosotros mismos y con el derredor son como sólo podían ser. Cuando podríamos encontrar otras aproximaciones, más optimistas aunque seguramente impertinentes. La razón dominante, los pensamientos que conducen a las sociedades también dirigen las razones a las que quiere correctas, y suelen serlo, al menos hasta que se rechaza el es así. Porque podría resultar también de otras muchas formas, una de las cuales amanece con el calificativo de ecológico, pensamiento nómada que, al mismo tiempo que carece de residencia estable, propone otra forma de viajar. Tiene, es más, la condición de llave que abre las puertas para que entre aire

más fresco, luces y panoramas aliviantes, sobre todo de ese cansancio que nos embadurna y que en letanías incesantes llamamos crisis. Tanta que ya es letargo.

Porque de las crisis se sale con una buena crisis, como de los grandes resfriados a veces con un chapuzón en agua fría. El sentido profundo del término crisis, allá cuando se escribía con el alfabeto griego es *elección*: toma de postura, pues, frente a los rigores de la realidad. Por tanto nunca hemos dejado de vivir períodos críticos, porque estamos destinados a elegir desde que somos. Siempre. Y ahí está precisamente la libertad, por completo ligada a la condena. Se elige muy mal desde la abundancia, porque ésta nunca preferirá límites para sí misma. Se elige apenas desde la carestía, porque a menudo el único camino para superarla está cerrado por los sobrados de todo, pero siempre ansiosos de mucho más. El mucho y el poco degradan, sobre todo a sus actores y pacientes. Sólo lo suficiente libera. Como además ningún tiempo ha sido de esplendor y todo lo ganado lo es a costa de pérdidas, será más prudente la modestia. Pero no la ceguera, ni la conformidad. El presente, además de en crisis, está desgastado y desgastando. Ha usado tanto y tan obsesivamente su eficacia que nos tiene a todos un poco cansados, por tanto faltos de reflejos. Peor parado está quedando nuestro derredor, hoy cuando menos insano aunque es grande la tentación de usar algún término que implique ruptura física, sangre e infección. El tiempo de la alarma ya ha pasado. Los diagnósticos comienzan a sobrar,

desde el momento en que incluso los menos implicados reconocen que la consulta de doctores coincide en señalar que el espectador y lo mirado –nuestra civilización y la Naturaleza– se tambalean, como si hubieran librado una pelea agotadora que tiene a ambos al borde del colapso. Hasta ahí algo en lo que reina un consenso casi universal. Ya no lo hay tanto en relación a si el combate debe continuar, si tenía el más mínimo sentido, o si estamos frente a una kamikacización de nuestra cultura. Tal vez solamente asistimos a uno más de los pírricos desenlaces a los que nos tiene acostumbrados la historia. Tampoco hay demasiado acuerdo en si el modelo de pensar y de actuar de nuestra sociedad es el único responsable, al haber desafiado, herido y vencido a su base y sustento.

Algunos pensamos que se ha peleado hasta el colapso por algo en lo que buena parte de la Cultura y la Naturaleza están de acuerdo, y para lo que se necesitan mutuamente. Un cierto infantilismo en un «yo soy lo primero y hasta lo único» por parte de la Cultura, nos trae la insoportable pedantería intelectual del momento. De ahí que el primer argumento del pensamiento ecológico sea señalar que como mínimo nos enfrentamos a un conato de parricidio de una madre por parte de su legítima hija.

La elección que se impone, la nueva *crisis* que algunos le deseamos a este planeta, es parar la contienda, airear los parentescos con la suma de lo viviente, que nos reconozcamos y que podamos ponernos a suturar las heridas

por las que se desangran los dos soportes de la Humanidad: su casa y su forma de administrarla. Pero eso resultará casi imposible si no incluimos en nuestras percepciones, emociones y razones algunos conceptos, valores y panoramas. Por completo nuevos, unos. Muy viejos, otros. Como en un partido de baloncesto que se está perdiendo, los entrenadores han de pedir tiempo muerto, que, si nos acompaña algo de sensatez, nunca será tan vivo, porque durante el mismo se debe formular una profunda reforma del reglamento que permita que el juego, el incomprensible juego de la vida, continúe.

1.3 UN PANORAMA DE INCONTABLES FACETAS

La verdad muere desde que nace, como todo lo que vive.

Jean Rostand

Kandinsky afirmó que el siglo XXI o sería el del arte o no sería. La mayoría de los líderes religiosos de nuestra época, desde el Dalai-Lama hasta el papa de Roma, han caído en la

obvia tentación de los exclusivismos al proponer que ese arranque del próximo milenio o debería ser espiritual o todo acabaría.

No conocemos tampoco una sola opción política que no se considere a sí misma como salvadora, cuando nada condena tanto como que nos quieran salvar bajo cualquiera de los disfraces con los que nos ocultamos de la realidad. Con todo, quien más lejos ha llevado el más descarado paternalismo, para cualquiera de los presentes y futuros, es el modelo económico, el sistema. A no confundir, por favor, como tantos hacen, con régimen, que ese sí nos lo merecemos, aunque un poco más ágil y profundo, más cotidiano y participativo. La aprovechada y, claro, voluntaria confusión de sistema y régimen es de igual peligrosidad que la que suele darse entre partido gobernante y estado, o partido nacionalista y nación. Por tanto, conviene recordar que tenemos un imprescindible régimen democrático y un a olvidar sistema consumista. Porque está enfermo de sí mismo, es decir, de obesidad, de falta de contrarios, de éxito en suma. Sólo y solo, el consumismo, como única referencia social, se autoconcede la totalidad del futuro.

Como podría desprenderse de la intención de este libro, la propuesta del pensamiento ecológico sería sumarse a tan generalizadas tendencias y autocalificarse como panacea, fármaco universal y puerta del porvenir. Pero no. Quien pretenda, y no son pocos, que la conservación del futuro pasa exclusivamente por «ser ecológicos», ha entendido

poco de las propuestas que están manando de la ciencia que estudia los procesos vitales y sus vínculos; que aborda la variedad y la incertidumbre. Ciencia ya en camino de ser la primera que pase a la categoría, no ya de pensamiento, también de propuestas ideológicas y hasta de nueva cultura y, en consecuencia, de políticas compartidas. Pero sobre todo de talante. Un talante con algo de talento, esa rara especie que conviene recordar es, además de la facultad de hacer muy bien algo, la combinación de lo creativo y lo comprometido con el ánimo de levantar lo que está caído o cayéndose. No hay mayor demostración de talento que un criterio realmente independiente; que participe de lo que desee, pero que también sea capaz de no ser considerado sólo como mercancía o como consumidor, es decir, con crisis crítica, con incapacidad de elección.

El pensar ecológico parte de la propuesta de mirar, en la medida de lo posible en vivo y en directo, a los panoramas. Es decir, sin intermediarios, ni parcelaciones. Acepta que la vida es un proceso de tiempos y espacios múltiples, una trama delicada y en buena medida aún desconocida que no debe ser alterada. Pero no se detiene en lo externo y, consciente de que la generalizada destrucción del presente responde a una concepción sumamente reduccionista de lo que es la vida y más aún el ser humano, sugiere ir teniendo en cuenta todos los pronombres personales. Busca equidad y sincronías, sobre todo entre los dos géneros de nuestra especie, hasta que resulten sólo distinguibles entre sí por ese

par de curvas donde empieza toda historia humana. Avivar en nuestra consideración todas las culturas y las tres generaciones de derechos universales son más propuestas que manan del propósito de este libro.

También asola la soberbia, y quien se autoprocleme como verdadero ya está tropezando en el borde de un acantilado, que es precisamente lo que se trata de evitar: de no caer en la parcialidad. Lo nuestro debería empezar a ser lo panorámico.

El proceso siempre inacabado de la comprensión a menudo ha supuesto algo muy parecido a observar un paisaje desde un torreón con ventanas hacia los cuatro puntos cardinales. Para mirar hacia el Norte hay que dejar de hacerlo en dirección al Sur, pero es que, casi siempre, se ha procurado cerrar la ventana correspondiente a la anterior panorámica, sin permitir que una ojeada recuperara los resplandores de lo ya contemplado. Solemos ser pendulares y unidireccionales, cuando «Nada es verdad salvo lo que precede o lo que sigue a lo formulado», como afirma Cioran. El culto por lo inmediato y lo que está ahí delante tal vez tenga relación con una visión frontalizada, con la migración de los ojos hacia el frente, que aunque nos dio esa maravilla de la estereoscopia, no nos dejó ver hacia los lados, hacia atrás y menos aún hacia arriba, todo ello al mismo tiempo. Pero lo peor parado sin duda es lo que pisamos. Siendo, como somos, un brote del suelo, literalmente nunca lo sentimos con nuestros sentidos como consiguen millares,

millones de otras especies. Nuestras ansias de despegar nos abortan como vivos de este mundo y nos instalan en la decepción de proponernos lo inalcanzable.

Mirar al derredor de forma más sincrónica y completa es una de las primeras sugerencias que incorporamos al método del pensamiento ecológico, que no excluye, sino todo lo contrario, la utilización de ópticas macro y microscópicas. Es decir, lo muy cercano y diminuto y lo lejano y vasto. Por supuesto que se debe recurrir a la ciencia, incluso a la tecnología, al pensamiento que nos precede y explica, pero también a los saberes no escritos, a la lenta sabiduría de la Naturaleza. Ya Goethe percibió que «nadie enseña a vivir mejor que lo viviente». Por eso nos atrevemos a incluir aquí lo que aprendimos de la profundidad lúcida de los sin voz, de los analfabetos, de los más sencillos... Incluso le damos enorme importancia a eso que se nos quiere olvidar todos los días...

Al mismo tiempo convocamos a un puñado de ausentes, como al ya insinuado panorama, a los desposeídos sin haber poseído nunca, a los otros vivos, a la amistad, al tiempo verbal gerundio y, sobre todo, al silencio. A menudo he pensado que sabemos lo suficiente como para estar ya callados. Pido por tanto disculpas por no hacerlo del todo, para que hable él sólo, que es quien más sabe, y quien más atalanta, que viene a ser lo mismo.

Vivir y pensar para sosegar y sosegar, esa sigue siendo la

tarea pendiente. Al menos cabe el consuelo de que escribir y leer exigen poco o ningún ruido y bastante tranquilidad; salir por tanto de lo inmediato y limitado para expandirnos hasta lo que deseemos. Estas páginas al menos lo intentan.

1.4 ¿HAY UN PENSAMIENTO ECOLÓGICO?

.... están siempre al margen de aquello a lo que pertenecen...

Fernando Pessoa

Conviene una somera explicación de los motivos de la ya evidente preferencia por el término *ecológico* para lo que impregna este libro y sus sugerencias, cuando cabían otras posibilidades. Desde la terminación en *-ista*, hasta los tantas veces usados de ambientalismo, conservacionismo de la Naturaleza, verde..., que muchos, a ambos lados del arco que les incluye, aprecian, por distanciar lo académico-científico de lo público-político, es decir, lo

especulativo de lo práctico, que carecería del sentido de lo reflexivo ya que es ante todo acción y plazo corto. En cualquier caso, la exploración por la terminología obliga a encarar, como veremos, algunas inconsecuencias y hasta flagrantes contradicciones con los mismos presupuestos básicos, de lo cimentante, pues, de ambas posturas. Lo que da cuerpo a este libro es en su mayor parte una síntesis de lo pensado por muchos a lo largo de los últimos treinta años, a lo que hemos sumado contribuciones de la filosofía de todos los tiempos. Aunque en los dos últimos capítulos del libro se aborda una lectura más artística, más sentimental, aquí se intenta ante todo cohesionar unos pensamientos que andan dispersos en muchas mentes y colectivos. Se trata pues de un producto del conocimiento, de la razón, y en consecuencia nos parece más apropiada la utilización del sufijo *-ico* que el *-ista*, correspondiente a las concreciones militantes de un determinado proyecto de sociedad. Al mismo tiempo, y dadas las al menos cuatro grandes familias que a continuación se describen, una de las cuales ya se define a sí misma como ecologista, parece necesario no incurrir en la contradicción de excluir a las demás. O, todavía más abierto: el pensamiento ecológico, si es que conseguimos que comience a caminar, aspira, por pura coherencia con los presupuestos básicos de la ecología, a ser nexos, a interconectar las tendencias, ideologías, opciones políticas y hasta las sencillas aficiones y las grandes líneas de una filosofía que anda ahora en ciernes. Es decir, pretendemos que esta introducción al pensamiento

ecológico sirva de orientación. Lo primero que se propone es que nos consideremos como formando parte y no al margen. La primera tendencia de esta propuesta es la real implicación, el abandono de la cómoda y tentadora marginalidad. Hay que apostar por el intercambio y la responsabilidad a poco que se entienda que «vivir», como decía Ortega, es «convivir».

1.5 CUATRO CARAS

El ecologismo es un movimiento social, en gran medida activista y beligerante, ya en casi todas las facetas de la vida pública, que mana de la toma de conciencia de algunas evidencias que nunca hubiéramos llegado a visualizar sin las aportaciones de la información científica proporcionada por la ecología. Tiene un claro asidero ideológico y un buen andamiaje propositivo a partir de un conjunto de ideas para leer la realidad de una forma diferente. El ecologismo es al mismo tiempo un radical desmentido del sistema al uso y abuso actuales. Una parte de este variopinto movimiento se caracteriza por la práctica guerrillera, incluso intelectualmente hablando, pues se forma y deshace

episódicamente y suele tener pocas más posibilidades que golpear y huir sin demasiadas bajas. Demasiadas veces no proponía mucho más que la no acción, aspecto bastante superado, porque también hay una parte del mismo que se ha consolidado como poderosas Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) nacionales o internacionales. Estos últimos ecologistas exhiben y se fundamentan en bases sólidas en las acciones, las propuestas alternativas y el rigor en la argumentación pública de los fondos y formas de su quehacer y pensar. En ambas tendencias del ecologismo, con todas las intermedias que se quiera imaginar, subyace un modelo no consumista, que propone el uso de tecnologías blandas, a la escala del hombre, de una descentralización administrativa con un proceder con higiene hacia el planeta y un internacionalismo sincero, con clara solidaridad hacia los desterrados de la patria consumista. Como movimiento que se enfrenta a las premisas sagradas del sistema, el ecologismo tiene casi tantos detractores y zancadilleadores como el propio medio ambiente. De ahí, seguramente, que medre con tanto éxito su hermano menor, algo que para algunos merece el nombre de ambientalismo y que podría ser definido como un reconocimiento de la degradación de la Naturaleza y de sus secuelas, pero que contempla su solución dentro del sistema. Ya lo arreglará todo la mano oculta del mercado, con aplicación de soluciones tecnológicas y presupuestarias, a lo que, en el corto plazo, se apuntan obviamente los ecologistas y los naturalistas, situados a ambos lados de esta

opción media. De hecho, cuando tantos y tantos responsables políticos, o amantes de las mascotas, dicen de sí mismos ser ecologistas, se produce un fenómeno más bien mimético, porque en los ambientalistas y naturalistas no suele concluirse que para mejorar realmente el panorama deba cambiar el modo y manera de utilizarlo, es decir, el sistema. Con todo, lo que realmente se ha convertido en muy general, especialmente por su éxito a través de los medios de comunicación, es el naturalismo, al que cabría definir como una admiración de lo no demasiado degradado, de los bellos paisajes; como una serie de apasionadas inclinaciones por la observación de la fauna y flora, y hasta como un sencillo excursionismo, un acercarse a los espacios naturales protegidos, un inclinarse por la defensa de la multiplicidad biológica y una apetencia de cualquier exotismo no urbanita. La escalera a menudo comienza por este primer peldaño de la contemplación de bosques y montañas. Y para la mayoría ahí se queda, pero también algunos que así empezaron acaban de diputados verdes. Son por el contrario muy escasos los que proceden del otro extremo, los que desde la decepción política del 68 han pasado a ser naturalistas y no quieren saber nada de compromisos. Bueno será también reconocer que el ecologismo es parte de ese otro naufragio de las utopías humanísticas más radicales del siglo XX. Está claro que, también desde la ecología, nos acercamos en líneas generales a todo lo que, desde que el hombre comenzó a pensar, se ha denominado utopía. Esto parece casi

consustancial al pensamiento ecológico, aunque, podríamos decir con Victor Hugo, creo «que la utopía de hoy es la verdad de mañana». Ojalá que de alguna forma nos acerquemos a una verdad, como todas muriendo desde que nace, si es que acaba de nacer. Aunque por las mismas vinculaciones con la Naturaleza, es decir, con los principios de renovación constante, podría resultarnos tentador el concepto de verdad cíclica. En cualquier caso una verdad, nunca La Verdad, esa siempre se la reserva el sistema para sí en exclusiva. Una postura, en cualquier caso, que por supuesto parte de la idea de que el acabamiento de la Naturaleza, el deterioro de los procesos ecológicos esenciales, la alteración drástica del funcionamiento del propio conjunto de ecosistemas que es la biosfera es lo suficientemente grave como para que, desde el punto de vista también de la idea, de la reflexión, de la sensibilidad, a cualquiera de las escalas que se nos antoje, tomemos cartas en el asunto.

En este sentido, hay que agradecer, además, que se esté consolidando el multiforme movimiento ecologista, el que ha trabajado el día a día, que ha enfrentado de cara el problema de oponerse a esas degradaciones generalizadas, cotidianas y continuas.

Pero hay más dentro de lo que generalmente denominamos ecologismo. Nos referimos a la opción estrictamente política de lo ecológico, la que se ha popularizado con bastante acierto a través de la

denominación de partido verde, o «los verdes», que pretende, en el mejor de los casos, tomar un atajo. Y si todos, no sólo los atajos sino también cualquier abreviación de un proceso, tienen trabajo, como dice el refrán, seguramente mucho más éste que queda demasiado impregnado de esa otra connotación que el saber popular le confiere a lo glauco. Es decir, que lo verde está verde, en sí mismo y todavía más cuando se le quiere casar con lo rojo. Lo verde debe ser una superación lúcida de los presupuestos básicos de la izquierda, tan fracasados o más que los consumistas. Diríamos incluso que si se pretende ser consecuente con algunas de las sugerencias de mayor calado que nos hace la propia Naturaleza, en su querer acortar los tiempos y ritmos de la maduración el partido verde resulta formalmente muy poco ecológico.

Si además se entiende que uno de los más aliviantes perfiles ideológicos del pensamiento reconciliador es el de ser una nueva modalidad de movimiento de liberación, individual y colectiva al mismo tiempo, habría por lo menos que desconfiar de que los medios sean la búsqueda de poder, por democrática que resulte.

La primera condición que exige el necesario y respetable oficio de político sería desconfiar de uno mismo, de la autocomplacencia, de la casi siempre confirmada tendencia a convertir los medios en fines. Aunque desde luego irremediable, me parece bastante obvio que si decides por otro, aunque sólo sea uno, eres en alguna medida injusto.

Tan pendiente como la comprensión de la globalidad permanece la de la individualidad.

Lo ecológico tiene muchos caminos, y literalmente pocos tan políticos como los referidos hoy a los temas ambientales. Pocos colectivos resultan tan activos y beligerantes con las decisiones de la administración como los ecologistas, pero lo hacen, en la mayoría de los casos, desde el ahorro de no ser otro poder convencional más. Desde la búsqueda de no llegar a ser un poder más. Lo verde, políticamente hablando, parece ir a jugar a los campos de minas, que por desgracia son una constante real en buena parte del planeta y que matan a varias personas, en este caso buenas intenciones, todos los días. Para profundizar y luego transformar realidades, todos, en democracia, tenemos posibilidades, y son por completo legítimos todos los caminos pacíficos. Pero, el de ser un partido, en absoluto es el más efectivo. Por último, conviene recordar que hay una inasible, fraudulenta, incomible quinta faceta de lo ecológico, que en realidad no debería ni llevar ese nombre. Aunque, como no podemos ser expendedores de legitimidad alguna, simplemente nos cabe lamentar que tan a menudo veamos el término al lado de ofertas de terapias espirituales, ocultismos, trascendentalismos de pacotilla, gurúes de cartón, sectas de todo tipo, aristocracias aburridas. Incluso algunos más que peligrosos elementos de extrema derecha, por completo incontrolados, reivindican el lado más oscuro del biologismo y el darwinismo social y luego le llaman ecologismo. Este

lamentable batiburrillo, muy propio de las épocas de decepción, es aprovechado, con escasa honestidad intelectual, es decir, confundiendo voluntariamente y al servicio de sus propios intereses esa mínima parte de lo ecológico con la constructiva generalidad, por muchos críticos, para asociar exclusivamente lo ecologista a estas bufonadas infantistas.

Antes de indagar si en medio de todo este panorama hay algo común a las facetas de lo ecológico, conviene incluir a los sabios, a los ecólogos que desde siempre, a menudo no de buena gana, le han dado o prestado a las cuatro primeras grandes familias descritas que comparten su *eco* –valen las dos acepciones de la palabra– parte de su fundamento. Un pretendido estar por encima de las implicaciones que se derivan de las propias conclusiones lleva a no pocos ecólogos a ignorar y hasta despreciar la pelea de los ecologistas y verdes con el sistema, o a ridiculizar las «aficiones» naturalistas. De forma amplia y generalizada, los ecólogos se sitúan en el campo ambientalista que además les proporciona no pocos recursos vía estudios, consultoras, asesorías, conferencias, cursos y maestrías. Y bendito sea, por mucho que, como a casi todas las elites, les convenga estar por encima del común. Si todo resulta interdependiente, ¿por qué no lo ecologista de lo ecológico y viceversa? De la ciencia a la ideología, sobre todo cuando hay un lazo, un amable camino de encuentro, seguramente

el menos explorado pero que pretende recorrer el pensamiento, la filosofía y, sobre todo, la ética ecológica. Parten éstas de la indagación de lo mucho que se desprende de una serie de descubrimientos sobre el funcionamiento de la biosfera. Informaciones que pueden ayudar a interpretar la siempre cambiante realidad. Pero esta aproximación a lo que podría ser el comienzo de un edificio filosófico no puede por menos que reconocer su proximidad a lo puramente científico y animado por una de sus más estimulantes propuestas, el mestizaje, reconocer que se pretende una hibridación entre lo social y lo político, lo científico y lo filosófico, lo teórico y lo práctico, lo pensado y lo sentido: que no tiene más remedio que desembocar en lo ético. Porque desde este umbral ya se vislumbra que lo ecológico descubre valores, despierta muchos que están dormidos y cultiva talentos que los incorporan.

Como se amplía más adelante el pensamiento ecológico tiene posibilidades de suponer un intento de mestizaje de los estériles contrarios Ciencia-Humanismo; Cultura-Naturaleza; Primer-Tercer Mundo; Hombre-Mujer; Cuerpo-Mente; Teoría-Práctica. Pero no sólo por un matrimonio, un tanto ambicioso, de varios pares de palabras situadas en campos mutuamente alejados por extravío histórico, sobre todo porque se está dando una real y doble convergencia por ambas partes. Muchos humanistas descubren la trascendencia de lo científico y no pocos científicos andan algo más animados a entrar en la historia de la

filosofía. Y aún hay más; seguramente este amor de viejos, quiero decir lo científico y lo filosófico y, sobre todo, lo cultural y lo natural, es la más sana estrategia para un reverdecer. Aunque algunos se obstinan en no verlo y hasta en anatemizar la propuesta, es el mestizaje, la mutua fecundación y el punto de encuentro lo que califica a lo ecológico. La mezcla de savias siempre da un mejor y sazonado fruto. En algunas ocasiones ya he afirmado que, como hace el buen arboricultor, nada mejora tanto la producción, la cosecha, como un injerto de lo más acabado, de lo más doméstico de las variedades, de lo cultural por tanto sobre un patrón silvestre. En otras palabras, florecerá más la Cultura si vuelve a abrazarse a la Naturaleza.

Y caben pocas dudas sobre los escasos y amargos frutos que tanto la ciencia como la filosofía están dando en la actualidad.

Lo ecológico es en cualquier caso un rejuvenecimiento. Parte de una ampliación de miras, y aunque varios miles de páginas no nos acercarán a lo que ya es patrimonio indiscutible de la Ecología y de la inteligencia humana, lo que realmente aporta un cambio a mejor de nuestro ir conociendo el mundo es que hoy comenzamos a ser conscientes de algunas evidencias, como que todo va a parar a alguna parte. Que hay un límite, aunque no sepamos exactamente dónde. Que somos una parte, por supuesto la más necesitada de protección, de un todo en el que existen nexos entre sus componentes. Y ya sabemos también que

prácticamente todos los sistemas y procesos naturales están enfermos por el auge de sólo unas pocas facetas de la actividad humana. Sin excluir que las formas del pretendido funcionamiento de la sociedad no están mucho más sanas. Pero esto sienta muy mal a lo viejo. La argumentación que pretende congelar estas ya no tan radicales heterodoxias, que son, por cierto, las únicas que están dándole un poco de color a estos años finales del XX, a menudo alcanza el carácter de descalificación. Consiguen además un injusto confusionismo. Se dice, y lo sabemos desde Heráclito, que siempre ha habido cambios, tanto o más dramáticos que los actuales. Que se llegará, por tanto, a tiempo de encontrar las medicinas o que nada hay que oponer a la ley del más poderoso. Olvidamos que, en sociedades democráticas, las críticas son tan imprescindibles como la libertad para hacerlas. Que nada destruye tanto como la autocomplacencia o el inmovilismo mental. Pero, sobre todo, se suele ocultar que no hay apuesta alguna por el retroceso, sino por todo lo contrario, por progresar, por modificar el modelo mismo que se quiere único e inmóvil mientras acepta la transformación de todo lo demás. Muchas transformaciones de lo espontáneo son y han sido deseables, lo que ahora cabe cuestionar es la tremenda capacidad de destrucción de especies, paisajes, calmas y bellezas de un sistema inmensamente poderoso y aceleradamente excesivo que incrementa el número de atropellos y víctimas de su contienda contra casi todo. El debate, que seguramente nos ocupará toda o buena parte

del próximo siglo, acaba de comenzar. El tiempo todo lo cura: si tiene tiempo, claro. Y si el cambio es deseable para la misma vida, para las sociedades y sus culturas, no así la velocidad a la que se produzca la devastación. La anticipación, la participación, la lentitud y la precaución, tan escasas como las alternativas, como la especie más amenazada, rondan al pensamiento ecológico.

1.6. ¿ES TODAVÍA POSIBLE?

No tenemos un corto tiempo, sino que perdemos mucho.

Séneca

Me acaricia y consuela desde hace mucho tiempo la osadía de estar convencido de que las más bellas tareas y combates tienen relación directa con lo irremediable. El naufragio nos tiene ya a todos a merced de las olas. La seguridad del lujoso navío en el que nos decían llegaríamos al mejor de los

puertos está perdida. Ahora se trata de alcanzar la balsa. Pero llegar está en relación directa con nuestra elección de resistir y saber dirigir el esfuerzo en la dirección acertada. O que una corriente favorable nos alivie. Ir yendo, que no otra cosa hace la vida desde siempre.

Tanto lo que vive, como incluso el conjunto de la materia inerte, regida por leyes que la física intenta hacernos comprender, tiene tendencias. Algunas, tal vez las principales, nos parecen insoslayables. El mecanicismo sigue cosechando mentes y estereotipos, navegando sin duda con la brisa favorable de que todo se desea previsible. Pero la ciencia y la reflexión ya han dado suficientes pasos hacia ideas que, bien amasadas, resultan todavía más consoladoras que la inmutabilidad. En realidad, todo se quiebra en algún momento para iniciar otra tendencia.

¿Hay algo más rupturista que una supernova? ¿Que la aparición de una nueva especie? ¿Que la caída de una civilización?

También los cuerpos sociales tienen tendencias, hasta el punto de que podríamos afirmar que la primera tendencia es tener tendencias. Pero ante ellas como ante todo sólo cabe oponer otras o ninguna. Uno o se somete o se rebela contra las tendencias, especialmente con las dominantes y las que pretenden la exclusividad. Aunque, ya que no se puede estar fuera de, lo más procedente y productivo es mezclarlas, que copulen entre sí y engendren otras, que

supongan renovación y superación. Con las grandes, con las de la Naturaleza, lo más sabio es pactar, lo que podría ser perfectamente redefinido o mejor subrayado como aliarse. Lo que no significa apuntarse a determinismo alguno, desde el momento en que ya sabemos que las leyes del funcionamiento de la vida son también creación de la vida misma y que no son estáticas ni definitivas.

La evolución más me parece una sucesión de pactos cumplidos de asistencia mutua que la preponderancia del más dotado. Hay demasiados casos que demuestran que el mejor adaptado no es ni de lejos el más fuerte. Todos los seres vivos están igualmente bien adaptados. Las jerarquías son categorías humanas que demasiado vienen influyendo en todas las facetas de nuestro pensamiento. Nos ha convenido mucho creer que lo vivo se regía por la confrontación, la violencia y la preponderancia del más fuerte y que la debilidad excluye. Queremos permanentemente fundar el mundo a nuestra imagen y semejanza. No hay pensador sin altas dosis de demiurgo y desde luego Darwin también lo fue. Al mundo hay que cofundarlo, no crearlo; explicarlo, no dirigirlo. Pero como ahora ya muchos demuestran, véase Motoo Kimura, hay otras realidades contrarrestando las apetecidas fuerzas rectoras. La pasividad cosecha tantos éxitos como la acción, la casualidad no menos que lo planeado. La hierba –¿hay algo más endeble e inerme?– está tan adaptada como el león y es mucho más importante que él. Y el alga clorofícea

unicelular, todavía más pequeña, frágil e indefensa, lleva ahí varios miles de millones de años más que nosotros, los mamíferos, nos antecede y posibilita. Tampoco es que convenga sacralizar la duración; por preferir, uno prefiere a Shelley que a Matusalén, es decir, poco, pero intensamente vivido, que mucho y sin gracia. Cuando se dura casi siempre es, como les pasa a los árboles, por un crecimiento lento y continuo, basado en el ahorro. La durabilidad, también bajo miles de aspectos diferentes, es una de las tendencias de la propia vida, que por supuesto intenta consolidar con esa estrategia llamada interacción, comensalismo, mutualismo en fin. Las alianzas son pues más provechosas. Y sobre todo conviene escapar a la idea en singular. Todo tiene múltiples explicaciones. La creatividad consiste en usar la mayor cantidad posible de ellas. La mente y la Naturaleza son consecuentes con esa tendencia.

Nada ha existido más creativo que la propia vida. Nadie de nuestra especie, ni de la de las múltiples criaturas divinas que han poblado las mentes de todas las humanidades pasadas, ha conseguido descollar tanto como el propio impulso vital por ocuparlo todo con infinitos aspectos, conductas y metabolismos diferentes. Ya lo percibió Aristóteles con aquello de que la vida tenía miedo al vacío. Algo debería habérsenos contagiado, ya que seres vivos somos. Porque lo que estamos consiguiendo es que este mundo se vacíe. Y nos estamos condenando con torpeza trágica a la estúpida soledad de nosotros mismos, cuando se

nos ofreció, y ahí sigue, gratuitamente un tesoro, el de las posibilidades para la vida en un pequeño planeta. Hoy la tendencia predominante es al destructivismo no sólo de la obra de la vida, que jamás estará completa, sino también a las materias primas e instrumentos de la propia creatividad de lo viviente. Teniendo en cuenta ante todo que lo que diferencia la creatividad de la vida de las actuales ansias anexionistas de nuestra especie es la calidad de la estrategia. Ella lo hace a través de la multiplicidad de querer y conseguir dar múltiples, o mejor, infinitas soluciones al problema de estar vivo, mientras que nuestra actual civilización apenas recurre a otra propuesta que no sea la de invadir y conquistar. Armado casi siempre de todo lo contrario a lo que vemos, de muy pocas soluciones, es decir, de homogeneización que además se consigue a través de la desolación y hasta la muerte de las obras de la vida.

La tendencia de la vida es a la multiplicidad; la tendencia del consumismo es a la unidad, a la homogeneidad. Y claro, lo que pretendemos es reflexionar sobre cómo oponerse a esta tendencia que ha sido tan sagrada y entusiásticamente acatada por las sociedades de los dos pasados siglos y que promete arreciar.

La religión del progreso material, la que más adeptos ha tenido en toda la historia de la Humanidad, en cualquier caso tiene grietas y las tiene por la más paradójica de las circunstancias: por haber triunfado, por haber alcanzado sus objetivos, su planetización, su lugar en casi todas las almas.

Ciertamente usaron mal la palabra y, sobre todo, la convirtieron de medio en fin, de salida en meta, de instrumento en obra. Y trágicamente confundieron la búsqueda de la riqueza con el progreso. Por eso el progreso no crece en sí mismo, devasta, y la riqueza no resultó ser tal. Porque lo que movía el motor se saldaba con una pérdida al menos equivalente a la ganancia, que no otra es la molestia, radical para el sistema, descubierta por la ecología. Al mismo tiempo se confirma, una vez más, aquella preciosa apreciación de Karen Blixen en uno de sus relatos de *Memorias de África*: «A veces, cuando los dioses nos quieren castigar nos conceden nuestros deseos.» Por la misma época Cesare Pavese escribía en sus diarios «Sólo hay una cosa más triste que fracasar, triunfar». Apreciación que ya afloró, por cierto, en el libro del Tao con algo tan expresivo como «Siempre que los hombres emprenden un asunto, fracasan cuando lo culminan». Nuestro «triunfo» actual es la obsesión por la obra terminada, no perpetuamente haciéndose, como el propio cosmos o la Naturaleza; por la mercancía ocupando todas las posiciones bajo el sol. Y al sistema consumista le ha pasado exactamente eso. Casi todos quieren ser consumistas y en consecuencia se ha consumido demasiado. La real crisis del momento es la falta de proyecto al estar cumplido él mismo. Eso sí, con masas jamás tan grandes de defraudados y un planeta hecho trizas.

Faltan al mismo tiempo ideas nuevas. Se percibe una descomunal prudencia en la formulación de cualquier

presupuesto que suponga salir del camino que se ha demostrado sin apenas salida. La incapacidad de plantearse algo diferente carece al mismo tiempo de precedentes, o al menos de tan espectaculares atenazamientos como los actuales. Nuestra presente condición es la de depender hasta el extremo, de la sumisión sin cuestionamiento a un modelo agotado. Y esa es la que debe ser modificada; pero no con una abolición. Ya hemos insinuado, y completaremos, que buena parte de las perversiones de las tendencias actuales manan de aquel decreto «científico», luego «económico», que expulsó a la Naturaleza de nuestras mentes y sentimientos. Imitar su táctica resultaría en gran medida apuntarse a las exclusiones, traicionar el propio método. Si no se participa de la mínima coherencia, caeremos en otro cúmulo de parcialidades. Quiero ir hasta el razonamiento de que tan estúpido puede resultar el pretender averiguar dónde están los límites de este modelo, como el no aprovechar sus ingentes recursos, sus conocimientos y el potencial creativo de sus víctimas, y, por supuesto, también el de sus verdugos, para la puesta en marcha de otro. Estamos, como casi siempre, al borde de un punto oscuro y *abismante* que no vemos. Pero tenemos una linterna en el bolsillo. ¿Por qué no encenderla? ¿Por qué no aprovechar este tocar fondo para impulsarnos hasta la superficie?

II. RAÍCES

2.1. UN PUENTE

Todo lo inteligente ya ha sido pensado; sólo hay que intentar pensarlo una vez más.

J. W. Goethe

Con todo lo necesario y constructivo que resulta el considerarse a uno mismo como único e irrepetible, entre otras cosas para que no nos masacren la anomia y el despilfarro, casi siempre se suele aceptar que todo empieza y acaba precisamente con el tiempo propio. Torpeza a enmendar ya que uno de los enfoques multidireccionales

que propone el pensamiento ecológico es precisamente el que podría ir dándose sobre lo incorregible del pasado y las abstracciones del futuro. Salto, puente, nexo entre las dos orillas del tiempo. ¿Por qué no añadirse a la historia desde la interiorización de que se está siendo precisamente eso, comunicación entre lo ya sido y lo que será? No resulta sencillo desde el momento en que el presente suple su fugacidad con una tiranía feroz, armada de exclusivismo hasta los dientes. Me refiero a que casi nadie se considera realmente producto de su pasado y menos aún del anterior a la historia de nuestra especie, es decir, a un pasado biológico, con centenares de millones de años auestas. Como nuevos ricos que somos sobre el planeta queremos ignorarlo, negamos nuestro origen, cuando no somos hostiles hacia las procedencias más cercanas, a la genealogía de lo culto. Tampoco creemos estar haciendo nuestro el futuro, y sobre todo el de los que aún no llegaron. Por eso lo negamos. De ahí que lo más renovador a la par que alterador de la ética ecológica sea precisamente sentar en la mesa de los con derechos a lo por venir, a quienes aún no han nacido. Pues bien, convendría entender que, precisamente por estar ahí, querámoslo o no, siempre en medio de la historia, y en medio del ambiente, somos parte de todos los antecedentes y todos los porvenires. Parvo problema, pues, el acabamiento individual, ya que somos bastante eternos en las dos direcciones. Y lo somos, aunque la angustia de la individualidad trabaje obsesivamente para borrar estos lazos, que en realidad nos faltan más por anemia en la

imaginación que por expresa voluntad. Obviamente, la idea de ser puentes nos molesta por desbordamiento de nosotros mismos, que nos queremos ilimitados, cuando somos concretos, controlados y reducidos. Por tanto lo negamos con la furia, ahora sí infinita, de nuestro poder más eficaz: el de indiferenciar. A lo que se suma una de las facetas más drásticas del presente: su capacidad para destruir lo que ha sido y lo que será. El sistema ha inventado una cierta máquina del tiempo, capaz de acabar lo que nos queda de esos otros tiempos y lo que les debería quedar a los que vienen. Todo acaparamiento necesita borrar las consecuencias que provoca. Bien mirado-sentido-pensado, se trata de llegar a compartir la sensación y la idea de que estamos siendo por lo que fue y por lo que será, y lo que será, será por lo que está siendo ahora. Nuestro modelo de pensar y de sentir, muy al contrario, está acaparado por los presentes. Obsesionados por el acopio, lo hacemos también hasta de lo que no es, ni está, como son los futuros y los pasados.

Con rotunda insuficiencia consideramos que todo está a nuestro exclusivo servicio. Pero poco se apuesta por el estar al servicio de, por un formar parte incluso, ya dije, del pasado y del futuro. Nos cuesta enormemente acampar en los múltiples significados de la palabra medio. Pero la ecología lo intenta desde un punto de vista científico y no menos desde un planteamiento insoslayablemente ético.

Somos instantes de un proceso que no nos pertenece en exclusiva y que afortunadamente nunca comprenderemos

del todo. Me imagino, en efecto, como más aniquiladora la extinción de la curiosidad que la deflagración de todos los arsenales nucleares del mundo. Ser de todos los tiempos, los biológicos y los históricos, es algo no sólo a incorporar a la especulación mental, como casi todas las sugerencias de estas páginas, es algo que también puede ser sentido, procedimiento menos mentiroso, tal vez, que lo razonado, sin que dejemos de darle entrada por la puerta del pensamiento. Y es que, si queremos ir ampliándonos y completándonos, no veo otro camino que el de sentar a la mesa del ir siendo no sólo a la razón, sino también a la sensación, a la emoción y hasta, por supuesto, a la intuición.

En suma, que podríamos descubrir que somos también lo que alguna vez fuimos y lo que seremos. Por tanto, si miramos hacia lo que nos precedió, el pensar ecológicamente no es nada especialmente nuevo. Tiene ahora desde luego una actualidad destacada y además continuará creciendo y proponiendo. Pero miremos primero hacia atrás. Descubramos algunos de los destellos del pasado, de los pensadores preecológicos, que todavía arrojan luz sobre el presente.

2.2. EL TIEMPO DEL YO

Seguramente algunos de los primeros pensamientos de los humanos ya fueron en la dirección de tener en cuenta el ámbito. Aunque sólo fuera por disolución en el mismo y por sobrecojimiento ante lo casi del todo desconocido. Por eso incorporamos a esta breve historia de los antecedentes del pensamiento ecológico algunos enfoques prefilosóficos. No sin antes reconocer que la historia cambia de acuerdo con cada uno de sus escritores y lectores. Esta idea, muy acariciada por Borges, es perfectamente compatible con el pensamiento ecológico. Las lecturas son por lo menos tantas como los prismas o facetas, a veces centenares, de los ojos de los insectos. No podemos estar defendiendo la diversidad y a su hija, la pluralidad, y no comenzar por la de las interpretaciones.

En cualquier caso, no hay más remedio que hacer un ejercicio de cierta sencillez y concreción. Primero en el sentido de que no se describirá más que lo sustancial de los pensares preecológicos.

Para este breve acercamiento a los pensadores preecológicos, arriesgo una división en tres grandes tempos históricos a partir del peso que tuvieron las vinculaciones de los humanos con el derredor, y de cómo se interiorizó al mundo circundante. Cuando me planteé el ser escueto y sencillo con el tratamiento de lo anterior a lo que ahora cocinamos en nuestras mentes, apareció por mi cabeza el

haber leído en alguna parte que los primeros sistemas filosóficos fueron algo así como tutear al universo. La misma religión resultaba de una familiaridad consoladora. Los dioses de los paganismos, además de resultar mucho más soportables, por parecerse bastante a los mortales, eran extraordinariamente humanos, es decir, de la Naturaleza. Eran ecológicos por múltiples. En ese sentido también lo fueron los primeros filósofos con nombre propio recordado. Hubo una larga era en que se consideró al universo vivo como un amable interlocutor con el que por tanto se usó preferentemente la segunda forma de los pronombres. Un tuteo que tal vez fue precedido de un cierto monólogo. Tal vez en aquel entonces, fundamentalmente prehistórico, dominó el yo, la primera persona, pero no en el sentido actual en que los estragos del ego forman parte de nuestra Cultura. Era un yo que no identificaba el singular en parte alguna. Un tiempo en el que todo fue yo. Idéntico a uno mismo era por supuesto el resto de lo viviente, pero también lo inanimado, el continente, los principios esenciales y finalmente los miembros del clan. Mircea Eliade nos recuerda que los humanos de las sociedades primitivas «sentían la unidad fundamental de todas las especies de obras o de formas, ya sean de orden biológico, psicológico o histórico».

Todo eso está siendo permanentemente olvidado. Quién sabe si lo que llamamos conocimiento no es más que el proceso de pérdida de los recuerdos de ese tiempo anterior

a cualquier forma de medir el propio tiempo. Recordar es de inmediato excluir. Tal vez hubo un tiempo en que todo estaba incluido e implicaba a todo. No hacía falta alguna la memoria selectiva.

El animismo acepta que todo tiene un yo como el tuyo. Aunque no lo comparto en absoluto, cierto es que hay unos pocos pensadores actuales que llaman a lo ecológico el nuevo animismo, y le añaden el término científico, con no poca contradicción. Un nuevo animismo que adquiere densidad tras la propuesta de J. Lovelock de contemplar la Tierra, toda ella, como un organismo vivo, Gaia, literalmente capaz de tomar decisiones. Quién sabe si eso fue entendido y repetido ya así por nuestros lejanos antecesores.

No averiguaremos nunca si hubo un pensar sin palabras. Pero sí que, seguramente, una de las primeras piezas del lenguaje que se inventaron fue «yo» y a su lado, de inmediato tal vez, surgió el empezar a distinguirse del otro y de los otros, a nombrarlos. Aunque sólo a un milímetro de distancia.

Adán «dio nombres a los animales y las plantas». Pero sus antecesores seguramente usaron algo con un par de letras «A» para designarse a sí mismos y a todo lo que veían. Y ya que en el lenguaje comienza la aventura del pensamiento, y también de la separación, de la interposición de la palabra entre quien la pronuncia y lo nombrado con ella, por qué no suponer que la primera palabra que vibró en el aire fue el

pronombre personal de primera persona y que junto a ese yo se fue dibujando el drama de la individualidad, de la escisión con el derredor, de la conciencia de la muerte. Al tiempo del primer yo, o del pre-yo, corresponde probablemente ese fundirse con el derredor que sería, como todo nacimiento, uno de los más apasionantes perfiles humanos que hayan existido nunca sobre la Tierra. Miles de tradiciones de hecho sitúan en el desconocido primer escalón un tiempo de esplendor y felicidad. Pero no vamos a apuntarnos a los retornos al paraíso, tan sólo a esbozar que hubo otras formas de entendernos y entender el derredor.

Nos acostumbra una cierta tradición intelectual, sobre todo el academicismo que tantas veces nos ha encorsetado, a considerar que la filosofía empieza con los presocráticos, o con los pensadores orientales del tao y del karma. Sin embargo está bastante fuera de toda duda que había, que hay todavía, un pensamiento primitivo y de los indígenas supervivientes, que había y hay una filosofía de transmisión oral que aporta sugerencias especialmente atractivas y que entroncan con algunas de las más significativas en cuanto a lo que hoy queremos transmitir con el pensamiento ecológico.

En algunas culturas aborígenes y a través de la forma más plástica que uno se pueda imaginar, es decir, a través del lenguaje, ya bien nutrido y diversificado, se percibe una lección implícita de ecología. Hay que tener en cuenta que las palabras no sólo fundan el pensamiento sino también y

en gran parte son indistinguibles de la percepción. Nos hacen ver, desde luego, de ahí su plasticidad, aunque a veces, y sobre todo hoy día, también ocultan. Pues bien, en varias culturas aborígenes australianas se usan cotidianamente palabras que precisamente funden –tal vez sin confundir, tal vez entendiendo más profundamente– el continente y el contenido. Es decir, que al expresarse definen con los mismos términos verbales, por ejemplo, un árbol, sus ramas, las hojas del mismo, los frutos, sus raíces y los animales que viven con y de ese árbol. La ausencia de matiz hace emparentarse a lo interdependiente también por la vía más explícita para el ser humano, por la palabra. Lo que es también es lo que le permite ser. Algo así como si nosotros todavía tuviéramos presente que hombre viene de humus de ese lugar, el suelo y sus procesos bioquímicos, que permiten la vida y nuestra vida.

No es que vayamos a proponer poda alguna en el profuso ramaje de las lenguas actuales, si acaso lo queremos todavía más frondoso. A nosotros –desde uno de los lenguajes vivos que por término medio utilizan 30.000 palabras diferentes, los muy leídos, y unas 3.000, la mayoría– lo que nos atrae es seguir bautizando, reconociendo la inmensa diversidad de la vida. Pensemos simplemente en el hecho de que de los posiblemente treinta millones de diferentes especies de seres vivos existentes sólo han sido identificadas, y en consecuencia nombradas, un millón y medio. Pero el que

una lengua determinada no haya dado con los matices suficientemente diferenciadores tampoco debe conducir a la subvaloración. Aunque para nosotros, ahora mismo, sería inexplicable que denomináramos, por ejemplo, con la palabra *encina*, al árbol, a la bellota, a la grulla que se come la bellota y a los ratones que se refugian en su tronco. Tenemos que ser capaces de comprender y hasta visualizar que las palabras son formas de apropiación que han separado realidades. Ahora debemos recomponer el mosaico, o mejor comprender que casi todo es mosaico, o mejor mosaico de mosaicos.

2.3. DEL MITO AL EMPATE

En las civilizaciones primitivas el mito desempeña una función indispensable: expresa, realza y codifica las creencias; salvaguarda los principios morales y los impone; garantiza la eficacia de las ceremonias rituales y ofrece reglas prácticas para el uso del hombre: El mito es, pues, un elemento esencial de la civilización humana; lejos de ser una vana fábula, es, por el contrario, una realidad viviente a la que no se deja de recurrir; no es en modo alguno una teoría abstracta o un desfile de imágenes, sino una verdadera codificación de la religión primitiva y de la sabiduría práctica (...)» Bronislav Malinowski condensa en estas pocas líneas

una de las mejores definiciones de mito. Desde lo que puede sugerir a nuestros presentes, entiendo que es otra forma de convocar a las partes en el yo. El mito integra, abrocha. Y además da pautas y sugerencias para la imitación de la creatividad de la propia Naturaleza y propicia su respeto. Buena parte de los mitos son proposiciones de mantener la armonía del cosmos y mantenerse dentro de ella. Por supuesto, por la vía de una sacralización. A uno se le antoja que el mito es una «ignorancia» extraordinariamente creativa. Entre otros motivos porque los mitos eran creencias vividas, no se aprecia alejamiento alguno entre teoría y práctica.

Por supuesto que no añoramos el pensamiento mítico, ni el animismo y su concreción en el totemismo, pero lo respetamos y lo usamos en la desde luego hoy pequeña medida que nos ayude a apaciguar el destructivismo... Como se pretende usar igualmente lo más nuevo y actual, es decir, cualquiera de las tecnologías que no usurpen la condición humana, para remediar las enfermedades de nuestra Cultura y de nuestra Naturaleza. No desechar puede ser aplicado no sólo a las materias primas, convertidas en últimas dentro de nuestras basuras, sino también a todo lo válido para vivir mejor, aunque se haya pensado y practicado hace milenios.

Otro aspecto del pensamiento primitivo es el que tiene que ver con la paz. Se da una permanente asociación, que ya todos aceptamos, entre ecologismo y pacifismo. También

con el feminismo. Es más, casi todos los pensadores que se han acercado a una valoración profunda de la Naturaleza son pacifistas, son feministas y son ecologistas, como se dijo, en el sentido amplísimo que tiene esta última palabra. Pero en cuanto al pensamiento primitivo que, como el mítico, inmediatamente se traduce en comportamiento, el que tiene que ver con la paz resulta fundamental.

Un esquema mental muy aceptado, y hasta subvencionado y publicitado por la cultura europea occidental, ha querido mantener y divulgar hasta la saciedad que ser agresivo es la clave de la evolución y que la guerra era una casi inexcusable presencia en nuestras sociedades porque estaba íntimamente ligada con las más profundas esencias del comportamiento humano. Ciertamente, pero no absoluto. Por suerte tenemos un buen puñado de excepciones. Hay culturas primitivas, no una, sino varias, como los Andaman, Shoshonis, Yagan, los indios Misión, los Sema o incluso como los últimos y más primitivos congéneres nuestros todavía supervivientes, los Tasadai de Filipinas, recientemente descubiertos, así como el total de las culturas esquimales, que nunca emprendieron guerra alguna. Pacifistas activos hasta sus últimas consecuencias, como está siendo su apagamiento, su desaparición como culturas. En consecuencia, se puede desmontar esa creencia en la inexorabilidad del conflicto bélico porque ha habido todos esos ejemplos, formas de pensamiento, sensibilidades y conductas, a las que se suma el budismo en su origen, que

no solamente no lo han hecho sino que lo han rechazado de raíz. Tal vez por ser otra de las emanaciones de una inserción armónica en el medio natural. Algo así mantenía Kant en su *Paz perpetua*, texto en el que se reconoce que «la garantía de la paz la hallamos en ese gran artista llamado Naturaleza».

Otra de las facetas consustanciales a nuestro actual modelo básico es el deseo de acopio, y a su par, la exteriorización de lo acumulado, aunque sólo sea en símbolos o apariencias. El poder, en suma, siempre vinculado a la riqueza material y ésta como base del poder. Pues bien, ni siquiera esto es absoluto. También hubo culturas primitivas que periódicamente convertían en ceremonia el desprendimiento de lo acumulado. Y varias culturas aborígenes, sobre todo de Norteamérica, llegaron a basar el prestigio social en la periódica incineración pública de la riqueza individual.

También de los tiempos del yo llega una de las propuestas de mayor calado que puede hacer el pensamiento ecológico: la desactivación de la competitividad. La aparente inexorabilidad del enfrentamiento entre nosotros mismos tiene sus excepciones no sólo teóricas, sino también prácticas. Ahora mismo, incluso con la apabullante actualidad del deporte de competición, el segundo producto más consumido en las sociedades opulentas, resulta extraordinariamente absurdo que se quiera hablar de una cultura del empate. El empate me parece bellísimo, y lo

proclamo. El no prevalecer sobre nada, ni que nada prevalezca sobre uno mismo cabe, llena, tiene sentido, es hermoso y sosegante. Ser al 50 por 100 vencedor y perdedor. Desde luego que nada más alejado de nuestro modelo actual, y como tantos estereotipos considerado inviable. Claude Lévi-Strauss cita en *El pensamiento primitivo* unas culturas de Nueva Guinea, los Gahuku Gama, que no solamente entienden perfectamente que no hay que ganar al competir sino que se debe jugar y trabajar por el empate. Aceptando, por supuesto, que en esa cultura el juego se convierte en un acto fundamentalmente ritual en el que nadie vence a nadie. Prevalece el no prevalecer. No debe haber muchos más ejemplos de desmantelamiento claro de la práctica de la sacrosanta competitividad de nuestro mundo. Pero todavía llegaron más lejos los Gahuku Gama cuando han conocido el mundo occidental, y cuando incorporan incluso el deporte más famoso y convencional de nuestras culturas, como es el fútbol, siguen practicando la búsqueda del empate. Que se desarrolla jugando tantos partidos como sea necesario para que ambos equipos queden vencedores. Igualados en derrotas y victorias. Y esto, que apenas sobrepasa los límites de la anécdota, en cualquier caso permite aportar el ejemplo de la excepción, tan rara como sugestivamente propositiva. Podría tener bastante sentido esta propuesta, porque también se puede llegar a disfrutar jugando a no ganar y, por supuesto, a no perder, a no rebajar la condición del adversario y menos en un juego. La teoría del empate, al menos existente en un

rincón del mundo, anima al pensamiento ecológico, porque de lo que se trata es de no ganar, no vencer en absoluto a la Naturaleza, sino empatar con ella. Este atisbo desactiva la ya cargante e interesada demagogia de acusar a la reconciliación con el derredor de próxima tiranía para los humanos de retrógrados regresos. O de que la Naturaleza ocupe una posición que tenía anteriormente. Ni una cosa ni la otra, una vez más el equilibrio. La práctica de un culto al empate resulta cuando menos inspiradora. De que seamos capaces de usar sin degradar, sin derrotados, si acaso con todos vencedores. Por supuesto nada más difícil, ni lejano, la ambivalencia es consustancial a la vida misma, pero quizás no tanto a la Cultura, y de lo que se trata es de que la Cultura, hoy, eche una mano a la Naturaleza para protegerla, ya que antes se la echó al cuello.

Saltando lógicamente en el tiempo, y en el espacio, hay que llegar a uno de los más espectaculares descubrimientos de los últimos años, aunque se intuía ya en uno de los textos que aportan una gran cantidad de información, en cuanto a darnos pistas sobre los antecedentes del pensamiento ecológico. Me refiero al famosísimo libro de Robert Graves *La Diosa Blanca*, en el que se incluye una de las más acertadas definiciones de la poesía¹. Lo que importa para completar este breve asomo a los tiempos del yo y lo que pueden sugerirnos son una serie de descubrimientos arqueológicos que parecen corroborar las tesis de Graves.

¹ Ver Cap VIII.

Los cita Jordi Pijen en su libro *La Odisea de Occidente*. En él nos comenta que, a través de los trabajos arqueológicos de Yimbutas Marija, se tiene suficiente constancia de unas culturas anteriores a lo que podríamos considerar el mundo pregregio. Es decir, que se desarrollaron entre los años 8000 y 6000 antes de la era cristiana, en buena parte del sud-oriente europeo. En estas formas de relación encontramos no sólo un pensamiento identificado con las fuerzas de la Naturaleza y, por supuesto, con la siempre traída a colación diosa Madre, diosa Blanca, diosa Fértil, diosa Naturaleza, sino que también se ha comprobado que era una cultura no competitiva, no agresiva, no bélica. De hecho no existía el amurallamiento. No era, tampoco, patriarcal y parece estar basada en una afirmación y exaltación de la alegría de estar vivos. La consecuencia de todo ello se parece demasiado a una utopía que sí encontró un tiempo y un lugar para realizarse, ya que esa cultura se resolvió con paz, igualdad y prosperidad. De ser cierto, el sacralizar la Tierra, lo femenino y lo pacífico se saldó con claros beneficios mutuos para sus agentes activos y pasivos.

Tampoco se trata de recuperar viejos cultos, sino de analizar las consecuencias de ciertas actitudes por si nos gustan o nos sugieren algo. El tiempo, además de irreversible, a lo mejor es elástico y capicúa.

2.4. TIEMPO DEL TÚ.

ORIENTE

Tú es al que preguntas y a quien respondes. Es el que permite dialogar. Y, por supuesto, una exploración algo distante de la propia identidad que comienza a objetivar. Tras la fusión –¿confusión?– del yo, el siguiente peldaño nos lleva a un mundo que es abordado como interlocutor, como segundo pronombre. Pero las relaciones son todavía personales. Los humanos iniciamos una charla con el cosmos. Las grandes civilizaciones de la antigüedad, incluyendo sus religiones, todo el pensamiento filosófico presocrático y los inmensos monumentos de la cultura humana que son las doctrinas filosófico–religiosas del lejano oriente, podrían ser enmarcadas en el tiempo del tú, en el que, todo lo que vive en derredor tuyo, es interlocutor válido. Lo que entonces se pensó todavía hace grandes insinuaciones al pensamiento ecológico.

Comenzando por estas últimas resulta imprescindible acercarse al sistema de Lao–Zi, por cierto, autor inexistente. De hecho, los especialistas consideran que Lao–Zi es en realidad el título de una obra más bien colectiva y gestada a lo largo de toda una época. El taoísmo es más filosofía que religión. Resulta de tal importancia como antecedente que el ecologista de hoy día, lo sepa o no lo sepa, quiera o no quiera reconocerlo, es por lo menos en un 25 por 100 taoísta. Para empezar, el Tao nos habla de un modelo de

estado, muy próximo al que uno imaginaría como el apropiado para enfrentar la degradación ambiental y el empobrecimiento cultural. Porque habla de un determinado espacio relacionado íntimamente con su entorno, a escala humana, capaz para satisfacer las necesidades básicas. Un estado coherente, de escasa población y sin jerarquías. El taoísmo es, pues, la primera aproximación intelectual a la acracia, al tiempo que aboga por una cierta autarquía económica, una independencia floreciente, un ser uno mismo en medio del fluir del resto de lo viviente. El Tao propone una vida de acuerdo con los principios de funcionamiento de la Naturaleza. Entiende que la finalidad de la vida es estar en acuerdo con el cosmos, e incluso llega más lejos; pretende una unidad íntima con él. Procura, hasta donde alcanza, superar la famosa dualidad Cultura–Naturaleza que nos trae al duro presente en el que estamos. Pero esa feliz incorporación a la unidad de lo viviente reivindica aproximaciones lúdicas, inconscientes, intuitivas, asistemáticas, tan activas como pasivas, y hasta preponderantemente esteticistas.

Pero hay algo que entiendo todavía más importante. En el Tao aparecen los primeros llamamientos anticonsumistas en la historia del pensamiento humano. Y lo hace con unos versos, a mi entender, todavía no superados: «La codicia nos hace cosa entre las cosas.» Esta idea del Tao aparece salpicadamente en otros pensadores y sobre todo literatos de varias épocas. Epicuro mantiene que «no se debe

estropear lo que se tiene por el ansia de lo que no se tiene». Y también, veinticinco siglos más tarde, vuelve a aparecer animando a poetas como Walt Whitman o, ahora mismo, a Octavio Paz. El primero, refiriéndose a los animales, escribe: «No hay ninguno que no esté satisfecho, no hay ninguno que esté poseído por el ansia de poseer.» Algo que podríamos muy bien poner en las paredes como eslogan ecológico. El poeta mexicano, premio Nobel de Literatura, repite casi textualmente estas mismas palabras en otro de sus más bellos poemas, llamado *Paisaje*, en el que incluye a los animales y a los humanos: a los primeros los encuentra «... dichosos en su estar», «frente a nosotros que no estamos, comidos por la rabia, por el odio, por el amor comidos, por la muerte».

Para taoístas y poetas parece claro que la voluntad de poseer, la codicia, hace olvidar el tuteo, es decir, nuestra condición de seres vivos que podríamos elegir el diálogo con el cosmos. Conviene recordar, en consecuencia, que al interlocutor no hay por qué derrotarlo. Esa siempre ha sido la obsesión del tiempo histórico, inseparable del poder y del Estado; por eso, negar la Historia, salirse de ella, es entrar en los armónicos ritmos de la Naturaleza, en los que se encuentran el sosiego, el silencio y la mayor libertad posible en este mundo. El libro del Tao resulta, a pesar de que puede leerse en una sola hora, inagotable; es en sí mismo la propuesta de *sostenibilidad* que tanto nos preocupa. Pocos monumentos de la creatividad escrita por los humanos no se

desgastan. Conseguir semejante resultado tal vez tenga relación directa con el carácter inconcluso del propio texto, con su ser consecuente con otro de los más afortunados pasajes del mismo, aquel en el que se afirma que el hombre fracasa cada vez que da por concluido un empeño. Porque el taoísmo cree en el discurrir perpetuo del tiempo y de la vida, que siempre regresan a su punto de origen, sin origen y sin fin. Por lo mismo, el tiempo parece el mejor aliado del Tao, y en consecuencia cada día es más actual. En él hay incluso una definición del funcionamiento de la Naturaleza que es casi una anticipación de las últimas interpretaciones que la física ha dado del universo y la ecología de la biosfera. La considera una *armonía caótica*. Recordemos de paso que Fernando Pessoa define con los mismos términos su propia poética. En realidad, casi todos los poetas son algo o muy taoístas. De la misma forma que el pensamiento ecológico es ante todo poético. Y la poesía, siempre bastante ecológica.

Cerca del taoísmo está el budismo. Ejemplo de un curioso proceso por el que una filosofía fundamentalmente atea se convierte en religión. En cualquier caso, del ideario del Gautama hay que comentar por lo menos dos aspectos fundamentales. Su primer mandamiento es el respeto a todas las formas de vida. En consecuencia, algo íntimamente emparentado con la más conocida y reconocida faceta del pensamiento ecológico, la que propugna la conservación de la biodiversidad. Su ética es la del no infligir sufrimientos a lo viviente, y menos la muerte. El budismo ha encarado mejor

que ningún otro sistema de pensamiento el crucial problema filosófico de todos los tiempos, que es la muerte. Entiende que a los contrarios hay que absorberlos, fundirlos, no aniquilarlos. Por lo mismo, la muerte es la materia prima de la vida por venir. El miedo a la muerte del que ahora vivimos su más radical representación, paralela por cierto a la paradoja de que en nuestro sistema lo muerto tiene muchísimo más valor económico que lo vivo, siempre ha marchado en paralelo a la escisión entre lo humano y lo natural. La reconciliación entre ambos que actualiza y activa el pensamiento ecológico, como en su día hizo también el epicureismo, desata sencillamente la posibilidad de disfrutar de la condición de vivo sin acongojarla permanentemente con la idea de muerte, a la que no por ocultarla tras falsos telones deja esta sociedad de rendir irremediable culto. Hoy esta consideración es eje de cualquier reflexión sobre la vida y estaba anticipada como precepto por parte del budismo hace también veinticinco siglos. Otro aspecto definitorio de este pensamiento es su carácter no proselitista. Esto probablemente nos podría llevar a cuestiones de mayor calado porque siempre tenemos la tendencia a hacer apología, a acercar el ascua a determinada sardina, de estimar como prioritario el convencimiento de los demás. Pero hubo quien consideró que no hay mejor prédica que el comprobar personalmente, en tu experiencia, lo que te han propuesto. Esto desactiva a los muchos amos de la verdad y a los salvadores de todo tipo y condición, que suelen recurrir casi siempre a actitudes agresivas. Toda propaganda es un

asalto a tu independencia de criterio, un conato de imposición, cuando no puramente beligerante. Y en este sentido habría que airear una vez más la preciosa definición que hace Borges del budismo. En el sentido de que lo califica como la cúspide de la ética en la historia de la humanidad, desde el momento en que es la única «ideología–religión–filosofía» que nunca ha tomado las armas, ni siquiera en un sentido defensivo. Que nunca se consideró la única verdad y, en consecuencia, jamás necesitó imponerse. Cuando otras ideologías, otros pensamientos y sobre todo otras religiones han justificado y practicado la violencia hasta cotas delirantes. De hecho, todas las guerras, de todos los tiempos, han sido de religión. Todos los pacifistas tenemos, por tanto, algo de herencia del budismo. Como también la encontramos en el único caso en la historia de la humanidad, es decir, desde que hay Estado, en que hubo un gobierno ecologista. Tan notable singularidad fue consecuencia directa de la conversión del emperador Asoka al budismo, pero éste lo materializa en relación con algunos aspectos que hoy consideraríamos básicos de una política ecologista. El período de Asoka (siglo IV antes de Cristo en la India) consolida una beneficencia pública, total y gratuita para todos los súbditos. Aparece un cierto feminismo por primera vez en la historia del pensamiento, que se plasma en la creación de un departamento para los asuntos de la mujer. Igualmente respetadas y atendidas administrativamente fueron las minorías indígenas. Es decir, se fomentó y aseguró el respeto a la biodiversidad cultural de los propios súbditos

del emperador. Se renunció totalmente al empleo de la fuerza. Se crearon hospederías, huertos y pozos de agua potable para los viajeros. Se hicieron políticas de reforestación e incluso se sembraron a lo largo de los caminos de la India parterres de plantas medicinales, para que todo el mundo accediera a lo que podría ser considerado como una asistencia farmacéutica completamente gratuita. Incluso se dispensó un alto grado de protección a la fauna y la flora espontáneas.

Esta utopía, no sólo con lugar sino también con presupuesto, apenas duró un par de decenios, pero su huella en la historia está ahí, imborrable. Seguramente resultaría reconfortante añadir aquel refrán: «Lo que puede hacer un hombre lo puede hacer otro.»

El jainismo, por su parte, lleva todavía más lejos la apreciación y el cuidado a la vida al considerar que todos los vivos participan de una condición común. Para este cuerpo doctrinal, derivación extrema del budismo, eliminar vida es daño inferido a uno mismo.

También el zoroastrismo y el maniqueísmo dispensaron un enorme respeto a los otros componentes de la Naturaleza.

2.5. TIEMPO DEL TÚ.

OCCIDENTE

Ningún modelo de pensamiento de la Antigüedad supone una separación del hombre, como sujeto de razón, de una naturaleza inanimada.

Rafael Argullol

Los filósofos griegos, y destacadamente los presocráticos, nos abrieron casi todas las puertas al abordar casi todo hasta el desbordamiento. Apenas dejaron resquicios para una seria innovación, y son una fuente permanente de sugerencias para nuestra crisis actual. Ellos anunciaron, como Anaximandro o Empédocles, el principio de la evolución biológica. Tales descubre la responsabilidad del agua en todos los procesos vitales. El fluir de Heráclito se adelanta a las leyes de la física y de la ecología y además combate, todavía hoy, con su inestable levedad, a ese roedor incesante que es el mecanicismo. Pitágoras sostiene que la armonía rige la Naturaleza y ahora nos gustaría armonizarnos con esa armonía tan destrozada. Anaxímenes sitúa en el aire el primer principio y no distingue entre alma y vida, con lo que es fiel exponente del tuteo con la

Naturaleza. Hay que recordar simplemente que el pensamiento presocrático es esencialmente una colección de filosofías de la Naturaleza y entiende que la cercanía entre el hombre y su derredor físico es fundamental. Pero hay algo, que sale de ese período, que entronca más aún con la propuesta angular del actual pensar ecológicamente. Me refiero al rechazo de la mayor parte de los pensadores presocráticos a lo ilimitado.

Ese anunciar los procesos ecológicos y evolutivos, el estar a gusto y coexistir con lo limitado, con el mundo de la experiencia cercana, con el conocimiento de la propia Naturaleza y con unos equilibrios que se van descubriendo en el cosmos, junto con la crucial creencia de que la Naturaleza da sentido a la sociedad, me parecen las señas de identidad más llamativas de los presocráticos. Tal vez de ahí surja la recomendación más oportuna y rescatable de casi todos los tiempos. Tres palabras que resolverían crisis, éticas y futuros: «DE NADA DEMASIADO», frente a lo que nos trae a maltraer en nuestro mundo que es el «DE TODO MUCHO» o «MUCHÍSIMO MÁS». Frases que en realidad son auténticas sobredosis, concentrados de ideología, la ya única. El «de nada demasiado» se convierte además en una de las recomendaciones del oráculo de Delfos, que Epicuro, sin duda uno de los más sugerentes preecologistas, desarrollará.

Los presocráticos, por último, también se atreven con una exaltación de lo modesto: «lo poco es más grande que el

todo». Esta idea que luego recupera E. F. Schumacher en *Lo pequeño es hermoso* también traspasa los siglos y las obsesiones del presente.

2.6. EL CAMINO QUE SE BIFURCA. EL TIEMPO DEL ÉL

La emergencia del sujeto convierte al mundo en objeto.

Jordi Pigem

Poco después, con los Socráticos y con los postsocráticos, fundamentalmente Platón y Aristóteles, se trastoca ampliamente la vinculación con lo natural, al aparecer, con espectacular contundencia en la historia del pensamiento humano, lo ilimitado. Es decir, lo que excede y sobrepasa la realidad corpórea y al entorno. El hombre despega de la Naturaleza y se despega de sí mismo.

Los fundadores del actual pensamiento occidental nos sitúan fuera del mundo por vía de abstracciones y finalmente consideran que lo que miramos está puesto ahí para

nosotros exclusivamente. De donde suele extraerse una ilimitada licencia para destruir. Empiezan a separar, a crear la gran sima entre el cuerpo y el espíritu; entre el hombre y la Naturaleza. Esta ya no nos explica sino que nosotros tenemos que explicarla. Ya no se trata de diálogo, sino de un monólogo que relegará progresivamente al interlocutor a la condición de dominio parcelado. Lo que miramos ya está mudo o, por pertenecer a otra categoría inferior, se decreta el término del diálogo y comienza la soledad. Nada ha cambiado tanto la idea del mundo como el idealismo. Y sus responsables lo hacen, curiosamente, cuando al mismo tiempo aportan algo que es fundamental para el pensamiento ecológico: la percepción de las secuelas de tal ruptura en el medio natural.

Porque tanto Platón como Teofrasto, el más completo de los discípulos de Aristóteles, son los que, por primera vez en la historia occidental, dan cuenta de degradaciones ambientales. Todos sabemos que el autor de los diálogos socráticos hace una perfecta descripción del empobrecimiento del entorno del Peloponeso.

Es clásica la cita del *Critias* en la que Platón se lamenta así: «Las lluvias que nos manda Zeus se pierden, porque la tierra desnuda no las retiene.» O cuando compara al paisaje con un perro flaco y escuálido. Pero, insisto, al mismo tiempo que nos da estos testimonios, funda la metafísica que ampliará Aristóteles. Nos crea el panorama fundamental de la abstracción que se puede definir, como lo hace el ya citado

Jordi Pijen, como uno de los más graves extravíos de la historia, de la humanidad desde el momento que es un pensamiento que «confunde el mapa con el territorio». Y acaba por vivir sobre las construcciones mentales en lugar de sobre el suelo. Nos separa de nuestra realidad, sobre todo de la natural. Desapego en paralelo con el considerarnos por encima de todo lo demás. Del período del tú se pasa al del él o mejor al del ello.

La metafísica logra que el paisaje interior sea mucho más importante que el todo físico, que el paisaje exterior. Y que además lo modifique hasta la completa dependencia actual. Nuestro modelo, en el que estamos, el pensamiento predominante en el mundo occidental, y que luego se ha extendido hasta todas las esquinas del planeta, en realidad no es metafísico, es ultrametafísico. Ya no son las ideas quienes dictan y componen la realidad, lo hacen subproductos de las ideas como el dinero, el crecimiento que no percibe sus raíces, ni sus límites, la comunicación que distancia... Con la peculiaridad de que el predominio de los esquemas mentales se impone sobre todos los paisajes y todas las culturas. Hasta el punto de que el pensamiento europeo occidental se ha convertido en la maquinaria de transformación del mundo más veloz y eficaz. Algo imposible, si no se hubiera aquilatado la idea aristotélica de que todo estaba ahí para el humano. La filosofía metafísica confiere un falso título de propiedad. Se inicia la gran taxidermia, el coleccionismo de definiciones, de exclusiones.

Etapas que, en cualquier caso, abre infinitas posibilidades y que por supuesto es patrimonio del que formamos parte. Porque la puesta en valor del individuo abre perspectivas deseadas y deseables, siempre y cuando no se las neguemos a lo mirado. Nada, pues, que lamentar en exceso a excepción de los excesos y el abandono en la cuneta de las posibilidades también infinitas del diálogo de la etapa anterior. Si la metafísica hubiera sido suma y no resta, no exclusión para potenciar el dominio, tal vez estaríamos en otra historia. Acaparadora, por supuesto, pero incapaz de silenciar del todo la voz de la Naturaleza. Porque aquel tuteo con el cosmos va a ir reapareciendo aquí y allá a lo largo de estos últimos veintitrés siglos. Y cada vez que lo hace, casi invariablemente encontramos a un antecesor del pensamiento ecológico.

2.7. EPICURO

Toda sociedad en crisis con su propia continuidad ha sido enemiga del placer.

Emilio Lledó

Casi al mismo tiempo y en el mismo lugar que se afianza la gran ruptura encontramos a otro de los ocupados en la necesidad de las conversaciones con la realidad y con nosotros mismos. El filósofo de la amistad, Epicuro, destaca excepcionalmente entre los antecesores del pensamiento ecológico. Su sincronía con el aristotelismo viene a demostrar que los seres humanos podemos construir tanto como su contrario. Que afortunadamente tenemos acceso a los antídotos, que Holderlin acertó cuando decía que del máximo peligro nace la salvación. Otra cuestión es la posibilidad real de aplicarlos a gran escala.

Epicuro no sólo aporta algo con tanto calado como que «desconocer la Naturaleza es la causa de la desgracia humana», sino que es una de las fuentes que con más frescor calmará nuestras soledades reflexivas. Ya tuvo el buen acuerdo de enseñar en contacto con lo natural, en un jardín que era más bien un huerto, por lógica biológico. Si antes he afirmado que hasta un 25 por 100 del pensamiento ecológico es pariente del taoísmo, seguramente un porcentaje aún mayor nos hermana con el epicureismo. Un cuerpo de ideas que han sido tergiversadas como pocas otras a lo largo de la Historia. Epicuro proponía un claro disfrute de la vida y de los sentidos pero desde un consecuente «de nada en demasía», que él acuñó con uno de los aforismos que mejor le cuadran a la actualidad «nada es suficiente para los que lo suficiente es poco». Consecuente, incluso era austero en el comer. Fue un

apóstol de la amistad, que hizo extensiva a las mujeres, y a los esclavos, aceptados en su escuela, y al resto de los seres vivos. En este sentido, y como han puesto de manifiesto recientemente los estudiosos del filósofo, no es desacertado considerarle como un claro anticipador de los derechos humanos, obvia secreción de una actitud amistosa hacia todo el género humano. Al mismo tiempo, Epicuro considera que la libertad interior, lo que hoy llamaríamos independencia de criterio, se conquista con el conocimiento, y es una de las máximas y legítimas aspiraciones del ser humano, porque suele conducir a la *ataraxia*, a la serenidad y lo hace siguiendo el camino de la armonía entre cuerpo y mente, entre sociedad y derredor. Propone también vivir dentro del tiempo y de la vida, no de la historia y menos dentro de la Polis, de la ciudad. Vivir sin artificio es evitar la posibilidad de ser manipulado. ¿Qué no diría hoy, cuando todo es ya ciudad y manipulación? Hay en Epicuro también una cierta descalificación de la competitividad cuando afirma que conviene «librarse de la cárcel de la política y de los negocios» o, de forma todavía más asumible hoy por los defensores del derredor: «Las varias divisiones de la Tierra dan a cada pueblo una patria distinta. Pero el mundo habitado ofrece a todos los hombres capaces de amistad una sola casa común: la Tierra.»

La herencia de Epicuro cuaja cuatro siglos más tarde en Lucrecio, el poeta de la levedad y el azar, dos de los valores más apreciados por la sensibilidad ecológica. «Es necesario

que des una ojeada vasta y grande sobre la Naturaleza, y que sus partes a la vez consideres todas juntas, acordándote siempre que el gran todo es infinito, y que supone poco el cielo comparado al universo y que es el hombre imperceptible...», entresaco de su *De Rerum Natura*. Lucrecio, el poeta de la levedad según Italo Calvino, agiganta la figura de Epicuro, imbrica constantemente, se hace eco de una filosofía de encuentros, acordes, acordándose con lo espontáneo, porque sencillamente también formamos parte de la Naturaleza. La heterofilia, inseparable de lo ecológico, fue el eje central del pensamiento epicúreo.

Del aparente contrario de este pensar tan sensitivo, del estoicismo, sin embargo, podemos atisbar algunas coincidencias, como su cierto panteísmo, que en realidad es la línea que, luego, a lo largo de los períodos medievales y modernos, es la pista principal para encontrar filósofos que acerquen al humano a la Naturaleza. Los estoicos mantienen que todo forma parte del sistema natural y que lo individual alcanza sentido cuando se armoniza con la Naturaleza. Incluso el místico Plotino, al incorporar a su pensamiento elementos de la casi totalidad de sus predecesores, resulta una buena referencia, especialmente al considerar la *diversidad* como algo que mana de la unidad. O que la unidad se alimenta y asegura a través de la *diversidad*, es decir, lo que hoy consideramos ecología pura.

Son frecuentes, por otra parte, las alabanzas y complicidades de muchos pensadores romanos con la

Naturaleza. De hecho, algunas disposiciones legales, ya en el período republicano, estaban destinadas a proteger los bosques, a los que se consideraba muy degradados. Pero, de los muchos aspectos que serían reseñables, destaquemos las aportaciones de Plinio el Viejo, recopilador de saberes biológicos y agronómicos pero al mismo tiempo denunciante de malos usos del entorno y constante exponente de mejorar la apreciación de sus coetáneos hacia la Natura. Llega a recomendar que «no se debe faltar a la madre universal de todo lo creado».

Varrón y Columela, Horacio y Virgilio, desde su activa literatura y desde sus tratados prácticos, son claros y acertados exponentes del extraordinario amor que a lo natural todavía conservaba la sociedad romana.

Tácito, por su parte, estableció por primera vez la relación entre la guerra imperialista y la degradación ambiental: «Hacen un desierto y le llaman paz.» Aspectos absolutamente corroborados en las últimas contiendas bélicas, que han sido tanto o más contra el ambiente que contra las personas.

2.8. SIGLOS NO TAN OSCUROS

En la Edad Media todavía es activo el vínculo con lo natural.

Los bestiarios resultan muy populares y sirven de libro escolar. El *Fisiólogo* era aprendido de memoria. Se tiene por completo presente el mundo de los animales al que se otorga capacidad de ejemplificar modelos morales. Queda latente un animismo; se considera que en la Naturaleza todo está animado en el sentido griego clásico. Hay una ingente e ingenua identificación de lo espiritual en lo natural.

Maimónides en su *Guía para perplejos*, título que tomará prestado ocho siglos más tarde Schumacher, uno de los primeros filósofos ya estrictamente ecológico, encara lo que hoy podríamos considerar como primer punto de la ética hacia el derredor y, como tal, contemplado en los preámbulos de los actuales tratados internacionales de conservación de la biodiversidad. Su afirmación de que «no hay que creer que todos los seres existen para el hombre. También en provecho de sí mismos» adelanta el criterio de que la multiplicidad de formas vivas, tanto individualmente como en su conjunto, tienen valor en sí mismas, por encima incluso de los principios de utilidad directa para los humanos. Podría afirmarse que la tercera generación de derechos universales, que iniciaron los budistas, fue adensada por Epicuro y que Maimónides también la intuyó.

Francisco de Asís merece siempre un comentario al suponer el más refrescante paréntesis que, dentro del dominante pensamiento cristiano en la Edad Media, incorpora a su sensibilidad y consideración el mundo circundante. Una ética que abarca hasta lo mineral, una

capacidad de comunicación que le conecta con la Naturaleza: «allí donde vosotros escucháis los cantos de los pájaros, yo oigo palabras». Y no desvarió, la etología y la teoría evolutiva han dado razón en buena medida al *poveretto*, canonizado por quienes mantenían y han seguido manteniendo siempre todo lo contrario, es decir, un sentido dominante y patrimonial de los hijos del Dios verdadero sobre el entorno y sus formas vivas, incluyendo todos los no creyentes. Quiero decir que el de Asís acertaba, porque si no somos hermanos, al menos sí parientes de todo lo vivo: procedemos de un lejano ancestro común, innegable hoy hasta por las corrientes religiosas, y además todos, desde la ameba a la ballena, estamos fabricados con unas decenas de moléculas idénticas. Por otra parte, basta con conocer o intuir los códigos comunicativos para percatarse de que todos los seres vivos transmiten y reciben información, que ésta a veces tiene capacidad para provocar cambios en la conducta y, por supuesto, que cabe interpretar su significado.

Es más, el canto al sol de San Francisco muy bien debería ser tan citado como la famosa carta del indio Seattle o los textos de Schumacher.

2.9. EL TIEMPO DEL ELLO.

DEL RENACIMIENTO AL ROMANTICISMO

La ambivalencia preside todo proceso y más los históricos. A menudo, en el mismo punto donde comienza una incorporación otros valores se desvanecen. Los caminos que se bifurcaron con los grandes pensadores griegos son al mismo tiempo encontrados y más dramáticamente separados en la época renacentista. De hecho, buena parte del pensamiento del 500 y 600 se basa en una recuperación del amor a la vida, de la contemplación de la Naturaleza, de estudio de los períodos clásicos y de una imponente emergencia del arte. Pero a la vez se consolidan los valores propios de nuestra época: el individualismo, la empresa expansiva que colonizaría a todo el planeta sin respeto a lo que le precedía: el mecanicismo que abre todavía más la herida, que hasta rompe los puentes entre ésta y la Cultura, es el período de lo puramente científico, con lo que también se agrandan las diferencias entre lo humanístico y lo científico. Se abre también la puerta a la valoración del acopio y a la insaciabilidad de los estados como primer mecanismo para su propia justificación y consolidación. Giordano Bruno ardió por mantener entre otros principios que la Naturaleza tenía alma, que la vida iba transformándose y que era un todo inagotable. Pero seguramente su mayor contribución quede enarbolada en esta frase: «Que la Naturaleza sea ley para la razón, no la razón ley para la Naturaleza.» Y ahí sigue el debate.

Tomás Moro basa una parte de su *Utopía* en la comunión con la Naturaleza, algo que aparece impregnando las otras aportaciones renacentistas al pensamiento utópico. La tolerancia que destilan sus propuestas resultan igualmente recuperables, así como un cierto agrarismo.

Filón que no podremos agotar, cascada de sugerencias aplicables, deleite al ser leído y alimento al ser interiorizado es Michel de Montaigne. De él resulta de inmediato aireable su creencia en el valor de la individualidad –que recordemos sería la antítesis del individualismo–, el gran bastión que todavía se puede levantar frente a la cosificación, la mercantilización y el mecanicismo. Todos somos el Todo y nos equivocamos al considerarnos superiores a la Naturaleza, mantiene el francés inacabable. El primer ensayista es un admirador casi exultante de la diversidad cultural y natural, que en lugar de sentirse atemorizado ante la diferencia aprende a amarla. Como Epicuro, pretende eliminar de la vida la inquietud que invariablemente produce la ambición. La cosmovisión de Montaigne se acerca mucho a la hoy mantenida por los físicos porque carece de centro. Algo así como que todo es centro de todo, es decir, como el propio cerebro humano. Y a su lúdico disfrutar de los sentidos y su desconfianza hacia las verdades absolutas nos apuntamos con descaro.

En nuestras latitudes destaca con mucho la aportación de fray Luis de Granada, autor de un *Canto a la Naturaleza* que casi resulta excesivo por su continua alabanza de todo lo que

tenga que ver con las faunas, floras, vida campesina y procesos naturales.

Que todo es búsqueda y casi nada hallazgo también emparenta a lo ecológico con Spinoza. Ortega y Gasset, en un ensayo sobre Renán, al que considera discípulo del holandés, entiende que la de Spinoza, su panteísmo, es la filosofía de los poetas. Ver un todo en cualquiera de sus partes es por supuesto la tarea de la poesía. Es más, el lenguaje poético resulta obviamente el más ajustado a la causa de la Naturaleza, por no decir el único. El panteísmo tiende a la igualdad, elimina la discriminación y la soberbia. Sin pretender más que una cierta comprensión del fenómeno panteísta, por tanto desde el agnosticismo, se puede admitir que de existir Dios, desde luego debería ser panteísta, pero ese Dios sí que murió a manos de los monoteísmos. Parece claro que para que el hombre conquistara y destruyera el mundo necesitó antes Lindar una divinidad extranatural y crear, donde no las había, las diferencias. En el campo de las ideas lo que realmente hace coincidir al panteísmo y al ecologismo es que pretende incluir o excluir toda exclusión. Aquello del 68 de «prohibido prohibir» es concepto hermano. Volviendo a Spinoza, para él todo es Ética, todo es, pues, relación, como en ecología. La primera entre los humanos, la segunda entre éstos y todos los demás y de los demás entre ellos mismos. Pero bastará acordarnos de su primera definición para traerla con honores hasta la ética ecológica: «Por bueno entenderé lo

que con certeza sabemos que no es útil.» Algo casi idéntico a lo que Giner de los Ríos repetía: «Nada es más necesario que lo inútil.» Pero Spinoza es mucho más; es casi inabarcable por su gigantesca aportación al humanismo no limitado al humano; quiere lo conveniente para una mejor vida de los pensantes, pero no la encuentra dissociada de los no pensantes. Su crítica al sentido de la culpa y del odio, que nos atosigan desde el primitivo judaísmo, es más que recomendable pasaporte hacia un reencuentro con nuestra verdadera condición, tan culta como natural. Se decanta por la posibilidad de apreciar y participar de la diversidad de lo espontáneo como uno más de los elementos de una «sustancia única y universal». Spinoza incluso se adelanta bastante a la teoría Gaia, hoy bien recibida, al considerar la Naturaleza como un organismo.

Aunque no es el propósito de este capítulo explorar a los que agrandaron la distancia entre lo humano y lo natural, hay que señalar que, al mismo tiempo que se producen estos salpicados ejemplos de pensamientos preecológicos en los que predomina la consideración del resto de lo viviente, avanzaba con bastante mejor fortuna el proceso mental de alejamiento, el tiempo del ello. En buena medida por las consideraciones de Bacon y, sobre todo, por la cosmovisión de Descartes, por ese determinismo a ultranza que mecaniza a la vida; desacraliza, objetiva, por supuesto, y al tiempo que descubre dimensiones por completo necesarias para el conocimiento, también abre definitivamente las puertas al

avasallamiento. Le quita el alma a la ciencia. La que ahora le está devolviendo la ecología.

El siglo XVIII consolida el dominio político de los europeos occidentales en buena parte del planeta, por primera vez en la historia de la humanidad hay un sólo modelo dominante, el europeo occidental, tirando en una sola dirección del mundo, de la especie y de su entorno. Lo panorámico cede ante lo fotográfico. Lo poético frente a lo prosaico.

Pero sigue habiendo excepciones. Aunque invariablemente clasificado como naturalista, y por supuesto el gran compilador de lo, hasta su entonces, sabido en torno a los animales del mundo, el conde de Buffon, feroz antropocentrista, sin embargo deja abierta una rendija al evolucionismo y a la ecología.

Aparte del mérito de haber elevado a la condición de excelente literatura la descripción de las faunas, acuña una de las más válidas anticipaciones a la *sostenibilidad*, elemento crucial del actual pensamiento ecológico. Confieso mi particular debilidad por esta cita, que he repetido siempre que he podido:

«La Naturaleza, muy distinta en esto al arte humano, cuyas producciones sólo son obras muertas, es en sí misma una obra perpetuamente viva, un obrero incesantemente activo, que sabe hacer uso de todo y que trabajando sin más modelo que ella misma, siempre con

los mismos materiales, lejos de consumirlos, los hace inagotables. El tiempo, el espacio y la materia son sus medios, el universo su objeto y el movimiento y la vida su fin.»

La acepción de arte por industria es tal vez el único punto oscuro de esta cita gloriosa.

Rousseau, por su parte, es una de las figuras más contradictorias de la modernidad. Su carácter y su biografía oscilan entre lo sublime y lo abyecto. Al mismo tiempo, probablemente, hay pocos personajes en la historia del pensamiento que hayan sido inspiradores de tantos aspectos contradictorios, tantos avances y retrocesos. En su ideario hay quien ha visto tanto las bases del capitalismo como las del marxismo, del advenimiento de la democracia como de los totalitarismos. A no olvidar que hay quien también encuentra en él las fuentes del anarquismo. Y por supuesto en él se pueden beber algunos sorbos de pensamiento preecológico. A pocos les caben tantos padrinazgos. Sea como fuere, contribuyó claramente a cambios fundamentales de su tiempo y el nuestro. El haber aportado el concepto de igualdad de los humanos bastaría ya, por sí solo, para otorgarle un lugar en la historia. Desde luego rechazó los salones y el prestigio social, mantuvo que lo natural es superior a lo cultural, que considera como deteriorante de la condición humana. A la civilización como enemiga de sus actores. Lo que más nos vale hoy de Rousseau es que es un claro recuperador del valiosísimo

valor de la individualidad, pero contemplada ésta como una interacción entre el yo y el derredor. De hecho, sus descripciones del entorno están vivas por vividas y son de una calidad literaria enorme. Merece incluso un lugar entre los naturalistas, como el mismo Goethe. Pero sobre todo hay que seguir utilizando su capacidad de crítica a la pretendida panacea del progreso, tal y como todavía se entiende.

Digamos, por último, que Jeremy Bentham despeja parte de su sofocante utilitarismo con su apuesta por la tolerancia y descubriendo que es responsabilidad del ser humano velar por la Naturaleza y por el bienestar de los animales.

2.10. CINCO ALEMANES NO SUPERADOS

Cuando hoy pretendemos que la admiración por la Naturaleza aquiete algo la tempestad de mal gusto que nos asola, la sordera social hacia todo lo que no sea pragmatismo, y la drástica destrucción de lo viviente, solemos recurrir a una tautología: la de que todo es cuestión de educación. Que se debe estimular la sensibilidad de las gentes y de hacerles percibir lo que pasa en y le pasa a la Naturaleza. A todo eso le llamamos educación ambiental. Y

a menudo se le quiere dar un carácter de prodigiosa innovación en los campos de la didáctica. Con ser dignos de toda consideración y estímulo, estos intentos tienen poco de original. Al menos en lo que a un marco general se refiere. Y es que ya en el romanticismo, sobre todo el alemán, hay un caudal de sugerencias preecológicas en buena medida todavía vivificantes, que bastaría incorporar para estar educados ambientalmente.

Goethe, Schiller, Humboldt, Schelling y Krause reflexionan, sienten e intuyen con la Naturaleza como tema central o muy destacado de sus pesquisas, consideraciones, creaciones y expresiones. El primero combina una destacada actividad científica con la puramente literaria y filosófica. Le apasionan tanto la evolución y morfología de las plantas como la tragedia. La teoría de los colores como las otras culturas humanas. Sus principales aportaciones a la historia de la filosofía tienen que ver precisamente con su concepto de Naturaleza, a la que considera indistinguible de la realidad y a su vez como el todo. De nuevo, por tanto, una suerte de panteísmo. Intuye la evolución biológica, desde el momento en que considera la vida como un proceso de continuo cambio hacia una mayor belleza. Hace, aun siendo en buena medida científico, una de las más duras críticas a la ciencia de la historia cuando afirma: «No podemos imaginarnos todo lo que de muerto y mortífero hay en la ciencia.» Seguramente por privilegiar en sí mismo una ruptura de los estereotipos dominantes durante la

Ilustración. Pretende romper los límites de la razón, de lo seguro y convencional con una apuesta por el conocimiento intuitivo. Recuperemos algunas de sus ideas sobre la vida para subrayar su ideario:

«Nos vemos rodeados y abarcados por ella, siendo incapaces de salirnos de ella, incapaces de penetrar más a fondo en ella... Crea eternamente nuevas formas; lo que existe no existía, lo que fue no ha de regresar, todo es nuevo y es siempre antiguo... La naturaleza diríase que ha emplazado toda recompensa en la individualidad, y que no se preocupa ni un ápice por los individuos... Cada una de sus creaciones está dotada de su propio carácter... y, sin embargo, todo al unísono forma una unidad... Se transforma eternamente y no conoce un solo instante de quietud. De nada sirve la permanencia, y sin embargo su curso ha de pasar por todo aquello que permanece estático... Vierte sus criaturas al mundo a partir de la Nada y no les indica de dónde vienen, a dónde van. Que emprendan la carrera que les corresponde, que ella conoce el rumbo... La vida es su más bella invención y la muerte es su artificio para asegurar la vida; reviste al hombre de tinieblas y pese a todo lo espolea a seguir hacia la luz»².

Destaca sobre todo su consideración de que el yo, la individualidad, sólo encuentra sentido cuando tiene el valor de

² Citado por Karl Weintraub.

percibirse como parte de un Todo. De todas formas, seguramente una de las aproximaciones más lúcidas, a la par que escuetas, de Goethe a uno de los verdaderos desafíos de la actualidad, como es la conservación de la multiplicidad vital del planeta, es la que se resuelve con el aforismo «Lo más sublime es la contemplación de lo diferente como idéntico». Llevar esto a sus lógicas consecuencias cimentaría sentimentalmente la ingente tarea de conservación de nuestros patrimonios genéticos y naturales.

Schiller, su cercano amigo y en tantas facetas complementario, aporta con su *Educación estética del hombre* una de las obras más vivibles desde la perspectiva ecológica actual. Con anticipación a lo que hoy es ya una casi consolidada ruptura entre la humanidad y la Naturaleza nos brinda el que sigue siendo el mejor antídoto: los sentimientos de vinculación con el derredor. Hay un cierto anuncio del «yo y mi circunstancia» de Ortega. Critica «al ruidoso mercado del siglo». O esa percepción de los secretos de la vida: «La Naturaleza quiere multiplicidad.» Y como Goethe, la búsqueda del vínculo «El hombre culto hace de la Naturaleza una amiga, enalteciendo su libertad y poniendo un freno a sus caprichos»; «La razón sana nos devuelve a la Natura», «La Naturaleza nos enseña el camino». Y cuando comenta las diferencias entre el griego clásico y sus contemporáneos espeta nada menos que «aquél recibió su forma de la Naturaleza que todo lo junta y éste recibió la suya del intelecto, que todo lo separa».

«Ya no conviene el goce con el trabajo, el medio con el fin, el esfuerzo con la recompensa»; o «el hombre... es egoísta sin poseerse a sí mismo... En vano la Naturaleza hace desfilar ante sus sentidos la rica muchedumbre de cosas; él no ve, en magnífica abundancia, nada más que el propio botín...». ¿Hay algo más actual? Pero lo que inflama todas sus veintisiete cartas al duque Federico es la consideración de la belleza, a la que llama segunda madre, como el instrumento para sanar las rupturas, como condición de la libertad y de la moral. Asumible, todavía hoy, en su casi totalidad. Un aforismo de Tagore podría ser un feliz resumen de la filosofía de Schiller: «La locura del mundo sólo será domada por la música de la belleza.»

Incluir a Humboldt en la categoría de los pensadores es una leve transgresión que adelanta parte de la situación del pensamiento ecológico en nuestro siglo, entreverado casi al 50 por 100 de ciencia y filosofía. Y es que Humboldt no sólo adelanta algunas de las mejores novedades para el actual conocimiento ecológico, como son los primeros principios de la biogeografía. Hay que destacar que en él la pasión por el conocimiento de las realidades físicas de este planeta le lleva a una relación de admiración casi eufórica del mismo. Rompe descaradamente la tendencia al especialismo haciéndose universalista. Su arriesgado compromiso democrático y su antirracismo son claros anuncios de un progresismo intelectual afortunadamente imitado por muchos de los más lúcidos pensadores de los dos últimos siglos. Y destapa la

posibilidad de que por la vía de la observación rigurosa, científica diríamos hoy, también se puede llegar a una apreciación sentimental del cosmos. O al menos que la una no excluye a la otra. Y se acerca a parte de lo hoy calificable como ética ecológica al propugnar que lo útil no debe desterrar a lo bueno y a lo bello.

El cuarto coetáneo, Schelling, es el más filósofo de los románticos alemanes. Es mucho en lo que coincide con Goethe y Schiller, pero dándole más cuerpo, mayor hondura, hasta configurar una filosofía del arte, al que llega a indistinguir de la Naturaleza. Insiste en ese formar parte de la Naturaleza y en el conocimiento intuitivo. Busca la fusión, hoy convendría decir reconciliación, del hombre con la Naturaleza y de la Naturaleza y la Cultura para lo que de nuevo el primer y más eficaz instrumento sería la apreciación estética.

Cierra este quinteto, aquí expuesto por el orden que se corresponde al de las fechas de nacimiento, Krause. Este panenteísta queda muy injustamente olvidado a pesar de su indiscutible influencia en las filosofías de regeneracionismo español y ahora muy recuperable por el ecologismo y no menos por el feminismo. Se suma a buena parte del ideario romántico pero incorpora algunos cruciales aspectos como la deslegitimación de la destrucción del entorno o hasta del maltratar a los animales. Cuestiona, pues, el derecho de la humanidad a la completa apropiación de lo circundante, a la interferencia violenta en las tramas de la vida y a la

comprensión de que haciéndolo el humano se incluye en la degradación. Considera que lo natural, que tiene valor en sí mismo, y lo racional tienen la misma dignidad. En consecuencia, debe ser usada de acuerdo con ese *status*. Propone que los humanos debemos ayudar a la Naturaleza a alcanzar la plenitud de su belleza y que tiene derecho a ser respetada. Finalmente, con su «toda la Naturaleza habla del íntimo arte del humano», se suma a los esteticismos del romanticismo y al presente interés por la Naturaleza.

2.11. AHORA

¿Comienza el tiempo del nosotros? Toda saturación alimenta también a su contrario, lo supera y consigue un «avance». Aunque seguramente no con la intensidad e inexorabilidad que pretendieron Hegel y Marx al basar buena parte de sus edificios teóricos en los procesos dialécticos. Podríamos, por tanto, esperar que del tiempo del ello, del alejamiento y la *ajenización*, surja otro, comenzado a lo largo del siglo XIX, que nos lleve a una etapa de aceptaciones y vinculaciones. Una fase que en parte vivimos y en la que el pensamiento ecológico podría concretarse en todo lo que implica el primer pronombre del

plural. Entendamos que de alguna forma las corrientes principales del pensamiento occidental abordan el nosotros, desde su negación en Nietzsche, o desde su exaltación en Marx, aunque en ambos casos muy al margen de cualquier aproximación a lo que es médula del pensamiento ecológico. Es más, a lo largo del XIX resulta que prácticamente ningún pensador aborda ni con mediana seriedad las consecuencias de la hegemonía europea occidental sobre el mundo, de la degradación de los sistemas naturales. Inadverten lo que realmente estaba transformando de raíz al mundo sobre el que se pasea la propia aventura del conocimiento. Con la excepción de los anarquistas, especialmente Tolstoi, pero por la vía inversa, es decir, que al proponer descentralizaciones, cooperación comunitaria y algo de autarquía estaban al mismo tiempo acercándose a un modelo más acorde con la propia Naturaleza. De hecho, los anarquistas españoles, ya en el campo más práctico, fueron los que más lejos llevaron algunas de las propuestas naturalísticas y feministas que hoy son por completo aceptadas y en escasa medida practicadas por el ecologismo. Pero volviendo al XIX, conviene recordar que ni siquiera Darwin, uno de los más portentosos observadores de la historia de la ciencia y convertido en filósofo por muchos de sus seguidores, percibe los estragos, ya muy notables en lo que era su primera materia de investigación. Durante la primera revolución industrial parecía como si se viviera en dos planetas o al menos dos palcos por encima del nuestro. Ahora levitamos todavía más, pero al menos se habla de

aterrizar suavemente, sin que caigamos desde demasiada altura.

El tren de aterrizaje es la aportación más válida y por completo científica que hace Darwin: la primera parte de la teoría de la evolución, es decir, el que la vida procede de un lejano origen común y que a partir del mismo se había ido desarrollando y multiplicando en millones de formas diferentes entre las cuales estábamos los humanos. Nada nuevo como observamos en varios de los presocráticos, pero sí ahora probado con una catarata de datos empíricos. Las fuerzas rectoras del proceso, que Darwin identificó con la lucha y la victoria de los más aptos, a menudo identificados como los fuertes, presenta ya más puntos discutibles. Y ahí seguimos en gran medida. Aunque lo intelectualmente honesto sería reconocer que todavía no hemos explorado ni sacado consecuencias del darwinismo. Unos quisieron ver un modelo del propio funcionamiento de la sociedad capitalista y quisieron darle base científica a la injusticia y la competitividad exacerbada del presente. Otros han visto como perniciosa la carga de laicismo que ha fomentado. Por mi parte considero pieza clave de lo hoy asimilable los matices que median entre los más aptos o los mejor adaptados, que no necesariamente tienen que ser los vencedores de lucha alguna. Algo así como lo que frecuentemente sucede en los rituales poligámicos de los ciervos, que mientras los más fuertes luchan entre sí por prevalecer, llega un débil y copula con una hembra,

entretenida con el espectáculo de su sultán peleando por su propiedad. Por suerte, la suerte ha potenciado muchas supervivencias. Tiene mucho poder el azar en este mundo. Y todavía más las formas de mutualismo, cooperación o simple disimulo. En cualquier caso, Darwin nos devuelve a la Naturaleza, demuestra que somos una creación del proceso evolutivo, en el que han intervenido decenas de estímulos, fuerzas y limitaciones. Gran favor, pero siempre que lo completemos reconociendo que los procesos que nos traen y nos llevan al menos son tan estocásticos como anancásticos.

Uno de sus sucesores, tenido poco en cuenta en su tiempo y hoy tal vez excesivamente considerado, tiene el honor de encontrar la palabra Ecología para definir una de las ramas del conocimiento que, partiendo de Teofraсто y ampliándose mucho en Goethe, Humboldt, Lamarck y otros, aborda el estudio de las relaciones de los seres vivos entre sí y con su entorno. Ciencia que al introducirse en el fluido social ha provocado un fenómeno bastante parecido al darwinismo social, sólo que en sentido no reduccionista y sí creativo, al irse convirtiendo en base argumental de un activismo político, de un talante y de un pensamiento.

Como otros grandes preecologistas, el norteamericano E. D. Thoreau pretende ante todo desenmascarar, identificar el gran engaño del modelo de sociedad que le tocó vivir y que es el mismo que ahora padecemos, sólo que multiplicado su poder destructor y embaucador por centenares de veces.

Quería romper la sacrosanta supeditación a la necesidad (consumo le llamaríamos ahora) y lo hizo a través del único modelo ejemplarizante: el de vivir él mismo con lo mínimo. «La mayoría de los lujos y muchas de las llamadas comodidades de la vida no sólo no son indispensables, sino obstáculo cierto para la elevación de la humanidad.» Pero esto no convierte a Thoreau en un asceta convencional, aunque rasgos de un cierto misticismo se le aprecian.

Su *Walden o la vida en los bosques*, publicado en 1884, es casi un diario de la incorporación del autor a una vida inserta en plena Naturaleza y con tal parquedad de medios que destaca el efecto integrador que mana de esas páginas y de esa condición. Porque en *Walden* se glorifica al hombre en medio del resto de los vivos, no por encima. Al hombre con autoestima y no afrentado por la opinión pública. Al hombre autárquico y no dependiente. Al hombre de lo necesario y no de lo superfluo. Y, por supuesto, al crítico con su sociedad.

«Si se afirma que la civilización representa un adelanto real en la situación humana –y creo que lo es, aunque sólo el sabio sabe aprovecharse de ello– debe demostrar que ha producido mejores viviendas sin hacerlas más costosas; porque el costo de una cosa es la cantidad de lo que llamaré vida que hay que dar a cambio...» Si estamos de acuerdo con estas palabras de Thoreau llegamos a la conclusión de que nuestro cacareado modelo del bienestar no supone adelanto, porque cada vez se da más vida por lo más elemental.

De los muchos sorbos de salud mental que se beben leyendo *Walden* y *El deber de la desobediencia civil*, el más largo y vivificante es el de la libertad: «Voy y vengo por la Naturaleza con una extraña libertad que parte de ella misma.»

La influencia de Thoreau en Gandhi, uno de los más claros y cercanos inspiradores del pensamiento ecológico, ya sería suficiente para incluirle entre los pensadores con proyección hacia el nosotros que incluya al resto del planeta.

Aunque la mayor parte de la trayectoria vital de Gandhi se centró en un compromiso moral con su pueblo, mantuvo también un respeto a ultranza hacia la Naturaleza, seguramente porque viene a ser lo mismo. Cuando se profundiza con rigor, es decir, con honestidad intelectual, no se puede disociar el uno de la otra.

«... incliné mi cabeza para reverenciar a nuestros antecesores por su sentido de la belleza de la Naturaleza, y por su sabiduría para investir a sus hermosas manifestaciones con un significado religioso...», comenta en su autobiografía. Gandhi también se resentía cuando algo atentaba contra la armonía de los campos: «... el puente de hierro está completamente fuera de lugar en ese escenario y mancilla su belleza...».

Desautorizó las prácticas religiosas que implicaban el sacrificio de animales. Pero es su estricto vegetarianismo el

que redondea su creencia, y su práctica, de que todos los seres vivos son dignos del mayor respeto.

Pocas dudas pueden caber sobre el alineamiento de Gandhi con la Naturaleza y menos cuando los hoy populares métodos de lucha directa y no violenta practicados por Greenpeace y otros grupos ecologistas son nada más que la actualización de los sistemas de combate político por completo no violentos preconizados y practicados por el Mahatma. Acciones de resistencia al imperio británico que culminaron con la conquista de la independencia para su país. Menos patente para la mayoría es que Gandhi luchó por la salubridad ambiental tanto en Sudáfrica como en la India. Promovió y trabajó en campañas de saneamiento de las aguas y de las viviendas, así como de plantación de árboles. Tampoco es frecuente relacionar el modelo de producción preconizado por este universal indio con el ideario ecologista más elemental. De hecho mantuvo que el consumo debería ser siempre a escala humana, que cuando se desbordaba era el principal responsable de las crisis económicas y de las guerras. Además era artesano manual y cultivaba la tierra, lo que no le impidió su permanente colaboración en la prensa y en la lucha política por la independencia. Creía, es más, en una moderada autarquía y en la descentralización política. Todo ello teñido de tolerancia hacia los que no pensaban como él.

Si hay palabras de las que acordarse, entre ellas destacan las que de Gandhi nacieron calificando toda guerra de

inmoralidad sin paliativos. Y si hay biografías limpias también hay que situar al Mahatma entre los primeros. Asombra que el líder indiscutible de toda una nación durante casi cuarenta años se negara a recibir un solo pago por sus trabajos al servicio de la comunidad. Sacrificó incluso sus bienes para poner en marcha diarios y revistas. Amó, además, la libertad y la verdad.

Para conseguir la primera renunció a todos los artificios de la civilización, así como a esa cobardía de los signos externos tras la que hoy nos parapetamos la mayoría de los que vivimos en sociedades consumistas. En cuanto a la verdad, la consideró tan crucial que llegó al punto de ser parco en palabras por no traicionarla. Cultivaba el silencio y cuando hablaba procuraba medir cada una de sus frases, pues consideraba como peligroso la tendencia a exagerar, propia de los «salvadores de patrias». Su ansias de sinceridad le mantenían alejado de toda actividad comercial, o convencionalmente política en las que casi resulta imposible ser fieles a la verdad. Pero, sobre todo, lo que hoy resulta de mayor actualidad es que siempre defendió activamente la paz. Y mantuvo que no se puede buscar ninguna forma de reparación y justicia con violencia.

Me he extendido con Gandhi no sólo por debilidad y admiración sino porque pocos seres humanos han llegado a estar más cerca de ese nosotros integrador que apetecen todas las utopías. Además, en este talante con talento descubrimos una de las pocas trayectorias vitales que ya son

filosofías. Actuar como se piensa, en suma, sigue siendo una excepción.

2.12. EL SIGLO XX

Un tiempo, el nuestro, ya escapando hacia el recuerdo, pero que ha dejado un profundo surco, casi socavón, en casi todos los ámbitos y los ambientes. La intensidad de casi todo, su concentración y velocidad, permiten decir que jamás convivieron tantos extremos contradictorios, tanta crueldad, con los mejores momentos de la libertad y de la ética; tanto pensamiento reduccionista, con tanto holismo, tantos avances técnicos y científicos, con las mayores dosis de pobreza, enfermedad e incultura. Todo ello ha sido posible por haber alcanzado el dudoso título de muchedumbre, de ilimitados. Ya Ortega y Gasset, en su tratado sobre las masas, destacó que había un grave problema de aparcamiento. ¿Qué diría hoy que somos más del doble que cuando él murió? Mucho de todo, como queriendo ser muy fiel al hilo conductor de la época, hay también en el campo de los antecesores, o aportadores de argumentos a la propuesta filosófica de los defensores de la Naturaleza.

Abordar la lista de pensadores de esta centuria que han

aportado materiales para la construcción del pensamiento ecológico desborda por completo. Más aún reflejar a los que están ahora mismo en pleno proceso de elaboración de un edificio más completo. En cualquier caso, digamos que entre estos últimos contamos con figuras de la talla de Edgar Morin, Lovelock, Karl Sagan, O. Wilson, si exceptuamos el meollo de su sociobiología, Stefan Jay Gould, Andre Gorz, Ivan Illich, Michel Bosquet, Barry Commoner, Claude Levy Strauss, Peter Singer. Que en nuestro país destacan Salvador Paniker, Jesús Mosterín, y los ecólogos Fernando González Bernáldez y Ramón Margalef, junto al geógrafo Eduardo Martínez de Pisón, incomprensiblemente no considerado como una de las mejores mentes de la actualidad, todos con serias aportaciones de corte más filosófico que puramente científico.

Los profesores José Manuel Naredo y Joan Martínez Alier han construido notables argumentaciones desde su conocimiento de la historia económica.

De los desaparecidos a lo largo del siglo puede citarse a una parte de Heidegger, Whitehead, Aldo Leopold, Georgescu Roegen, Aldous Huxley...

Bertrand Russell, por su parte y con tenaz lucidez, nos aporta su pacifismo activo y razonado, su ética que queda resumida en la cita del inicio del capítulo 7. Pero sumemos otro párrafo que hoy podría figurar al frente de cualquier documento sobre desarrollo sostenible: «La Humanidad se

ha convertido hasta tal extremo en una familia, que no podemos asegurar nuestra propia prosperidad a menos que garanticemos la de todos los demás.»

Aún merece la pena incluir un boceto de tres grandes contribuciones a lo que hoy saben o intuyen los que consideran mejor un pacto que la destrucción del entorno vital. En primer lugar, nuestro pensador más reconocido dentro y fuera, Ortega y Gasset. Su raciovitalismo es la fórmula filosófica de las poéticas de Lucrecio, Schiller, Unamuno, Pessoa y en parte Octavio Paz. Es decir, que somos vida y somos pensamiento. Razón y sentimientos. Naturaleza e Historia.

Que nuestra realidad no puede quedar aislada de la del derredor, sino estar siempre dentro de un conjunto que además es viviente. Su «vivir es convivir» abre una estrecha aproximación pues a la interdependencia que hoy reconocemos, no como especulación sino como realidad, sobre todo si extendemos la convivencia hasta todo lo que vive. Es más, la definición orteguiana de vida como un permanente autohacerse es válida para la ciencia y para la filosofía más actuales, y, por supuesto, para el pensamiento ecológico.

Albert Schweitzer, premio Nobel de la Paz, del que cabe citar esta definición de ética, que saco de un librito de Jesús Mosterín: «La ética consiste en que yo experimente la necesidad de practicar la misma reverencia por la vida, hacia toda voluntad de vivir, que hacia la mía misma», se suma a

la gran corriente del actual ir reconsiderando nuestras actitudes para con lo que nos rodea.

E. F. Schumacher, muerto en el 77, convierte su «Lo pequeño es hermoso» en un clásico del ecologismo y hasta de la sensatez. Es un deudor de Russell, Gandhi, Spinoza y las filosofías orientales. Critica sobre todo el modelo económico enfermo de gigantismo; asume que lo a transformar necesariamente hoy son las infraestructuras, propone una recuperación de la escala humana, de la sencillez al producir, consumir y pensar. «La orientación que necesitamos no puede hallarse ni en la ciencia ni en la tecnología, cuyo valor depende de los fines a los que sirven, pero puede todavía hallarse en la sabiduría tradicional de la humanidad.»

Por último, resulta obligada la referencia a Herbert Marcuse, que llegó a tener una clara vinculación y expresó su apoyo a las primeras movilizaciones, ya ecologistas, de hace dos décadas.

Marcuse cuestiona de forma radical el consumismo y su poder anestésico, aunque no sin contrapesar que la libertad es una consecuencia de la abundancia. Repesca la idea schilleriana de que la belleza es liberadora. Su pensamiento, esencialmente emancipador, incluye a la propia Naturaleza como necesitada de una liberación de las fuerzas destructivas del modelo económico. No en vano percibe que la transformación de la Naturaleza rebota en el agente de esa misma transformación, la degradación devuelve

degradación. Singular como pocos el camino que para la cauterización de tal proceso propone, la aparición del instinto y del Eros freudiano.

El total presente, si queremos situarnos en el último cuarto de siglo, cuando lo ecológico pasa a amplias capas de la sociedad civil, presencia el mismo panorama de tendencias principales que hemos señalado en el primer capítulo. La llamada ecología profunda desplaza un tanto a la razón y a las razones de lo humano.

El ambientalismo contemporiza con el pensamiento dominante, es decir, liberalismo a paletadas, y pide un lugar bajo el sol que más calienta. Y de forma bastante incipiente y con ánimo de incorporar todas las sugerencias, fundamentalmente estéticas, que manan de la propia Naturaleza, se comienza a erigir una propuesta de síntesis, si bien radicalmente crítica hacia el destructivismo de la vida y de la belleza que define a la actualidad.

III. TIEMPO DESGASTADO

El derecho a vivir y a triunfar se conquista hoy con los mismos procedimientos con que se conquista el internamiento en un manicomio: la incapacidad de pensar, la amoralidad y la hiperexcitación.

Fernando Pessoa

3.1. INVISIBLES ANTE EL ESPEJO

El ahora acapara y nos acapara. La ambición de mucho más de todo ha convertido al presente y a buena parte de los presentes en enfermos de ansiedad y, en consecuencia, insatisfechos.

El éxito del éxito desplaza a la inmensa mayoría a segunda categoría, no sólo social, sino existencial. Hay nominados e ignorados.

Pocas dudas caben, al mismo tiempo, sobre los aspectos positivos de un incremento del bienestar, ni de las conquistas liberadoras que el conocimiento ha aportado. Nunca jamás se ha vivido tanto, ni tan cómodamente, aunque la nómina de los agraciados sea aún escasa. No menos puede aducirse sobre las libertades formales. Mas no por reconocer lo conseguido debe perderse de vista el camino que queda por recorrer, ni mucho menos lo sacrificado. Sobre todo desde el momento en que todo está agigantado, la capacidad de mejorar y la de empeorar. Podemos liquidar la vida entera en el planeta y también proceder a su recuperación. Precisamente cuando nos acercamos a sociedades más justas descubrimos que el número de parados, enfermos, robados, asesinados y encarcelados en el mundo no hace más que crecer.

Lo que puede tener sentido es la equidistancia entre la autocomplacencia y el terrorismo. Es decir, plantearnos si progresamos, como siempre se ha pretendido y esgrimido como justificación de las secuelas no deseadas ya afortunadamente por nadie. O más bien estamos atrapados en la inercia, o sea, quietos pero todavía en un movimiento sin control. O, si se prefiere, porque no conlleva descarrilamiento, somos una misma imagen que gira tan vertiginosamente sobre sí misma que sólo es aparente su

progreso. «Ya se trate del individuo o de la Humanidad en su conjunto, no se debe confundir avanzar y progresar a menos de admitir que ir hacia la muerte sea un progreso», ilumina Cioran.

No es que vaya a haber una desaparición física de nuestra especie, manifiesta exageración que tantas veces se ha manejado con tal retroceso que el más dañado resultaba siempre el que disparaba. Por mucho que la cosecha de muertes y la expansión de lo inerte sean las más vastas conquistas en todo lo que va de siglo XX. Por mucho que el progreso exclusivamente económico deje como víctimas en el camino demasiadas de las mejores perspectivas que ese mismo modelo prometió. Por mucho que este tipo de progreso haga retroceder los ambientes naturales, las transparencias, la capacidad de disfrutar de la vida, la equidad... aun así, los seres humanos no estamos amenazados de extinción física. Más acertado parece ser reconocer que no nos estamos tratando unos a otros mucho mejor que al resto de lo viviente y de los paisajes.

Los seres vivos podemos aguantar mucho más de lo que negativamente podamos imaginar. La cuestión no reside en modalidad alguna de la supervivencia. Incluso en el caso de que hubiera un colapso biológico, quedará mucha vida, seguramente también humana, para volver a empezar. Por tanto, se trata de saber si la civilización que ha llegado a ser única agoniza o no. Si compromete no sólo su propio futuro, sino también cualquier futuro digno a sus sucesores.

Sabemos que no hay recursos físicos, ni económicos, ni intelectuales para mantener durante mucho más tiempo el modelo consumista, menos aún para generalizarlo a la totalidad del planeta. De los indudables bienestares de este siglo sólo hemos salido beneficiados el 15 por 100 de la Humanidad. Lo que no quiere decir que se le niegue a nadie, sino todo lo contrario, acceder a mejores condiciones de vida. Sólo el desarrollo de los desafortunados evitará mayores calamidades culturales, sociales y ambientales. Con todo, resulta manifiestamente clara la incapacidad del medio natural para absorber nuestras obsesiones de expansión. Lo afirma un diagnóstico científico aceptado por cualquiera medianamente informado. «La utilización humana de muchos recursos esenciales y la generación de muchos tipos de contaminantes han sobrepasado ya las tasas que son físicamente sostenibles. Sin reducciones significativas en los flujos de materiales y energía, habrá en las décadas venideras una incontrolada disminución per cápita de la producción de alimentos, el uso energético y la producción industrial», nos recuerda Meadows en su *Más allá de los límites del crecimiento*. Por tanto, nunca antes ha existido un tan radical cambio en las expectativas básicas del funcionamiento de una sociedad. Cierto es que las civilizaciones son mortales, como sus agentes activos y pasivos, pero no menos que todas han querido ser únicas, eternas. De ahí su agresividad, su furor nunca consumado, porque se diluía en la inmensidad. Todos los imperios hasta el siglo XIX desconocían más que conocían. El hoy del

consumismo, tan prevalecedor, lo abarca todo y a casi todos. Ha derrotado a lo vasto y a lo desconocido. Está empachado y resulta empachoso. Está atiborrado de altas dosis de sí mismo; de un narcisismo que lleva a que todo sea espejo que refleje la misma imagen, hasta quedar atrapado en la propia trampa, es decir, convertido todo en reflejo y no en cualquiera de las múltiples porciones de la realidad. Un reflejo que se desgasta, camino de ser poco más que un chisporroteo. El mucho espejo acaba en espejismo, la añagaza que tiende el desierto, ese convidado hoy a todas las mesas, ese nuevo imperialismo que avanza, por cierto, a siete millones de hectáreas por año. Por eso caminamos hacia la soledad más densa: la de mirarnos en el espejo y no vernos. El escaparate nos mantiene fuera y golosos. Cuando entramos dentro, caso para minorías, a menudo es tan sólo para que te usen como objeto de seducción y se retroalimente la envidia. Se llega a alcanzar el privilegiado *status* de ser consumido por lo que consume.

Frecuentemente se considera al pensamiento ecológico como una ruptura o hasta amenaza para el humanismo. Más bien se trata de todo lo contrario: de desplazar a un muy segundo plano esa parte de nuestras propias creaciones que nos han desplazado, que le restan humanismo a la humanidad.

De que realmente consideremos lo humano como lo importante, o al menos mucho más importante que las mercancías. ¿No parece el mayor atentado contra la

condición humana esta soledad ante el espejo?

Nuestro hoy es también excremental. Los desechos de nuestro metabolismo son, en volumen y peso, la primera producción de los países industrializados. Sirva de ejemplo el caso español, con una cifra aproximada de 250 millones de toneladas de residuos sólidos, a los que se suman treinta o cuarenta millones más de Equidos y unos cincuenta de gaseosos. Por tanto, ocupan demasiado lugar; no hay paz en los aires, las aguas o los suelos, pero tampoco para los ojos, y menos aún para los tímpanos, porque aunque el ruido no pesa, nada hay más pesado que lo constante, lo ininterrumpido, sobre todo si roe tu sentido más íntimo, más profundo y más delicado. Tampoco se libra la pituitaria. Las basuras están siempre presentes, como esa carcoma de los tímpanos, como la ausencia de aromas lograda por lo mucho quemado. Tanto excremento supone, a la par que un despilfarro, una flagrante inversión de tendencia, que pasa de genésica a venenosa, porque todos los metabolismos anteriores se incorporaban a la biosfera como parte imprescindible de los ciclos, incluso como renacimiento.

Recuperar la transparencia también me parece tarea claramente pendiente, sobre todo si nos incluimos en el proceso, ya que es el camino más corto y fiable para aproximarse a una correcta visión del mundo, que no otro es el empeño del pensamiento ecológico.

Hay también mucho de abyecto en la forma actual de

contemplar el planeta como algo que no nos incumbe. Porque abyecto quiere decir lo que es mantenido lejos y abandonado. Dimitidos de la responsabilidad de cuidar de quien en realidad produce casi gratis para todos, imperan los saqueos, lo corsario y la extracción. Luego nos escandalizamos por los acabamientos de suelos, peces, aguas, aires y bosques. Pérdidas reparables si no se perdiera al mismo tiempo la inteligencia anticipadora, la que prevé las consecuencias de nuestros actos.

Nuestro tiempo es también de dependencias extremas. Abunda el servilismo y la conformidad al modelo energético, al aturdimiento, a lo que sabemos injusto y queremos olvidar. Coherente es reconocer que por aquí ya casi nadie escapa a la abstención. Incluso aunque estemos convencidos de que nuestras mínimas dosis de bienestar dependen de comportamientos, modelos y acopios claramente insolidarios para con la mayoría y lo mayor, no los queremos cambiar. Sedados por el premio de la lotería que supone haber nacido en el lado opulento, apenas percibimos los estragos multidireccionales que provoca la sumisión a los pretendidos rendimientos crecientes, que al ser imposibles obligan a falsificar, sobre todo la contabilidad. Son muy pocas las cuentas que no mienten, porque todo se basa en proyectar hacia el futuro un aluvión de deudas. «La inflación de las deudas para pagar otras deudas» ya era detectada por Goethe como un peligro para el futuro de la sociedad. Por eso mismo lo comprometemos desde el ahora. Son tantas

las deudas que, o se quebranta el compromiso, o las reglas del juego saltarán por los aires. Resulta por completo paradójico que, incluso sin incluir los costes ambientales, prácticamente incuantificables, no haya más que tres o cuatro países en el mundo que no deban ingentes sumas. Muchos, la mayoría, deben buena parte de su futuro, casi todo. Y toda deuda es una destrucción del tempo natural, de la capacidad de prometer –tan humana– que sostiene todo este tinglado, del mismo progreso que se queda detenido a menudo en el pago de intereses. Si se fuera consecuente con el propio modelo y su misma contabilidad casi todo debería cerrar por quiebra, empezando por los mismos Estados. Sólo una negación conceptual de sí mismo, todavía mayor que la actual, podrá hacer perdurar el sistema. Algo que por supuesto es capaz de hacer.

3.2. TRES HERIDAS

Después de haber caído en la idolatría de los sistemas ideológicos, nuestro siglo ha terminado en la adoración de las cosas.

Octavio Paz

Nuestro modelo civilizador es esencialmente taxidermista. Tras cazar y enjaular a las otras vidas, a no pocos paisajes y a casi todas las otras culturas, ahora poco a poco las diseca, lógicamente tras sacarles todo lo que tenían dentro, dejándolas en la piel y finalmente convirtiéndolas en algo inanimado, desde luego contemplable, cómodo y por completo bajo control. En cualquier caso, en el taller de la progresiva inanimidad no sólo está el entorno vivo, sino también la Humanidad, la condición humana y hasta el mismo taxidermista.

Y es que, por supuesto, hay mucho que revitalizar, conectar y liberar, porque es mucho lo disecado, disgregado y separado. Una profunda herida recorre el mundo creando fronteras a abolir. La mejor conocida, incluso por la que más y mejor se trabaja, es la que separa el primero del resto de los mundos, social y políticamente hablando. Pero, además de esos desencuentros territoriales, hay otros más grandes dentro de nuestra propia sociedad y dentro de cada uno de nosotros. Me refiero a los que distancian a la sociedad de su entorno y los no menores que desencuentran a los humanos con su propia naturaleza. Porque también hemos fracturado las conexiones de cada uno de nosotros con la condición humana.

La primera herida presenta estos claros perfiles:

Para buena parte de los humanos jamás llegará la vida que todos merecemos, tanto material, como intelectualmente. Porque el 85 por 100 de la Humanidad no sabe inglés. Por tanto, no puede acceder a la mayor parte de la información científico-cultural que hoy se genera. El dinero, el cine, la televisión y muy especialmente la informática, piensan y hablan en inglés. Quien no sepa la lengua de Shakespeare queda en clara desventaja para alcanzar siquiera migajas de lo que pronto debería ser declarado patrimonio común de la Humanidad, es decir, el saber científico y la tecnología para el desarrollo, aunque no el mismo desarrollo que impera. Por supuesto que la solución no debería estar sólo en aprender el idioma hegemónico, sino en incrementar al máximo las posibilidades de acceso, interpretación y uso de lo inicialmente pergeñado en inglés. Al mismo tiempo jamás ha sido mayor el abismo entre las elites científicas y sus alumnos directos y entre éstos y el ciudadano medio. Sabemos infinitamente más que nunca pero disfrutamos poco y compartimos menos.

El 86 por 100 de la Humanidad jamás ha viajado ni viajará en avión. De nuevo no se trata del inviable desplazamiento de todos por los aires, sino de no primar a los primeros con mermas en lo de todos. Los aires, lo único por lo que todavía no se paga nada y el medio más amenazado, resultan agredidos por la necesidad creciente de desplazamientos rápidos de unos pocos.

Algo muy parecido sucede con el hecho de que el 91 por

100 de la Humanidad no tenga automóviles. Cuando causan hasta el 30 por 100 de la contaminación atmosférica del planeta.

El 60 por 100 de los habitantes del planeta no accede fácilmente a agua potable y el 50 por 100 nunca de forma regular y de estos últimos la mayoría tiene problemas de salud por la mala calidad de lo que bebe o con lo que se limpia.

El 50 por 100 de la Humanidad carece de una vivienda simplemente calificable como tal. La reciente conferencia mundial sobre el hábitat, celebrada en Estambul, ha puesto de manifiesto que mil millones de personas están condenadas irremisiblemente a la indigencia en las periferias de las ciudades.

El 50 por 100 de la Humanidad es analfabeta, total y/o funcional. Y casi un 40 por 100 no disfruta de una salud aceptable.

Por el otro costado resulta que el 15 por 100 de la Humanidad consumimos el 80 por 100 de los recursos energéticos y de las principales materias primas como metales pesados, papel, carbón y uranio.

Ese mismo 15 por 100 accede a un 40 por 100 más de alimentos necesarios para mantener su salud, mientras casi la mitad de los humanos tienen un déficit alimentario permanente del 10 por 100 de lo necesario para vivir. Cabe

imaginar que si simplemente fuera posible dejar en su justo peso a los obesos del mundo, y transferir su exceso de grasa a la Humanidad hambrienta, ésta dejaría de estarlo.

Analizándolo de esa otra forma que está de moda, la monetarista, pero que es la menos importante, resulta que el 50 por 100 de la Humanidad vive con una media de quince mil pesetas mensuales y más de mil millones de personas deben hacerlo con menos de setenta pesetas diarias, unas dos mil mensuales. Esto quiere decir que cualquier niño de un país desarrollado industrialmente accede semanalmente a mucho más dinero que cualquiera de los componentes de una quinta parte de la Humanidad mensualmente. Además, la riqueza sigue acumulándose a mucha mayor velocidad en los ya muy ricos. El abismo entre las rentas de los diferentes mundos demuestra que las bases del consumismo no benefician seriamente más que a minorías.

Muchos creen coherente y además trabajan tenazmente por ensanchar esta herida. Tras saquear el planeta y a las otras culturas ahora se las quiere lejos, arrinconadas en los territorios de la pobreza. Y sin salida. Pero al mismo tiempo, cada vez resulta más patente que este mundo se ha achicado, que el conocimiento, la información sin fronteras, la interdependencia económica nos hacen más y más un solo mundo.

¿Hay que recordar que no quedan clientes con capacidad adquisitiva para mantener el actual ritmo de crecimiento

industrial? ¿Hay que recordar que en el mundo se generan un mínimo de veintiséis millones de desempleados al año? Y que paralelamente dos decenas de millones de niños son explotados laboralmente o que todavía nadie computa en el balance económico el trabajo doméstico de las mujeres.

La segunda herida a la que me referí es la que denominamos crisis ambiental. Porque el filo que más corta es pretender que no pertenecemos a lo que vemos. No quiero reiterar la triste e interminable letanía de agravios que la ya larga lucha en defensa del derredor ha popularizado. Recordemos simplemente que, en líneas generales, el mundo es cada día más feo, más ruidoso, más sucio, menos poblado por seres vivos diferentes, y ha perdido alguno de los principales componentes de su sistema inmunológico. Es decir, que ya un 5 por 100 está ocupado por cemento y asfalto, que los desiertos comen unas mil hectáreas de tierras otrora productivas por hora, que no hay un rincón sin la carcoma de los motores, el veneno de los insecticidas o la basura de plástico. Que no hay ya lugar adecuado para los residuos, de los que unos sesenta millones de toneladas anuales son altamente peligrosos para la Humanidad. Algunos, como los radiactivos, jamás tendrán un cementerio lo suficientemente seguro ni duradero, con lo que se comete el primer atentado en la historia que podría durar más que la historia. Lo que quiere decir que cada año producimos venenos suficientes para matar quince veces a todos los seres vivos del planeta, si se diera la infeliz

circunstancia de que nos pusiéramos en contacto directo con ellos; incluyo, claro está, a los componentes de nuestra propia especie. Que cada día desaparecen unas cuarenta especies de animales y plantas diferentes; lo que llamamos la gran extinción, la mayor de la que se tiene noticia desde que existe vida en este planeta, con la peculiaridad de que ésta resulta evitable ya que está producida por el único animal capaz de prever las consecuencias de sus acciones. Que por cada árbol que se planta cortamos, perdemos o quemamos diez. O que nuestra capa de ozono, algo así como nuestros glóbulos blancos, o mejor dicho, el sistema de protección a la totalidad de la vida, se va debilitando. Ahora mismo la contaminación atmosférica, tan sólo en el capítulo del anhídrido carbónico, triplica la capacidad de absorción por parte de los sistemas naturales. Según un informe corroborado por más de dos mil meteorólogos de todo el mundo, está garantizado un incremento de la temperatura media del planeta en dos grados y cuatro décimas antes de que acabe el siglo XXI.

Más ancha, más larga y más profunda es la brecha que hoy nos separa de lo ambiental, pero como titulares bástenos lo descrito. Leer la letra pequeña resulta demasiado duro.

Para quien esto escribe, la tercera herida es la más profunda y, en consecuencia, podría desangrarnos. Es la que exige más urgente sutura porque es la que provoca la saturación de nuestras facetas menos amables. La no ya legitimación, sino sacralización del no conformarse más que

con mucho más. El alinearse con lo inerte, con la cosa, con lo efímero, grande y trivial. La casi consumada conquista por la insolidaridad de los territorios emocionales de la población de los países ricos y su contagio a las elites de los pobres.

Derroches que culminan en la mayor paradoja jamás padecida por nuestra especie: poseer nos posee. Hemos aumentado el control y el dominio sobre la Naturaleza. Hemos alcanzado comodidades y entretenimientos literalmente exponenciales; aseguramos bastante la salud y la alimentación a más de la mitad de los humanos, pero jamás hemos puesto tanto en peligro la salud del derredor, la continuidad de la vida tal y como hoy la entendemos. Somos más de las cosas que las cosas nuestras. No ha habido jamás un ejército anexionista más voraz y triunfante que el de la cosa sobre el espíritu. Por tanto, la propuesta de ir poniendo las bases de una nueva Cultura tiene también mucho de movimiento de liberación. Hay un deseo claro de recuperar nuestra libertad, individual y colectiva. Se trataría de que las cosas volvieran a su lugar, que fueran realmente nuestras y no nosotros de ellas. Que vuelvan a ser útiles; medios, y no fines.

En realidad nos consume también una cierta mala conciencia por haber cambiado de bando. Como vivos, deberíamos estar al lado de lo vivo y no de lo muerto. Algo de traición a nosotros mismos envuelve a la actualidad. ¿Quién sabe si no pocas de las muy recrecidas enfermedades mentales no tienen que ver con esta sensación?

En definitiva, estamos siendo unos extraordinarios gastadores de patrimonio, hemos deificado al materialismo y, frente a la vieja, lenta y sabia sabiduría de la Naturaleza, hemos puesto una alocada carrera sin rumbo, ni control de velocidad, a bordo de un vehículo llamado derroche. Hay un dato tan sencillo como estremecedor para valorar nuestro papel en la historia, y es que los seres vivos, actualmente habitantes de los veinte países más desarrollados de mundo, hemos gastado tanta energía y recursos como la totalidad de las 460 generaciones anteriores de seres humanos que han poblado este planeta. Incluyendo, es más, las que también vivieron en nuestros países desde mediados del siglo XIX hacia el pasado. El milagro del desarrollo económico, como hoy todavía se entiende, está basado exclusivamente en la concentración, en el espacio y en el tiempo, de la capacidad de consumo por tan sólo dos-tres generaciones y en menos de veinte estados.

3.3. EL DESIERTO INTERIOR

Valga decir que tan cierto como lo que percibimos como pauta generalizada es que, en todos o en algún momento, encontraremos un oasis, porque la pausa a la creciente desertificación anímica que nos contagian queda muy cerca. No hay trayecto más corto, ni más sugerente, ni más

necesario que el menos practicado. Ese que lleva hasta uno mismo. Poco tan en desuso como una tranquila conversación con lo que alguna vez pensaste y sentiste. Poco tan desterrado como la reflexión. La suma incesante de pretendida comunicación se salda con altísimo chaparrón de interferencias que socava la única exclusividad relevante en el ser humano: la posibilidad de comunicarse con uno mismo. Toda iniciación, ampliación o expansión del diálogo interior es ya hacer brotar un oasis en medio del erial.

La erosión que devasta el derredor comienza aquí, no allí. Las heridas por las que se desangra el planeta sólo cicatrizarán cuando apacigüemos en cada uno la obsesión consumista. De ahí tal vez pueda emerger un cambio en los presupuestos de las sociedades y sobre todo de una Cultura que rasga nuestro percibir y percibirnos.

La crisis ecológica es la punta del iceberg de la otra, más honda y menos perceptible, del sentido de la propia aventura de la cultura humana. Nada más insensato que desligar el destino del planeta del de la Humanidad. Lo que sucede fuera está regido y condicionado por lo que hemos planeado dentro. Lo de dentro sufre las consecuencias de su proyecto.

Por tanto, la estimación de lo que es y nos proporciona la Naturaleza resulta imprescindible para que no la roamos hasta el tuétano. Pero todavía es más urgente que recuperemos la autoestima, hoy tan socavada. Porque si

bien lo sensible y razonado siempre intenta escapar a las convencionales transacciones, éstas tienden a convertir también en inertes hasta los más tímidos y esquivos sentimientos, hasta los más críticos razonamientos. Por eso hoy quedan pocas facetas contraculturales no incorporadas a la Cultura. Menos aún pensamientos radicales que no sean exhibidos precisamente como espectáculo. Como la carne, también la dignidad debe pasar por el matarife para que quepa en el mercado. Sólo que en este caso, a menudo, no se exige control sanitario alguno. El objeto suplanta con ventaja al sujeto, como demuestra el galopante incremento del desempleo. Esto último tal vez sería aceptable si no se estuviera saldando con tanto sometimiento de nuestra propia inteligencia.

La domesticación que nos autoimponemos tras haberla consumado con la Naturaleza también es una variedad de muerte. Es una extinción, si cabe más dolorosa, por lenta y constante.

La obsesión del último tramo de esta avejentada civilización es el intercambio con fines no fecundadores –que éstos cambiarían el rumbo– sino acumuladores. Estancados.

Con las reflexiones que a lo largo de este libro pueden leerse, y con las muchas que amablemente me han contagiado algunos predecesores y coetáneos, pretendo que la contaminación mental que supone el considerarnos, o que nos consideren, también consumibles, sea si no

desterrada, al menos cuestionada. Los vergeles que todos podemos ser no pueden seguir secándose por el avance de la desertificación anímica.

Reverdecer el planeta pasa por dignificarnos del todo. Por instalar sólidamente la ilusión de lo viviente. Somos y no queremos dejar de ser. Y somos lo que respiramos, comemos, bebemos, vemos, sentimos y pensamos. No tiene peso, o tal vez demasiado y nos aplasta, la creencia, ya obsoleta, de que somos lo que creemos ser. Porque nos estamos creyendo lo que dice el gran mensaje universal, es decir, que, cada vez más, todo es negociable. Para vivir con unos crecientes mínimos de calidad lo que respiramos ha de ser transparente, lo que comemos nutricio y vinculador, lo que bebemos limpio, lo que vemos hermoso, lo que sentimos solidario y lo que pensamos constructivo y, ante todo, creativo.

Defender, encontrar, acrecentar la ingenuidad en nada se debería confundir con la irrealidad y mucho menos con ningún proyecto integrista.

Es sencillamente la más legítima de las posturas. Es luchar en defensa propia por la continuidad de lo viviente y por la dignidad humana.

Lo más generoso, coherente y bello recupera así toda la actualidad como respuesta a este ir siendo sidos que caracteriza a lo último de la historia. La vida, pues,

fecundando al pensamiento. El pensamiento por fin al lado de la vida en un plano de mutuas prestaciones que a ambos benefician.

Las rutas para transitar por el siglo XXI sin más concesiones a la desertificación de los paisajes y de las sensibilidades comienzan en el compromiso individual de convertirse en oasis, al tiempo que se defiende a ese oasis del universo conocido que es la biosfera todavía viva sobre el planeta Tierra.

3.4. EL NO CAMBIANTE CAMBIO

Desazona que el inmovilismo sea el pago más frecuentemente usado en una sociedad que ama la velocidad, que es más, la ha convertido en seña de identidad de su modelo de relacionarse con ella misma y con su derredor. Parece como si, a cambio de no cambiar nada, nos conformaran con la aceleración de todo lo demás: consumo, destrucción ambiental, moda, entretenimiento...

Toda la tecnología no ha proporcionado más tiempo libre, más calma, más creatividad. Se sigue sin disfrutar de uno de los máximos valores: la lentitud. La prisa, que como cita José Antonio Marina en su *Ética para náufragos* abole la ternura, es también causante de la pérdida más veces citada como

ganancia consoladora de nuestro tiempo: la longevidad. El tiempo real vivido es desde luego más amplio, pero la aceleración descomunal de todos los acontecimientos, la pasión por altas dosis de velocidad, han acortado el tiempo psicológico. Son pocos para los que la vida no está pasando demasiado velozmente. Para casi todos, ayer teníamos veinte años menos. Vivimos más, pero, tan rápidamente, que seguramente no vivimos más, cualitativamente hablando, que un ciudadano romano.

La peonza aburridísima en la que viajamos gira en torno a la ilusión de que vamos a cambiar algo sustancial, que van a traernos novedades. Pero hasta la tecnología de las comunicaciones está saturada. No vamos hacia ningún nuevo objetivo, sólo mucho más aprisa. Poco es lo no redundante. De ahí la creciente importancia del silencio. Lo cierto es que el gusto por lo diferente está muy menguado en este «primer» mundo. Existe una clara preferencia por el que nos lo repitan todo. De ahí el éxito del concurso, el deporte espectáculo, las noticias políticas, las programaciones en general de los medios de comunicación y buena parte de lo que tal vez deberíamos dejar de llamar Cultura. Más de lo mismo, todos los días espaguetis, es lo que anhela el corazón de este modelo desmoronado por su propio narcisismo. No tiene sentido alguno seguir haciendo preguntas a lo que no tiene nuevas respuestas o al menos una respuesta que implique algo distinto.

Tal vez también por esto cunde un cierto desánimo en

nuestra sociedad. Hay una sensación de haber tocado fondo tan clara que, sin duda, provoca una retracción en los músculos y meninges de casi todos y más aún en los que deberían tirar del carro. Las razones idénticas a las viejas razones llenan el horizonte especulativo de los muchos erigidos en diagnosticadores. La inflación de recetas antihomeopáticas, cuando menos, aburre. Aunque no son pocos los que lo pretenden, ninguno estamos en posición lo suficientemente alta como para abarcar la vastedad de lo que nos aqueja, ni de lo que podría sanarnos. Sumemos que todos somos realmente parte del problema y de la solución al mismo tiempo, y al menos avanzaremos en el arrinconamiento del dogma, sea el que sea. Y no lamento, sino todo lo contrario, no alinearme con el optimismo que sitúa a lo ecológico exclusivamente en el lado de la solución. No se debe perder de vista que nuestro modelo de pensar aspira a la incorporación de realidades y sentimientos; es ética y no una nueva ideología. Recordemos que las ideas cuando acaban en doctrina política tienen una clara tendencia a convertirse en órdenes; por tanto, se trata de recorrer un gran camino sin alejarse de lo sensatamente conseguido o aplicable, sobre todo, no excluyente. La Ecología es, pues, una más de las soluciones.

Tal vez una de las que mejor prensa tiene en la actualidad, pero jamás será la única. Hay que atreverse por una vez a ser ecotonal, es decir, fronterizo, mestizo, múltiple. Y, más que en la propuesta, en la materialización de la misma. Pero no

adelantemos el final, que en todo ejercicio de escritura es bueno algo de suspense.

3.5. LA DESTRUCCIÓN DEL PASADO Y DEL FUTURO

Como imanes, nuestras sociedades atraen hacia sí y devoran desde lo muy lejano en el pasado hasta lo muy lejano en el porvenir. Pensemos simplemente en que los combustibles de casi todos los motores, el carbón y el petróleo, provienen de una exuberancia vegetal, por tanto estuvo viva, de hace unos 400 millones de años. Pero lo mismo sucede con lo cultural: la ciudad proviene del mundo rural, éste del natural. Lo miremos como lo miremos, somos, y somos como somos, gracias a un pasado. Durante muchísimo tiempo se ha considerado la irreversibilidad de ese tiempo ya transcurrido y desde un punto de vista científico y teológico la flecha del tiempo apunta en una sola dirección. Entre la ingente cosecha de Ilya Prigogine destaco esta apreciación: «La irreversibilidad es un ingrediente esencial de la Naturaleza.» Sin embargo, desde un punto de vista del pensamiento ecológico, nuestro actuar está modificando lo ya pasado. Y así está siendo para la multiplicidad de lo viviente. Cada especie que desaparece es un agujero en el presente que borra para la eternidad toda la información de un pasado único e irrepetible. Igualmente culturas enteras

que hunden sus raíces en ese pasado y que podían permitir una aproximación de nuestro conocimiento a saberes por completo irrecuperables, que aclararían muchos aspectos de nuestro propio momento. Es más, cada una de las casi mil culturas extinguidas por los europeos occidentales a lo largo de los últimos 500 años, es decir, esas también múltiples formas bajo las que los humanos nos hemos relacionado con este planeta, al no tener más historia que la de transmisión oral, suponen una pérdida de ese pasado, irreversiblemente aniquilado. La devastación de yacimientos arqueológicos, paleontológicos y fósiles en todas las latitudes, viene a recrudecer la ignorancia del presente, en el que, curiosamente, se ha logrado un lugar respetabilísimo de cara a casi todo lo que tiene que ver con la conservación de nuestro propio pasado, con la patética excepción de la propia cultura, arquitectura y agronomía tradicionales. La bancarrota generalizada de las culturas rurales en los países industrializados, sin que hayan llegado a legar sus infinitos conocimientos, es otro de los despilfarros del presente y del pasado sobre el que volveremos. Sin olvidar, claro está, que la mayoría de los paisajes que hoy se borran para siempre del mapa, de la memoria y del disfrute estético por el exceso y los excesos de obra pública, tenían coautoría. Fueron puestos ahí por un milenario quehacer de la Naturaleza y de sus inquilinos, muchos de ellos humanos, que armonizaban con su entorno y que siempre lo miraron precisamente como un patrimonio que les venía legado del pasado. Y cuando a uno le quitan su paisaje para siempre le quitan también su

historia. Algo que es amortiguado con el irresistible atractivo del urbanismo creciente, con la aniquilación del sentimiento de ser de un lugar. Por cierto, tan imprescindible como el cosmopolitismo.

La acción esquilmante hacia el futuro resulta mucho más sencilla de entender. Como somos en casi todas partes fervientes partidarios de la herencia, y a todos nos apetece que nos arreglen la vida con un buen patrimonio o capital, parece claro que si ambos son gastados en el presente nada les quedará a los por venir. La grandeza de la ética ecológica es precisamente considerar que tenemos deberes para con el futuro.

3.6. DESPAISAJADOS

Y la destrucción de la Naturaleza no es solamente física, sino una destrucción de su significado para el hombre, una verdadera amputación espiritual y vital de éste. Al hombre, ciertamente, se le arrebató la pureza del aire y del agua, pero también se le amputa el lenguaje, y el paisaje en el

que transcurre su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad, es convertido en un paisaje impersonalizado e insignificante.

Miguel Delibes

Decenas de miles de paisajes están escribiendo su testamento. Miles han enviudado porque se fueron sus contempladores cotidianos. Tierras sin gente y demasiados sin tierra no es sólo una separación, ni siquiera un divorcio, es una pérdida por abandono y por olvido. Como todo «no recuerdo» es ya muerte, hay muchos entornos doblemente difuntos.

La aventura del ser humano es indisociable de las múltiples formas y estilos de relacionarse con el soporte físico de sus experiencias, de la satisfacción o no de sus necesidades, del paisaje que le contiene y del que forma parte. Incluso resulta perfectamente visualizable como dentro de lo puramente gramatical. El paisaje es el complemento directo de la eterna frase en la que el hombre ocupa la posición del sujeto. Ese vínculo está reconocido en todas las cosmogonías, religiones y no pocas de las filosofías. Basta recordar simplemente que Adán quiere decir tierra. Y que de la misma forma que necesitamos ser reconocidos como integrantes de una sociedad, también necesitamos serlo de un lugar. Seguramente la segunda o tercera pregunta que más veces

nos hemos hecho unos a otros es ese «de dónde eres», que siempre pretende abrir la comprensión hacia el interlocutor. Muchos afectos, o cuando menos una satisfactoria comunicación, se inician al descubrir que se ha compartido un paisaje. Nuestra actualidad, por el contrario, se puede caracterizar también por la ruptura de los vínculos con lo que nos ha incluido y sustentado. Los paisajes en buena medida nos explican y dan sentido, de la misma forma que nosotros los explicamos y les damos sentido. Considero perfectamente aplicable al paisaje el tal vez mejor verso de Pedro Salinas dedicado a una mujer: «Posesión tú me das de mi al dárteme tú»; para entender lo que el derredor físico nos ha proporcionado desde siempre. Por tanto, estamos en vías de instaurar una desposesión inmensa, generalizada. Un trascendente desarraigo que puede secar una considerable parte de lo que siempre ha contribuido a la formación de lo humano. Esto no quiere decir en absoluto que no quepa una posición cauta ante el nacionalismo o los patrioterismos. De hecho, quien conoce el funcionamiento, el precioso mosaico imbricado que es la biosfera, sabe que ni una sola de las fronteras que el ser humano ha pintado en el mapa tiene sentido para lo vital. El pensamiento ecológico propone una feliz mezcla en la que se es al mismo tiempo de todos los lugares, pero también de un entorno concreto. Lo global y lo local, por fin, no se excluyen entre sí, más bien se fecundan. Buena parte de las acciones del movimiento ecologista y no pocas de sus organizaciones son auténticamente internacionales.

Azorín, Unamuno y Ortega entre otros muchos abordaron la también para ellos enfermedad de que amplios sectores de una sociedad vivieran sin paisaje. A la anomia que impone la masificación y mercantilización de todo se suma el desarraigo, es decir, un creciente proceso de despersonalización por vía del destierro voluntario. Tener paisaje es uno de los componentes básicos de la salud, de un equilibrio entre nuestra parte racional y la natural. Basta mirar la producción de resultados morales de la ciudad, que abordamos poco más adelante para vislumbrar que esa amputación de la que habla Delibes se ha realizado sin anestesia y que la prótesis que venimos usando no deja de ser un sucio, feo, apersonal y masivamente inerte, sucedáneo.

3.7. LA CIENCIA, UN PROYECTO A RECUPERAR

La tecno-ciencia no es sólo la locomotora de la era planetaria. Ha invadido todos los tejidos de las sociedades desarrolladas, implantando de modo organizador la lógica de la máquina artificial hasta en la vida cotidiana, rechazando

*la competencia democrática de los ciudadanos
en beneficio de los expertos y los especialistas.*

Edgar Morin

No todos, pero sí demasiados expertos y especialistas han querido cazar al último oso. Su anhelo es la completa seguridad, lo por completo predecible, la aniquilación de la sorpresa. Como aliados básicos del modelo les inquieta la novedad. Con lo que sus ansias de descubrir son una vez más la estrategia de poder capaz de poner en marcha la apetencia predecible. El mundo está en sus manos y probablemente por ello su preciosa continuidad esté amenazada, ya que su misión, por cierto, con los indudables éxitos alcanzados, es dominarlo, y eso ha pasado siempre por hacer la realidad a imagen y semejanza de la voluntad dominante. Al igual que, en parte, sucede con los medios de comunicación, sobre los que pensaremos más adelante, la ciencia, en su mayor parte, es demiúrgica y narcisista. Todavía más sus aplicaciones. Antes de encontrar la regla de funcionamiento la mayor parte de la actividad científica se basa en detener lo que fluye. Con la excepción de la ecología que precisamente lo acepta como uno de sus objetivos hay un cierto miedo al cambio, aunque para ello deba cambiar todo muy velozmente. La base de este domesticar también lo inexistente, es decir, el futuro, consiste en desvincular las porciones de realidad de la Realidad, y sobre todo de la

vitalidad. Detenerla, jibarizarla, acotarla y por tanto desvincularla. Quieta y muerta quieren a esa minúscula parte y de ahí inferir verdades supremas, únicas, suprahumanas. Si hay pasión taxidermista en el modelo cultural, se debe a que ésa ha sido casi exclusivamente la metodología científica, a su vez determinante de las directrices de nuestro tiempo. Una cierta incapacidad para percibir y analizar sincrónicamente lo múltiple simultáneo, como decíamos al comenzar. Acorazarse frente a cualquier cuestionamiento del exterior tienta también a los menos consecuentes con sus mismas propuestas. Sobre todo me refiero a todos los tecnólogos y tecnócratas que se amparan en lo científico, como situado fuera de la posibilidad real de crítica. Y por supuesto convertir a tales críticos, a quienes mantenemos que la razón científica es una de las razones, importante e imprescindible, pero no única, en elementos fuera de la realidad y hasta peligrosos. Cuando lo que realmente se propone desde fuera de la ciencia es todavía más racionalidad, caminos de la prudencia, relativismo. Toda verdad, como citábamos, «muere desde que nace», de lo que se trata es de que no muera matando, como han hecho casi todas las verdades de los seres humanos, incluyendo no pocas de las científicas. ¿Hay que recordar las bases científicas de los totalitarismos, o de la actual destrucción de los ecosistemas y procesos ecológicos? ¿Hay que recordar con Goethe, que apenas conoció los efectos de la tecnología, ese «no podemos imaginar todo lo que de muerto y de mortífero hay en la ciencia»? Por supuesto que no, como

tampoco lo mucho de salvador y esperanzador que también hay en ella. Además, desde su interior empiezan a aflorar sanas dudas, lo que está despertando la clásica reacción. Muchos científicos, al ver tambalearse, no mucho, pero sí algo, su prestigio-poder, nos persiguen con el dogma que acabó con los dogmas. Demuestran con su actitud que las esferas de las dominancias siempre acaban ocupando el lugar de las que les precedieron. Como en casi todo, los flujos de pensamiento acaban pareciéndose a su enemigo cuando llegan a ser preponderantes. Llevamos ya casi un par de centenares de años considerando que lo mejor que podía sucederle a un criterio es que estuviera sostenido o avalado por un planteamiento científico. Y en la mayor parte de los casos es cierto. Es más, el progreso científico es una de las más felices circunstancias y logros de la aventura humana. Y mi mayor respeto, insisto, por las muchas alegrías, compensaciones, descubrimientos y explicaciones que manan de la ciencia. Pero esto no nos puede ocultar que el camino ha quedado una vez más sembrado de exclusiones y que la actividad científica ni es neutral, ni ha dejado de estar al servicio de los modelos de dominación y conquista, cuando no descaradamente acaparada por lo militar.

Tampoco podemos olvidar que la ciencia se ha convertido en una suerte de fe, por supuesto infinitamente más llevadera que la religiosa, en el sentido de aparecérsenos, y con éxito, como la panacea garante de futuros y desatascadora de cualquier situación. Junto a la que se tiene

hacia el progreso, ambas creencias son destacados componentes del sistema consumista. La ciencia sobre todo porque, con ser lo más exigente que como método se ha paseado por las mentes humanas, también se ha convertido en la vía de una jerarquización y de otra más de las verdades autoalimentada continuamente desde dentro y, por tanto, con escasa capacidad de aplicarse a sí misma la receta que aplica a todo lo demás. A menudo se quiere sustituir el debate, la duda, las ventajas o inconvenientes de cualquier aspecto, por el argumento lapidario de que tal o cual cosa habían sido demostradas científicamente por alguien. No digo que esa sea la actitud normal en todos los científicos, sino la del uso que de la ciencia hace el poder económico y político y, por supuesto, la de los adalides de la ciencia más preocupados del poder que del saber. Lo titubeante de la propia condición humana parece ya apuntalado, al menos hasta que otro grupo de científicos enarbolan las consideraciones contrarias, o las relativizan. Es frecuente que veamos cómo el propio método científico es ultrajado al querer instalar verdades absolutas. Como si no hiciera falta una interiorización de lo demostrado, es decir, una mínima comprensión, que debería pasar por un ser capaces de aceptar al menos el valor de otras lecturas de la realidad. No anxionar, sino reflexionar. Se trataría de desbaratar estas correctas apreciaciones de Octavio Paz:

«El antiguo cristianismo, gemelo en esto del Islam, concibió a la acción histórica como cruzada, guerra santa

y conversión de infieles. Los occidentales modernos transfieren la conversión a la naturaleza: operan sobre ella, contra ella, con el mismo celo y con mejores resultados que los cruzados contra los musulmanes. La transformación del excremento en oro abstracto no fue sino una parte de la inmensa tarea: someter al mundo natural, domar al fin a la materia contaminada y contaminadora, consumir la derrota del elemento potente y rebelde. La conquista, dominación y conversión de la naturaleza tiene raíces teológicas, aunque los que hoy la emprenden sean hombres de ciencia arreligiosos y aun ateos. La sociedad contemporánea ha dejado de ser cristiana pero sus pasiones son las del cristianismo. A pesar de que nuestra ciencia y nuestra técnica no son religiosas, poseen un temple cristiano: las inspira el furor pío de los cruzados y los conquistadores, ahora dirigido no a la conquista de las almas sino del cosmos.»

Y tal anexionismo se hace a bordo de un lenguaje en el que las predicciones, como en un momento anterior las adivinaciones, son lo realmente crucial. Cuando toda predicción resulta escasamente científica. Con todo, lo que más sensatez está aportando en este campo, son las también frecuentes declaraciones de modestia que hacen no pocos científicos. Recordemos por ejemplo que en 1992 las academias de los Estados Unidos y Gran Bretaña hicieron pública la consideración de que «ya no se puede confiar en

los avances de la Ciencia para paliar el deterioro ambiental y el avance de la pobreza en el mundo». O no menos cuando 1.600 científicos de elite, entre los que figuraban 102 premios Nobel, afirmaron que de seguir nuestro modelo económico como hasta ahora «la vida desaparecerá tal y como hoy la conocemos». Confiemos en que, como se trata de dos predicciones más, se equivoquen. Porque tan deseable es que hubiera soluciones al alcance de los humanos para desactivar el destructivismo y la pobreza, como para que no desapareciera la vida de muchos vivos. Lo que no quiere decir que no apelemos a la reescritura de la ciencia para lo que fueron sus excelentes propósitos iniciales, la libertad, el bienestar y la igualdad de los seres humanos, a través del correcto uso de ese instrumento, hoy desgastado, de la ecuanimidad racionalista. Y desde luego debe ser, como de hecho ya empieza a conseguir la ciencia de la ecología, esa que estudia las correas de transmisión o, mejor, la rueda dentada que mueve y vincula a tantas otras, sin descartar, entre ellas, la de la creatividad, sólo posible en los dominios de lo impredecible, lo libre de nuestra arrasadora certidumbre. Compartamos con Elias Canetti que «mientras siga habiendo ramas del saber ajenas al experimento estará justificada la esperanza».

El conocer nuestro mundo y sus intimidades sólo tendría sentido si tras adquirido el conocimiento nos alejáramos de inmediato como parte del proceso de acercamiento a la realidad. Saber que lo científico es uno de los más bellos

paisajes que merece la pena tener bien enfocado y permanentemente sometido a la múltiple perspectiva, desde las posiciones más diferentes posibles. Con lo ecológico se acerca la sensatez de que consideremos lo que vamos sabiendo como las respuestas, siempre parciales, que la Naturaleza da a nuestras preguntas. Tal vez si aceptamos que llegar a entender el verdadero sentido de la vida, la verdadera composición y la finalidad de los seres vivos y objetos, las fuerzas y los procesos es un proyecto tan ineludible como inalcanzable, nos apaciguaríamos y comenzaríamos a disfrutar con lo que vamos sabiendo. Sin olvidar que lo que no sabemos también proporciona sensaciones óptimas a la vida.

IV. CONSUMIENDO CONSUMO

4.1. EL ORDEN VAMPIRO

Esta evolución conducirá a reemplazar actos vivientes por artefactos, y a utilizar incesantemente cada vez más recursos de la naturaleza. Amenazando con transformarse a sí mismo en objeto producido en serie, el hombre no se conduce ya como usufructuario del universo y de la vida, sino como un propietario que se arroga el derecho de destruir su bien. Ahí reside el peligro absoluto, irreversible.

Jacques Aitali

Anda todo, andamos todos tan consumiéndonos por el consumismo, que demasiadas veces comprar es venderse. Porque, más aún que recursos, el modelo consume a los consumidores. Convertidos a tan apetecible condición a través de una cierta forma de sumisión deseada. Y es que el «vampiro» cosecha su éxito, literario y cinematográfico por ser una alegoría del presente. El consumismo es algo que se expande al succionar el fluido esencial del otro –su tiempo– por mercancías, y al convertir en adeptos –seriados, insaciables e incondicionales– a los que comenzaron por ser víctimas. La reacción, luego en cadena, es masiva y pandémica, hasta el punto de que llega a resultar imposible distinguir la propia vida del consumo. De hecho, se considera como de segunda categoría o inexistente a todo aquel que no adquiere la condición de consumidor. Y hasta en expresiones como «esto es vida», para definir un alto grado de adquisición, o «eso no es vida» para designar la escasez, se establece la primera y casi única vara de medir. En consecuencia, lo más agredido, paradójicamente, por la sacralización del derroche es precisamente su sujeto, el humano.

No más del 5 por 100 del planeta y menos aún de la Humanidad queda fuera del mercado como norma, es decir, considerado como principio y fin de la propia vida. Hay, pues, muy pocos lugares donde a uno no le consideren mercancía, y a la mercancía hasta con más derechos que a las personas. Quedan por tanto sólo esquilas de este planeta donde

prácticamente todo no sea considerado una posible adquisición.

Un drástico capicúa, consumir por y/o para consumir, donde el humano ocupa la posición de la cifra central, que acaba teniendo una fuerza centrípeta, como la de los agujeros negros. Salir del círculo cerrado, apostar por lo centrífugo, alivia. Probablemente el bienestar que todavía impregna los espacios libres tenga que ver con esta sensación. La posibilidad de salir de uno mismo para poder entrar en uno mismo, que se amplía en el último capítulo de este libro. En cualquier caso, el mundo real es ese otro y en él la aventura, lo exótico y una ducha de sosiego –en la mayor parte de los casos– también forman parte de nuevas ofertas comerciales. Quiero decir que ni siquiera donde apenas hay nada de consumo, al igual que sucede con la radiactividad y los insecticidas o los restos de plástico sobre el océano, dejan de notarse los efectos del consumismo. De hecho, cada vez se colecciona, a golpe de talonario, más paseíto por lo todavía no asfaltado. Tan vastos dominios, la constancia sin descanso y tanta exclusividad del sistema, acaban por consumir no ya los recursos, que sería menos grave, sino las mismas posibilidades de disfrutar del lado amable del consumo, que desde luego lo tiene. Por ejemplo, todo lo que seamos capaces de incorporar al bienestar personal y que no se esté traduciendo en merma de las capacidades del derredor y de los todavía no consumistas y por ello agraviados. Porque no podemos olvidar que las

consecuencias del subconsumo resultan igualmente arrasadoras. «La riqueza corrompe el alma humana, la pobreza la destruye», escribe Rosa Chacel. Corrupción y destrucción que se contagian irremediablemente al derredor. Del callejón no hay fácil salida y mucho menos para mayorías, lo que no excluye, sino todo lo contrario, la búsqueda y la propuesta. No otra intención tiene este libro. De momento cabría incorporar a la experiencia los casi veinte valores sin precio que identificamos más adelante y que en ninguno de los casos se saldan con daño a terceros, y entre los que está incluida la ingenuidad. Es decir, el collar de ajos.

4.2. NI SIQUIERA DAVID

*Nada es suficiente para quien lo
suficiente es poco.*

Epicuro

Durante milenios la amenaza fue la escasez y en toda época se ha luchado contra ella. Desde hace menos de un

siglo la abundancia se ha convertido en un peligro, al menos tan grave como el anterior, cuando a ella sólo ha llegado algo menos de un 20 por 100 de la Humanidad y durante menos de un 0,2 por 100 del tiempo histórico empleado por nuestra especie para lograr semejante vuelco en la tendencia. Es trágico que del esplendor nazca la degradación. Hace ya casi cuarenta años se dieron las primeras señales de alerta sobre los acaparamientos de los países consumistas. «Los norteamericanos hemos usado los recursos del mundo, en los últimos cuarenta años, más de lo que toda la población del mundo los utilizó en los cuatro mil años de historia documentada que terminan en 1914...» (Fairfield Osborn 1958). Por supuesto que desde entonces hasta ahora han duplicado esa cantidad de gastos, al tiempo que un puñado de países, sólo unos veinte, se han incorporado a la succión. Pero para llegar a la glotonería hay que entrenar al apetito; hay que incluir en los territorios del deseo una ansiedad. Desde luego hay que certificar el completo éxito de los «artífices del derroche». Y tomo intencionadamente prestado el título de un libro de Vanee Packard, porque del mismo entresaco la cita de lo expuesto por un asesor de ventas y que está seguramente en la mente de cualquiera que pertenezca al planeta mercado: «Nuestra economía enormemente productiva exige que hagamos del consumo nuestro modo de vida, que convirtamos en rituales la compra y el uso de mercancías, que busquemos en el consumo nuestras satisfacciones espirituales, la satisfacción de nuestro yo... Necesitamos cosas consumidas, quemadas,

desgastadas, reemplazadas y desechadas a un ritmo cada vez mayor.»

El consumo es pura religión, la más eficaz de la historia, porque convence a casi todos y en muy poco tiempo. Rueda cuesta abajo ayudada por la ley más eficaz del universo: la gravedad, y desplaza a cualquier otra que necesita de la razón y de la sensibilidad para instalarse, siempre con lentitud y retrocesos, en los centros de decisión. Además, el consumo invierte ingentes recursos en mejorar su imagen y en multiplicar su presencia. Lo hace por supuesto a través de la publicidad, asilo lógico de ingentes cantidades de talento creativo por lo bien pagada que está.

Competir con la publicidad, con cualquier mensaje no consumista, resulta literalmente imposible y hasta ineficaz. La publicidad es uno de los centros de control social más rentables y logrados de la historia; es ya un estado, sobre todo desde que se encarga del gobierno de los deseos, en los que el otro Estado no tenía competencias. El sistema educativo, la familia, las religiones, mencionemos a las filosofías, aunque con piedad, apenas influyen en la vida cotidiana, ni en las opciones generales de la sociedad. La publicidad –recordemos que buena parte del cine lo es– ha conseguido instaurar un estilo de vida casi generalizado sobre el planeta.

El otro sagaz recurso es la idolatría de lo efímero, de la moda, de lo que tiene que caer en rápido descrédito para

dejar paso a algo distinto, aunque sea igualmente antiestético y poco más o menos duradero que lo suplantado.

En cualquier caso, una de las arduas tareas del pensamiento ecológico consiste precisamente en presentar como coherente y hasta necesaria la propuesta de que nuestra seguridad depende de consumir menos y de otra forma. Descomunal empeño, que desgraciadamente tiene pocos aliados, que nada por completo a contracorriente, que ridiculiza a Sísifo y que literalmente resulta impopular. Sería sencillo apelar a principios éticos y valores morales; y de hecho así se hace, incluso en tratados internacionales suscritos prácticamente por todos los países del mundo. Pero todo queda pospuesto por el apremio y porque el agotamiento de recursos y el azacanamiento se visualizan mal, cuando se visualizan. Además, tiene obvias connotaciones de enfrentamiento con lo masivamente aceptado, que, como todo estereotipo, quiere eternizarse y de momento tiene un poder casi ilimitado, especialmente en el campo de la creación de estados de opinión. Todo parece indicar que Goliat le ha robado hasta la honda y las piedras a David.

4.3. DEVORANDO TIEMPO

Imitad al tiempo. Lo destruye todo con lentitud. Socava, desgasta, desarraiga, despega, pero sin arrancar.

Joseph Joubert

El tiempo es sabio y también savia. Hasta que cayó en la trampa de los calendarios y los relojes, era la fuerza más creativa que ha existido. El tiempo tenía tiempo para todo. Hasta destruyendo el tiempo construye, porque no arranca, en efecto, pero al mismo tiempo todo lo ha sembrado para que crezca. La idea o imagen de Cronos como devorador es una de las más devastadoras y nihilistas, porque prima sólo la mitad negativa. La vida sigue imitando a la tragedia, aunque la mayor parte de nuestra historia sea una alianza con la destrucción, y más aún la de nuestro propio tiempo. El tiempo es esa cama donde copulan el renacer y la muerte y de lo que siempre se obtiene descendencia fértil. Por el contrario, el tiempo histórico es una construcción mental falaz y fatal. La desafortunada pretensión de dominar el tiempo a través de la conquista de todo el espacio estraga la realidad y la individualidad. Mejor, pues, aliarse con él que pretender domeñarlo. Porque, como también sucede con

otros pretendidos dominios, ese esclaviza. A menudo he pensado que la obsesión por medir, encuadrar todo en ese pasmo arbitrario de los segundos, el éxito de los relojes, los calendarios y las agendas es equivalente a la marca que los ganados llevan sobre la piel. Es una rúbrica de nuestro propietario. Es que sepamos de quiénes somos realmente. ¿Por qué llevar lo que mide la muerte ciñendo los latidos de la vida? ¿Por qué considerar lo ilimitado como un recurso escaso? Dejemos de pretender adueñarnos del alcahuete.

Los seres humanos de muchas épocas disponían de bastante más tiempo libre, es decir, tiempo de calidad, creativo, que en esta época dorada de logros que todavía no alcanzan a proporcionarnos más libertad. José Manuel Naredo comenta en *La Economía en evolución* que: «Las sociedades primitivas, no sólo del neolítico sino de la edad de piedra, no sólo agricultoras sino también cazadoras, estuvieron más cerca de la abundancia que aquéllas de los países industrializados de hoy. Pues entendiendo por sociedad de la abundancia aquella en la que todas las necesidades sentidas por la gente se satisfacen con holgura, es fácil que, como apuntan los análisis de Sahlins, el nivel de necesidades de las sociedades primitivas estuviera mucho mejor abastecido por los medios de que disponían para colmarlo de lo que puedan estarlo hoy para la mayoría de la gente las inmensas necesidades que se generan en las sociedades más opulentas». Algunos antropólogos han calculado en una media de dos horas diarias de actividad lo

que necesitan algunas tribus primitivas para satisfacer por completo sus necesidades. Es más, durante largos períodos de la historia humana, el imperio romano, la Edad Media por ejemplo, como señala el mismo Naredo, se disponía de más días festivos que laborables. Y nada perverso nacía de la ociosidad. Realmente el tiempo del trabajo ha sido considerado poco menos que sagrado por los pilares de nuestra civilización. La explicación de que toda la ingente tecnología no se haya traducido en algo parecido en la actualidad reside en un «miedo a volar». Y, por supuesto, al ansia de que el Producto Interior Bruto (PIB) suba, de que el crecimiento siempre tenga signo positivo. De que nunca se considere que ya tenemos bastante. No deja de llamar también la atención el hecho de que si bien sabemos cuál es el valor de una hora trabajada o de los salarios mínimos por sectores, no se haga lo mismo con ese valor que es el tiempo libre. Tal vez deberíamos considerarlo como muy superior. Recuerdo una observación de Manuel Vicent en un medio de comunicación afirmando más o menos que la calidad de vida debería medirse por el tiempo que se podía perder. Algo que enlaza perfectamente con un aforismo de Elias Canetti: «La importancia debe medirse por el número años que eres capaz de perder.» Una contabilidad de la riqueza que tuviera en cuenta todo el valiosísimo tiempo no trabajado y a disposición de la pereza, la contemplación, el aprendizaje, el ocio o el juego, resolvería bastante la ansiedad del presente. Pero los tiempos andan demasiado supeditados al tiempo. Insisto, tal vez animado por aquella apreciación de

Empédocles de que sólo se debe repetir lo que es cierto. Como sucede en tantas otras facetas, el tiempo nos tiene en lugar de tenerlo nosotros a él. Uno más de nuestros pretendidos dominios se ha convertido en servidumbre. Especialmente cuando uno de los cultos básicos del consumo es la velocidad. Aceleraciones múltiples que se necesitan precisamente para que la obsolescencia pueda actuar más eficazmente. Otra auténtica calamidad es la que se deriva de que, para acortar distancias, períodos, procesos, resulte por completo justificado aumentar la taxidermia de los paisajes con tal de llegar unos minutos antes a algún lugar. Se han invertido ingentes cuantías de recursos naturales, de bellezas, de tiempo sosegado para llegar un poco antes a cualquier parte. Poco o nada se emplea en otro tipo de caminos, por supuesto más leves, que nos lleven a lo más cercano, a nosotros mismos; al merecido descanso creativo de los años sabáticos, que de momento deberían ser universales para todas las profesiones. Los senderos del pensamiento ecológico son para, con la brújula de la lentitud y el mapa del mejor tesoro, el de nuestro propio mundo, dirigirse a ese remoto lugar que llamamos identidad de lo humano, en la confianza de que nunca llegaremos, de que los trasiegos tienen valor en sí mismos, especialmente si no lo acaparan todo para sí mismos.

4.4. LA CIUDAD

En la mayoría de los casos, éstos son esfuerzos vanos, ya que la búsqueda de metas inaccesibles y de expectativas exorbitantes crea en definitiva ilusiones malignas que destruyen cualquier posibilidad de autoaceptación... no hay duda de que la ciudad las exacerba.

Luis Rojas Marcos

Aunque la cita se refiere expresamente al generalizado trauma de las mujeres que, sólo en un ínfimo porcentaje, se acercan a los estereotipos idealizados por las modelos y estrellas de cine, cabe aplicarlo a prácticamente el resto de las aspiraciones de los ciudadanos, ya la mayoría de la población mundial.

No se trata de proceder a la ajada alabanza de aldea, que también frustra, aunque cada día más por la desmedida preponderancia de los modelos que se exhiben en los medios de comunicación. La vida de la Naturaleza y de las comunidades rurales apenas llena un 0,5 por 100 de lo que se dice, escribe y ve a través de las radios, prensa-libros,

televisiones. Todo ello cuando prácticamente todos queremos vernos reflejados de alguna forma en lo público. Y, aunque minoría, lo no urbano todavía está cerca de la mitad de los humanos. Resultó esclarecedor al respecto un estudio del cineasta Berlanga en el que se evidenciaba que el mundo rural sólo había sido tratado por cuatro de las cuarenta mejores películas de la historia del cine español. Si traspasamos ese análisis a la televisión, seguramente el porcentaje necesitaría algunos ceros detrás de una coma y otro cero. Y desde que lo más visto en todas las pantallas de casi todo el mundo, a excepción de la India y China, procede del oeste de los Estados Unidos, la exclusión de la otra mitad resulta casi completa. ¿Puede extrañarnos que se quiera ir a las ciudades, abandonando los campos, para llegar a ser como lo realmente existente, es decir, lo que aparece en los medios de comunicación?

Sea por eso, o por acceder a pretendidas mejores condiciones de vida, otro de los rasgos que mejor definen nuestro fin de siglo es que este planeta ya es urbano. Desde algún momento del comienzo de la década de los noventa, más del 50 por 100 de los humanos existentes residen en ciudades. El planeta necesita actualmente crear espacio urbano equivalente a la ciudad de Madrid cada veinte días, porque cada veinticuatro horas, y desde hace casi dos décadas, unas cien mil personas abandonan el campo para ir a vivir a las ciudades, donde, al mismo tiempo, nacen otros cien mil congéneres nuestros. Además, en el mundo se

efectúan unos sesenta millones de abortos al año, el 80 por 100 en las ciudades. Peor destino aguarda a otros cien millones de niños que morirán de hambre y enfermedad en los próximos veinticinco años. Casi todos ellos en la periferia de alguna ciudad y tal vez con un gran hospital y restaurantes de lujo a la vista. La Conferencia sobre el Hábitat celebrada en Estambul en junio de 1996 concluyó que las ciudades del mundo albergarán mil millones de pobres absolutos a lo largo de los próximos cincuenta años.

Se ha producido, pues, un imponente fenómeno de concentración que está cambiando la faz del planeta y de la Humanidad. Por cada duplicación de ciudadanos se experimenta cinco veces más degradación ambiental que la que implicaría una sociedad más rural.

Hay mucho de la ciudad que me fascina. Su oferta cultural principalmente y su capacidad de autocrítica. El mismo ecologismo nace y se queda literalmente en la ciudad, de ahí lo mentecato de las críticas dirigidas al posible sentido reaccionario de ese movimiento social como de potenciación de los valores «del terruño». Por mi parte sólo conozco a media docena de ecologistas en el ámbito rural y a varios miles en las ciudades. Y en casi todos ellos anida un sanísimo cosmopolitismo. De todas formas, eso no excluye que de los campos no nos vengan imprescindibles recursos y que precisamente la masificación urbanística no se resuelva con desajustes que alcanzan a todos los horizontes, como las ondas de la piedra que arrojamos al estanque. La

urbanización del planeta es fenómeno que, con ser fundamentalmente cultural, no puede escapar del todo a las leyes de la física, y genera enormes tensiones hacia adentro y hacia afuera de su propio recipiente. Y no se vislumbra desaceleración alguna, ni siquiera en el lejano horizonte temporal del próximo siglo XXI.

La ciudad es hoy el escenario de casi todo, pero sobre todo del consumo. El cambio de tendencia en la distribución sobre el territorio de las poblaciones tiene consecuencias de primer orden para el derredor y para quienes en él viven, así como para los masificados. Prácticamente todo lo que de destructivista sucede fuera de los límites de lo estrictamente ciudadano resulta aceptable porque implica más espacio, recursos y energía para la urbe, y además desde ésta ya no se percibe directamente. Como toda ciudad es centro de poder, y la cultura y el mundo rural olvidables, poco extraña que poco o nada se enfrente al acaparamiento. La ciudad, aunque ha traído múltiples y magníficos logros a este mundo, incluyendo la mayor parte del arte y del pensamiento, hace estragos en ese otro arte espontáneo que son los paisajes y en las concepciones de un mundo que es bastante más que lo urbano. Esto no quiere decir que no quepa la seria duda de si, precisamente cuando hay tanto amenazado, no es mejor que las gentes estén concentradas y no desparramadas por ahí. Porque cuando salen al campo a tiempo y espacio parciales también esquilman.

Un ciudadano gasta por término medio de diez a cien veces

más energía, materias primas, tiempo y espacio degradado que un campesino. Crear un puesto de trabajo en un medio urbano resulta entre cuatro y veinte veces más caro que en los campos. Lo mismo sucede con la vivienda, el objetivo número uno de los que llegan o nacen en la ciudad. Todo lo que hoy se consume en las ciudades grandes del mundo procede de una distancia media de dos mil kilómetros. Y los impactos relacionados con el transporte son los más significativos para la biosfera. Pero al mismo tiempo que en las ciudades del mundo hay millones de apartamentos vacíos, la mayoría de los nuevos urbanitas se apiñan en una periferia donde hablar de calidad de vida es puro sarcasmo. Y allí todos aspiran legítimamente a una vivienda digna, sólo que hacerlo puede ser la mayor de las trampas. Hoy, a escala planetaria, supera la mitad de la vida laboral de las clases trabajadoras lo que se debe invertir para alcanzar esa convencional meta. Como además sabemos que más de un tercio de lo que ganamos es succionado por los pagos a plazos del automóvil, la energía que consume, los impuestos que devenga, las multas y las reparaciones. Todo exceso de consumo es, pues, a costa de ingentes cantidades de nuestra propia vida, como nos anticipaba Thoreau en su *Walden*.

Capital quiere decir también cabeza y de hecho la cabeza de las sociedades actuales está en sus grandes ciudades. Resulta fácil considerar a la ciudad como uno de los principales frutos de la razón. Y hasta podría decirse que pensamos a través de las ciudades, y sentimos, cuando

podemos, a través de la Naturaleza. Los mismos campos abiertos ya no podrían acoger a las masas, como tampoco puede en buena lógica desconcentrarse a la ciudad. Lo que resulta poco aceptable es que esa gran creación humana, curiosamente siempre enfrentada a la Naturaleza como sistema defensivo para sus habitantes, cause tantos estragos entre sus beneficiarios. Las muertes violentas, accidentes y asesinatos, junto con los suicidios, jamás tan altos en promedio, por ejemplo, resultan por término medio quince veces más frecuentes en el medio urbano que en el rural. Si añadimos la mortalidad ligada a los medios de transporte, ese porcentaje subiría al doble. No es por tanto desacertado afirmar que uno, ahora mismo, está bastante más seguro en cualquier remoto paraje que en una urbe. Que la concentración consiga disgregar, amenazar, incomunicar e insatisfacer en tan altas dosis merece cuando menos un alto en el camino para pensarlo. Algo debería relajar este proceso desmedido de acumulación de vidas y esfuerzos en puntos concretos. Un crecimiento acelerado y desordenado de células con otros intereses de los que forman el conjunto del organismo, creo recordar, se llama tumor. Necesitamos, al igual que en nuestro propio cuerpo, no sólo un crecimiento cíclico, rítmico y ajustado a la necesidad del organismo, sino también compatibilizar a la cabeza-capital, es decir la razón, con el corazón y el resto del conjunto, o sea, el ambiente del que forma parte, aunque haya querido segregarse, amputarse su propia raíz. Aunque la ciudad quiera olvidar a su antecesor, la cultura rural sigue necesitándole.

4.5. LA ENERGÍA

Cualquiera de las otras deudas, comparada con la del balance energético, se queda en las del niño con la pipera. Aun así, tal vez no sobre el recordar que en nombre de cada español de los noventa el Estado se ha endeudado en un millón de pesetas, cuarenta billones, a sumar a los otros diez que deben las familias por su propio consumo. Es decir, que la sociedad ha gastado ya toda la «riqueza» añadida de varios de los próximos decenios incluso en el caso de un crecimiento económico convencional, ese que nunca incluye la factura ambiental, que en el mejor de los casos supondría deudas, eso sí, no monetarizadas, por otro tanto.

Más aún que el dinero, la energía debería ser la verdadera unidad de cambio. Y en el improbable caso de que apostáramos por esa mínima racionalidad, acabaríamos percatándonos de la drástica ineficiencia del sistema productivo. Tanto es así que si la contabilidad de las actividades económicas se hiciera a partir de las unidades de energía empleadas para obtener más energía o productos, todo lo que llamamos duros valdrían una peseta, o mejor cada peseta ganada nos habría costado un duro. Destacan como ejemplos casi todo el sector primario, cuando no se ecologiza, y la totalidad del transporte y la producción

industrial. Nuestra actual agricultura necesita quemar de diez a treinta kilocalorías derivadas del petróleo para obtener una que incorporar a nuestros cuerpos. O, para visualizarlo con mayor contundencia, si todos los rendimientos agrarios se obtuvieran con el gasto energético de la agricultura estadounidense el petróleo del planeta se acabaría en poco más de diez años.

Otro ejemplo. El sector eléctrico de nuestro país, el más voraz consumidor de energía, necesita comer noventa millones de toneladas de petróleo como media para producir la energía equivalente a treinta millones, es decir, que dos terceras partes se sumaron a la contaminación sin aprovechamiento o rendimiento alguno. Poco más o menos ése es el rendimiento de los automóviles y de la mayor parte de nuestras máquinas. O, por sumar paradojas, de momento la fabricación de placas solares convencionales conlleva más gasto de energía que la que van a producir en toda su vida. Por tanto, nuestra actual cultura también podría ser definida y reconocida como la que quemó, está quemando, más combustible; que consume, sin producir apenas, más energía. Conviene recordar además que nos cabe aprovechar o gastar energía, pero no producirla. En consecuencia, como sucede con los mismos sistemas vitales, la energía no debería ser considerada como nuestra; sólo lo es su aprovechamiento y el usufructo. Y toda la energía ya utilizada y por utilizar viene de muy lejos, es un regalo del Sol, literalmente tan vasto, constante y sencillo que

probablemente la mayor perversión de nuestro actuar sobre el mundo es que toda la energía acumulada en el planeta no sea considerada un patrimonio común a gestionar con el máximo cuidado, dada su inicial gratuidad, su escasez y las nocivas secuelas de su abuso. Al mismo tiempo nos bastaría con el 1 por 100 de la energía solar diaria, a un 5 por 100 de eficiencia, para satisfacer todas nuestras necesidades energéticas gratuitamente. Pero en la categoría de lo sin precio sólo nos queda, y ya muy acorralado, el aire.

Con todo, ya acaparamos literalmente la mitad de la energía que produce este planeta a través de la fotosíntesis, y obviamente seguiremos aumentando ese porcentaje.

Como secuela de este claro exceso en el uso de energía aparecen las enfermedades globales de la atmósfera, a su vez alteradoras de las fuentes directas de energía para los propios humanos. Sólo que con un detalle de flagrante injusticia. Los países ricos gastan, para una quinta parte de la humanidad, las tres cuartas partes de la energía producida en el mundo, al tiempo que el cambio climático derivado de tal abuso afecta al 100 por 100 de los humanos y de la biosfera. Si es cierto que tanto la riqueza como la pobreza atentan contra el derredor y lo humano, no menos que la riqueza degrada lo más vasto y común, mientras que la indigencia impacta principalmente sobre lo local, si bien cada día este término va perdiendo su sentido. Porque nada hay local que deje de repercutir en lo global, ni nada de lo general que deje indemne a lo particular.

Aunque la pérdida de variedad vital debe ser contemplada como empobrecimiento de todos, cuando forma parte principalmente de la realidad física de los países en vías de desarrollo, parece claro que la imitación de los modelos económicos y energéticos está en la base de todos los procesos de degradación ambiental y de alto riesgo para sus causantes.

Lo escasamente inteligente es no buscar otros caminos, porque tenemos a nuestra disposición algo así como una enorme fila de paquetes que contienen sucesivos regalos. Muchos han sido ya abiertos y de inmediato reducidos a cenizas, como, por ejemplo, el carbón y el petróleo, que se están agotando, aunque menos rápidamente de lo que inicialmente se estimó. En clara línea descendente están sus antecedentes actuales, es decir, los bosques del mundo. Para todavía casi mil millones de familias la leña sigue siendo el principal recurso energético y su déficit ya es poco menos que dramático. Mientras en una Sociedad industrializada pueden ser consumidas desde el doble hasta diez veces más energía de la estrictamente necesaria para una vida cómoda, sana y llena de productos en otras, no olvidemos contiguas, no hay apenas para cocinar. El exceso de consumo de energía puede ser considerado como la mejor definición del sistema. Su forma de tiranizar, lo que ha sido y lo que será. Pero, como se generalizaba más arriba, lo sorprendente es que siendo cara, la energía sea despilfarrada. Hasta el punto de que se ha llegado a estimar, y no por mente ecológica

alguna, que prácticamente todo lo que se hace, mueve, construye y se disfruta podría conseguirse con un gasto energético un 50 por 100 inferior al actual. Se da por sentado que los límites de los recursos energéticos no estimulan al ahorro porque ya vendrán otras fuentes y otras tecnologías a remediar las necesidades futuras. Y ojalá sea así, desde el momento en que ningún colapso agoreado nos ayudará bajo concepto alguno.

Otros regalos energéticos, otros paquetes están sin tocar, y de hecho cuesta desentrañar el mecanismo de apertura; en ello se afanan los científicos y esperemos que lleguen a tiempo. De momento, la sensatez consistiría en no quemar tres para un rendimiento de uno. Pero esta modalidad de la inteligencia se volatiliza como el mismo humo que preside la actualidad.

4.6. LA SEGURIDAD ALIMENTARIA

Cuando se inició la cosecha de 1992, las reservas acumuladas de cereales ascendían a un total estimado de 310 millones de toneladas, habiéndose reducido desde los 337 millones de 1991. Estas reservas eran las más bajas en

muchos años y su equivalencia era de tan sólo 66 días de consumo mundial.

Lester R. Brown

Aunque no del todo, está pasando casi inadvertida una de las más preocupantes realidades del último lustro. Deslumbrados por los raudos logros de las comunicaciones y la informática, desoímos a lo más primario, es decir, al sector que no es del todo básico. Puestos a necesitar, lo único del todo imprescindible es el alimento. Y aunque la comunicación y la cultura obviamente también lo son, pertenecen a generaciones muy posteriores de lo útil y necesario. Crecer en el campo social y cultural resulta imposible sin humanos sanos, esos ya liberados de buena parte de las necesidades primarias, para dedicar su tiempo a lo simbólico. Por tanto, nunca seremos lo suficientemente agradecidos con los que proporcionan el primer combustible. Ese que ha permitido toda la especulación filosófica de la historia, todos los avances científicos y todo el arte de este mundo. La ingratitud es parte de la condición humana, y a la que existe hacia los procesos vitales se suma la que ignora al mundo y la cultura rurales, que trabajan para el resto, sin que por ello se les considere ni en una mínima parte de lo que merecen. Otra deuda pendiente. Con todo, estas consideraciones se debilitan o se debilitaron en la misma medida en que se incrementaron los logros de la

llamada revolución verde, es decir, el incremento sustancial de los rendimientos de la agricultura y la ganadería; que las máquinas y el petróleo consiguieran uno de los perfiles más destacables del siglo, un incremento de la producción de alimentos mayor que el de las necesidades de la humanidad. Porque es rigurosamente correcto afirmar que durante casi medio siglo XX, y por primera vez en la historia de la especie, hubo suficiente para que todos comiéramos. Porque en las tierras cultivadas del mundo, desde 1950 hasta 1984, la producción de cereales creció a un 3 por 100 anual, casi al doble que el incremento demográfico. Desgarra la tragedia inaceptable de que al mismo tiempo, en esos treinta y cuatro años, murieran más de mil millones de personas de hambre en un mundo de silos repletos. De nuevo el más razonable avance de todos los tiempos sólo benefició a una parte. Lo que ahora ha cambiado es que desde ese momento, el año 1984, los cereales, que suponen más del 90 por 100 de los alimentos básicos de la humanidad, sólo están creciendo al 1 por 100 anual, cuando la población lo hace al 1,7. La cosecha de la pesca se ha estabilizado o disminuye y, aunque ha aumentado la de carne, conviene recordar que todavía prácticamente todo depende de cuatro especies de cereales. Y todo ello, cuando la propia multiplicidad vital, la que está desapareciendo precisamente en aras de la expansión de los trozos de carne entre pan, esconde decenas de miles de posibles soluciones para nuestra alimentación y suministro energético. Y es que hasta el momento sólo conocemos bien y usamos con alguna frecuencia un 1 por 100 de las plantas

y menos del 1 por 1.000 de los animales existentes, de los que aprovechamos a su vez tan sólo otro 1 por 1.000. Estamos apostando a muy pocos números de la ruleta cuando podríamos hacerlo por muchísimos más. Concretamente, sólo unas ciento treinta especies de animales y plantas nos dan de comer, frente a los casi treinta millones de posibilidades existentes. Lo preocupante es que ambas categorías han comenzado a disminuir, avivando algunos problemas que ya creíamos solucionados. Es decir, que puede haber pronto una grave crisis alimentaria.

Hay una relación directa entre esta preocupante tendencia de la producción cerealista de los últimos diez años y el cambio climático, la pérdida de tierras por desertificación. El urbanismo galopante además retira de la producción algo más de trescientas mil hectáreas de las mejores tierras de cultivo del planeta todos los años. Tanto es así que las reservas alimentarias estratégicas de la humanidad, es decir, las cantidades de cereales acumuladas en silos, lo que podríamos comer en el caso de no seguir produciendo cosechas, ha pasado de un horizonte de tres meses de media a menos de dos. El récord negativo corresponde al último año con datos, 1995, en el que sólo hemos contado con un colchón de 54 días de reservas alimentarias. A todo ello hay que sumar que la tierra apta para cultivar se reducirá en un 50 por 100 durante los próximos veinticinco años. Y en ese momento las bocas humanas a alimentar serán más del doble que actualmente.

Parece, pues, más que demostrado que estamos consumiendo aceleradamente espacio vital para lo vital. Ciertamente también pueden venir a auxiliarnos los cultivos sin tierra, las triples cosechas bajo plástico o las biotecnologías. De acuerdo. Pero, como en tantos otros capítulos en los que se apuesta sólo por la solución técnica, podríamos estar dejando por el camino mucho de lo que aún no conocemos; destruiríamos lo no conocido ni, claro, comprendido, y con ello la posibilidad de llegar a hacerlo. Al mismo tiempo deberíamos ser capaces de visualizar lo que probablemente mejor define el perfil más universal del consumismo. Me refiero a las malas comidas rápidas. No creo que quepa más calificación que la de peor para la generalización de una forma de alimentarse que no reporta apenas satisfacción. Si se debe recuperar el epicureísmo es precisamente en nuestras sencillas capacidades de disfrute. Porque en la acción de comer puede resumirse un tratado de ecología práctica, de Cultura y de filosofía vitalista. Resumir la ingesta a cuatro productos, en los que por cierto a lo largo del año acompañan de tres a siete kilogramos de colorantes, conservantes, insecticidas y metales pesados, no parece la forma más adecuada de vitalizar al cuerpo. Cuando comemos culminamos un proceso complejo, vario, largo y extenso, que comienza lejos, que no controlamos en su mayor parte y que también culmina a gran distancia. Es un acto tan natural como cultural, porque es mucho lo que nosotros hemos añadido al producto natural base. Pero lo que no podemos olvidar es que se ingiere una energía

regalada, una alquimia botánica o zoológica y parte de los ciclos de la Naturaleza encauzados hacia nuestro propio beneficio. Toda comida es vinculación con el entorno, nos anexa a la tierra y nos recuerda los nexos de lo vivo entre sí. Comemos porciones de Naturaleza, por supuesto en la mayor parte de los casos domesticada, pero no por ello fuera de las leyes del funcionamiento de este planeta. El acto de comer es sin duda el que nos relaciona más con el resto de la cadena de acontecimientos, procesos y relaciones que permiten la vida.

Muy al contrario de lo que sugiere un coordinarse con los ciclos vitales, comemos ante todo prisa, petróleo y química. Por eso, entre las necesarias rectificaciones figura la de comer lentamente, alimentos completos y, en la medida de lo posible, obtenidos con los métodos de fertilización natural, eficaces y regeneradores de los sistemas naturales, entre los que figura nuestro propio cuerpo. Que algunos de los negocios de mayor relevancia en la actualidad estén ligados precisamente a comer mal y deprisa demuestran no sólo nuestra capacidad de destrucción del entorno, sino ante todo que somos lo más amenazado que existe. Ir perdiendo seguridad y variedad alimentaria es, al mismo tiempo, un claro empobrecimiento cultural, desde el momento en que esas comidas monocolors y rápidas exigen altas transformaciones ambientales, dependencias económicas de sectores rurales, casi todos endeudados e incapaces de vivir sin ayudas de la administración y homogeneización de

cultivos o ganados. De hecho, más de la mitad de las especies de animales y plantas domesticados por el hombre se encuentran también actualmente amenazados de extinción. Pero es que también estamos relegando los placeres de la degustación, pues, si nuestras papilas pueden disfrutar reconociendo de dos a cinco mil sabores diferentes, ¿por qué privarlas de casi todos ellos?

Por el contrario, quien come productos naturales, bien cocinados y lo hace despacio está demostrando respeto y cultura. Permítanme que recuerde un párrafo de uno de mis guiones cinematográficos, en este caso sobre los Picos de Europa, en el que abordo esta cuestión. Decía allí que cuando se ingiere un trozo de queso de Cabrales se está comiendo también un bello paisaje, calidad ambiental, el esfuerzo de pastores que no degradaron su precioso medio, y hasta un fermento natural, un proceso de maduración lento y completo, sin olvidar que también es estar comiendo una parte de la transparencia de las aguas y de los aires y las minúsculas porciones de energía solar que atraparon los pastizales montanos, que a su vez comieron unas vacas y unas ovejas alpinistas. Lo de la comida monotemática y rauda es pura estupidez, por innecesaria y por agresiva, no sólo hacia el derredor sino ante todo hacia uno mismo.

4.7. TRATADOS, CUMBRES Y CONGRESOS

Gris es toda teoría, verdes los frutos del árbol de la vida.

Goethe

El «de todo mucho», porque nunca es suficiente, llega también a la oferta de teorías ecológicas. La mayoría, además, con el ribete de soluciones, cuando, si acaso, llegan al tantas veces recordado suplicio de la perdiz.

Campea una cierta tiranía de la teoría. Un cierto consumismo de la misma cultura, a menudo de usar y tirar. Una renuncia al disfrute de conocer. Hay incluso algún exceso de narcisismo ecológico, un regodearse en la machaconería de argumentos en favor del derredor. Redundancia pobre, por cierto.

Tenemos miles de expertos, que en realidad se diferencian muy poco o nada de esos ya citados como servidores de la ciencia que quieren dejar de serlo. Son todavía más numerosos, decenas de miles, los administrativos encargados de la cuestión ambiental. Y a la par que se publican auténticas cataratas de libros, artículos, ponencias y documentos sobre cómo arreglar casi todo, no se hace sino

aumentar el deterioro. Han proliferado también hasta lo oceánico las maestrías, cursos, cursillos, asignaturas y hasta licenciaturas en ciencias ambientales. Pero, sobre todo, desde hace una decena de años, hay riadas de congresos, jornadas, charlas y toda suerte de debates, más o menos públicos. Nos autoatiborramos de recetas, que pocos se atreven a cocinar, ni siquiera para sí mismos. Como no podía ser menos, se han celebrado algunas cumbres mundiales. La más elaborada, llamativa y completa tuvo lugar en Río de Janeiro en el verano de 1992, con la asistencia de la práctica totalidad de los jefes de Estado y Gobierno de casi todos los países del planeta. Las declaraciones allí hechas públicas, así como los convenios internacionales y la agenda o calendario para el cumplimiento de lo acordado, merecen todo el respeto como declaraciones de buena voluntad que son. Pero ahí se han quedado. Porque probablemente es en el campo de las terapias para la recuperación de la salud de la Naturaleza donde se da un mayor grado de incumplimiento, posposiciones, olvidos, no ratificaciones y hasta falsificaciones. Hasta el punto de que no parece exagerado afirmar que sólo echamos en falta en tanto discurso, ponencia, tratado y curso una coletilla final. Algo así como «y además tenemos la intención de fracasar», si se trata de tratados, o «esto nunca lo llevaré a la práctica», si nos referimos a cualquier otra propuesta de más bajos vuelos. A efectos prácticos, y de momento, poco es lo que diferencia una cumbre mundial de los acuerdos de cualquier Organización No Gubernamental (ONG) de escasos recursos

e influencia. Al tiempo que nos vamos acostumbrando al bajo valor actual de los compromisos, de las promesas, acuerdos o tratados. Alguien, no recuerdo quién, definió como cualitativo de lo humano su capacidad de prometer, para lo que hubo que demostrar el cumplimiento de los compromisos. Pues bien, esa condición se encuentra hoy bajo mínimos en su segunda parte y superlativizada en la primera. Porque casi invariablemente apenas nos acordamos de los acuerdos; no se ponen en práctica las buenas declaraciones. Y mientras se agiganta la especulación, todos estamos «seriamente» preocupados por nuestro entorno. Cierto que podemos estar convencidos de que se ha creado un notable estado de opinión. Y que algunas de las barbaridades más llamativas se han enmendado allí donde había presupuesto suficiente. Y no menos que lo mismo sucede con la solidaridad internacional, con la paz, la condición femenina, o la erradicación de la pobreza, pero ya quisiéramos que la puesta en práctica alcanzara ni siquiera el grado del 1 por 100 de lo especulado teóricamente. En cualquier caso, y aunque me considero uno de los principales beneficiados de esta gran oferta poco más que propositiva, lo que sí parece claro es que no cabe seguir confiando en que la mucha teoría, la cantidad, acabe en calidad, es decir, en práctica. Grave contradicción de un pensar que sólo tiene sentido como puesta en práctica de actitudes, de vivencias para la vida. Se rompe, pues, con este consumismo de «soluciones» sólo teóricas lo que tanto manosearon los marxistas: la cantidad no acaba en calidad.

La excesiva oferta desemboca demasiadas veces en empacho y no en alimento. Y menos en que los organismos públicos respondan de sus responsabilidades. Que no se avance ni en lo que estamos de acuerdo universalmente, determina la faceta neurótica que también acompaña al pensamiento ecológico. Eufórico y abatido, creciente y detenido, abandonado y aplaudido: como la vida misma, siempre frágil.

V. ECOLOGÍA Y CONDICIÓN HUMANA

En ningún momento de la historia del mundo, la mentira organizada se ha practicado con menos vergüenza, o por lo menos, gracias a la tecnología moderna, más eficazmente o en una escala tan amplia, que por los dictados políticos y económicos de este siglo.

Aldous Huxley

5.1. CONDICIÓN COMÚN

El entorno no nos cabe en la cabeza, pero tal vez sí en la emoción. Desde allí debe conciliarse con todo y con todos.

Llamo la atención sobre la renuncia al uso del prefijo *re*, que parece siempre mirar hacia atrás, como si alguna vez hubiéramos estado a buenas con algo. Si eso pasó, no lo sabemos. Si va a pasar tampoco. En general no se vuelve a parte alguna, ni siquiera a nuestro propio cuerpo, que aunque nos parezca siempre el mismo, resulta diferente en todas sus células cada seis meses aproximadamente. De la misma forma que cualquiera de sus partes o individuos la vida es, además de todo lo que se pueda razonar e imaginar, constante novedad en busca de identidad. Cambio que anhela estabilidad. Estabilidad que ansia el avance. Y que se queda en medio, pero sin detenerse. Probablemente, uno de los lados débiles de los ecologistas, y por el que más fácilmente son atacados, es un cierto regusto por recuperar, reconciliar, reciclar. Como si quisieran mirar hacia atrás, cuando lo que esas palabras llevan, o pueden llevar, va mucho más lejos. Habría que parecerse más a lo que se defiende. Porque todo lo vital es comenzar sin dejar de avanzar; ir terminando sin agotar, ya sea desde lo ya usado, nunca del todo, ya sea desde lo nuevo, si es que hay algo nuevo del todo en alguna parte. La repetición, la letanía, tiene propiedades hipnóticas y en consecuencia relajantes hasta el freno, hasta la inmovilidad. Lo vital es movimiento en perpetua exploración. Adentramiento hacia las afueras del tiempo y del espacio.

Decíamos que los sentimientos podrían ser un camino de aproximación a la globalidad, a lo vital, pero no el único,

aunque sí pueden funcionar como motor de arranque. Tengamos en cuenta que no compartimos conocimientos, ni posesiones, ni inclinaciones, ni culturas, ni memoria. Todas esas realidades y cualidades resultan bienes escasos y competimos despiadadamente por y con ellos. A menudo se lucha por un arma con la que seguir luchando por la preponderancia, es decir, por una de las formas de la exclusividad. Los dominios tienden a resultar estáticos, sobre realidades estáticas. Y nada frena tanto como un exceso de velocidad. Por el contrario sí hay algo siempre incluidor. Todos compartimos con todos la vida, aparentemente abundantísima. De forma por completo gráfica, cabe decir que desde la altura de la nariz hacia abajo somos por completo iguales, incluso a otros organismos muy alejados sistemáticamente de los homínidos. Ciertamente que de ahí para arriba hay un nuevo y completo cosmos, todo él en erupción; pero su soporte necesita lo mismo que todos los demás, porque es como todos los demás. Siempre me produjo algo parecido a los placeres de la complicidad el pensar que en buena medida pensamos y sentimos con agua, ya que al menos el 85 por 100 de nuestro sistema nervioso y de nuestro cerebro está constituido por ese elemento. También resultan comunes a todos los humanos algunos principios, procesos y ámbitos ecológicos, esenciales y básicos precisamente para la vida, propia y ajena. Cabe decir que la Naturaleza, entendida aquí, ahora y a lo largo de todo este libro, precisamente como la suma de los soportes, elementos, condiciones y procesos que permiten y sostienen

a la vida en este planeta, es común a todos los seres vivos, incluidos los humanos. A nuestra condición de especie que recuerda, que promete, que engaña o que hace arte y habla, debemos fusionar eso tan sencillo como básico que es recordar que estamos vivos. La vida es nuestro más lejano fundamento y la primera base de su funcionamiento. Y dentro de esa Naturaleza que potencia nuestra naturaleza hay elementos, como la atmósfera y el agua, que son ya en sí mismos armonías, ya que son compartidos por todos los vivos y no tienen aún demasiados dueños particulares, ni precios en el mercado. Algo también en vías de extinción, desde el momento en que se pretende establecer cuotas de contaminación. En cualquier caso, y mientras no se demuestre que esto también es relativo o falso, la primera condición de la condición humana es el vivir. A lo que acompaña seguramente también un fuerte lazo sentimental con esa vida, con la propia, que por cierto es muy parecida, casi idéntica, a la de los demás. Pero hasta eso queda en parte velado por las prioridades artificiales. Cualquier indagación sobre la condición humana debería partir de la de ser vivo. Luego, por supuesto, la razón desborda, y hasta niega y olvida la vida, en aras de lo cultural y lo simbólico. Todo razonamiento, en cualquier caso, es un brote de la misma vida, está imbricado a lo viviente–humano, pero es, en el buen sentido del término, accesorio. Accesorio precioso que nos permite «acceder» a la sociabilidad, a la comunicación y a un conato de comprensión del mundo. Esbozo que necesitamos ampliar para no provocar el aborto.

Irrenunciable y manifiestamente mejorable todo lo que nos aporta la razón, pero siempre fundado sobre la vida. Si queremos que nos salgan las cuentas de lo que somos, si hay que levantar todavía más alto el edificio del humanismo, los cimientos son precisamente la vida, porque no parece demasiado correcto olvidar que lo que permite pensar también está vivo. Quítesele sólo un poco de oxígeno durante unos pocos segundos y la catedral, que es todo cerebro, se desploma, como si de una de esas voladuras controladas, últimamente tan exhibidas, se tratara.

Sin embargo, buena parte de los modelos, tendencias y actuaciones de nuestra cultura obvian las raíces. Niegan la evidencia.

Han amputado esa íntima condición y en lugar de conectarnos con lo que somos, es decir armonizarnos, nos erradican del único lugar donde la vida llega a ser y, a veces, crece. Ortega mantenía que era preciso «educar la vitalidad», tal vez hoy debamos acometer algo mucho más arduo que es identificarnos y ser consecuentes con el hecho de estar vivos.

5.2. ¿CON IDENTIDAD O IDENTIFICADOS?

Salvarse es querer tan solo lo que uno posee.

W. H. Auden

Hemos interpuesto demasiados trámites e intermediarios entre nosotros mismos y nosotros mismos. La desnaturalización empieza convirtiendo lo vivo en nominado y a continuación en inscrito. Cada día somos menos para que sean más y más los papeles y los impulsos electrónicos donde aparece ese pálido reflejo que es nuestro nombre. La aniquilación casi se logra cuando eres reducido a un número, que te rastrearán en las frías entrañas de los ordenadores para darte o quitarte identidad, de acuerdo con las necesidades que te implantes o te implanten. Con la televisión por cable este proceso se multiplicará por centenares de veces. La ya absoluta imposibilidad de vivir hoy escondidos, como proponía Epicuro, atenta contra la intimidad que aún queremos defender con preceptos legales constantemente violados. Las mismas redes telemáticas nos hacen más identificados y nos quitan identidad. La porción no pública de cada uno está en el mismo peligro que tantas otras realidades de la Naturaleza, por tanto procuramos

preservarla. Niega todo derecho de injerencia en la individualidad, pero ésta, cada día más necesaria, está disolviéndose precisamente por recremento del individualismo, aparentemente propiciador de la competitividad y, claro, jaleado, pero que de inmediato te hace vulnerable por enfermo de aislamiento. Es decir, que el individuo es precioso e insustituible, justo al contrario que el individualismo.

El pensamiento ecológico busca, como casi todos los anteriores, y como probablemente todos los posteriores, algo de la íntima identidad, de lo que hay de humano en el humano. El llegar a ser nosotros mismos, como ya adelantó Píndaro. Con todo, lo que todavía encontramos, aunque en pequeñas proporciones, aparece amenazado por el intento de olvidar la primera señal de identidad, la condición de viviente. Es apreciar la diferencia y lo común al mismo tiempo. Esa es la plataforma, la pista y el combustible. Por supuesto que resulta el comienzo, pues, afortunadamente, lo nuestro es querer despegar e ir lo más lejos posible. Pero si todo lo que sube acaba bajando, lo coherente es que nos reservemos el suficiente combustible para posarnos correctamente sobre el único campo de aterrizaje conocido que es la vida misma. Volemos todo lo que podamos, indaguemos lo lejano, dentro y fuera de nosotros mismos, pero sin hernancortesismo alguno; sin aquella genial secuencia de *Los hermanos Marx en el oeste*, lúcido ejemplo de lo que en realidad es nuestro tiempo, es decir, sin quemar

el tren para que siga avanzando la locomotora. La condición de vivos es la primera condición de la condición humana. Construir negando eso, aparte de debilitar todo lo que venga después, casi siempre extravía. Y ese reconocimiento no niega los otros peldaños de lo humano. No tiene el más mínimo sentido renunciar a una sola de las facetas construidas por encima de lo puramente natural, ni al lenguaje, ni a la imagen, ni a lo imaginario y simbólico, ni a lo científico, ni a lo informático, que ya ha conseguido casi que estemos más lejos de lo real que nunca, ni siquiera a lo tecnológico, aunque a esto último le conviene una pasada por la autocritica después de haber destruido tantas y tantas realidades que aún su madre –la ciencia– no comprendía, ni comprende. No renunciar, por supuesto, a explorar en todas direcciones; pero tampoco dejar que sustituyan a la realidad ni al humano. Tampoco hay que renunciar a las abstracciones de cualquier tipo o condición. Ciertamente la cultura es como una perla: sucesiva secreción de precioso nácar que envuelve un yo y un nosotros naturales. Esas capas son, en cualquier caso, de procedencia también natural. El cerebro humano no lo ha puesto ahí la razón, sino la propia evolución biológica; él y sus creaciones necesitan cuerpos vivos para formarse y concretarse. Nadie propone renunciar a la joya, pero tampoco a la envoltura, ni a lo envuelto, ni mucho menos a las fuerzas y materiales que formaron la perla. Toda la humanidad tiene como continente a la biosfera. Toda la cultura tiene como contenido al mismo

humano. La ruptura de la cadena de sucesiones o del proceso del que formamos parte es apuntarse a una parcialidad que reduce y demasiadas veces suplanta. No sólo somos lo que pensamos, ni lo que se estudia que somos. No sólo lo que sabemos y sentimos. También somos todo lo que hemos heredado del pasado biológico. Negarlo, como si hubiera algo de lo que avergonzarse, es un dolor y torpeza evitable. «Nada de lo humano nos es ajeno», de acuerdo, pero tampoco de lo natural, de donde venimos y de lo que formamos parte. Ilya Prigogine alcanza una más de las aproximaciones a nuestra identidad diciendo que «el hombre aparece como una realización de las leyes básicas de la Naturaleza, expresadas éstas por la inestabilidad, el azar, y la irreversibilidad». No sabemos hacia dónde vamos, pero sí que vamos sobre la vida. El camino y el vehículo están vivos, y para que sigan explorando y creando perlas el paisaje debería estarlo también. El extravío no está, como a menudo se le imputa al pensamiento ecológico con ánimo descalificador, en conceder a la Naturaleza el lugar del hombre, o una primacía sobre él, falsedad obvia por lo hasta ahora escrito y más adelante completado, sino en inventar un lugar para el hombre fuera de la Naturaleza. En hacerle levitar con sus propias raíces al aire. Porque eso, que inicialmente puede parecemos un gran avance y hasta una aproximación estética, acaba en la sequía que comienza a alcanzarnos. Vivir enraizados es sencillamente poder vivir.

Como en tantos otros aspectos, la propuesta es la de ir

naciendo a la condición humana, a la dignidad personal, para lo que resulta necesario desactivar las servidumbres impuestas por el sistema despersonalizador.

Somos devastados por una de nuestras más queridas creaciones, que a su vez se autocrea aumentando sus necesidades y las nuestras.

Porque la realidad es ya mucho más de lo que de ti dicen los papeles y lo que de la sociedad dicen los medios de comunicación. La vida ha perdido realidad sin dejar de ser lo único imprescindible. Menos intermediación, los mínimos, es una coherente propuesta de un pensamiento que no puede imitar lo utilizado por lo criticado o identificado como no completante, cuando no castrante, de la condición humana. A menudo bastaría con vivir algo más fuera de los papeles y de las pantallas. De ahí que resulte triste, aunque comprensible, que el ecologismo acepte en buena medida convertirse en una burocracia y un boletín de noticias más. Como muy glotona que es, la burocratización puede hasta con su débil contrario, la espontaneidad y la autarquía, que en el plano personal cada día me parece más necesaria. Por eso no conviene dejarse mecer por su canto de sirena. Aún así, hacia las escolleras navegan buena parte de los nuevos críticos y no pocos ya han sido arrojados sobre los acantilados.

53. COMPETITIVIDAD

Nunca competir.

Gracián

Prevalecer es la obligación, la exigencia social, el autoconvencimiento, el deber más asumido y practicado en nuestro proyectar. Desde el mismo entorno familiar, pasando por el sistema educativo, desembocando en las pautas sociales y las propuestas culturales, la tendencia más generalizada de nuestro modelo es la equiparación del sentido de la vida al éxito. Contabilizado éste casi exclusivamente en la cuota de poder, en la capacidad adquisitiva y en la fama individuales. Por tanto, en un predominio sobre la gran mayoría de congéneres. Legitimada primero, sacralizada así y ahora la ambición, quedan desdibujados cualesquiera de los límites para la misma. Y hace que todo se tense hasta los estados de máxima alerta, en el no poder relajar la atención, en precipitarse casi de continuo en cualquiera de las múltiples formas de la agresividad. No se lea contradicción con respecto a anteriores afirmaciones de la importancia de la individualidad. Sigo pensando que nada trabaja mejor en

favor de lo humano que el orgullo de serlo frente a las maquinarias que lo destruyen. También que nada agrede tanto como exacerbar lo individual, el individualismo competitivo. Hay que ser en la medida de lo posible individuos participativos y no individualistas exclusivos. El sistema debe estar al servicio de las gentes y no al contrario.

La pauta de los triunfadores al mismo tiempo convierte en fracasados a casi todos. Si en el tercer capítulo se adujo que nunca hubo tantos pobres, enfermos, analfabetos en la historia de la Humanidad, ahora la desproporción entre lo aparente y lo real se acerca al conjunto. En términos absolutos, más del 90 por 100 de los seres humanos fracasan porque se exigen y les exigen el estereotipo antiigualitario. Y además se les somete al permanente desgaste de la competitividad con todo y con todos. Poco traiciona tanto las propuestas del pretendido humanismo como la fraticida pelea en que hemos convertido nuestro actual estar y hacer el mundo y la sociedad. La ciencia, el saber, la información, la fuerza física, incluso desgraciadamente el talento se erigen en instrumentos de poder y, queramos o no reconocerlo, éste está fundado siempre en generar lo menos aceptable de la condición humana, es decir, el temor al otro. De la misma forma que nunca el igualitarismo ha estado más lejos de la media, le pasa otro tanto a ese precioso objetivo de la modernidad, lo fraternal. La norma es invertir siempre en nosotros mismos, para acrecentar lo que nos permita seguir compitiendo, con ventaja si es posible, sobre los demás. Por

eso el trayecto de reconciliación que se abre con la propuesta no competitiva del pensamiento ecológico incorpora una actitud de tregua para con los idénticos, también en el plano puramente psicológico. No tener que defenderse, no tener que agredir, desplazar o minimizar, no estar siempre autoexigiéndonos la necesidad de prevalecer, no valorar el triunfo como razón primera. Atravesar la vida con la dignidad que todos merecemos, sin el permanente agravio comparativo de los referentes, de los estandartes a los que se exhibe como modelos a imitar. Disfrutando con nuestras propias capacidades para disfrutar. Descompetitivizarnos, ya sabemos todos, violenta algo íntimo del humano, pero lo pacifica. Saber vivir pasa por no creernos que tenemos la obligación de ser más que los demás. Si acaso es comprometerse con el derecho de todos a tener lo mismo que tú, sea lo que sea lo que tú tengas. Es, ya en el campo de lo económico, hacerlo bien, útil, placentero y duradero, no más barato. A veces, cuando soy interrogado sobre cuál sería la primera tarea de una educación ambiental, es decir, la por venir educación ética y estética de los humanos, suelo responder que la de desacreditar a la sagrada competitividad. Y a continuación recuerdo una anécdota de mi propia infancia en la que se forjó un auténtico liderazgo escolar por completo atípico. Alguien que no quiso competir, es más, que dio por vencedor a un desafiador, por no practicar forma alguna de violencia, llegó a ser el más influyente de la clase. Se produjo un liderazgo basado en la no competitividad. Y es que, aunque

en absoluto fomentadas, es decir, siempre en el territorio de lo muy escaso, las armonías, las actitudes pacíficas y tolerantes también resultan atractivas. Hay también una enorme fuerza creativa y transformadora del mundo en el antónimo de la competitividad, esa que siempre acaba en conquista. Valga al menos también la armonía, la conexión fértil de todos con todos. El no querer predominar te regala infinitas cantidades de tiempo, de creatividad, de leves bellezas compartidas. Allí donde puedes llegar a ser sin comparaciones, si es que existe ese lugar, espera el sosiego.

5.4. SUMAS QUE RESTAN

Los beneficios del progreso se agotan.

René Thorn

Si somos nuestros intereses, como quiere la practicidad empapante de nuestro momento, la economía es parte, la mayor, de la condición humana. La forma de tener es también la de ir siendo tenidos. El instrumento ya es función, la función casi organismo. Seguramente nada de lo humano

ha triunfado tanto y en tan poco tiempo como el conseguido leer e interpretar al mundo con cifras y no con letras, o palabras. Ningún lenguaje ha impregnado tanto a la condición humana como el de los números de la contabilidad, como esta sacralización del monetarismo, es decir, el conseguir que todo tenga precio. Que, en consecuencia, fuera/sea el mercado el primer principio regulador de la misma Humanidad. Las cuantías como máximo denominador común de la realidad han provocado el reduccionismo en el que flotamos como náufragos a la deriva, al excluir precisamente decenas de otros destinos de la aventura civilizadora. La economía crea y acapara el sentido de la modernidad, no digamos ya de la contemporaneidad, al poner a su servicio a la razón misma, y lo hace alejándose casi del todo de su fundamento, del hogar: *oikos*, *eco*, su misma procedencia semántica. Las cuantías han desterrado en buena medida a las valías. Simplemente recordar que hubo un tiempo en que se consideró inmoral, y en consecuencia apenas se hacía, el que los precios cambiaran en función de la abundancia o escasez del recurso o la manufactura. Que la alimentación fue gratis y suficiente para todo el pueblo a lo largo de civilizaciones enteras. O que el mercado no afectaba a la tierra, ni a las cantidades de vida personal a invertir para funcionar.

Aunque la soledad ni contradice ni confirma que el consumismo se haya quedado sólo sobre nuestras conciencias y proyectos no avala al monetarismo que dicta,

conduce y proclama que siempre suma y avanza. Hasta que llegó el pensamiento ecológico a la economía –insistimos en recordar la coincidencia de los prefijos de ambas ciencias– y se atrevió a decir que las adiciones, tan exhibidas como jaleadas, ese sentido unidireccional y positivo del pretendido progreso económico, eran al mismo tiempo restas. Que ni una sola de las cuentas del progreso saldrían a poco valor que se le diera al sosiego, a la libertad individual, a la belleza de los paisajes, a la transparencia de las aguas y los aires, a las culturas tradicionales, a los bosques, a las otras formas vivas, al clima y, sobre todo, a las posibilidades de bienestar de nuestros iguales pero alejados del maná. Es decir, las futuras generaciones y los pobres de la actualidad.

Por fortuna algo se enfrenta al maximalismo economicista que dirige este planeta en su conjunto, porque el modelo no sólo modela a la sociedad y a sus componentes, sino también al conjunto de la biosfera. Me refiero a que se han puesto a crecer unos todavía pequeños pero vigorosos brinzales, por supuesto verdes, que se denominan economía ecológica. Y además contamos, sólo en nuestro país, con media docena de lúcidos economistas –José Manuel Naredo, Joan Martínez Alier, Roberto Bermejo, Antonio Estevan, Luis Jiménez Herrero, Federico Aguilera Klink...– que han situado su quehacer teórico a la cabeza de las aportaciones ya elaboradas del pensamiento ecológico. La economía que busca la sostenibilidad más que los rendimientos crecientes, no sólo es una esperanza sino también una lúcida

vanguardia, que marcha muy por delante de las otras esferas del conjunto de las propuestas filosóficas, culturales y políticas del regeneracionismo que acompaña al conjunto del pensamiento ecológico. Estas aportaciones han desenmascarado en primer lugar la muy publicitada falsa equivalencia entre crecimiento económico y riqueza.

Sus análisis parten de algo que también es básico en la ecología, entendida como ciencia de las relaciones de y entre los seres vivos. Nos referimos a que se debe tener en cuenta el origen, incluso remoto, de los bienes económicos y también su destino. Muy al contrario, la economía al uso sólo considera lo que ya ha entrado en el mercado con un precio y desestima de sus cálculos y de su actividad los residuos. Con mucha frecuencia ni se toma en consideración la posibilidad de agotamiento, ni que deban pagar más los que ensucian aires y aguas, ni que los estados, es decir, todos a través de nuestros impuestos debemos gastar grandes sumas en la eliminación de contaminantes ocasionados por otros que sí han obtenido beneficios de la actividad que los produjo. Como se deduce de este nuevo planteamiento, la respuesta podría seguir el camino de hacer pagar al contaminador o esquilador o de incrementar la presión fiscal sobre determinados productos o procesos extractivos o desechos. A completar por el otro extremo con compensaciones económicas a quienes mantienen en buen estado de salud, ambientalmente hablando, sus propiedades. La complejidad de tales actitudes desborda

cualquier capacidad, no sólo presupuestaria o impositiva actual, sino también de los modelos de simulación por ordenadores. Lo que remarca una vez más la honda contradicción del sistema de crecimientos ilimitados y no menos la contabilidad tal y como se lleva en la actualidad.

En una primera etapa se trataría de que se produzca un diálogo entre cercanos parientes. Frente a un «tú te callas y además aguantas todo tipo de insultos, vejaciones y agresiones», como han sido, y siguen siendo, las relaciones entre la economía y su base, la Naturaleza, podrían comenzar las conversaciones para al menos no llegar a la extenuación de esta última. Más o menos esa es la situación en la que se encuentran decenas de estudios, propuestas, documentos de las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) y hasta algunos tratados internacionales. A partir de esa parada para descansar, de esas desaceleraciones que permitan reconsiderar algunas de las sagradas posturas, se debe establecer la capacidad de carga del planeta, es decir, cuántos recursos renovables podemos seguir obteniendo: hasta dónde pueden llegar la pesca, la ganadería y la agricultura, o nosotros mismos, poblacionalmente hablando. No menos hay que fijar los límites de explotación de lo que no tiene posibilidad alguna de incrementar sus cuantías. En buena medida, esto es lo que propone el famoso desarrollo sostenible, aunque en su interior anida el roedor que puede acabar con la despensa, porque aceptando que existen claros límites, no encuentra más camino que una

continuidad del crecimiento. Esta aparente solución es, pues, contradictoria, porque ignora que ni siquiera las demandas básicas actuales de la humanidad pueden ser satisfechas, no ya por las posibilidades de la economía mundial, todavía menos por las del propio derredor natural. En cualquier caso, lo que al menos comenzamos a tener presente es que si siguen chocando entre sí los dos *ecos* –el lógico y el económico– pueden silenciarse mutuamente, fracasar, y con ellos todo lo que incluyen y comprenden. Y comprenden a toda la Humanidad y a toda la Naturaleza.

Sumar sin restar al mismo tiempo sólo es posible desde una nueva filosofía y práctica económica, entreverada de racionalidad, de ética y de sentido de la precaución, que pasa por una real y desinteresada transferencia de conocimientos y tecnologías a los países pobres. Por perdonar el 100 por 100 de la deuda externa de los mismos. Por una decidida preservación de la biodiversidad. Por un equilibrio justo en los procesos comerciales, algo que la absoluta liberalización del comercio mundial, los famosos acuerdos del Gatt, ha alejado de los horizontes más cercanos. Por una disminución real del consumo en los países más ricos. Por una perfecta equiparación de la emisión de contaminantes a las posibilidades naturales de fijación o depuración de los mismos. Por la eficiencia en la productividad de todos los sectores.

Es necesaria una nueva contabilidad que tenga en cuenta los valores de todo antes de entrar en el mercado y los costes

de lo que ya ha salido del mismo. Atención especial merece el parado, que por no estar en el mercado, por no ser ya ni mercancía, llega a tener problemas de identidad, que puede estar siendo *borrado* de la realidad. La economía ecológica quiere que el lugar de las ganancias acumulativas sea ocupado por el de la necesaria construcción de la humanidad, a través de un modelo solidario, algo que se contempla como imposible sin la paralela y sincrónica reconstrucción de los medios naturales. Por supuesto reconociendo que el instrumento causante, el mercado, difícilmente puede convertirse en la medicina.

5.5. MADRE MUNDO

La Geografía nos ha venido dando un conocimiento de los paisajes y una ética de responsabilidad con ellos.

Eduardo Martínez de Pisón

Lo vasto también se agota. En realidad se ha agotado ya, atropellado por esa otra inmensidad que hemos llegado a ser

la Humanidad y nuestras colosales obras de achicamiento del planeta. Miniaturizada la realidad por las habilidades de la informática, las comunicaciones y el urbanismo nos enfrentamos a la pérdida del alivante factor sorpresa. No aldea sino más bien urbe global es lo que cunde y se seguirá expandiendo al menos durante medio siglo más. Y todas las ciudades se parecen mucho entre sí en su acelerado centripetismo, en la capacidad acaparadora, al parecer, su única fuerza sustentante. La redundancia de lo masificado nunca ha contado con más territorio, tiempo y afectados. Las novedades que estimulen las ansias de descubrimiento quedan concentradas más bien en la multiplicidad vital, conocida sólo en su 10 por 100, aproximadamente otro tanto nos queda por saber de las intimidades de la materia. El arte puede seguir aliviando tanta preponderancia y no menos las propuestas éticas, destinadas a conseguir una, ahora sí deseable, globalización de la calidad de vida para todos, la libertad de expresión, la paz, el acceso a criterios autoconstruidos, la seguridad alimentaria... La cosecha de la mundialización de la cultura europeo-occidental, de la generalización de los flujos comerciales del modelo y la disolución de las polaridades ideológicas podrían estar acercando la unicidad de la especie, una civilización única para toda la Humanidad. Que podría ser alivante si no estuviera saldándose con un avasallador tanteo a favor de lo destructivista. Es decir, que no hay un sólo rincón a salvo de las secuelas negativas. Y a cambio sí parece que algunos, muchos países, hubieran ganado la oposición a una plaza

vitalicia en la permanente pobreza. Es decir, que la destrucción del entorno no lleva a paraíso alguno, sino a la pérdida del único posible. De la misma forma los instalados en la riqueza somos víctimas de la imposibilidad de disfrutar de lo externo a nosotros mismos. Y ahora sí sabemos que una y otra faceta están relacionadas. Uno de los más subversivos componentes del pensamiento ecológico es precisamente el que conecta todo con todo, el que desmorona la incoherencia de las fronteras, todas sin excepción traspasadas por las injerencias en la identidad cultural de cada pueblo y cada día más impermeables a los flujos migratorios y al beneficio compartido. Arrebata el que hasta la pobreza sea uno más de los beneficios de los opulentos, con tal de que resida en la geografía de los olvidados. Si acaso, se intenta exportar el paternalismo del control de población, sobre el que más adelante reflexionaremos, mientras se importa o roba germoplasma para acrecentar la dependencia de los menos capaces tecnológicamente hablando. El sentido más humanísticamente progresista del ecologismo anida en su solidaridad internacional, en que denuncia el hecho de que los negocios no benefician más que a los siempre beneficiados. Sabemos que por cada nuevo rico aparecen diez pobres, seguramente porque las exigencias del comercio aceleran la mala venta de los recursos naturales de los que sólo tienen Naturaleza que vender. El futuro del planeta pasa por erradicar la pobreza, tanto que reivindicaciones como las convencionales de una mayor y

más digna cooperación internacional es pura coherencia ecológica. El ágil y vivo internacionalismo del que hace gala el pensamiento ecológico se dirige hacia el equivalente del estado del bienestar en el plano ambiental, en la creación para todos de un sistema de seguridad ambiental planetario, sólo que la cuota no se le paga al estado propio sino a los débiles, pobres y famélicos del Tercer Mundo. El fondo de pensiones son ellos, los que ni pueden soñar con una sociedad del bienestar. Este es el primer horizonte, la primera línea de actuación, al menos de los muchos que desde la ecología no hayan perdido el norte del humanismo, quien no haya caído en la torpeza de anteponer el efecto a la causa. Lo que tampoco quiere decir que no existan otros muchos aspectos. Nuestro cada vez más único mundo tiene a su vez una sola madre, que aunque vieja y cansada tiene todavía fuerzas para sostener a su mejor producto entre sus brazos, es decir, a la Humanidad. Esa visión universal de los efectos enfermizos que para el planeta tienen las superlativas agresiones al ambiente es bastante más fácilmente comprendida e interiorizada por la sociedad. No deja de resultar hiriente que se haya conseguido divulgar más, tal vez por menos alterador del orden, que a todos nos afecta la desertificación, el agujero de ozono, las pérdidas de selva tropical o la desaparición de las especies que el desastre de una cuarta parte de los componentes de nuestra propia especie. No es, como tantos caricatos espontáneos han afirmado, que se anteponga cualquier *rara avis* de turno al derecho a comer de un humano. Es ser conscientes de que

todos tenemos algún grado de relación con el hambre y la pobreza. Estamos seguros de que la *rara avis* está muy bien en el estómago de quien tenga hambre pero que éste y su deseable alimento dejarán de estar amenazados cuando unos salgan de la escasez y los otros, nosotros, de la sobreabundancia. Todo ello sin que segmento alguno de la población mundial deba liderar esa tarea, sin necesidad de toma de poder alguno; si acaso, dándole el lugar director que se merece a la sentimental racionalidad de la autoconservación de nosotros mismos, inseparable del reconocimiento de la responsabilidad directa de la conservación de todos los otros vivientes y de los elementos y procesos que permiten la vida en este planeta, casa común única, e irrepetible. La humanidad y su civilización y sus culturas, es decir, eso que llamamos nuestro mundo, sólo tienen una madre: el planeta Tierra. El pensamiento ecológico acepta y quiere profundizar esta realidad. Acrecentar la comprensión de que pertenecemos a una unidad ya abarcada y paralelamente respetar la multiplicidad cultural. Desde la clara preocupación por el recrecimiento de los nacionalismos, que, como dijo Einstein, siguen siendo «una enfermedad infantil. El sarampión de la raza humana».

5.6. TU YO

Ya nada existe, salvo una plenitud sin contenido.

E. M. Cioran

Hay mucho yo por ahí suelto. Tanto que lo humano hoy es, desde un punto de vista numérico, excesivo. La misma Humanidad está saturada de sí misma. Altas dosis de nosotros mismos cunden y se expanden sin precaución alguna y con escasas limitaciones de origen natural. Vencida la Naturaleza, los humanos hemos pasado a duplicarnos cada veinte años. Tanta vida mata a la vida y podría empobrecer definitivamente a la misma condición humana. Ahí está el callejón al que habrá que fabricarle una salida. En cuestiones demográficas, y en tantas otras, sobre todo en las económicas, el crecimiento a menudo es una trampa, al no convertirse en más riqueza, más libertad y más disfrute para más personas. Hemos contagiado a nuestra capacidad reproductora la obsesión de nuestra cultura acaparadora. Hasta el punto de que, como ya anunció Mel Thistle hace veinte años, los espermatozoides humanos certeros son lo más peligroso que jamás haya existido sobre el planeta Tierra. La hiperabundancia de humanos conduce al más

grave dilema de la historia del pensamiento: la posible necesidad, incluso la intrínseca moralidad de controlar un impulso vital tan bello como hasta hace poco necesario. Dilema ético sobre el que volveremos.

Ahora, más bien, ya que en la condición humana estamos, pretendo otra consideración sobre la individualidad, tan acompañada que se diluye. Cuestionemos las todavía ingentes injerencias que limitan nuestras posibilidades de hacer de la vida algo constructivo. El laberinto en el que casi todos nos hemos perdido es lo más limitador de la posibilidad de disfrutar de la vida, venderla a plazos, y es lo que se exhibe y acepta como imprescindible para disfrutar de la vida. Y que al mismo tiempo denominan nada menos que calidad de vida, baremizada a partir de tu capacidad de consumo. Hoy, todo tiempo perdido debería ser considerado como ganancia de calidad de vida. Toda no acción como verdadera suma a la conciliación. La pereza como virtud capital, que vigoriza, conserva la salud de la mente, sólo traducible en su grado de independencia de los estereotipos, de los cuales tal vez el más sólido sea el del concepto positivo del trabajo, cuando es doble maldición y servidumbre, desde el momento en que se vende y se compra con el marchamo de que es liberador. Como tantas otras reflexiones, la de Rafael Sánchez Ferlosio a este respecto también me parece diáfana: «Si en el mundo del despilfarro, de la carrera de armamentos, de formas de riqueza atterradoramente

redundantes e incapaces de auténtico socorro a la necesidad, se ensalza el trabajo en sí como una bendición, se despoja a los hombres de uno de los últimos y más capitales instrumentos de reserva y de defensa contra el mundo mismo, se les impone una claudicación sin condiciones.»

Una vez más podríamos acercarnos a la deseable mayor libertad con la consideración consecuente de la inmejorable propuesta de Ornar Jayyam que antecede a todo este libro. El fruto del trabajo es aplicado para comprar algo que cuando menos no es mejor que lo vendido: nuestro tiempo. Para valorarlo como se merece, es decir, para que lo sepamos manifiestamente invendible tendremos que descreer en el modelo. Nuestra inclinación en un primer proponer es que sean desobedecidas las consignas, propagandas, sacralizaciones, divulgaciones, y no digamos modas, a no ser que hayas comprobado personalmente que mejoran el placer de estar vivo o las posibilidades de alcanzarlo. Nos apuntamos a la dimensión más olvidada del budismo fundacional que es no proselitizar. Sí, por el contrario, exhibir, y todo lo que se pueda, lo que se piensa y se siente, por si alguno quiere servirse de ello para vivir más libre y constructivamente. No predicar, sí comunicar hasta lograr hospitalidad para tus ideas, tiene bastantes connotaciones aceptables. Sobre todo desde el momento en que nada ha precisado tanta propaganda como la aceptación de las molestias de una pretendida vida cómoda. Hasta crear la necesidad de lo innecesario, invirtiendo en ello enormes

cantidades de nuestro tiempo. La necesidad está a sólo dos pasos–letras de la necesidad. De ese no saber vivir para nosotros mismos. Sobre todo, porque se nos quiere clientes y mercancía. Amplias y acaparadoras condiciones entre las que apenas queda nada. Entre esas dos despersonalizaciones se asfixia la persona y la condición humana. Se nos quiere no sólo clientes de ese casi todo que aparece en los escaparates, también de la hipócritamente oculta droga de la trivialización y del eternamente subliminal miedo. El pensamiento ecológico anhela adelgazar los dos muros que comprimen la posibilidad de alcanzar la condición humana, que pasa por no ser sólo ni cliente, ni mercancía. Alegres en el uso constructivo, completo y gozoso de nuestros cuerpos, nuestros hogares y nuestra Naturaleza en los que no tiene por qué entrar nada a lo que no le hayamos abierto voluntariamente la puerta. Alegres por el uso de la razón y de los sentidos para incorporar nuestra individual interpretación del mundo, para forjar independientemente nuestro criterio.

Más crucial sería echarle de una vez por todas un pulso a los miedos, que son la cárcel de la Humanidad entera. Los temores son siameses del poder, hubo un tiempo en que incluso se usó la misma palabra para los dos conceptos. Ambos hoy potenciadores de la creciente destrucción de la condición humana y de la Naturaleza. Toda las agresividades, toda la homogeneización del mundo, todas las conquistas militares o culturales, todos los regímenes nacen del miedo

a la diferencia, buscan la confianza en que todo se parezca a todo, cuando nada nos ampara tanto como la pluralidad. Nada tan lejano a una tiranía, y el consumismo es una de las más efectivas, como la multiplicidad de enfoques, anhelos y de individualidades. Un yo no miedoso es el que se reconoce en lo que mira. Que entienda que nadie es mejor ni peor de lo que contempla, sea lo que sea. Que, como dijo Goethe, vea «lo diferente como idéntico». En consecuencia, el más profundo respeto por los derechos universales del hombre resulta por completo inseparable de las propuestas del pensamiento ecológico.

Nada más difícil, pero entre los irresistibles enfrentamientos con la realidad que proponemos, no es el más pequeño el que quiere otro tempo, más diluido en el tiempo. Toda vida es música y más disfrutable si tu ritmo es más acorde con los otros ritmos de la Naturaleza.

Para paliar algo el ser mercancía del poder, para salirse del mercado del poder y del poder del mercado, nada menos operativo, como decíamos al principio, que querer ser también poder. A la imprescindible democracia de partidos hay que insuflarle lo que precisamente podría ser considerado como una de las condiciones del pensamiento ecológico y su objetivo más querido: transparencia, crecimiento y participación. Una buena limpieza que disuelva lo críptico y opaco de los usos y maneras del poder. En lo político y en lo económico el pensamiento ecológico aspira a ejercer la condición de agua. Tal vez por aquello de

que los seres humanos somos poco más que agua. Agua preciosa que respira, siente y piensa.

VI. UNA CULTURA CULTA

6.1. MOSAÍCOS

Entonces Marco Polo habló:

–Tu tablero, sir, es una taracea de dos maderas: ébano y arce. La tesela sobre la cual se fija tu mirada luminosa fue tallada en un estrato del tronco que creció un año de sequía: ¿ves cómo se disponen las fibras? Aquí protubera un nudo apenas insinuado: una yema trató de despuntar un día de primavera precoz, pero la helada de la noche la obligó a desistir (...)

Aquí hay uno un poco más grande: tal vez el nido de una larva; no de carcoma, porque apenas nacida hubiera seguido cavando, sino de un bufo que royó las hojas y fue la causa de que se eligiera

el árbol para talarlo (...) Este borde lo talló el ebanista con la gubia para que se adhiriera al cuadrado vecino, más saliente...

La cantidad de cosas que se podían leer en un pedacito de madera liso y vacío abismaba a Kublai; ya Polo le estaba hablando de los bosques de ébano, de las balsas de troncos que descienden los ríos, de los atracaderos, de las mujeres en las ventanas...

Italo Calvino

Hay una mirada que descubre y admira. Para la que todo cuenta. Que relaciona y viaja en dos direcciones al mismo tiempo: hacia el origen y hacia el final. Pero se detiene en los detalles del camino, que cuentan infinitas historias. Disfruta en y con el juego de la vida y quiere formar parte del mismo. Esa mirada alimenta una inteligencia provocadora, casi peligrosa, para quienes prefieren ignorar los nexos que nos vinculan a la procedencia y los caminos que nos llevan al futuro, entendido desde luego como una construcción incesante y fundamentalmente creativa acometida por nosotros mismos. Esa inteligencia, admirada e incluidora, inquieta no menos a los que desdeñan las consecuencias de sus actos, demasiadas veces atentatorios contra el propio juego explorador de lo viviente.

De una minúscula mancha en un tablero se puede, en efecto, formar un mosaico al menos tan apasionante como la partida de ajedrez que puede desarrollarse sobre tal superficie. De ahí puede nacer no sólo un párrafo como el citado, incluso una novela entera. Cualquier esquina de un medio natural concita millares de conexiones, de historias, de acontecimientos. Aun así, nuestro tema cultural es fotográfico, estático. Su argumento, único y redundante, aunque bien maquillado para que no aburra en demasía, es las formas de predominar. Todo el resto, lo otro y los otros, resulta más o menos secundario y prescindible. Los procesos que nos vinculan a la vida y los que dentro de la propia vida nos permiten ser no merecen más que una consideración esporádica, temas, pues, comparsas de la actualidad. Aun así, los valores de la ética ecológica forman parte de muchas personas que, caracterizadas precisamente por no querer dominar sobre nadie, pasan fácilmente inadvertidas. Vivimos instalados en un derredor físico y en otro cultural; del primero resulta por completo imposible salir, hacerlo del segundo es la tarea pendiente, aunque para lograrlo haya que construir más cultura sobre la actual, que de momento impregna o empapa pues es ya inundación universal. No ahogarse ya sería tarea descomunal, pero la legítima ambición es flotar, asidos a cualquier esperanza y llegar a la otra orilla. Para tal empeño, es decir, para construir algo nuevo, no pueden ser negadas las evidencias. La primera es que nadie escapa a su tiempo y menos aún odiándolo. El odio descontrola e impide cualquier maniobra medianamente

fructífera. Como María Zambrano escribió en alguna parte: «el extremismo niega lo que pretende afirmar». Y probablemente no hay más torpe desmesura que negar tu corto plazo vital. Algunos suelen maldecir lo presente, cuando es una de sus pocas posesiones. Ya dije que ningún momento histórico me parece digno de ser considerado como mejor que cualquier otro, eso sí diferente, más aún, modificable. El ahora cosecha favores y comodidades, de acuerdo, pero también muchos inconvenientes, como ya se ha señalado. Si todavía no he mencionado las ventajas de la actualidad no es porque no me beneficie de ellas, es porque ya disfrutan de incontables adeptos y potenciadores; escaparates, publicistas, tiempo y espacio. Sirva decir sencillamente que los mayores crecimientos presupuestarios del mundo en su conjunto son los relacionados con la publicidad comercial. Es decir, que directa o indirectamente el consumo goza de la casi totalidad de los presupuestos estatales y particulares del mundo. Consumir es ya más forma de ser que de estar o incluso de tener. Aunque tenemos un presente insustituible –incluso en muchos aspectos admirable– podríamos intentar superar ese patético pesimismo que considera que estamos en el mejor de los mundos posibles y, en consecuencia, también en el momento más brillante de nuestra historia. Si acaso esta última consideración puede convenir a lo económico, pero en absoluto a la Cultura, la ética o la estética. Hay cimas alcanzadas por la Humanidad en esas tres categorías en absoluto coincidentes con el presente.

Crítica, junto a poca o ninguna resignación, es lo que necesitamos, añadiendo todo el sosiego que nos sea posible, aunque justo es reconocer que la indignación acompaña demasiadas veces a la constatación de los acelerados procesos de simplificación y falsificación que nos acompañan.

Esta cultura que se quiere única debe recuperar su dinamismo fundacional. Es por tanto modificable, para mejorándola mejorarnos. De hecho, es manifiestamente perfectible, como todo lo nuevo, lo reciente y lo deslumbrado por sí mismo y por su pequeña colección de éxitos. Por el contrario, las modificaciones creativas que la Naturaleza busca para sí misma son muy lentas; sus logros están acreditados por millones de años de pruebas que han salido bastante bien. Los errores no están, a no ser que nosotros seamos la equivocación por excelencia. Lo espontáneo resulta escasamente mejorable en sí mismo o desde fuera de sí mismo, porque nunca es sólo para sí mismo. Su capacidad de acogida incluye hasta lo que la destruye, aunque tal vez juegue con la ventaja de saberse imprescindible. Por tanto, si nos atrevemos a proponer la indagación de una nueva cultura que tenga en cuenta a la Naturaleza, se tratará de buscar el mejor acoplamiento posible de nuestras aceleradas capacidades en las lentitudes de lo espontáneo. Una cultura que gire el cuello, que incluso dé la vuelta completa e intente abarcar. Que dé cabida a lo pequeño, lo ajeno; que vincule y, sobre todo, incluya. De

hecho todo lo que queda hasta la culminación de este libro son propuestas para que salgamos de la cultura excluyente, vacía y veloz, y nos dirijamos a la «cultura de las culturas».

6.2. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

*Las informaciones son concretas y singulares
para el que las emite y abstractas y generales
para el que las recibe.*

Octavio Paz

Ser se es por ser ser vivo. Hasta lo que no vive es a través de lo vivo, que lo atestigua. Vivir es, ante todo, a partir de un obsequio no solicitado, y que demasiadas veces ni siquiera se disfruta, querer conservarlo. Vivir es seguir viviendo. Pero para ello tenemos que, por lo menos, conseguir dos grandes fuentes de alimentos. La primera es convencionalmente aceptada como tal: agua, aire, comida, para poder gastar energía y crecer. La segunda, sólo un poco menos necesaria, es la comunicación. Que funda culturas en cuanto la

información transmitida puede ser interpretada, asimilada e incorporada por el receptor.

Todos los seres vivos se comunican. No hay vida sin, como mínimo, un encuentro entre los sexos, y para ello se pone en marcha, desde el mismo instante de la aparición del organismo vivo, un código más o menos elaborado de comunicación. La comunicación se desarrolla y multiplica, ascendiendo en la escala zoológica, hasta formas de extraordinaria complejidad. Al mismo tiempo usa todos los canales posibles. Hay comunicación electromagnética, táctil, química, acústica, visual. Últimamente se han descrito las resonancias mórficas y hasta las instintivas–intuitivas con formulaciones y posibilidades todavía inexploradas.

En la mayoría de los seres se suelen dar dos o más tipos de canales de emisión–recepción de informaciones. La comunicación es, pues, patrimonio común de los seres vivos sin excepción. Nosotros, aunque hemos alcanzado el más elaborado código de comunicación, tenemos una sola modalidad en exclusiva. Nos referimos a la que podemos mantener con nosotros mismos. La reflexión íntima, el diálogo con tus sentimientos e ideas y esa mezcla de ambos que son los proyectos y las interpretaciones, seguramente siempre tan falsas como verdaderas. Esta comunicación es la que más en quiebra está, por el exceso de información y de ruido, por la merma de los tiempos de silencio, por el azacanamiento y la velocidad, hasta por el miedo a la soledad.

Hay muchos que consideran la posibilidad de transmisión de información de unas generaciones a otras como característica exclusiva. Pero no es así. Los animales también lo hacen. La mayoría, de forma mucho más segura que la enseñanza, a través de su código genético, aunque por supuesto infinitamente más lenta y reducida. Esto no excluye que algunas especies, principalmente de algunos carnívoros, cetáceos, primates y loros, no incorporen novedades a su conducta y que éstas sean aprendidas por el resto de los componentes de su grupo y luego de su especie. Por esto, los etólogos y algunos filósofos no han tenido reparos en hablar de cultura animal. Algo que además concuerda con una de las más importantes y casi olvidadas acepciones de la palabra cultura, que es «todas las formas de relacionarse con la Naturaleza». Y precisamente por ahí se inició el primer rasgo cualitativo de la cultura humana. Nuestra especie, aunque ahora practique masivamente un desapego de nuestra primera fuente de comunicación y recursos, la Naturaleza, comenzó a hacer cultura porque no podía por menos que relacionarse con Ella, aunque fuera y siga siendo para dominarla. Tanto es así que hasta el lenguaje, los lenguajes, base de nuestra comunicación y por tanto de nuestra cultura, seguramente comenzaron a desarrollarse, en la forma verbal que nos ha dado carácter, a través de la necesidad de coordinar la acción cinegética del cazador prehistórico. Para apresar el primer alimento con mayor eficacia pusimos en marcha el segundo alimento: la comunicación. Que acabó siendo la más elaborada,

compleja, determinante que se conoce. A bordo de la misma nos hemos alejado prodigiosamente de los significados, de las realidades nombradas.

La mecha fue esa y podemos estar casi seguros de que todavía no ha dejado de arder. La realidad es conquistada con palabras, y ya queda menos para que lo esté por completo. Es más, nuestra comunicación, y por tanto nuestra cultura, sólo cesarán cuando esa mecha se apague y si se apaga es que habrá explotado: o la Naturaleza entera o nuestra cultura entera.

Nuestro tiempo es, pues, también el tiempo de la comunicación de todos con todos y, por supuesto, el de la posibilidad de que algunos o muchos mensajes lleguen, con inmediatez e idénticos, a grandes cantidades de personas al mismo tiempo. Sólo que hemos traicionado de entrada el íntimo sentido de la palabra comunicación, tan cercano al de ecología, que sería poner en común, intercambiar, relacionar. Porque lo que realmente es de masas es la información emitida, unidireccional, hacia el gran público. De ahí que se nos plantee el fenómeno que nos explica Octavio Paz en la cita que abre este capítulo. Porque detrás de la información hay un anhelo demiúrgico y bastante narcisista, a menudo no deseado, ni siquiera perseguido, que en la práctica viene a ser como la cirugía estética: retoques de lo real. Para todos y con todo. Por supuesto que hay una crónica de lo sucedido, pero siempre pasando por el cedazo de las tendencias. Se elige, y el debate no puede ser más

viejo, de acuerdo con las apetencias, intereses y hasta órdenes. Pero no menos se crean los gustos desde los propios medios. Hoy se cultivan intensamente los campos del deseo con un potente tractor que se llama televisión. Los auges espectaculares de la apetencia por algunos géneros, actividades deportivas o incluso festejos se deben a la redundancia con que son exhibidos, al énfasis que se pone en convertirlos en aspectos cruciales de una realidad inventada. Por supuesto que también se da entrada en los medios a las voces discordantes, críticas que permitan la exhibición de una pluralidad, algo o mucho ficticia, porque viene a ser la del zoológico, cuando la verdadera comunicación es un bosque, y a uno la multiplicidad de la vida, como la de las palabras y los significados, siempre le ha parecido la esencia misma del diálogo, y éste la base de lo verdaderamente culto. Un solo ejemplar de cada especie expuesto a la contemplación, que dice pero no le decimos, como se hace desde los principales medios de comunicación, queda pues lejos de la apetecida fertilidad que haga crecer conversaciones constructivas. A menudo he dicho que la conservación de las culturas, como la de la Naturaleza, pasa por ser capaces de mantener buenas conversaciones. Pero es que los medios de comunicación masiva dejan bien claro quién es el cuidador del recinto, quién se pasea por fuera contemplando los diferentes escaparates. Quienes mejor descuidan el pluralismo, reduciéndolo a su mínima expresión, son hoy día los *media*, demediadores de la cultura de las culturas, ya que están consiguiendo que cada día nos

parezcamos más todos a todos. En cualquier caso, sería injusto no señalar que cabe la excepción, que hay una muy profunda libertad de expresión y suficiente permeabilidad en algunos medios donde la capacidad y atractivo de algunas nuevas ideas llega a abrirse paso en el imperio de las preponderancias. Y con esto no quiero decir que no admire el fenómeno de la comunicación actual, ya que incluso da sentido a muchas trayectorias profesionales como la mía. Que poco me parece más compensador que el hecho de estar vivo que poder contarlo, y, claro, que me lo cuenten. Eso sí, desde la irrenunciable condición del nombre propio, de la experiencia personal, de lo que pueda exhibirse como común. Porque son demasiadas las confusiones y la falta de ética que mana de tanta *portavocía* demasiado comprometida con intereses privados. Si se incorporan los sentimientos al paisaje racional del quehacer de comunicador el primero que lo agradece es él mismo. Tal vez incluso algunos o muchos receptores se lo agradezcan, pues no estará hablando más que en nombre propio y no en el de los intereses del medio de comunicación, del grupo, del que te paga o de otros menos confesables. Si se consigue esa incorporación, algo que sucede muy poco frecuentemente, tal vez el mensaje, el medio y los fines resulten equivalentes, se fecundarán el uno a los otros, acabarán fundiéndose en sí mismos. Tal vez si se llega, en ese momento se supere el problema capital de la comunicación que refleja la cita de Octavio Paz que encabeza este capítulo. Meta no menos importante, y ésta sería una sugerencia a los que comunican

cultura ambiental, a los que ahora o en el futuro puedan escribir, hablar en público o no digamos si hacen cine o televisión. Hay que imbricar el paisaje y el sentimiento en nuestra cultura hasta que sean lo mismo o al menos no se excluyan. Estamos acostumbrados a la divulgación de temas relacionados con la Naturaleza. Pero esto no deja de ser para la mayoría de los profesionales del ramo una forma más de apresamiento. Se apresa, como dijo el poeta árabe Ab al Aziz ben al Qabtumh, «lo libre con lo encadenado», la belleza con la técnica, la libertad, para meterla en la pequeña pantalla o en el artículo. Pero hay que dejarse incorporar a la tarea. Hay que inmiscuirse, implicarse e incluso ser sujeto pasivo de la acción que haces. Es ser Naturaleza y no sólo naturalista. Es que lo que cuentas, ves y plasmas se te meta dentro. Es ser mirado por lo que ves. Es abrir los sentidos hacia el conjunto de los espectáculos, no limitarlos por la conversión en espectáculo de los sucesos de lo espontáneo.

El actual panorama de la comunicación a través de los medios tiene un alma no suficientemente cálida y, como demuestra principalmente la televisión, es más una sustitución que un instrumento cultural. Los mensajes a ellos destinados hay que vitalizarlos con mucha autenticidad, es decir, transparencia al menos para que salte alguna chispa con la que alumbrar el camino.

La más intensa vinculación personal en el acto comunicativo es intentar la inocencia, es contemplar la Naturaleza como se vio la primera vez, antes de poder

contarlo con palabras, como placenta de todos los acontecimientos, de los que la palabra es uno de los más cruciales. Se trataría de intentar reconocer que el entorno no sólo es la base sustentadora de las más dignas actividades, también es la raíz de la inspiración, de la creatividad, de la comunicación. Implicación sentimental y así no rechazar lo íntimo. Si cuento lo que me está pasando sin interponer la retaguardia es porque así excluyo cualquier posibilidad de mentir. Si añado lo que siento, me hago cristal. Sentir tiene sentido. Si rubrico dando una interpretación, tal vez sea coherente por todo lo anterior y tal vez sirva a alguien. Con ese alguien que acepte lo expresado hasta impresionarle compartiré el manjar de la comunicación. Recordemos que la más extendida y peligrosa de las contaminaciones es la mental, esa que acepta y alberga la redundancia autocomplaciente, que junto a la sobredosis de información nos anda confundiendo e incomunicando hasta en lo más íntimo.

Nos mentimos en mayor o menor medida menos al buscar las mejores sensaciones, esas que forman parte del instinto y no de la historia. Añadamos que la información, los medios, nunca han sido y nunca serán neutrales y concluiremos la *imposibilidad* de ecuanimidad, *imposible* y deseada, al menos en lo que concierne a unos mínimos de honradez ideológica. Se está a favor o en contra de esto o aquello porque en nuestro preferir se ha instalado una determinada opción. Desde luego puede haberse reforzado por un buen

o mal enfoque racional, pero no podemos olvidar el ético, siempre cercano al deseo, y podría servir para encontrarlo o reforzarlo una reflexión más sobre nuestro instrumento y nuestro medio.

¿Qué es comunicar? Exhibir tu verdad para que conviva con las otras. No para que prevalezca. Porque resulta fácil crear un abismo entre la tuya y las otras, las verdades de todos los demás, si la propia es considerada única. No menos distanciadora puede resultar la comunicación si ésta no implica tu propia trayectoria vital, hay que ser lo que dices... y hay que atender a lo expresado por los demás y por lo que nos rodea. Algo que demasiadas veces se nos estropea por el obsesivo afán, confortablemente instalado en tantos, de no escuchar o sólo escucharse. De no aceptar los lenguajes del derredor.

En cualquier caso, este siglo nuestro que es el de ni un solo lugar sin explorar, el de ni un solo rincón sin algo o mucha degradación, el de los grandes retos de la información, el de la comunicación incommunicadora, es también el del orto de la cultura ecológica, que está eclosionando precisamente en los medios de comunicación. Las grandes propuestas de rectificación y de salida de la crisis apenas serían nada sin la pequeñísima parcela que disfrutamos en los medios, en los que de momento todo lo ecológico supone y ocupa aproximadamente el 0,3 por 100 del tiempo y el espacio.

Aun así, en el campo de la divulgación de la Naturaleza y

de los problemas ambientales, que no deja de ser novedoso en los medios de comunicación, encontramos ya casi todas las figuras, escuelas y mensajes imaginables. Pensemos en los Cousteau, Attenborough, Rodríguez de la Fuente, Carl Sagan, Desmond Morris y otros, comunicadores con carisma capaces de crear estados de opinión, auténticos líderes de opinión. Personas que, principalmente a través de sus programas de televisión, han conseguido acercar en alguna medida la Naturaleza a las grandes masas.

Ahora mismo, y tras un período que abarca los últimos veinticinco años, nos hallamos en un momento de extraordinaria ambivalencia.

Hay muchos programas de radio dedicados a la sensibilización ambiental, incluso todos los grandes magazines dedican secciones y espacios a la divulgación de los temas naturalísticos y ecológicos. Tenemos una creciente información convencional en prensa sobre las enfermedades ambientales. Falta, y no deja de ser un síntoma empobrecedor, que el suceso natural merezca carácter de noticia, que demos cabida en los medios de comunicación a los cambios que se suceden en los espacios abiertos, a las llegadas y partidas de las aves, la apertura de las flores, la madurez de las frutas y los granos, algo que, por cierto, acoge el *Times*, uno de los periódicos más competentes del planeta. En cualquier caso, en los últimos cuatro lustros se ha multiplicado por seis la noticia ecológica, aunque en el 90 por 100 de los casos sea de carácter desastroso. Algunos

grandes rotativos, al mismo tiempo, apuestan por una apertura de ventanas al campo. Aparecen suplementos naturalísticos en diversos diarios, y hasta columnas de opinión especializadas en Naturaleza y enfermedades ambientales.

El mundo editorial contribuye con casi tres libros diarios a ensanchar nuestros conocimientos naturalísticos y la posible toma de conciencia ecológica. Catorce revistas especializadas y un alto porcentaje en las de divulgación científica ocupan ya un notable espacio en los quioscos de las españas. Cifras todas en cualquier caso ridículas si las comparamos con las de la mayoría de los otros países industrializados de Europa y del mundo.

La televisión, ahora bajo mínimos también en esto, tuvo buenos momentos como el pasado decenio con las veintitrés series de documentales producidas por la televisión pública.

Conocemos, pues, mucho más y mucho mejor. Sabemos más, pero todo parece indicar que no sacamos demasiadas consecuencias de tales conocimientos.

Ahora la pregunta es si estamos contribuyendo a que la Naturaleza sea un objeto más de consumo, o si comunicar, divulgar lo que pasa y le pasa a la Naturaleza es movilizador, regeneracionista y contribuye a ser cultos. Como con la ya mencionada tiranía de las teorías, se puede afirmar que apenas estamos consolidando el clima favorable a la cultura

ecológica. La destrucción continúa, y más aún la trivialización anestésica de la percepción de lo que nos rodea. En el siglo de la comunicación nos comunicamos poco, y con la Naturaleza, además, muy mal.

En cualquier caso, muchos confiamos en las múltiples posibilidades terapéuticas del trabajo de los comunicadores de temas ambientales y naturalísticos a través de los principales medios. Casi todos partimos de una idea que Lorenz resumió magistralmente con esta: «La ruindad ética y estética de nuestra actual sociedad está cimentada en el alejamiento de la Naturaleza.» Si los medios de comunicación consiguen ejercer de estímulo para el acercamiento que propone la cultura ecológica entre los humanos y su infancia común, la Naturaleza, entre otras cosas nos estarán poniendo en contacto con una parte muy importante de nosotros mismos. Porque pocas cosas resultan más evidentes que ya nada se va a fundar nuevo ni renovado en este mundo sin una clara aportación de los medios de comunicación.

6.3. LA EDUCACIÓN AMBIENTAL

El sentimiento de la Naturaleza, el amor inteligente, a la vez que cordial, al campo, es uno de los

más refinados productos de la civilización y de la Cultura.

Miguel de Unamuno

Lo que es sentido disuelve el esfuerzo hasta hacerlo casi desaparecer. Si la Naturaleza debe ser tenida en cuenta por la sociedad en su conjunto, y ante todo por los que están siendo educados, afortunadamente ya casi todos, como describe en sus propósitos la pretendida panacea de la educación ambiental, se trataría de sentimentalizarnos hacia el derredor. Llegar a la apreciación estética de la Naturaleza, a sentir ese amor inteligente que sin duda mejora a lo que miramos y como si fuera un fertilizante también al que mira. La vista viste a lo visto y lo mirado refleja nuestra propia condición. Por eso una vez incorporada la Naturaleza a los sentimientos se pasa fácilmente a la actitud de no degradarla, primero, y hasta se llega a defenderla más tarde. Lo que ya difiere, y hasta en demasía, son los criterios en cuanto a la forma de llegar a ese sentimiento. La pedagogía, la divulgación, los medios de información, las vacaciones en la granja escuela. Los mismos grupos ecologistas pretenden esculpir unas nuevas tablas de la ley, algo aburridas pues tienen varias docenas de mandamientos. Me asusta, a pesar de que considero que las aproximaciones a las propuestas del pensamiento ecológico muy bien podrían tomar algo de peso a través de la educación ambiental. Sólo que intuyo

como más eficaz una apuesta muy poco convencionalmente educativa, por tanto más espontánea, más cercana a la propia Naturaleza y sobre todo nada impositiva. Hay mucho que mestizar dentro, con lo que viene desde fuera, para que se llegue a un aceptado estado de conciencia y sensibilidad hacia la realidad más vasta y sustentadora. La educación es también organismo y tiene como todos su gen egoísta, lo desea controlar todo, de acuerdo con esquemas, programas, síntesis, con formalidades en suma. Que no vienen a cuento si se quieren exclusivas y obligatorias. Añadamos si acaso todo lo no normativo, y sobre todo estimulemos el descubrimiento personal y directo, para retirarnos de inmediato a un segundo plano. De la misma forma que siempre he considerado como un buen líder al que no quiere serlo, cabría decir lo mismo de un correcto maestro, que se muestra y sugiere caminos, mejor si poco balizados, y que no se convierte en conductor de caravanas, aunque se lo pida el sistema y los aparentes alumnos. Lo que más puede ayudar a la llamada renovación pedagógica que gravita en torno a lo ambiental es que sea lo menos educación posible e incluso poco ambiental, desde el momento en que esta palabra y sus secuelas vienen acaparadas por lo puramente técnico, por los decálogos de buena educación y por algunas recomendaciones de ahorro y reciclaje. Apenas se aborda esa nueva mirada que tiene que fecundar y autofecundarte, comprender y comprenderte.

Entiendo que desde luego no llegaremos a una cultura que

incluya a la Naturaleza si no es con la ayuda de la educación ambiental, pero ésta quedará en buena medida desactivada desde el primer momento si no sobrepasa el pobre *status* de asignatura obligatoria en los planes de enseñanza. Sí a vivirla. Sí a sentimentalizarla desde la apetencia y eso sólo tiene como camino la sugerencia. Además de albergar, como primera intención, ese sentimiento de la Naturaleza, en las dosis que cada uno considere oportuno, incluyendo el antónimo, la educación ambiental puede echar una mano a través de otros caminos. Como, en segundo lugar, desacreditar la autocomplacencia; la interminable perorata de que estamos en lo óptimo, acompañada siempre de la idea de la no perfectibilidad de lo cotidiano, lo institucional o los modelos imperantes de pensar, dominar y excluir. No menos desenmascarar la hipocresía del sistema, el constante travestismo de quienes dicen ser y no son. Obviamente frente a eso sólo se puede oponer la coherencia personal o del grupo y mucha honestidad profesional. Nos abruma demasiadas campañas de buena imagen ecológica.

La tercera propuesta debería ser demoler la barrera social, el elitismo intelectual que consagra el propio sistema educativo. Hay mucho que aprender de los que aparentemente no saben nada. El desmoronamiento de la cultura tradicional es otra de las amenazas para una cultura realmente culta. Que no culminará, aunque lleva muy adelantada la tarea, si los medios de comunicación decidieran reservarles un espacio y un tiempo dignos.

La cuarta premisa de todo mensaje que pretenda ser educativo-ambiental es dar a conocer realidades, naturales, sociales y culturales. «Hay otros mundos y están en éste.» La homogeneización lo carcome todo. La multiplicidad es el arma de la continuidad como valor vital imprescindible.

Una correcta información científica, libre de intereses concretos, es decir, bastante lejos de lo que nos lleva desde hace varios decenios, resultaría todavía más coherente auxiliar de lo relacionado con la apuesta cultural emparentada con lo ecológico. Subrayar, pues, la complejidad y variedad del espectáculo.

Insistimos, que frente a lo que ves, tan sólo suma, lo que sientes es multiplicación, sobre todo si tiende a recuperar el sentimiento de la Naturaleza con el que Unamuno nos abrió este capítulo, y Azorín confirma con la apreciación de que: «Lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la Naturaleza.»

Tal vez, por tanto, sea aceptable este resumen final: La sentimentalidad es tan educadora como liberadora, al impedir la hipocresía. El acercamiento a la Naturaleza es permanente motivo de inspiración y de posibilidades de una conducta más ética y solidaria. Quien no respeta la Naturaleza no respeta a los humanos. Quien sólo ama al humano puede destruirlo. El sentimiento de la Naturaleza puede ser la base de la creación de una cultura con proyecto.

6.4. AL AIRE

Yo, que soy profesor de la Universidad, necesito de la colaboración de los pensamientos aldeanos mucho más que ellos de los míos.

José Ortega y Gasset

Abriendo la ventana, saliendo al campo casi masivamente los fines de semana, retirándonos de vez en cuando, sobre todo tras el agotamiento, a alguna soledad natural, venimos a reconocer que queda un rescoldo de ese ánimo de incluir en nuestras consideraciones al derredor. Propósito que en buena medida impregna el proyecto del pensamiento ecológico. Como son muchos los que aprecian que hay un cierto neorruralismo –incomprensible para muchos, cuando nada más viejo– en nuestra propuesta y lo hacen con tonos despectivos, intentaremos exponer las vertientes del ecologismo que implican estar al aire, o al menos estar de acuerdo–acordarse, respetar e intentar dignificar lo que necesariamente ha de hacerse al aire, no sin acierto a menudo calificado como libre. Al respecto hay varias familias

y grados de implicación. Desde el dominguerismo, que tiene más de plaga que de ungüento, hasta los ascetismos del siglo, que como casi todo de todos los tiempos se refugian al descubierto, se esconden en lo por completo abierto. De todas formas, hay que centrarse precisamente en lo descentrado y desconcentrado. Allí está la cultura rural, el naturalismo en auge, las dehesas, y hasta una marejada de deportes de «aventura».

Los muchos actos naturalísticos, de aproximación a los otros vivos y de conocimiento de lo espontáneo suelen culminar en la valoración de lo contemplado y estudiado. Aunque la oferta cultural y de esparcimiento está ligada en un 90 por 100 a los enclaves urbanos, son en cualquier caso frecuentes los que vinculan su tiempo libre a los espacios abiertos. Todas las formas de excursionismo, montañismo o el actual senderismo, suelen quedar fuera del convencional exceso de regulación, fomentan un tipo de conducta más abierta y descodificada, apenas regida por los vaivenes de la moda, aunque no podemos olvidar que también se han masificado muchos enclaves donde practicar el aire libre y que la divulgación de algunos itinerarios o espacios naturales llega incluso a amenazarlos. El auge de los libros de rutas, viajes, turismo rural podría estar contribuyendo a la toma en consideración del soporte donde se realizan tales actividades. Pero a menudo se queda en algo extraordinariamente epitelial, se usa el soporte y de inmediato se lo destierra de la patria de la emoción.

Desobedecer a la divulgación es siempre estimulante. De momento, la distancia que media entre el viajero y el turista es cada día más ancha. Ojalá alentemos la cultura de los que viajan para incorporar lo visto, para empaparse en voz pasiva, sin desear imponer nada de lo propio, frente a los que desplazan las culturas locales por sólo sentirse a gusto rodeado de lo mismo que dejaron atrás. Afortunadamente también son muchos los que se adentran en los sistemas vitales, que conectan con las vidas y con las gentes y se paran para recibir gratis una clase de cultura rural. Porque, a menudo, de los analfabetos, de los oficialmente ignorantes, se aprende más que de los *master* en ecología. Sus conocimientos precisos y preciosos, llegan directamente de un pasado a veces lejano. La cultura rural, hoy en pleno desmantelamiento acelerado, abarca las mismas ramas que cualquiera de las otras culturas, no sólo desde el punto de vista de la creatividad convencionalmente artística, sino también por miles de conocimientos y aplicaciones prácticas que atesora. Saberes en la mayor parte de los casos de transmisión oral o a través de la puesta en práctica directa. Se aprende haciendo, como casi ya ha descartado en su mayor parte la enseñanza convencional, pero sobre todo esa forma de hacer, de interpretar y de estar es corresponsable del aspecto actual de muchos paisajes. Se puede decir que la cultura rural ha fundado mucho de lo que vemos. Tiene derechos de propiedad intelectual sobre panoramas enteros y justo es que los comparta con la misma Naturaleza. Se trata de que leamos también la firma, no individual sino la de

colectividades enteras a lo largo de siglos, que debería figurar como coautora de los paisajes que van acogiéndonos a lo largo de nuestros viajes. Pero también hay otra categoría. Porque de vez en cuando llegamos a lugares donde las transformaciones son mínimas. Entonces, si los rurales de esas zonas no los han creado, al menos los han conservado como están hasta nuestros días. No vamos a caer en la suprema ingenuidad de no percibir los antípodas de este planteamiento, porque también es frecuente que la conservación y el equilibrio se deban a la no llegada del consumismo y de las tecnologías duras, es decir, al acceso a las posibilidades de exprimir los paisajes hasta la última gota de sus zumos. En cualquier caso, cuando aquí y allá encontramos modos y maneras de «amistad cultural» con el medio, se debe al mucho conocimiento, al mucho saber hacer bien, a la mucha racionalidad y hasta sensibilidad de algunas culturas que aquí, a nuestro lado y ahora mismo se apagan. Como van quedando olvidados desde lenguajes a canciones, músicas, artesanías, fiestas, usos, manejos y técnicas tradicionales, y no por ello son en absoluto obsoletas... Y se pierden para siempre. Porque del acabarse de las culturas rurales no se podrá hacer arqueología. Nadie, por mucho que excave encontrará recuerdos. Recuerdos que podrían resultar necesarios y encomiables de cara al inmediato futuro. Hay decenas de propuestas que, desde lo público y lo privado, con no poca informalidad, a menudo se decantan por la recuperación de algunos usos tradicionales de la tierra, los recursos naturales, las aguas, los bosques....

precisamente como terapia al agotamiento, enfermedad y vejez de los propios paisajes y de lo que contienen. Cuando un poco más arriba he mencionado las dehesas entre lo que podemos encontrar allí afuera para culturizarnos ecológicamente, se debe a que la apuesta de este libro, del pensamiento ecológico en un sentido general, tiene un paisaje en el que ha sido llevada a la práctica. Es como si Platón con su *República*, o Tomás Moro o Campanella, hubieran podido referirse a una realidad contemplada por ellos mismos, llevada a la práctica con éxito. Y es que las dehesas del oeste, centro y sur españoles aportan un modelo de uso y de respeto a la Naturaleza indistinguibles e inseparables el uno del otro. En estos paisajes se conservan la belleza, la diversidad natural y la continuidad, precisamente a través de la obtención de inmejorables productos y recursos. La dehesa es un conjunto de conexiones sencillas y eficaces entre la cultura y la Naturaleza. Nada menos que un bosque cultivado y pastado. Un labrantío que es bosque. Unos pastos que atienden a los ganados y a las faunas Ubres. Nuestras dehesas, en suma, son seguramente el mejor invento de la Humanidad. El mejor ejemplo de que se pueden compartir los paisajes para que todos salgamos beneficiados.

En cualquier caso, caben pocas dudas sobre lo constructivo de un mayor contacto, consideración y conocimiento de lo que sucede al aire. Dentro de los componentes básicos para una cultura, al menos más ecológica, estará siempre el

contacto con lo abierto; como siempre abierto se quiere el propio estar en el mundo del pensamiento ecológico. Amplias panorámicas por las que a veces se desemboca en una imbricación propia del gozne, de la bisagra bien lubricada y, en consecuencia, la puerta se abre dulcemente para que veamos exteriores que nos devuelvan algo de lo más nuestro, lo vivo, a nuestro seco interior. Paisajes del corazón. Tan necesarios en estos tiempos en los que casi todo anda encarcelado entre barrotes de prisa, de lo inerte, de practicismo y desmotivación, es decir, esos espacios cerrados y vacíos que acaban siendo prisiones de nosotros mismos para nosotros mismos. Súmese que el repertorio de lo contemplable, aprendible, disfrutable es amplio y que incluye un puñado de ámbitos, los parques nacionales y naturales, donde la Naturaleza todavía se sienta en amplios divanes, y tendremos lo que puede aliviar: brasas sobre las que soplar para que vuelva la vida a encenderse.

6.5. LO FEMENINO

Ella contiene todas las cosas, ninguna le falta.

Walt Whitman

Tampoco habrá Cultura ecológica, tal vez porque se trataría de una forma mucho más sentimental de estar en el mundo, sin la incorporación plena de lo femenino a todos los ámbitos y con los mismos derechos y deberes que los del todavía género dominante.

Con las mujeres cabe todavía fundar sensateces, armonías, bellezas y continuidades. Simplemente por haber sojuzgado, cuando no anulado o destruido, lo femenino, muchas de las llamadas culturas del pasado y del presente no merecen ser consideradas como tales. No hay cultura sin libertad femenina. Por eso, cualquier proyecto de alcanzar un verdadero humanismo, es decir, de ecologizar la cultura, pasa por el feminismo. Que, insisto, resulta imprescindible. Sin ellas, como ha pretendido el modelo, se nos hace anémica esta cultura inculta. Es más que claro que el predominio del macho es una de las torpezas más voluminosas de la historia, porque ha sido una injusta, cruel y perdida lucha contra sí mismo. Exactamente igual que la que contra la Naturaleza mantenemos todavía.

En este sentido y dadas las preferencias del propio sistema por la contabilidad monetarista, queda patente que la mujer apenas existe, sobre todo en amplias áreas de lo decisivo del primer mundo y en casi todas en los otros, los que tampoco existen. La contribución de las mujeres a las economías consideradas convencionalmente es de un volumen

equiparable al 50 por 100 del producto interior bruto. Porcentaje que sube en países no industrializados. Las cacareadas cuotas de participación política femenina no dejan de resultar tímidas aproximaciones que no dejarán de serlo hasta que los patrones culturales mesticen hasta el hermafroditismo cultural la condición masculina y la femenina, al tiempo que se preserva cualquiera de las opciones individuales para el desarrollo de las propias apetencias.

No hay horizontes de conciliación o de una mínima coherencia con los derechos humanos sin hacerlo por entero con ese 50 por 100 de nosotros mismos que sosiega la altivez de lo vertical con esa primordial ternura de la carne que se resuelve en curvas. Lo femenino, además de lo accesorio en el aspecto, trae puesto y siempre ha defendido y ofrece renovación, cuidados, vínculos, emociones, vida, capacidad de escuchar y comprender. Lo femenino es oportuno, generoso, conciliador, acariciador.

Podríamos, no sin cierto rubor, afirmar que lo masculino ha potenciado todos los antónimos correspondientes: destrucción, desconexión, agresividad, dominio, racionalidad y la herida de competir por todo, para todo y con todo.

Algunos y algunas pretenden una sustitución, un ocupar con los mismos valores y tendencias el lugar donde estaban los machos. Lo que no dejaría de ser una nueva exclusión, tal vez más pacífica, pero seguiría siendo parcial; no

completaría. El sosiego de una cultura con lo femenino recuperado mana de la real fusión de lo que somos con lo que también somos.

6.6. PLURALES

... hasta la fecha nadie sabe qué sea realmente la «naturaleza humana». Y no lo sabemos porque nuestra «naturaleza» es inseparable de la cultura; y la cultura es las culturas.

Octavio Paz

Una de las más claras líneas de parentesco entre Cultura y Naturaleza está precisamente en la línea que aparentemente más las aleja mutuamente. Nuestras culturas, nuestro más genuino e identificador producto, la creación humana por excelencia, esa que en gran medida hemos enfrentado a nuestro entorno, como instrumento para conocerlo y dominarlo, sin embargo imita las estrategias de la vida, esa que tan a menudo pretenden negar. Las culturas tendieron y tienden a diversificarse;

quieren y encuentran la multiplicidad. Quiero decir que también los seres humanos hemos optado por infinitas soluciones a partir de muy pocos elementos, en realidad, dos: un grupo de humanos y un derredor infinito y desconocido. Con tan poco hemos llegado a construir varios millares de culturas diferentes a lo largo de la historia de nuestra especie. Usamos, interpretamos e inventamos el mundo de múltiples formas y maneras. Y esa actitud, a la par que enriquecedora, creativa y valiosa en sí misma, es pregunta y respuesta al mismo tiempo. Pero también tiene un carácter claramente defensivo. Los seres humanos nos sabemos frágiles y pretendemos pactar con el futuro a través del pluricultivo de nosotros mismos. Nada más sencillo de comprobar, si comparamos la dependencia y el peligro que puede cernirse sobre nosotros si nos especializamos en un monocultivo agrícola. Un año climáticamente malo, una plaga, una torpeza pueden acabar de un solo golpe con la continuidad del proyecto basado en ese único recurso o producto alimentario. Por el contrario, quien cultiva muchas variedades de recursos difícilmente se quedará sin todos de golpe, si falla uno recurrirá a otro o al de más allá. De la misma forma, si se dominan varios empleos o profesiones resulta mucho más difícil verse afectado por el paro. Ciertamente es que nuestro modelo cultural ha potenciado hasta el delirio el analfabetismo generalista para construir masas de especialistas. También en esto cualquier apuesta de nueva cultura pasa por desacralizar a los expertos.

Nuestras formas de estar en el mundo difieren de las espontáneas, por supuesto, pero no tanto como pretendemos, y apenas en lo más destacado de los aspectos de fondo. Una cultura es también un organismo que se quiere duradero, seguro, suministrado en la capacidad de crear condiciones favorables para sí mismo. Como las especies y los ecosistemas, las culturas son tan creadoras de la realidad como creadas por la misma. Hoy sabemos que las leyes de la vida coevolucionaron con ella. Que la vida creó sus propias condiciones para desarrollarse.

Relacionadas inexorablemente con la tierra que pisan, las sustenta y pretenden dominar, a menudo consiguiéndolo, las culturas vienen a ser como un brote o destello transgresor, pero que necesita lo trasgredido. Violan siempre en alguna medida, aunque a veces apenas, las tendencias de los otros seres vivos. Y lo hacen por su movilidad sin límites, por el más rotundo de los cosmopolitismos y por la desbordada capacidad de modificar las bases ambientales de las que el mismo proceso cultural procede. Al hacerlo han ido levantando edificios prodigiosos de conocimientos, manifestaciones artísticas, sistemas de pensamiento, tecnologías acordes, tradiciones, éticas, transigencias y, claro, también esos contrarios que caracterizan al presente atrapado en un proceso unificador, mucho más peligroso que sus indiscriminadas agresiones. Porque el dominio sobre el derredor, su extenuación, sus enfermedades son menos preocupantes que la extinción de

la pluralidad de las culturas. Recordemos que todavía quedan en el mundo unas dos mil culturas humanas, que se hablan cerca de 7.000 idiomas y se practican unas 5.000 religiones diferentes. No menos conviene tener presente que la inmensa mayoría de esas culturas, saberes y creencias está amenazada de desaparición; que sólo en la Edad Moderna lo han hecho ya varios centenares, más de una al año desde que se descubrió el Nuevo Mundo. Todas ellas tenían derecho a seguir siendo. La pluralidad cultural lleva inserto un valor claramente universal y de resonancias cada vez más del ámbito de la ética, como reconocen los derechos universales. No se debe ocupar el lugar del otro, ni suplantarlo su identidad, y, por supuesto, mucho menos sustituirle por la nada.

De nuevo la apuesta de la cultura ecológica es fundarse y fundamentarse a partir de la suma de todas las culturas. Es decir, literalmente lo contrario de lo que sucede con la cultura hegemónica que ha homogeneizado al planeta, erosionando su diversidad, pretendiendo colgar en las paredes del museo de la Humanidad un solo cuadro, por cierto, de tintas acrílicas planas, que representa a un alto y fuerte varón rubio con gorra de jugar al béisbol. ¡Con lo bellos que son los sombreros de paja!

6.7. CULTURA CULTA

Hoy sabemos demasiado para incorporar a la naturaleza cualquiera de nuestras inclinaciones o nuestros deseos, pero no sabemos lo bastante, y es posible que nunca lo sepamos, como para lograr sustituir esas nociones demasiado humanas por algo que sosiegue al espíritu humano.

Jean Rostand

Hasta el momento ni una sola de las culturas dominantes a lo largo de la historia ha sido culta, quiero decir, suficientemente coherente, sincrónica, rigurosa con las acepciones que incluye la misma palabra cultura. Entre éstas, que suman más de un centenar, hemos privilegiado casi siempre, y más ahora, las que suponen bien la suma de conocimientos, o los cauces de interpretación del mundo, o las coaliciones de la creatividad y la funcionalidad, o el conjunto de las creencias básicas, o los estilos de conducirse y apetecer, es decir, los valores básicos de una sociedad. Todas las acepciones valen, por mucho que compliquen hasta lo inabordable el uso de la palabra Cultura. No menos cierto resulta que hemos minimizado la crucial forma de interpretar la Cultura como el conjunto de relaciones que

mantenemos con nuestro derredor. Quiero decir que Cultura es también las formas de uso y gestión del derredor. Pero para la necesaria claridad y hasta fusión de estas interpretaciones tal vez nada tan coherente como recordar que el término despega desde el concepto de cuidado, a su vez aplicado inicialmente al que a los campos dispensaban los agricultores.

Ser culto sería ser cuidadoso, por tanto, no estropear ni el legado natural, ni el cultural, ni unos a otros. Ser cuidadoso es no arrogarte supremacía sobre lo que tienes cerca o lejos; es profundizar en la democracia, que es la mejor forma de cuidar la libertad. Es apaciguar en ti mismo esa locura potencial que es toda ambición, porque excluye al resto y te resta de él. Los derechos universales son sumas sin resta. Los otros, aunque le explican, son siempre obstáculo para quien quiere estar por encima. Obstáculo y peligro. Los otros son parte de ti mismo si no los contemplas como un campo de batalla, como mercancía o como sólo clientes. Como peligro es para lo estático lo que se quiere siempre inconcluso. De hecho, una cultura no descerebrada debe entenderse siempre como proyecto, y en ese proyecto deben caber todos los plurales. Pocos empeños son tan universalistas como el del pensamiento ecológico, y es universalista el que funda a partir de lo local; el que llega más lejos es el que entiende y siente lo más inmediato.

Que renazcan con vigor las negaciones de los demás que subyacen en los nacionalismos, por cierto, en los países

consumistas, suficiente y lógicamente camufladas con colorantes, aditivos y conservantes que las hagan tan apetecibles como indigeribles, hace incultivable el predio de la cultura. El culto a la preponderancia, incentivar la diferencia hasta cosechar la indiferencia por el resto, es destapar la faceta canija y cainita que el humanismo siempre ha querido superar. Porque entiendo que el pensamiento ecológico, muy al contrario de lo que algunos análisis han pretendido, desde dentro y desde fuera del mismo, es una fase última, la actual, del humanismo. Y tiende a completarlo, precisamente por la vía de desexclusivizarlo al incorporar la casa al casero. Carece de sentido diverger y tiene bastante coincidir. Y lo hace considerando como casa común al conjunto de las casas particulares y lo que media entre ellas. Obvias, necesarias, preciosamente diferentes entre sí estas últimas, pero no jerárquicamente superiores unas a otras, ni por supuesto iguales. Abrir la puerta para saber de lo otro, y que lo otro no destruya lo que tú has construido dentro, sino que tomes lo que consideres oportuno y que de ti tomen. A lo que desde luego se opone la imposición de la unidad de apetencias y estilos del consumismo, por universal e ilimitado, la más grave amenaza que se ha cernido jamás sobre el siempre necesario y constructivo cosmopolitismo, por el que aboga el pensamiento ecológico.

Otra de las apuestas del proyecto de llegar a ser cultos mana de la necesidad de ensamblar la infinitud de todo proyecto merecedor de ese nombre, y el ser humano lo es,

sobre todo en su dimensión estética y la demostrada limitación que impone la realidad física de este planeta. Casar lo aparentemente imposible, como es la apetecida continuidad ilimitada y los factores limitantes de nuestra realidad. Por supuesto que todo lo positivo y todo lo negativo está en nosotros mismos y en la Naturaleza, la cuestión es que ahora mismo es el propio modelo de pretender ser infinitos lo que más se yergue como factor limitante de ese mismo proyecto. Pero a menudo se tergiversa al considerar que reconsiderar el papel de lo natural como imprescindible y evidenciar que esto impone límites es un aspecto conservador, a veces hasta retrógrado, cuando no peligrosamente reaccionario. Cuando en realidad asegurar el futuro es lo más serio, dinámico y progresista que nos queda. Seremos los primeros beneficiados de un más limpio, sustentador y bello derredor, como somos las primeras víctimas de la suciedad, el agotamiento y la fealdad de lo que nos rodea, entre otros motivos, por ser los únicos capaces de provocarla, entenderla y contemplarla en su totalidad. Somos los únicos con capacidad de suicidarnos, hermosa y hasta crucial facultad, como decía Camus, que en absoluto hay que negar, ni excluir, pero tampoco potenciar. Hay también ingentes cantidades de ejercicio de la libertad en el deseo de reconciliación con nuestro derredor. Es más, todo impulso sentimental parte de la posibilidad de seguirlo o no. El amor a la Naturaleza, componente básico de una cultura culta, es una elección libre. Determinismo es apostar sólo por el camino de la apropiación ilimitada.

Es más, reconocer el límite es la única forma de rebasarlo. Actuar desde luego en busca de mejorar, pero el campo de actuación somos más nosotros mismos que el entorno. Necesitamos de él para seguir avanzando. Y todo avance se convierte en retroceso si pasa por esquilmar la retaguardia. Y, claro, tampoco de anteponerla a lo humano. El medio es medio, y los fines, los fines un tema demasiado humano. La Cultura se guía por estos últimos, pero necesita en buen estado de salud a su derredor, que es el mejor instrumento, el medio para llegar a ser lo que pretende ser y nunca ha llegado a ser, y que debemos seguir intentando. Es más, seguramente por los gravísimos problemas de agotamiento de recursos, ante la imposibilidad de dar empleo a una creciente Humanidad y también por la necesidad de seguir progresando, no es en absoluto contradictorio, sino lleno de afán enriquecedor, el dirigir una parte de las tareas de los próximos decenios a la reconstrucción de los elementos básicos, de los procesos esenciales, de las bellezas naturales y de las garantías de continuidad de la vida. La reconciliación, es decir, el cuidado del derredor, es sencillamente seguir dándonos oportunidades de progresar. Tan trabajo puede ser la manipulación y la destrucción como la coautoría de nuevas culturas, paisajes y renovaciones. Tan creativo puede ser un nuevo edificio como un nuevo bosque. Tan compensador la exclusión de lo espontáneo como la inserción en ello.

Y si las relaciones con el entorno fueran cultas, es decir,

respetuosas y hasta cuidadosas, lo que implica más responsabilidad y acción por nuestra parte, seguramente tendríamos una primera oportunidad de fundar una cultura culta, que sería pacífica, femenina, plural; que respetaría el mundo rural y que se serviría de la educación ambiental y de los medios de comunicación para desplegarse en el respeto y la tolerancia de la diversidad de la vida y de las culturas. Que desmitificaría el trabajo destructor y se aprestaría a la reconstrucción de los paisajes. Al mismo tiempo desmantelaría la creencia de que las cosas que merecen la pena merecen tanto sacrificio y tanta sustitución de lo vivo por lo inerte. Porque se trata de una cultura que nos ayudaría a disfrutar de la vida, y a ese objetivo lo que más se opone es el aluvión de cosas consideradas imprescindibles para ello.

VII. ÉTICA ECOLÓGICA

7.1. UNA CUESTIÓN INEXORABLEMENTE ÉTICA

Para formular cualquier ética satisfactoria de las relaciones humanas será esencial reconocer las necesarias limitaciones del poder de los hombres sobre el medio no humano y las deseables limitaciones de los poderes de unos hombres sobre otros.

Bertrand Russell

Cuando un adversario que ostenta la máxima categoría, aunque sea él mismo quien se la haya concedido, invierte un considerable esfuerzo en descalificar las ideas de un

pensamiento tan joven y tan viejo como el ecológico, se puede estar seguro de que el camino está bastante bien elegido, aunque todavía haya que recorrerlo casi entero, y al mismo tiempo no acabarlo nunca. El esfuerzo de adversario tan descomunal imprime carácter. Sería algo así como el ser excomulgado. La molestia del molestado te sitúa claramente en mejor posición, la del no domesticado. Como entiendo que la libertad y la independencia de criterios son inseparables de las propuestas éticas más coherentes, he comenzado por la satisfacción del que desafía al estereotipo, a la par que lo hace desde el deseable pluralismo y la inconformidad, valores también a rescatar. En la actualidad es un clamor que nada se opone seriamente al modelo ultraliberal, al consumismo, a su vez el mayor poder que jamás haya existido en este planeta y que se quiere a sí mismo como único e ilimitado. Tampoco se anuncian demasiadas críticas a la más que blandura de la moral superviviente, a la masificación de lo superfluo, a la desactivación de la sociedad civil... Con unas pocas excepciones, claro, como la que en conjunto albergan estas páginas. Los argumentos de no pocos analistas políticos y de pensadores coinciden en considerar que lo ecológico es la ideología–pensamiento–sensibilidad–propuesta ética con más futuro. Al tiempo que la califican de última guarida utilizable por los humanistas utópicos de nuestra época y de la inmediatamente venidera. Pero hay mucho más que una propuesta de corte crítico, porque donde se agiganta el pensamiento ecológico es en el campo de la ética, en lo

propositivo. Tanto que en realidad es todo él ética. Todo lo hasta aquí comentado conduce inexorablemente a planteamientos morales porque supone el sacar consecuencias y emprender acciones, formas de conducta. Talantes, en suma, que ayuden a paliar las consecuencias de la acción ciega, irracional e imprudente de este ir acabándonos el mundo que quiere el pensamiento y el actuar dominante. También es fundamentalmente ético porque prevé. Y es inteligente porque esa es la parcela más crucial de la inteligencia: el sentido de la anticipación para no empeorar ni nuestra condición, ni nuestra situación, sino mejorarlas, que también es vocación de toda ética.

Mucho es lo que incomoda y hasta descoloca de los planteamientos del pensamiento ecológico, todos ellos, insisto en última instancia, éticos. Nada extraña, por tanto, que por el eterno miedo a la pérdida de cualquier privilegio y por la desconfianza a quien no piensa, actúa y siente como uno mismo, por ese todavía dominante horror a la diferencia, nazca la condena. Tanto o más reduccionista desde el momento en que se arroga un derecho universal de aniquilación. Aniquilación curiosamente de lo no creado, ni organizado y de momento tampoco cuidado por sus pretendidos propietarios.

La primera desconfianza de los poderes –intelectual, político o económico del momento–, y por tanto el ascenso a la condición de peligro que goza lo ecológico actualmente, mana de la expresa renuncia que éste hace a cualquier forma

de agresividad para la resolución de los conflictos. Lo ecológico es una profundización del pacifismo en múltiples direcciones. Una coherencia necesaria, porque si ha sido la preponderancia de la violencia humana la que nos ha llevado a la generalizada destrucción de nuestra propia condición y de buena parte de la de la Naturaleza, flaco favor se haría con el recurso a la agresividad, la intolerancia y el sectarismo para la sutura de tanta herida. Los medios a seguir no pueden ser los de lo cuestionado. Aunque de forma lenta, y hasta casi esporádica, se va ampliando el número de ecologistas y afines que aceptan que los medios para alcanzar el fin de una reconciliación con la Naturaleza deben ser absolutamente no solamente pacíficos, fácil de aceptar, sino también honestos, en este caso con mucho que entender y discutir todavía. Triste es reconocer que son muchos los que no aceptan, o mejor no practican, el modo y manera de acercarse a la ética ecológica que vamos a desarrollar. Desafortunadamente confirman que cada utilización del asentado y triunfante «todo vale» es alejarse del objetivo de que valgamos todos y el todo. Aunque los Robín Hoods abundan, y todavía más los que aceptan ser usados como pintura verde para fachadas grises, se sigue progresando en la línea de que los pasos son el mismo camino. Y que por tanto se avanza más sin los tropiezos y sin los retrocesos de imitar los usos del consumismo y del control del poder.

De momento, y a veces, lo que más nervioso pone al

comprador es que no tengas precio. Lo que el político incomprende, hasta sacarle de quicio, es que resulte imposible el pacto, a pesar de estar abiertos a todo diálogo. Y ambas, aunque muy minoritarias, son condiciones de partida de la ética ecológica; que se apoyan en que sus fines van mucho más allá que sus intereses; que son además generales. La solidaridad mana fácilmente de las posturas y logros ecológicos, porque los beneficios de una mejor salud del ambiente de inmediato se distribuyen sin reconocer destinatarios individuales. No es mérito alguno del pensar y actuar con conciencia ambiental, pero esa reacción en cadena de aumento de la calidad de vida, de la belleza de los paisajes que pone en marcha, resulta aliviante. Compensa en un momento histórico en el que el principal problema al que nos enfrentamos es que, aunque las conozcamos, se pretende ignorar las consecuencias de buena parte de nuestros actos y hábitos de consumo. No habitar en la doble moral ya es milagro.

Hay, en cualquier caso, muchos lados oscuros, confusiones, intereses y hasta manipulaciones. Como resulta indudable que la sociedad acepta con notable simpatía lo ecológico, hay también notables apropiaciones indebidas. Por ejemplo, resulta impresentable la instrumentalización y falsificación de los presupuestos ambientales por opciones violentas, no democráticas y hasta por supercherías esotéricas. Que grupos terroristas, como ETA, por ejemplo,

usen bombas y asesinatos para pretendidos logros ecológicos resulta tan inaceptable como llamar ecológicas a las incineradoras o pacíficas a las invasiones de un país por un ejército. Y de ahí también que una de las facetas más conocidas de la protesta ambiental haya recuperado la acción directa por completo pacífica, en la línea de la Satyagraha gandiana. Pero el pacifismo siempre ha molestado a quien basa buena parte de su ser en la imposición, con múltiples variantes, de la violencia soterrada o manifiesta. Nuestra cultura ensalza constantemente la fuerza y la mentira. Renunciar expresamente a usar ambos recursos suele descolocar, sobre todo al convertirte voluntariamente en un adversario doblemente desarmado. Pero hay más. La coartada universal de todos los poderes de todos los tiempos ha sido que, en el fondo, ellos querían la paz y por eso se armaban. Pero para conseguir la paz con la Naturaleza, ningún ejército del mundo tiene nada serio que aportar. El famoso Carl Sagan puso bastante claramente el dedo en la llaga en el «Simposium sobre la Tierra», celebrado en Oxford durante 1988, con participación de filósofos, religiosos y científicos de primera fila. Dijo entonces que los problemas ambientales eran los únicos que no tenían solución militar. Que las gigantescas inversiones en maquinaria bélica, obviamente garantes de los dos sistemas de pensamiento hegemónicos a lo largo del siglo XX, y los altos y sofisticadísimos poderes de destrucción resultaban inútiles para la solución de los más graves procesos de degradación natural. Ciertamente es que algunas tecnologías

inicialmente previstas para lo militar pueden ayudar a minimizar algunas enfermedades ambientales, caso de la detección precoz de incendios, o la auscultación de los avances de la deforestación o la contaminación de los aires y las aguas. Pueden servir para el diagnóstico pero no tienen medicina alguna que ofrecer. Sin olvidar que los gigantescos recursos que los militares de todo el mundo todavía acaparan son uno de los más elocuentes muros que impiden acometer terapias sociales, culturales y ambientales, a la postre indistinguibles entre sí. Recordemos que la Naturaleza incluye hasta lo que puede destruirla, en este caso al consumismo de una quinta parte de la humanidad y la pobreza del resto. Un pensar y actuar acorde con la Naturaleza pasa por recuperar las facetas constructivas de esta misma humanidad.

Podríamos pasar a una dimensión mayor. Si nuestro mundo, por ser nosotros mismos y nuestro, merece amistad, no se entiende que le demos limosna. Hay que darle cuando menos la justa remuneración de una ética más completa. La que reconozca, como decía Bertrand Russell, nuestros límites frente a los demás y una deseable recuperación de la estima a nuestro derredor.

7.2. ¿DERECHOS DE LA NATURALEZA?

Urge, a mi juicio, optar por una moral de la responsabilidad, que se tome la realidad humana y natural en serio.

Adela Cortina

Con frecuencia se esgrimen argumentos en favor y en contra de los derechos de los animales o de la Naturaleza misma en su conjunto. Algunos llegan a incluir hasta la parte inanimada de este planeta como referente ético. Vaya por delante que un mínimo de coherencia con las evidencias de la ciencia ecológica impide separar al continente de lo contenido. Que los derechos no pueden pararse en frontera alguna, ni los humanos, como veremos de inmediato, ni los pretendidos de los otros seres vivos. Si queremos la conservación de la vida, deberemos ampliarla hasta lo que la posibilita. Y en esta categoría entran desde los sustratos inertes del paisaje hasta el conjunto de la atmósfera, las aguas dulces, los mares...

De momento, ante la llegada al panorama actual de una declaración universal de los derechos de los animales, auspiciada nada menos que por la UNESCO, se suceden diversas reacciones. Desde el escándalo por la propuesta,

calificándola de obnubilación, hasta una exégesis encendida en favor del humano, como si a éste le amenazara algo y no fuera el agresor. Sea como fuere, comienza a tomar cuerpo la dimensión jurídica consiguiente a las exploraciones de la cuestión ambiental que, como decíamos, cobran su mayor sentido en los campos de la ética. Muchas de las pretendidas descalificaciones a este real progreso de la reflexión ética tienen no pocos parentescos con lo que sucedió al anunciarse y expandir la teoría evolucionista, con la erradicación de la esclavitud o con la llegada de las democracias. En todos esos casos, y en tantos otros de la historia de la ciencia, la filosofía o los derechos humanos, se intentó ridiculizar las demostraciones de Darwin y sus seguidores, o de los abolicionistas, o de los ilustrados. Ahora se suele añadir algún que otro pretendido insulto, con palabras que nombran precisamente a los animales, para aderezar las argumentaciones en contra de considerar que la Naturaleza debería tener derechos. Algunos mantienen un difícil equilibrio. Afirman, como el admirado José Antonio Marina, que tenemos el deber de no hacer sufrir o matar a los animales, pero que éstos deben carecer de derechos. Por su parte, un Ferrater Mora o un Jesús Mosterín defienden claramente que se debe otorgar derechos a los animales, ya que esos sólo podemos dárselos nosotros. Probablemente resolveríamos la cuestión por el camino de la espontánea valoración. Basta recordar que muchos animales tienen un alto valor sentimental para muchas personas en todo el mundo. Si reconocemos los derechos de los amantes de la

Naturaleza conciliaríamos la falsa antítesis. A quien ama a su perro o a su caballo no se le tiene que convencer de su derecho a disfrutar de esa compañía y el que tienen esos seres vivos a no ser torturados ni matados gratuitamente. Y pide que los demás lo reconozcan *de facto*. Es más, aunque la hipocresía desluzca buena parte de la intención, la comunidad política internacional, apoyada por no pocos sabios científicos de este mundo, así como por religiosos y filósofos de todas las latitudes han puesto en circulación desde tratados internacionales hasta declaraciones universales en las que invariablemente se le da a los animales, al conjunto de éstos y las plantas, es decir, ecosistemas y biosfera, incluso a los procesos ecológicos esenciales, el *status* no sólo ético, sino jurídico, de valiosos en sí mismos. Conferir esa condición a lo vivo no humano, además de ser una de las pocas garantías de futuro, es el camino más sencillo para nuestro cambio de actitudes, aspecto de nuevo fundamentalmente ético. Cuando se tacha de obnubilación el reconocimiento de los derechos de la Naturaleza, habría que recordar que en tal «aparente error» están al parecer inmersos ahora mismo la totalidad de los jefes de Estado y Gobierno del mundo, firmantes de la «Carta de la Tierra», y de los tratados internacionales de la «Conservación de la Biodiversidad y del cambio climático». Aunque desde luego esa firma no es garantía de tipo alguno, como demuestra su hacer cotidiano. Al mismo tiempo, casi todas las constituciones avanzadas del planeta reconocen implícitamente ese derecho, a través del que nosotros los

humanos tenemos a disfrutar de un ambiente sano, una Naturaleza bella y completa y por supuesto de la paz, entre nosotros y con el derredor. Adela Cortina lo deja bien claro en este párrafo de su *Ética para la sociedad civil*: «Me refiero con esta tercera generación al derecho que toda persona tiene de nacer y vivir en un medio ambiente sano, no contaminado de polución y de ruido, como nos ocurre usualmente, y el derecho a nacer y vivir en una sociedad en paz. Ciertamente, puede decirse que el respeto a todos los demás, porque mal puede respetarse la vida, salud y cuantas exigencias hemos mencionado desde un medio ambiente contaminado y, sobre todo, desde una sociedad en guerra.»

Nuestro derecho a un entorno sano, es decir, entero, no podrá nunca ser satisfecho sin el respeto, la acción ética y, de inmediato si somos consecuentes, jurídica; es decir, sin ese derecho a ser, a continuar y a disfrutar de salud de la Naturaleza que se convierte en un bien reconocido, en patrimonio identificado y en necesidad obvia para nosotros mismos. Las descalificaciones y hasta el terror a dar estos pasos nacen de que los de la Naturaleza se contemplan como limitación de los derechos humanos, a veces como peligro para los mismos, y no como complemento y prolongación. Para disfrutar de algo no hay que acabárselo. Resulta más que sospechoso, por el contrario, que estén claramente expresadas y reconocidas como derechos muchas modalidades de la destrucción y muy pocas de la continuidad de la vida y la conservación de lo que la hace posible.

Recordemos que, por ejemplo, muchos tienen derecho a matar animales silvestres y muy pocos a seguir disfrutándolos vivos. Los derechos de la Naturaleza hay que contemplarlos, al mismo tiempo, como base indispensable para poder seguir beneficiándonos de nuestros derechos humanos y el primero sigue siendo el que tengamos una vida lo más sana, digna y constructiva posible. Como el mundo es definitivamente nuestro, asumamos la responsabilidad que de ese *status* de propietarios, en muchos casos carceleros, se desprende, aunque sólo sea por la vía de la moral. Si el gran objetivo final de toda ética es un poseerse realmente uno mismo, un construir el mejor camino para la aventura individual del vivir, inseparable del inexorable convivir, hay que pasar por la consideración de que no sólo convivimos con nuestros iguales, sino con la totalidad de la biosfera. Y ese conjunto de vidas y procesos tienen derecho a poseerse a sí mismos, a seguir siendo en las mejores condiciones posibles. Nuestra próxima gran responsabilidad, como afirma la cita que encabeza el capítulo, es tomarse en serio la ética ecológica, y eso pasa por reconocer, identificar y promulgar algún día, y luego poner en práctica, los derechos de la Naturaleza. Algo que nos hará más y no menos humanos, más y no menos éticos.

7.3. VALORES SIN PRECIO

El pluralismo es un valor que debe incluso ser fomentado contra la uniformidad que impone el imperativo del consumo.

Victoria Camps

Abordo la descripción de los valores que a mi entender, y sobre todo sentir, deben conformar el núcleo central de la ética ecológica, desde la sugestiva y correcta definición que de los mismos hace J. A. Marina en su *Ética para náufragos*. Allí nos propone que los valores son «significados derivados de una experiencia sentimental». No precisan, en consecuencia, más que descripción. Desde luego, la mayor parte de lo que hacemos, nuestra inserción en la realidad, se guía por valoraciones emocionales más que racionales; es decir, por preferencias, que buscan lo mejor para cada uno, a ser posible sin estropear las posibilidades de los demás de encontrar su mejor camino.

Mejor no es necesariamente lo convencionalmente bueno, ni por supuesto lo malo. Es de los alimentos del deseo de lo que vamos a tratar. Deseos que no condenan, sino todo lo contrario, a la inanición a otras esferas de lo humano, también necesitadas de ingestas como la curiosidad, de nuevos

conocimientos y sorpresas, o de nutrientes, la fracción biológica de nosotros mismos.

Teorizar sobre los valores nos los alejaría tanto que traicionaríamos a la apuesta real de toda moral, que sea cual sea su ambición, es para ser vivida, incorporada a nuestra forma de actuar. La ética ecológica es para trayectorias vitales, de arrumbamientos con sentido, y no lo hay mayor que vivir mejor. El gran extravío, la inmoralidad del presente es pretender que la vida mejor es la con más cosas, más poder, más consumo, más éxito. La siembra en los campos del deseo de lo fugaz, superficial y competitivo es un proceso de desmoralización, no por obvio suficientemente asumido y enfrentado. Tenemos por tanto menos solidaridad, justicia, participación, responsabilidad y, sobre todo, menos humanismo.

Nada tan aparcado como el proyecto de llegar a ser algún día Humanidad, que en el fondo es lo que se han propuesto casi todas las ofertas éticas de la historia. Tal vez tengamos que salirnos un poco de nosotros mismos para poder encarar de nuevo la vieja cuestión. Por eso voy a describir algunos valores de ahí afuera. Están allí, pero no son de allí. Porque, vaya por delante, la Naturaleza no dicta ninguna norma de comportamiento moral, pero contiene y exhibe valores que pueden servir para provocar sentimientos y, en consecuencia, guiar alguna de nuestras elecciones. Toda ética aunque se funda, como todo, sobre la genética, la supera. Quiero decir que no comparto en absoluto que la

ética sea una secreción de nuestro proceso evolutivo de cara a la perdurabilidad de nuestra especie, como viene a proponer la Sociobiología. Y aunque hay significados y expresión en lo no racional, sólo a través de la interiorización de lo externo, ya sea natural, cultural o tu interlocutor individual, se puede llegar a la opción libre, sin la que no hay verdadero individuo humano.

Los valores de la inmediata propuesta, que como todo de este libro aquí sólo se esbozan, suponen el fruto de una búsqueda personal, de casi treinta años de intensa convivencia con el dinámico movimiento social del ecologismo, de relaciones con buena parte de la comunidad científica relacionada con la ecología, con los medios de comunicación de masas, en los que se ha desarrollado casi toda mi actividad profesional, y en las calles de ciudades de medio mundo. Esta experiencia, con ser aparentemente notable, ha ocupado poco más del 50 por 100 de mi tiempo. El resto, la casi otra mitad, he vivido en plena Naturaleza, por cierto, en excelente estado de conservación, pues o eran las selvas del Amazonas o los desiertos de Atacama o del Neguev. Eran los fondos del Mar Rojo o las islas Galápagos, o los Altos Andes o las sabanas de África. Pero sobre todo he vivido en una aislada finca, situada en una de las sierras más solitarias del país, donde también la vida de las plantas y de los animales apenas está interferida ni amenazada. No pocas veces la compañía de la soledad y del silencio, en medio de panoramas completos, ecológicamente hablando, me han

permitido dedicar mucho tiempo a esa búsqueda de mejorar mi propio proyecto vital. A intentar ser, pues, ético desde una perspectiva de gran conexión, casi inmersión con y en la Naturaleza. Y cuento este bosquejo de mi propia trayectoria no sólo porque entiendo, como dije, que toda reflexión que se precie en este campo debe pasar a ser vivida, sino también porque de esa vivencia, a lo largo de esa búsqueda, han ido apareciendo los valores que voy a describir. Mi identidad y mi fortuna personal, no hablo de valores económicos, están forjadas por ellos. No menos mi salud –la mental, claro–. Si alguna diferencia puede aparecer entre esta propuesta y las muchas y buenas de los filósofos de la ética con los que contamos en nuestro entorno cultural del momento, seguramente se debe a esa dimensión de naturalista que seguramente es poco común entre quienes piensan y escriben de ética.

Y porque en todo proceso de comunicación la honestidad exige hablar–escribir en nombre propio, voy a describir experiencias personales, de rango claramente sentimental, que me ayudan a disfrutar de la vida. Muchas nacen de emociones estéticas y otras no descartan sino que se acrecientan con la confirmación tan reconfortante que supone encontrarlas en los libros de filosofía moral, en los testimonios de quienes han pensado de forma similar, aunque sea viviendo lejos de los campos. Mis experiencias sentimentales en la amplia libertad de los horizontes abiertos me fueron trayendo estos valores de la Naturaleza.

Todos ellos los encontré sin esfuerzo y por supuesto gratuitamente. La gratuidad, por tanto, es uno de esos valores, que aparecieron fluidos, sin anunciarse, y todos ellos me han ayudado a estimar que nada es tan valioso como lo que se queda en el paisaje, en las gentes, en tu sensibilidad tras tu paso por ellos, tras el diálogo. Que el primer verdadero valor es todo lo que no puedes llevarte, lo que no puedes quitarle a lo contemplado. Déjenme que, como si un paseo por el bosque fuera, vayan apareciendo estos valores sin orden, ni mucho menos jerarquía.

En primer lugar, y como abordan con mayor extensión, y espero que profundidad, los dos próximos capítulos, siempre he tenido la suerte de que la admiración impregnara mi mirada y mi sentir ante los panoramas naturales. Los bosques, las montañas, las sabanas o los océanos, han provocado desde el más claro sosiego hasta estados casi eufóricos, pasando por la alegría y la emoción que se resuelve en lágrimas. Estados sentimentales que igualmente despiertan las solidaridades entre humanos, la protesta colectiva frente a las tiranías, el arte en cualquiera de sus facetas y hasta una sencilla frase o un poema bien contruidos. Si a eso se le llama sensibilidad, por lo menos la mitad del proceso lo pone lo mirado. Y a menudo he compartido la apreciación de que nada me parecía más humano, es decir, racional, que ser sensible. Lo admirado de inmediato propone cuidado y funda vínculos entre lo contemplado y el admirador. El intercambio sin voluntad

expresa entre el sujeto y el complemento directo, es decir, verdadera comunicación, sin la que, insisto, en clave Habermas, resulta imposible toda ética. La admiración es como una lupa o un catalejo que permite apreciar mejor muchas facetas fácilmente inadvertibles. Cabe sentirse legítimamente orgulloso, poco tan humano, de los momentos y lugares en los que brotó la admiración, placer que a nadie quita y que pone una caricia sobre el paisaje y calor en quien lo contempla.

La grandeza, la inmensidad, es otro valor que a menudo acompaña al anterior. Su efecto sentimental sobre tantos y tantos es la de liberar el reprimido sentimiento de pequeñez que tan reprimido solemos mantener. Todavía mejor es cuando te alcanza por unos instantes el placer supremo de ignorarte a ti mismo, disuelto en la inmensidad. La grandeza además nunca es reducible a objeto, nunca entra en el mercado, es ajena a la voluntad, aunque a menudo recordemos, incluso ante ella misma, que la tenemos cercada y hasta desgastada. Deberíamos conservarla para asegurarnos el alivante placer de nuestra pequeñez, al que todos tenemos derecho.

La hospitalidad, la capacidad y hasta tenacidad en acogerlo todo y ofrecer lo que se tiene, el atalantamiento con el que partían estas líneas, el no reservarse jamás el derecho de admisión, como decíamos, y esa vocación de casa común que recordaba a Epicuro en la cita del apartado 2.7. La hospitalidad, escalón más alto que la solidaridad, es valor en

ruinas que necesitamos restaurar y que en la Naturaleza alcanza cotas de altruismo, como supone nuestra misma aparición, o como Tagore condensó en este precioso aforismo: «El leñador le pidió al árbol un mango para su hacha y el árbol se lo dio.» Es ser para los demás, metiéndolos en casa, cobijándolos dentro. Es conjunto que se explica en cada una de sus partes. Es un ámbito muy superior al que suponen las simples sumas de sus partes.

Ya Schiller comentó que la Naturaleza tiene la obligación, y por cierto la cumple, de ser bella. Ese valor que desde su propuesta es tan estético como ético, se conecta con otro más difícilmente perceptible, el de la integridad. Al no discriminar, incluye todas las realidades, completa con todos los elementos. No desecha, en ella todo es confluencia. La multiplicidad es lo que cohesiona al conjunto, lo que le da temple y coherencia. Y es reparador para quien se tropieza con los millones de detalles, de matices, de respuestas, de sensaciones que llueven sobre tus sensaciones. No hay mejor escuela de tolerancia, de comprensión del cada día más imprescindible valor del pluralismo que la heterogeneidad de lo viviente. El aprecio por todas las culturas, razas, sexos, grupos de edad, a algunos nos nace de comprender en vivo y en directo que la diversidad ha sido el camino emprendido por la vida mucho antes de que nuestra mente la imitara con sus también múltiples creaciones.

A menudo se recrimina al naturalismo una cierta admiración por el instinto, por la cómoda y antigua

inexorabilidad que guía a las otras formas vivas. Al percibirnos como los únicos seres Ubres, despreciamos las posibilidades de libertad fuera de nosotros. Seguramente no las hay, aunque algunos destellos de rectificación y transmisión de información modificadora de conductas se dan en unos cuantos animales. Sí, en cambio, hay un valor que sin duda es el que más satisfacciones me ha proporcionado: el de la falta de mandatos, instrucciones, normas, obligaciones; la libertad que me ha invadido hasta la euforia en la soledad de los campos. No puede ser de otra forma, desde el momento en que el Estado apenas pinta nada donde no hay Humanidad congregada. La libertad es también un período sabático, en el que se descansa de las múltiples exigencias de la convivencia. Que de todo hay que descansar y no poco de nosotros mismos, para abordar esa misma convivencia con más y mejor entusiasmo.

La austeridad es norma de lo que ves fuera. La economía de lo natural es usar uno aunque haya diez a disposición. El «de nada demasiado» de los presocráticos y del oráculo de Delfos es una realidad practicada y contemplable en los espacios no artificializados y en no pocas culturas humanas a ellos ligados. Seguramente hay que haber pasado por la abundancia para apreciar la austeridad, para considerarla un valor que mejore nuestras vidas, pero incorporar ese valor a tus actuaciones resulta infinitamente más comprensible si se lo ha contemplado funcionar.

No menos la modestia. Como Emily Dickinson expresó, la

Naturaleza acomete ingentes tareas sin darse la menor importancia. «Como si revivir no fuera nada.»

También encontré la transparencia, condición sin la que resultan imposibles la renovación, el aire, el agua primera y genésica. Transparencia que se resuelve en autenticidad. Poco es lo que miente en los espacios abiertos aunque pueda ser frecuente la amenaza de hacerlo desde ti mismo, única fuente de verdadero temor. El tan cacareado temor a lo desconocido, el miedo a ser víctima, en absoluto acapara la experiencia cuando se vive un poco en lo abierto. El miedo nace de todo alejamiento y de la incomprensión con éste alimentada, es por tanto inadaptación, pérdida de facultades y atrofia de posibilidades. La mejor acepción de valor, aparte de la que le venimos dando en estos párrafos, sigue siendo la de buena salud y no la de valentía, como ha terminado siendo. Y la salud está íntimamente relacionada con el derredor, con la posibilidad de que obtengas lo correcto y suficiente para el buen funcionamiento de tu fracción biológica, sobre la que construimos y desarrollamos la fracción sintiente y luego la pensante.

Es más, en muchos casos es precisamente un extraordinario sosiego, una profunda calma lo que despierta en ti como valor válido la misma Naturaleza. Quien está en paz puede ser pacífico. Y quien teme, podría empezar por temerse a sí mismo antes que a los demás. De ahí la apreciación ética de que se debe comenzar por el temor al propio poder y a las consecuencias del mismo antes de

asustarse por el poder de los otros. Fácil de apreciar cuando compruebas que tu avance por los bosques y las campiñas desata la despavorida desbandada del resto de lo viviente. Sólo cuando llegas a los minúsculos enclaves del planeta, donde aún los animales no temen al ser humano por no reconocerlo todavía como un peligro, te alcanza el bálsamo de unos pocos instantes sin miedo.

En plena Naturaleza nunca he encontrado jerarquía fuera de mí mismo, más allá de la que mi cultura me hace reconocer de vez en cuando. Nadie parece más importante que nadie, por mucho que la divulgación de consumo, acaparada por nuestras propias categorías, haya trasladado a la consideración de la mayoría que hay animales y plantas que merecen más consideración por nuestra parte que otros. Mirar, bien enfocada y panorámicamente, a la Naturaleza contagia la sensación de que nadie es mejor que lo mirado. Tampoco peor.

La limpieza que reina en los dominios de lo espontáneo y completo se debe a la incesante capacidad de reincorporar todos los productos del metabolismo de todos los seres a los ciclos. La Naturaleza es sencillamente limpia, y ese valor es de los más aplicables a los presupuestos prácticos e inmediatos que se derivarían de la ética ecológica.

Allá todo es ritmo. La vida no alterada por la mediciones del tiempo tiene su profunda musicalidad. Armonía, levedad, silencio, lentitud, son valores que se describen más

adelante y que uno ha encontrado prendidos de muchos horizontes. Pero, aunque son muchos más y como no conviene caer en la contradicción de la pesadez, termino con otro valor, tal vez el más aliviante y compensador: la alegría. Nunca he encontrado tristeza en los espacios naturales completos. La vocación de incesante renovación de la Naturaleza, su milimétrica coincidencia con la continuidad, con lo nuevo, con la falta de más ambición que la de perdurar en íntima relación con lo circundante, ese ser al mismo tiempo para sí misma y para sus partes, se te asocia a la alegría. La tristeza está tenazmente fomentada por nuestras codicias e insatisfacciones y por una Cultura crecientemente agobiada y agobiadora. No conozco ni animales, ni plantas, ni mucho menos paisajes merecedores de tal nombre que no transmitan alegría. Nunca aburridos. Así encontré, sin buscarlos, estos valores sin precio. Y por supuesto que los vi y allí conviví con ellos y me han proporcionado placer, que, sumado al de conocer, entiendo que merecen descaradamente la pena incorporar para un sencillo y más alegre vivir la vida. Pero, por supuesto que hay trampa. Todos estos valores son el resultado de un proceso indiscutiblemente humano; sin la participación de la percepción, de la sentimentalización y de la racionalización nunca aparecen opciones. Y éstas que acabo de describir son algunas de las que a su propia trayectoria incorporan muchos naturalistas. Porque si uno desea que no nos acabemos la Naturaleza es porque sólo con ella es posible la aventura de la vida, de la cultura, del conocimiento y de la

ética. La Naturaleza empieza siempre y lo seguirá haciendo si nuestros valores incluyen los que aquí hemos querido considerar como suyos.

7.4. HACIA UNA ÉTICA ECOLÓGICA

Una cosa es justa cuando tiende a conservar la integridad, la estabilidad y la belleza de la comunidad biótica.

Aldo Leopold

La más difícil de las propuestas de la ética ecológica se enfrenta al dilema del autocontrol de los efectivos de nuestra propia especie. En pocos aspectos puede resultar tan drástico el giro. Partimos, por un lado, de una tendencia espontánea, de una moral de las llamadas naturales en los tratados clásicos. Una casi obviedad que nos ha propagado muy bien apoyada y publicitada por la sacralización del crecimiento demográfico que contemplan algunas

religiones. Podría incluso percibirse un subliminal acicate a incrementar ilimitadamente el número de posibles clientes por parte del sistema. Multiplicar el número de súbditos también ha sido objetivo, ya descaradamente inmoral, de algunos regímenes políticos, sobre todo de los no democráticos.

Pero en un brevísimo lapso hemos comenzado a comprender el peligro del exceso, sobre todo porque las oleadas de humanos llegan con apetencias casi exponencialmente superiores a las de anteriores generaciones y cada vez son menos los factores limitantes fuera de control. En pocos aspectos la ambivalencia resulta más conspicua. El éxito de nuestras propias cuantías hace fracasar casi todo lo demás y hace zozobrar lo que todo ser humano se merece. Y se merece, por lo menos, lo que tú tienes, seas quien seas. De ahí que comience a cobrar cuerpo la propuesta ética más ardua de cuantas se hayan hecho a lo largo de la historia: que sea solidario el que seamos menos. ¿Cuántos menos? Por supuesto resulta inabordable establecerlo. No hay número ideal. Podríamos afirmar, con humor, por supuesto, que aquí sobramos por lo menos la mitad y caso de ser europeo, japonés o norteamericano el 80 por 100. Pero si algo nos propone la ética ecológica es precisamente materializar en nuestras actuaciones la consideración de que aquí no sobra nadie a no ser los que consideran que sobran los diferentes, los desposeídos, la Naturaleza. Reducir la natalidad tiene perfiles tan

paradójicos como que sean los que más lo necesitan quienes menos lo pueden llevar a cabo. Los que podríamos tener más hijos los estamos limitando drásticamente.

Tampoco parece muy coherente impulsar algo en terceros que no se está dispuesto a apoyar seriamente con recursos paralelos. El dilema de nuestro tiempo es cómo proceder de forma libre y pacífica a una disminución de los humanos; cómo reducir nuestra cuantía en aras de un sentido de la anticipación poco utilizado. Tal vez no haya respuesta más allá de una generalización, la de que necesitamos, por el bien de todos y del todo, ser menos. Sin descuidar en momento alguno que ese objetivo debe alcanzarse sin el uso de forma alguna de violencia.

Otra de las grandes tareas de lo ecológico en el campo de la ética es su propio despliegue hasta lo situado en el tiempo y en el espacio más allá del convencional presente y derredor o de lo individual y cercano, también centro convencional de todo proyecto que es el propio ser humano.

La ética ecológica por consiguiente abarca e incluye lo que vive y permite la vida, lo lejano y desconocido, y se extiende hasta el futuro con el compromiso hacia quienes todavía no están, pero a los que les concedemos el derecho a disfrutar por lo menos de lo mismo que nosotros hemos disfrutado ahora. Es decir, que es una progresión. Si toda ética parte de lo privado y acaba posibilitando lo público, ahora para posibilitar tanto lo individual como lo colectivo se debe

desembocar en lo ambiental, en el entorno que posibilita la cultura, al hombre y sus proyectos.

Relacionar con lo que todo lo relaciona, coordinarnos con lo externo tras siglos de voraz aislamiento, es dejar de estar al margen de aquello de lo que formamos parte. Dar derechos a quienes no los piden. Conferir valor en sí mismos a los otros seres vivos, seguir en la tarea de aumentar la dignidad de los humanos, son los otros desafíos sobre los que la Etica deberá reflexionar en los próximos decenios. Es aumentar la capacidad de vivir mejor, como siempre que se renuncia al asalto y expolio. Y aumentar hacia el futuro, incluso lejano, el ámbito de la responsabilidad en absoluto supone pérdida alguna para la condición humana, a algunos por lo menos nos parece que la engrandece.

7.5. BIOÉTICA

Por si esto fuera poco, desde hace unos años venimos enfrentándonos a otro de los mayores desafíos de la historia de la Humanidad en el campo de la filosofía moral. A partir de las posibilidades, casi incalculables, de alterar a voluntad y aceleradamente las características de los seres vivos, eso que llamamos frutos de la biotecnología, podríamos desembocar en una gigantesca alteración de la condición

natural y desde luego de la humana. Aunque todavía los genes se resisten a revelar sus seguramente galácticos secretos, se avanza a enorme velocidad hacia la posibilidad de conformar nuevas formas vivas, aún más de potenciar rasgos concretos de las especies, sin descartarnos a nosotros mismos. Las posibilidades de beneficiarnos de esta última fase del conocimiento, derivada de la prospección de lo más íntimo de la vida, son tan incalculables como peligrosas. La más sencilla de entender es la que se deriva de la liberación en los sistemas naturales de organismos fabricados ingenierilmente. Como ya sabemos, a través de precisas y rigurosas investigaciones, las extinciones y grandes catástrofes que afectaron a la diversidad de muchos enclaves, están y estuvieron relacionadas con la llegada de nuevos organismos, introducidos desde otros enclaves. Nada menos que un 30 por 100 de las extinciones de especies de los últimos cuatro siglos se deben a la incapacidad de muchos seres vivos de defenderse o paliar la competencia de los desconocidos que fueron llevados a nuevos enclaves voluntariamente por el ser humano. Otro tanto puede suceder, seguramente ya está ocurriendo, con las nuevas especies, razas y variedades biológicas que ya son libres en el medio. Unos mínimos de precaución se imponen junto a la necesidad de crear el más riguroso código deontológico de todos los tiempos y los mecanismos de control más eficaz para que no se pueda escapar de la más estricta vigilancia el mayor poder de transformación de la vida desde que hay vida. Será difícil, es más, substraerse a la

tentación del diseño y hasta del antojo. Aunque de momento circunscrito al ámbito humorístico, podríamos estar en las puertas del encargo de las hibridaciones más extrañas, de la elección del color de los ojos de un lagarto de terrario, o de clonar tamaño, color, sabor de los alimentos que comemos y hasta de las plantas y de los animales que los producen. Ya dijimos en la introducción que la Naturaleza produce ante todo individuos, por mucho que luego éstos formen grupos más o menos numerosos de sí mismos.

Si hemos denunciado como grave riesgo para lo espontáneo y para lo cultural la simplificación, la ingeniería genética puede simplificar enormemente aunque parta de la base de inventar nuevos organismos. Pero es que, como ha sucedido con los animales y plantas domésticas, fruto de la lenta cocreación de los humanos usando las leyes naturales de la genética, éstos desaparecen a enorme velocidad desplazados por los más productivos. De hecho cerca de 1.500 especies de seres vivos domésticos están ahora mismo amenazadas de extinción en el mundo. No menos preocupante está resultando el saqueo de la que probablemente es la última riqueza de los países pobres: la multiplicidad vital de sus predios no devastados. De hecho anualmente es robada una porción del patrimonio genético de esos países que va a parar a cajas de seguridad de empresas, principalmente del sector químico, de los estados más poderosos y muy especialmente de los Estados Unidos de América, que cuentan ya con 1.300 empresas dedicadas

a la biotecnología. Los tratados internacionales apenas oponen más que literatura diplomática a las fuertes presiones derivadas de las posibilidades de ingentes negocios.

Los riesgos más patentes –hay muchos más, tantos que seguramente nadie ha sido todavía capaz de vislumbrarlos– están relacionados precisamente con las patentes, con la inclusión de lo vivo en el mundo de las regalías. Es más, tras las posibilidades de la manipulación genética, está nada menos que la puesta en valor de exclusivamente lo fabricado en laboratorio. La injerencia ilimitada por nuestra parte en la composición de los seres vivos también resulta peligrosa porque calcifica las desigualdades en el mundo, ya que de momento sólo está al alcance de los más ricos y desarrollados, de momento nada dispuestos a compartir el conocimiento que más poder puede dar en el mundo desde que comenzó la historia. Sin descartar que podríamos estar ante las mayores acumulaciones de control sobre los demás, el que siempre han dado las medicinas y la comida. Si se consolida la pretensión de que formas de vida, o partes de las mismas, puedan ser consideradas como propiedad particular, contemplaremos la más completa transformación del sentido del mundo y de la humanidad. Veríamos despropósitos como el recientemente dado a conocer de haber sido patentada la ayahuasca, pócima sagrada y alucinógena que tradicionalmente usan las culturas aborígenes del Amazonas. ¿Tendrán que pagar derechos de

autor los chamanes por celebrar sus ceremonias de conciliación? ¿Tendrán que pagar los agricultores a unas cuantas multinacionales por el uso de semillas que en el fondo son parte de su patrimonio cultural?

Si llegamos a consolidar el que haya dueños de la composición íntima de cualquier ser vivo, el peligro de devastación supera incluso al del arsenal nuclear.

VIII. ECOLOGÍA Y ESTÉTICA

8.1. UNA BELLA CONVERSACIÓN

El poeta se convierte en Naturaleza y obra como ella.

William C. Williams

La aproximación al deleite más lúcida que conozco es la disolución en tu entorno, la superación de los límites de lo personal. Expandir desparramándose. Y aunque uno prefiere deshacerse en lo más amplio que sea posible, no resulta menos efectivo ni afectivo llegar a ser tu amante, sociedad, urbe, amigos, partido, ONGs o socio del club que sea. Ser parte de algo distinto, casi siempre mayor que tú mismo.

Negar tu tiempo y tu realidad física, aunque sólo sea por unos instantes. Sólo se entra en uno mismo saliendo de uno mismo. ¿Quién ha demostrado que no somos ante todo lo que soñamos?

Este propósito de eterna evasión es algo consciente o inconscientemente acariciado y casi nunca alcanzado por el humano, que siempre será irremediablemente único e irrepetible. Pero siempre se intenta. O, mejor, siempre es bueno intentarlo.

El diálogo, actividad humana que tal vez se aproxime a la verdad ya que incluye al otro, a veces alcanza ese deseo de salir de uno mismo. No resulta frecuente, insisto, porque hemos desaprendido en buena medida a escuchar. De hecho, nuestro tiempo se caracteriza en buena medida por el afán del monólogo, siempre peligroso. La conversación menos practicada actualmente es la que cabe mantener con lo natural, con lo vivo no humano. Ya sé que más de mil se escandalizarán con esta apreciación, más proyecto que arqueología, porque en cualquier caso pretende ser mantenida a partir de nuestro tiempo, de nuestros actuales conocimientos, aunque desde luego sin renunciar ni un momento a las posibilidades de la emoción artística.

Para iniciar una hermosa conversación, que redundará en la conservación de lo mirado y lo mirante, para dialogar con nuestro propio derredor, tal vez sería bueno percatarse del imponente espectáculo que en sí mismo supone su

destrucción. El esplendor en desbandada, la agonía majestuosa de tanta belleza desmantelada con tenacidad por otra excelente obra de arte, nosotros mismos, ofrece tema y escenario a la mejor de las tragedias imaginadas. Somos protagonistas de una *Orestíada* casi cósmica, al menos en el sentido que Esquilo y Humboldt le dieron a la tragedia y al precioso término *Cosmos* respectivamente.

Pero no se trataría de deleitarnos como Nerón o, mejor aún, de vacilar acerca del sentido de nuestro propio papel de actores y espectadores simultáneos. Estamos en la disyuntiva de establecer una tregua para el diálogo o de perpetrar una gigantesca sustitución. De poner en el lugar de la belleza espontánea demasiada de la nuestra, la artificial. Olvidamos que el «arte debe ser como un animal», como nos recomendó Aristóteles en un rapto de reconocimiento de que la evolución es un cúmulo de encuentros bastante acreditados de funcionalidad armónica, de oportunidades aprovechadas a partir del azar y de la obligación de continuar. Proceso nunca acabado, que en momento alguno excluyó lo superfluo, lo ornamental, lo bello, a pesar de lo que tantas veces se ha mantenido desde el reduccionismo neodarwinista que tan bien calzan los poderes más poderosos del presente.

Pero si lo creativo debe emparentar en alguna medida con los sistemas naturales es porque el humano, con todo, resulta el animal artístico por excelencia. Aun así, las dos bellezas –el hombre y la Naturaleza– apenas dialogan

actualmente, más allá de los esporádicos episodios, en los que más bien hacen dueto en las manifestaciones poéticas, musicales y pictóricas de los todavía no acaparados por el lado parcial de la realidad. En cualquier caso, vivimos una insuficiencia de conexión sentimental con nuestro propio derredor y esa, a la postre la más invisible de las fronteras, pero la más efectiva, destroza por igual a ambos interlocutores. Hemos conquistado la soledad en un mundo poblado por nosotros mismos y por decenas de millones de otros seres y de otras bellezas emocionantes.

Lo ecológico, que algunos quieren identificar con el coro que persigue a Orestes vociferando su delito, y que desde luego en un primer momento lo fue, ahora intenta algunos cambios en la trama, aunque sólo sea para que dure más la trama. Busca rectificar a Esquilo o, mejor, la coautoría con él, la desviación hacia algo menos trágico. Pero los caminos para reescribir el mundo han de ser en buena medida artísticos: sólo la conversación entre bellezas apaciguará a la bestia del presente, desatada en gran medida por el hecho de, cuando se rompe el silencio y la distancia, usar idiomas diferentes e ininteligibles para ambas partes. El diálogo entre dos obras de arte seguramente pide lenguajes artísticos como medio de comunicación, cuando hasta ahora, y con las solas excepciones que ya han sido señaladas, lo humano usa casi sólo la razón y la Naturaleza ese original código de comunicación que a todo comunicaba: las tramas de lo viviente. Un lenguaje melódico, sin palabras o con

palabras quietas, miméticas con lo que designaban. Tal vez la palabra ya estaba dormida en cada una de las realidades que hoy nombramos. Tal vez el lenguaje humano fue un ir despertando significantes, esos que a menudo queremos separar de su lecho y sentido. Tal vez cuando más lejos hemos llegado del significado, al que hemos interpuesto o arropado sucesivamente con palabra pronunciada, luego escrita, imagen simbólica, cine, televisión, informática, realidades virtuales, por la creciente fugacidad, sea conveniente desvestir la inteligibilidad del mundo y recrearnos en el desnudo de la *realidad real*. Se trataría de, sin desechar lo cultural, técnico y creativo de lo humano, comunicarnos con lo vasto, silencioso, acosado. Basta con el ponernos en común, es decir, que no se trate del convencional intercambio de significantes de un código dado. Cabe incluso aceptar que ya lo hacemos, que nadie deja de estremecerse cuando se incluye en el derredor espontáneo, pero no menos hay que reconocer que la inmensa mayoría lo hace con dosis menores aún que las convencionales en las terapias homeopáticas. Porque la razón práctica siempre encontrará un argumento para minimizar, detener la conversación o para taxidermizar al interlocutor.

La Naturaleza, independientemente de que también contiene a todos los lenguajes, se expresa con todos sus componentes y con todas las partes y pautas de los mismos. Entiendo que la biosfera en su conjunto entona un canto al

perpetuo nacimiento, a los brotes renovados, al parto y la eclosión de todas las especies, de todas las vidas, sus sustentos y los procesos que permiten que todos seamos. Vivir es ya en sí mismo un lenguaje. Su conclusión, la muerte, tan espontánea como los inicios, forma parte de la cadencia, y sólo el miedo la contempla como conclusión desechable, cuando nos compete, aunque sólo sea por ser sus principales y más efectivos propagadores. La muerte es como el silencio a la comunicación, la yacija sobre la que es posible su aparente contrario.

Hay un idioma materno que utiliza toda la vida en el planeta como nosotros las palabras. Idioma fundacional que nosotros hemos aparcado en algún lugar oscuro, pero que debe seguir estando por ahí, tal vez cerca, creando una posibilidad de encuentro. Tal vez el arte sea sencillamente como las erupciones volcánicas, esos lugares y momentos por los que aflora, se plasma y fija, lo de más adentro y más caliente. Infinidad de testimonios sobre la inspiración la ligan precisamente a algo desconocido pero que casi todos sitúan en el entorno animado o quieto que nos rodea o en lo por completo desconocido. Tal vez la Naturaleza habla siempre a través de los artistas. Podría ser que la terapia que propone el pensamiento ecológico pase por una artistización de nuestra cultura. Por ese diálogo de bellezas que aquí o allá, esporádicamente, llegan a escucharse con atención.

Todo arte evidentemente es comunicación de un estado emocional y no hay posibilidad alguna de comunicación sin

unas altas dosis de comprensión. Muy al contrario, nos estamos enfrentando, en nuestras sociedades, a un incremento de la incomprensión por una extraordinaria penuria, precariedad e inexactitud del uso del lenguaje, del propio código comunicativo de los seres humanos. Parece que nuestro increíble incremento en el saber, la gran cantidad de información a la que podemos acceder, la enorme velocidad con la que podemos adquirir estos saberes, descafeinados en la mayoría de los casos, no se están traduciendo en nada que pueda ser definido como aumento real de la comprensión. Nuestra actual sociedad sabe mucho pero disfruta muy poco de lo que sabe. Acumula saber pero sin sabor. Cuando precisamente resulta difícil encontrar muchos gozos superiores al de disfrutar aprendiendo. El placer es el camino preferido de la memoria y, como epicúreos, inclinados a considerarlo como lo más sensato que puede buscarse. Y, claro, si no hay deleite uno se acerca muy poco a la comprensión, tan estimulante y a la vez sosegante por inacabable. Una de las primeras lecciones, de las frases, versos o compases que pronuncia el lenguaje de la Naturaleza, es simplemente el intentar que comprendamos al menos alguna de sus insinuaciones. Y lo hace a partir de algo que está de alguna forma incluido en la propia palabra comprensión, que es el abrazo de lo que nos rodea, pero que no puede ser entendido exclusivamente de una forma activa, sino de activa y pasiva al mismo tiempo, es decir, que la comprensión pasa por el ser capaces de compartir las preguntas y las respuestas. Por ser filósofos y

poetas al mismo tiempo en el sentido que le da María Zambrano en su *Lo divino y lo humano* al pensamiento de Anaximandro. Diálogo, pues, que abra una aproximación a las posturas del otro. Conversación que realmente introduzca la posibilidad de una ética, como sugiere Habermas. Y de todos los posibles y deseables el más urgente ahora mismo es el que deberían celebrar –toda conversación es una fiesta– las bellezas de lo humano y de lo natural. Mirar u oír sin ponerse en el lugar de lo mirado o pronunciado no es dialogar, es habitar en la distancia de lo inmediato, de nosotros mismos. Todo está lejos cuando uno está cerrado. Y nuestro tiempo es de cerrojos oxidados. Obsesionados por el público, por la opinión, no queremos comunicarnos con la obra de arte de ahí afuera y apenas tampoco con la de aquí adentro. Empezamos a propiciar el diálogo, a emparentar el lenguaje del arte y el de la propia Naturaleza, cuando nos abrimos al entorno, por definición, siempre de par en par. Si vamos a buscar alguna de las propuestas escondidas en la palabra Naturaleza tenemos que considerar que esa suma de los procesos vitales tiene como primera tarea y vocación el estar siempre dispuesta a volver a comenzar. Y lo hace incluso donde se le niegan prácticamente todas las posibilidades. Es como esas diminutas plantas que crecen en los arcenes de asfalto y que de pronto dan una flor en medio del tráfico, la contaminación y el silencio de millones de miradas que pasan diariamente por aquel lugar entregado al vacío repleto.

Darle oportunidades a lo renovador acaba siendo la mejor terapia para la fragmentación que practicamos como principal discurso, como esencia del monólogo que extravía y asola.

La Naturaleza expresa nuestras impresiones.

8.2. LA TRADUCCIÓN

*Las escuetas noticias que la naturaleza,
majestuosamente tierna, me dio.*

Emily Dickinson

Los sistemas vitales también tienen sus códigos de comunicación, sus lenguajes que tal vez sean en parte comprensibles para quienes los componen. Toda la hipótesis Gaia insinúa que el conjunto de la biosfera recibe «noticias» desde sus partes y manda otras de cara a la autorregulación general. Pues bien, ahí en medio estamos nosotros. Hasta aquí algo tan aceptado como incomprendido desde la

presunción de que detentamos una exclusividad absoluta en lo relativo a la comunicación. Pero hay otras vías de relación con los nuestros y lo nuestro. Cuando no reprimimos a los sentidos, brota una variante de la comprensión sin intermediarios verbales. De la misma forma que en el arte y en la Naturaleza hay mucha más belleza que la contemplada, también hay más posibilidades de diálogo. Un conato de comunicabilidad de lo contenido con el continente; realidades tan complejas que siguen desafiando la inteligibilidad. Terreno pantanoso, pues, pero que no puede disuadir esta exploración, ni a pesar del evidente riesgo de no llegar.

Cuando intentamos acercarnos al lenguaje de la Naturaleza, algo que requiere unos mínimos de inserción en los paisajes todavía libres, y por tanto bellos, tengamos en cuenta que lo primero que aflora es algo múltiple, pluridireccional, complejo y cercano a lo entero. Convoca simultáneamente a todos los canales de la percepción y de la sensación, y los mezcla: oímos los colores, nos suena la luz, acaricias el aroma y degustas los paisajes. Conmueve a casi todos, pero apenas tiene traducción. Es una emoción ante la inasibilidad de lo viviente, su prodigiosa transgresión, su manifiesta incomprensibilidad, sus endebles armonías, su propuesta de incorporación... Pero hay más. Ese sentimiento podría ser pariente de un recuerdo antiquísimo; es como una reverberación o resonancia de algo que por vía de la intuición nos está intentando comunicar, poner en común

–es decir compartir, tal vez comprender– con todo nuestro pasado vital. Este expresarse de la Naturaleza no sólo nos quiere traer el pasado al presente, sino también tiene carácter anunciador. Para entenderlo mejor nos puede ayudar Juan Ramón Jiménez: «La misión del poeta es contener todo lo anterior y anunciar todo lo siguiente.» Hay que pensar que esta definición de poesía conviene por igual a la Naturaleza y podría ser compartida también por todas las demás artes. Equipara la creatividad humana y la de la Naturaleza. La Naturaleza, no ya estéticamente, incluso desde el punto de vista científico, contiene, en efecto, en todas sus obras y a través de los procesos evolutivos y de los códigos genéticos, toda la información del pasado, todo lo anterior, pues, y además anuncia todo lo que va a venir. La vida no desanda caminos; es, como el tiempo, irreversible. Los códigos genéticos y la evolución son lenguajes, formas de comunicación que transmiten información imprescindible. Comunicación de un lenguaje no sólo útil para lo más apetecido que es la continuidad, sino también para todo lo accesorio, eso que llamamos bello. Como iremos proponiendo a lo largo de este capítulo, son muchas las propuestas y otras tantas las posibles traducciones de lo que expresa la vida a través de sus partes y de su conjunto. Que no comprenderemos del todo seguramente nunca, pero que probablemente, según vayan desarrollándose nuestras propias capacidades de acercarnos con menos esquemas mentales, orgullo y sordera, iremos ampliando.

Hoy se aprenden muchos idiomas, pero excluimos el del mundo palpitante que nos rodea. De momento son constantes las traducciones; necesitamos que otros pongan su voz para recordar que toda la biosfera está ahora reclamando más compañía y respeto. Es tan sólo una primera etapa. El reivindicar todo un capítulo relacionado con la estética en un libro sobre el pensamiento ecológico parte de la apreciación de que buena parte de la actividad artística de los humanos tiene mucho que ver con el lenguaje de la Naturaleza. Tiende a reconstruir la emoción de toda inocencia. Son palabras, frases, o discursos que, aunque Hegel despreció lo bello de lo espontáneo, hacen emerger precisamente lo natural. Las equivalencias de arte y Naturaleza son tan frecuentes que la cita de Novalis, «La Naturaleza debe llegar a ser un arte, y el Arte una segunda Naturaleza», bien merece el añadido «y lo es» al final de cada frase. Con la necesaria precisión de que no se trata de imitaciones sino de coincidencias de procedimientos y de resultados. La imaginación me parece una de las prolongaciones de la Naturaleza y ésta la base inspiradora de la creatividad humana. La Naturaleza es, en efecto, arte, porque despierta una admiración emocional casi sin excepciones; el arte es por supuesto una segunda Naturaleza porque trae incesantes novedades que provocan la misma reacción. Es más, muchas veces, cuando uno está queriendo ese imposible que es definir el arte, está diciendo que es la Naturaleza, y cuando está exponiendo lo que es la Naturaleza es muy fácil encontrar en sus palabras elementos

que participarían en una igualmente inalcanzable definición de lo que es el Arte. En realidad, hay que tenerle hasta miedo a las definiciones, porque literalmente compartimentan, estancan, agotan. Son tarea de la ciencia y, a veces, de la filosofía, pero no, nunca, del arte; tampoco le convienen a la Naturaleza, ambos inabarcables. Si algo ha disturbado siempre al arte, igual que a la propia Naturaleza, son las cataratas de definiciones que hay sobre ellos; la evidencia de que tras la vida, ambos son seguramente los conceptos con más interpretaciones posibles, debería cerrar la cuestión por la vía de dejarla por completo abierta. Pues si es acotada por definición, haremos con ella lo mismo que este taxidermista pluriemplado que es buena parte de nuestra cultura. Realmente si hay que hacer algo con la Naturaleza y con el arte es dejarlos que vivan, que fluyan libremente. Schiller y Marcuse encuentran en la belleza el principio de la libertad y de la ética. Todo el activismo ecológico es también estético, desde el momento que defiende todas las bellezas.

En consecuencia, tiene bastante sentido que no encarcelemos en lo especulativo ninguna de las formas de la creatividad. Tiene, pues, cabida que en algún momento nos planteemos lo que el cuádruple poeta Pessoa cristalizó en este precioso verso.

«Yo no tengo filosofías, tengo sentidos. Si hablo de la Naturaleza no es porque sepa lo que es sino porque la amo. Y la amo precisamente por eso.»

Esta es una aproximación sentimental y estética, sin duda la mejor manera de incluirnos en ese derredor que a tantos y tantas veces emociona.

Con todo, hay aproximaciones realmente conseguidas y más si como en ésta se llegan a fundir aspectos de la creatividad y de la Naturaleza. Considero uno de los más estimulantes hallazgos la definición que en *La Diosa Blanca*, de Robert Graves, hace de la Poesía:

«¿Cuál es la utilidad o función de la poesía en la actualidad? Es una pregunta no menos acerba porque la hagan con insolencia tantos estúpidos o que la respondan con apologías tantos tontos, la función de la poesía es la invocación religiosa de la Musa; su utilidad es la mezcla de exaltación y de horror que su presencia suscita. ¿Pero “en la actualidad”? La función y la utilidad siguen siendo las mismas; sólo la aplicación ha cambiado. Esta era en un tiempo una advertencia al hombre de que debía mantenerse en armonía con la familia de criaturas vivientes entre las cuales había nacido, mediante la obediencia a los deseos del ama de casa; ahora es un recordatorio de que no ha tenido en cuenta la advertencia, ha trastornado la casa con sus caprichosos experimentos en la filosofía, la ciencia y la industria, y se ha arruinado a sí mismo y a su familia. La “actual” es una civilización en la que son deshonorados los principales emblemas de la poesía. En la que serpiente, el león y el águila corresponden a la carpa del circo; el buey, el

salmón y el jabalí a la fábrica de conservas; el caballo de carreras y el lebel a las pistas de apuestas; y el bosquecillo sagrado al aserradero. En la que la Luna es menospreciada como un apagado satélite de la Tierra y la mujer considerada como “personal auxiliar del Estado”. En la que el dinero puede comprar casi todo menos la verdad y a casi todos menos al poeta poseído por la verdad.»

Si releemos el párrafo subrayado entendemos que ahí está literalmente condensado el primer objetivo del pensamiento ecológico. Un acto creativo que asegura la continuidad, que puede despertar la emoción y que al mismo tiempo es una postura fundamentalmente ética de respeto a la multiplicidad de las formas vivas, a las mujeres, a la libertad individual y, por supuesto, resulta por completo coherente a la par que casi siempre bastante altruista.

Sumemos y encontraremos una íntima correspondencia entre lo lógico, lo ético, lo estético y lo ecológico. Hasta el punto de que no es desproporcionado considerar que pelear por esa armonía es, no sólo una actitud moral, también lo es racional y artística.

Con la estética ecológica se pretende mantener y hasta incrementar la belleza de este planeta. Ya Schiller nos ayudó en este objetivo al afirmar que «La belleza consiste en la inclusión absoluta de todas las realidades». En consecuencia, no sería pérdida, sino todo lo contrario, el que nos

estetizáramos un poco. Que fuéramos sintiendo un cierto disgusto hacia la exclusión. Sobre todo cuando se pretende la exclusión de la mayor parte de lo que vive.

8.3. ARMONÍAS

*Este mundo de las tormentas locas, domado
por la música de la belleza.*

RABINDRANATH TAGORE

Una de las principales tareas del arte es detener el instante y, precisamente por eso, hacerlo eterno. Alivia, porque engaña al poder de la historia. Conecta entre sí imposibles, como el de sintonizar la primera percepción que abrió la creatividad y ésta con todas las sucesivas creaciones que suponen la contemplación de lo creado por el artista. Pero también sucede que el arte es a su vez el refugio de la Naturaleza, del todo, de la eternidad. Un alto en el camino del tiempo para descansar de sus trajines incesantes. Por eso

el artista, además, ejerce de anfitrión, de punto de encuentro nada menos que entre la infinitud y el instante, entre el todo y la parte, entre la Naturaleza y la cultura; convierte el caos en música, dándole todavía más sentido y dignidad a ambas. Me noto demasiada ambición con esta propuesta, pero sería una de las pocas que a nadie perjudicaría; beneficiosa casi sin excepciones. El poeta místico J. K. Gibran, con su aforismo «el arte es un paso que va desde la Naturaleza al infinito», nos propone recordar la primera vocación de la creatividad, que de nuevo resulta idéntica a la de la vida. El arte busca la perpetuidad y para ello usa como primer punto de partida la base de todo, es decir, lo viviente y su derredor. La belleza busca ser duradera, lo feo casi siempre resulta efímero. Nuestro modelo actual, sin duda, será el más corto de la historia, entre otras razones por su rauda mediocridad, por su abandono de las armonías. En suma, que una vez más arte y Naturaleza podrían intercambiarse porque la Naturaleza también es un proceso que busca la infinitud. Por tanto, nada puede extrañarnos que las formas del lenguaje artístico y del de la Naturaleza sean literalmente parientes cercanos. Quien más extrajo de esta veta filosófica fue el pensador alemán K. C. F. Krause, que al afirmar que «toda la Naturaleza habla del íntimo arte del hombre» logra la proposición más armoniosa y constructiva a incorporar urgentemente, ya que resulta difícil encontrar mejor vínculo sentimental que reconocerse en lo mirado. La Naturaleza resulta estética, y lo estético natural. Joubert, en un lúcido aforismo, insistía en

estos parentescos: «Arte. La naturaleza lo inspira. Quien carece de arte seguro que carece de naturalidad.» Y claro está, viceversa. Arte y Naturaleza no se detienen en sí mismos, sino que ante todo trabajan al mismo tiempo, hacia afuera y hacia adentro. Son tareas cumpliéndose para los demás, tras cumplirse en sus propios ámbitos; por tanto son una creación fuera del presente, no sujeta a las normas del tiempo de los relojes, que es nuestro peor enemigo cuando nos consideramos aislados de lo que vemos. Y eso, lo de ahí en torno, es también una forma de anticipación, que es otra de las premisas que le pedimos al arte. El humano necesita prever, aunque le guste lo imprevisto. Lo primero es área de la necesidad y de la razón, lo segundo de la libertad y del placer.

Pero a veces lo que queremos anticipado es precisamente la sorpresa, la emergencia de lo desconocido. Pues bien, la Naturaleza alberga buena parte de lo conocido, el pasado, y lo desconocido, lo por descubrir, pensar y sentir en el futuro. De ahí, que si queremos una buena cosecha de novedades emocionales también necesitamos que el derredor pueda seguir produciéndonoslas. La destrucción de lo palpitante equivale en muchos sentidos a la de limitar nuestra capacidad de asombro, tal vez uno de los regalos más valiosos de la condición humana.

Y además, la Naturaleza es fundamentalmente armonía. No cerrada ni acabada, pero en la que cada parte ocupa el lugar que le corresponde: «Ninguna cosa es buena fuera de

su lugar, ninguna cosa es mala en su lugar», pronuncia Walt Whitman.

Armonía en la diversidad. Armonía que incluye todas las formas posibles, todos los colores, todos los movimientos, todos los sonidos, todos los olores, todas las caricias... Y todos los contrarios y antónimos sobre los que refundarse, pero eslabonados, a cada instante perdidos, a cada instante recobrados. Ciertamente, el funcionamiento de los sistemas naturales recuerda al caminar humano, el más complejo y menos estable de cuantos practican los seres vivos, siempre al borde del fracaso, siempre triunfando. Fragilidad que triunfa por bordear siempre el desastre; las más dispares realidades, vivas o inertes, están en sus tambaleantes dominios. Así es la armonía de la propia Naturaleza. Pero, además, la palabra *armonía* tiene un significado profundo, pues casi siempre estamos olvidando que algunas acepciones, las más cercanas al origen, las etimologías, nos permiten ampliar la comprensión. Porque cuando armonía se escribía *áppovía* quería decir arreglo, buena disposición entre las cosas, relación, entera conexión, vínculo... Ser armónico es estar conectado con el resto. Es la búsqueda de esa belleza cohesionante que puede amansar las tormentas locas que sembramos dentro y fuera de nosotros. La sempiterna búsqueda de un centro, de un lugar de lo importante, de la trascendencia, la obsesión de lo dominante, el antropocentrismo en suma, podrían disolverse si comprendiéramos que es precisamente en las

infinitas y frágiles costuras con que se conectan entre sí los paisajes, los vivos, éstos con sus hogares y los ambientes con sus soportes, fuentes y procesos lo verdaderamente crucial. Sería ser capaces de entender que un cuadro es también todas sus pinceladas.

Nada explica mejor qué es la vida que una bocanada de aire, esa imperceptible transparencia que sostiene desde su fragilidad todo el peso de lo que vive en este planeta. Y eso es en gran medida lo que estudia la ecología y en lo que pretende ahondar el pensamiento ecológico. La ecología, tal vez sin quererlo, en realidad estudia el fundamento de la belleza, la armonía, que es en gran medida la búsqueda de la comprensión de los lazos y nexos de los vivos entre sí y de éstos con sus soportes químicos y geológicos. Se podría decir incluso que la ecología es en sí misma estética, una ciencia musical, al estilo pitagórico, por ser su objetivo la vida, que siempre tiende a ser armónica. Podríamos imaginar que muchos conceptos ecológicos podrían estar escritos sobre pentagramas. A uno le parece que, a pesar de que más de un ecólogo se reivindica sólo científico, excluyendo otras posibilidades completantes, tiene la suerte de estar trabajando con una ciencia que tiene alma y que seguramente está llamada a revitalizar el panorama de lo científico. Pero además es la primera ciencia que roza territorios de la creatividad, tras tanto abandono de lo inmaterial por parte de sus disciplinas hermanas. Y tiene

alma porque le interesan también las causas y las consecuencias de lo que sabe y eso despierta la emoción, sobre todo desde el momento en que se llega a vislumbrar un daño generalizado a la vida y sus logros. Y es una ciencia con mucha cabeza porque, como a todas las filosofías de todos los tiempos, le interesa el todo y sus reglas de funcionamiento. A mi entender, hoy no se puede filosofar, por supuesto tampoco progresar, ni gobernar, ni mucho menos producir, sin considerar además de cómo funciona el cerebro, cómo lo hace la biosfera, tal vez el cerebro del propio planeta; sin tener en cuenta las franjas de mestizaje entre las distintas formas de interpretar lo que ya tenemos irremisiblemente en nuestras manos.

La Naturaleza es, pues, fundamentalmente armonía. Ser armónico, es decir, vinculado a la Naturaleza, sería apostar por una armonía recíproca. Que podría ser interpretada como contradictoria en relación con la absoluta e inabordable diversidad, con los incesantes cambios, que son por supuesto el contrapunto; pero la melodía mantiene cosidas las partes al todo, como los sonidos lo están al silencio, imposibles los unos sin los otros. Sin excluir las variaciones, los mutis, las repeticiones y hasta las interrupciones. Por eso otra forma de leer el lenguaje de la Naturaleza, o de escucharlo, es la de interpretarla como espiral abierta.

La Naturaleza fomenta también lo edípico. Está proponiendo constantemente una suerte de fecundación

cruzada entre ella misma y nosotros, es decir, también con la cultura, y sobre todo, como hemos repetido ya con el arte. Pero se trataría de una fecundación especialmente activa por ambas partes. Porque la Naturaleza es la que está proponiendo que no demos prioridad al espíritu sobre el propio entorno.

El arte, de alguna forma es también la fecundación de lo que tocamos con nuestras manos con lo que mana del propio espíritu. Pero el espíritu, para que pueda hacer arte, tiene que ser fecundado por el propio entorno, por las sensaciones, esas que, según Epicuro, son fiables. Literalmente no se puede ejercer de artista sin este tipo de relaciones, de esa verdadera fusión, una unión que llegue si es posible hasta el hermafroditismo perfecto, ese que practican un reducido número de especies, en el que la fecundación resulta imposible si no se tienen y ejercen los dos sexos al mismo tiempo, es decir, de voz pasiva y de voz activa, de entorno y naturaleza y de espíritu y cultura. Sin ecologizar la mirada y llenarla de admiración por el derredor apenas cabe iniciar el camino del arte, que desde luego también se aleja y a menudo descubre al agente creador en sí mismo.

Y finalmente, a lo que nos lleva una proposición como la de escuchar el lenguaje del «caos armónico» esa que la gran y verdadera propuesta del lenguaje de la Naturaleza es que disfrutemos de ella misma. Aún coinciden mucho más Naturaleza y arte en obsequiarnos sentimientos, porque la

Naturaleza es imaginativa, fantástica, algo que siempre pretendemos exclusivizar los seres humanos y que a lo mejor es simplemente un contagio de fascinación, de alivante fantasía.

8.4. LA BELLEZA NATURAL

No dudes de las sensaciones.

Epicuro

El arte se suma a la Naturaleza, la Naturaleza se suma al arte. Restan, es decir, afean, las líneas rectas, los tonos grises y negros, la pesadez y la velocidad, entre otras realidades fabricadas con tesón por nuestro afán de dejar de estar en este mundo. Por eso una de las búsquedas más necesarias es la de la emoción ante la belleza y la fantasía. La admiración ante cualquier belleza es ya un bálsamo reparador. «Quien asiste al espectáculo recibe fuerza», nos recuerda Giorgio Colli.

¡Qué gran abismo separa la capacidad de asombro de la mirada de apetencia! Esta rasga y transforma quitando. Buena parte de la capacidad de resistencia que la misma Naturaleza opone a nuestras ansias de dominio se basa en lo más leve y sutil, que es su propia belleza, en sus ritmos lentos y acompasados, en su levedad y en su sonoro silencio. El encanto que prácticamente sin excepción tienen los paisajes naturales, es decir, lo no transformado del todo, o poco o nada domesticado, seguramente tiene que ver con nuestra pasión por lo lleno, por lo que anuncia novedad. Y caben pocas dudas sobre el carácter de clueca, de madre encinta, de manantial de rebosantes promesas que brotan del entorno. También peligros y añagazas, no menos atractivas.

La Naturaleza obsequia espectáculos que a menudo nos negamos cuando nos amputamos lo natural, no sin antes desvalorizar la pérdida minimizando el valor estético de lo que vemos. Y tantas veces reduciendo a cenizas la inmensidad del panorama.

La jibarización del planeta es un atentado a su belleza y a la posibilidad de disfrutar con ella. Es encanijar la emoción y cegar esa alivante fascinación que al tiempo nos aterriza y enamora, que nos hace pequeños y perdidos en medio de lo vasto. Esa emoción, tan desacreditada, dicen, por poco controlable, pero que nos hace al mismo tiempo capaces de poner en marcha el acto creativo. La fascinación que exhala la Naturaleza es todavía una de las mayores esperanzas para recuperar algunas de las mejores facetas de la condición

humana, la ternura hacia lo que nos rodea. Sabiéndonos al mismo tiempo el lugar donde los caminos se cruzan y el único punto donde puede residir ese sentimiento.

Que llama desde siempre a nuestra puerta con una ilimitada oferta de espectáculos conmovedores.

¿O acaso no resulta fascinante la perpetua renovación de la vida, como si fuera lo más sencillo y poco costoso, como si esa obligación de ser bella, como decía Schiller, no escondiera un esfuerzo, una permanente actividad, un intercambio incesante de energía, materiales, información...? Todo tan complejo, vasto e inconcluso que en absoluto descarta esa lectura fantástica, como ese irrumpir en la esfera de la emoción que nos recordaba Humboldt en su *Cosmos*.

¿O acaso no parece fantasía la deriva continental, esa condición nómada de los mismos continentes, que se deslizan sobre el vientre magmático de ellos mismos? ¿Acaso no son el agua y el aire desbordados escultores de todas las esculturas que en conjunto forman los paisajes? Y su supremo capricho, su intencionado azar no nos parece siempre oportuno e inmejorable. Y esos árboles, siempre esperándonos con los brazos abiertos, desafiando a los siglos y a los calores. O las alondras que se clavan a sí mismas en el cielo para lanzar un aguacero de música. O los saltos de un impala matando de envidia a todos los caballos del mundo. O esa puntualidad con que las mariposas atrapan la estela de

los cometas en los cálices de las flores. O las notas de la oropéndola poniendo melodías de oro en los sotos.

8.5. RECIPROCIDAD

Versos dorados

Pitágoras, ¡Todo es sensible!

*«¡Hombre!, pensador libre, crees que sólo tú piensas
en un mundo en que estalla la vida en cada cosa:
tu libertad dispone de la fuerza que tienes,
pero del Universo no se habla en tus consejos.*

*Respetar de las bestias el espíritu activo...
cada flor es una llama de la Naturaleza;
un misterio de amor reposa en el metal:
todo es sensible, ¡y sobre tu ser es poderoso!*

*Teme en el muro ciego la acechante mirada:
hay un verbo ligado a la propia materia...*

no la utilices nunca de una manera impía.

*En el ser más oscuro hay un Dios escondido;
como un ojo naciente cubierto por sus párpados,
un espíritu puro crece bajo las piedras.»*

Gérard de Nerval

Los artistas todavía deben más a la Naturaleza que los laboriosos agricultores, los extractores de recursos, los apacentadores, los manipuladores y hasta los dominadores y destructores de todo tipo y condición. Le deben la luz y los colores que en ella viajan, el papel sobre el que escribir lo visto y lo imaginado y todos los paisajes allí descritos, los instrumentos que hacen brotar la música y el bloque de mármol donde dar otra vez forma a lo formado. Los nuevos canales de alta tecnología aplicada a la comunicación igualmente necesitan soportes que no hemos creado.

Si hasta el pensar y el sentir tienen mucho que ver con lo ajeno, al menos eso parece deducirse de que nuestro cerebro y aparato nervioso estén constituidos en más de un 85 por 100 de agua. Cuando Goethe emparentaba el alma humana y con el agua se acercaba a la hoy evidencia científica.

Mucho es ciertamente lo que añadimos, pero nada podríamos sumar a lo que la Naturaleza puso, sin

precisamente lo que la Naturaleza puso. Nada extraña, pues, que el artista sea siempre en parte o en todo panteísta; que, como Gérard de Nerval, vea como algo animado cada porción del cosmos. Y si no lo ve, lo convierte en tal. Seguramente así agradece, aunque no lo sepa, todos esos soportes para su expresión. Y eso que, muy al contrario que el demasiado presente entre nosotros *do ut des*, es decir, espero algo a cambio de lo que te di, la Naturaleza ni espera, ni puede esperar. La consideración, así como la indiferencia o la destrucción, nace de nosotros mismos.

La cuestión es si siendo agradecidos con la vida y la fuente de nuestros recursos nos sentimos mejor, aumenta nuestra calidad de vida y profundizamos en la tranquilidad.

A primera vista obvio, si lo comparamos con la destrucción, la ignorancia o la inhibición, pero son demasiados los que consideran al humano con ilimitados derechos de propiedad y explotación, sin que tan siquiera remuneración tan sencilla como la gratitud deba figurar en el intercambio.

De todas formas, pretendo incorporar a esta reflexión otras formas de reciprocidad, al menos estética, entre el que contempla y lo contemplado. Esto está bien expresado en grandes poetas. Amiel dijo que el «paisaje es un estado del alma». Pero Rilke llega más lejos al responder a la hospitalidad de la Naturaleza reservándole a Ella también un lugar dentro de él. Comprende que también está desarrollándose constantemente en nuestro interno y así lo

expresaba: «Oh, yo quiero crecer y miro hacia afuera y el árbol crece en mí.»

Sí queda algo por transmitir, algo con valor suplementario para los que queremos hacer partícipes de un sentimiento ético, estético y ecológico. Si pretendemos una consistente sugerencia de mejoras para las relaciones de los humanos con la Naturaleza podríamos intentar entender que todo el pensamiento y el sentimiento ecológico es estéril si no somos capaces de vivenciar con todo el rigor de nuestras ideas, pero también con todo lo inabarcable de nuestras sensaciones, que la Naturaleza es algo que forma parte de nosotros mismos y nosotros de la Naturaleza.

La estética ecológica, la capacidad de apreciar y crear conjuntamente con la Naturaleza tiene que pasar por la reciprocidad.

De momento, y para finalizar, podría ser convocante otra coincidencia entre nosotros y nuestro derredor. Si no hay mejor objetivo, ni compensación más alta para el ser humano que la alegría que se desprende del acto creativo, muy por encima del puro conocimiento, que recordemos necesita acotar a la palpitante realidad, en él, en ese instante en el que la imaginación y el talento alumbran otra criatura, otra obra creada, de nuevo coinciden el arte y la Naturaleza. Coinciden allí donde no se necesita acuerdo ni justificación, ni mucho menos laberintos donde la razón busque salida. El arte por el arte y la Naturaleza por la Naturaleza, con

nosotros como disfrutadores, complaciéndonos en nuestras propias creaciones y en lo creado que nos acompaña.

Sin olvidar que la multiplicidad, la evocación de lo vivo, los ritmos y cadencias, el silencio, el placer por la contemplación tienen otro valor más: el del antídoto. En esto hay otra vez un parentesco extraordinario, una clara reciprocidad entre arte y Naturaleza, pues, como dice Octavio Paz de la poesía, a la que considera como «el primer antídoto frente a la tiranía del mercado y de la técnica», la Naturaleza también es un bálsamo, un fármaco sosegante contra todas esas tiranías a las que habría que identificar de nuevo como las fuerzas que directa o indirectamente destruyen precisamente la creatividad. Algunos, en este sentido, hasta han llegado a hablar de contrapoder o por lo menos de resistencia. Pero la Naturaleza está indefensa y entonces tiene que insinuar con todas estas propuestas y con otras más, como la querida e ilustrada fraternidad.

«Al finalizar el siglo, hemos descubierto que somos parte de un inmenso sistema o conjunto de sistemas que va de las plantas y los animales a las células, átomos y estrellas. Somos un eslabón de la cadena del ser, como llamaron los antiguos filósofos al Universo. Uno de los gestos más antiguos del hombre, un gesto que desde el comienzo repetimos diariamente, es levantar la cabeza y contemplar con asombro el cielo estrellado. Y casi siempre, esa contemplación termina con un sentimiento de fraternidad por el Universo», dijo de nuevo Octavio Paz, ahora en su

discurso de aceptación del Nobel. Este sentimiento de fraternidad, cima de la reciprocidad, es tan propio del lenguaje de la Naturaleza como del humano, al menos cuando el humano rescata su mejor perfil.

Ese mirar como suyo a su único hogar.

8.6. LENTITUD Y LEVEDAD

Si se come y se bebe muy de prisa, se puede ir demasiado lejos antes de que el cuerpo envíe señales claras de que se debe parar.

D. H. Meadows, D. L. Meadows, J. Randers

Lo que más dura es por lento. Lento se usa aquí en comparación a lo raudo y fugaz que impregna ahora el proyecto humano. Pero, por supuesto, en lo no azacanado no hay ni prisa ni parsimonia, hay justo empleo del tiempo. Incluso la longevidad que tanto apetecemos.

La Naturaleza pacta ciclos cadenciales, se ajusta siempre a ritmos, a elementos temporales completos, justos, armónicos con lo disponible. Hay que pensar que frente a eso se está desarrollando una extraordinaria asonancia y aceleración de casi todos los procesos, procedimientos y construcciones de los seres humanos. Parece como si uno de los objetivos de este progreso, convertido en sucedáneo de cultura, fuera siempre el procurar hacer las cosas más velozmente, cada vez en menos tiempo; como si esa fuera verdaderamente la meta a conseguir. Llegaremos a acelerar la velocidad. Nada tiene tan obnubilador prestigio, en nuestra azacaneada concepción del interés, como lo veloz. La velocidad es lo que está quemando al mismo aire. Dicen que libera y no se ha visto en tiempo alguno tanta servidumbre como el culto a la celeridad, ni estragos mayores en los bandos de lo ecuánime en el tiempo de la creación. Cuando ni siquiera para salir del vértigo del antropocentrismo hay que tener prisa. No vayamos a tropezar y caer donde crezca otra parcialidad.

Por el contrario, si nos fijamos un poco en lo que comunica la Naturaleza oiremos lo que ya es música en sí misma, es decir, la propia vida avanzando a la velocidad debida. La vida para continuar no va más deprisa ni más despacio, siempre está ajustada a una determinada cuantía de inversión de tiempo con ánimo creativo. Nunca, nadie, ni especies ni procesos atajan, acortan, ni mucho menos quieren batir récord alguno. ¿Alguien ha visto que un pájaro se acelere

procurando edificar su nido más deprisa cada año, o reduciendo el período de incubación? ¿Ha pretendido alguna vez nuestro código genético reducir el período de nueve meses de gestación del embrión humano? Algo que seguro se propondrá la biotecnología para que las mujeres puedan ganar tiempo.

La destrucción de los ciclos naturales es responsabilidad nuestra a través de ese desasosiego y de esa consagración de la velocidad. Somos la impaciencia, cuando la Naturaleza descarta todo resumen y toda premura, porque los peores tropiezos salen de la prisa, de esa destrucción de la calma y del hacer sin levantar polvo.

La lentitud es la primera condición de las sensaciones completas y profundas. Desafía a las inclemencias de nuestro tiempo y a las que a veces despeña sobre nosotros el azar. La lentitud acompaña al desactivar a las muchedumbres, que siempre se entregan a lo raudo. Decora con hermosa sencillez la intimidad de cada uno de nuestros pensamientos. Pero allí afuera es la primera aliada del tiempo y del espacio para el ir siendo del cosmos y de sus criaturas esporádicas como la biosfera terrestre. Es la cama desde la que saborear todos los placeres, y no es el menor el de poder contemplar precisamente cómo lo que nos rodea es edificado lentamente. La lentitud es un sorbo que empapa de dulzura por dentro. Toda sabiduría que se precie es también lenta, como la que guía a los árboles a crecer sólo un poco; de su parsimonia continuada nace el acabar siendo

lo que más se acerca a lo duradero en este mundo. La única eternidad constatada es un árbol que se libró del incendio de la velocidad. No hay sosiego, máxima aspiración posible en este mundo –sigue valiendo la *ataraxia* epicúrea– que no se funde sobre la lentitud. Si es lenta, nos duran la caricia y el amor, la vida y sus secuelas, cobra todo su sentido la sensación. Y hasta se llega a tiempo para no estrellarnos.

La prisa además pesa. Como denso y sofocante es este exclusivismo que nos quiere enteros, sin resquicios, exclusivos, excluyentes, únicos y solos. El modelo desde luego es pesado. Nuestro antídoto por supuesto sólo puede ser la levedad. Todo lo que realmente crea es leve, lento, transparente y no descansa, aunque tampoco se cansa. El arte, el conocimiento, la amistad son conatos de lo etéreo por leve. No enmascaro mis preferencias, pero ¿a alguien le ha parecido pesado elemento alguno de la Naturaleza? Hasta la mole petrea del Himalaya parece no pesar. Por el contrario, tanta mala arquitectura, tanto artefacto, incluyendo no pocos destinados a destruir la lentitud, resultan pesados. La pluralidad es leve, aún más la multiplicidad vital, siempre descentralizadora frente al afán centrípeto del actual proyecto cultural en auge. Los monoteísmos, y más el actual del consumismo, primer logro de unidad cultural de la historia, no pueden ser más pesados. Lo crucial, el aire, la luz, los líquidos, son leves. El azar es leve, la voluntad pesada. La uniformidad, además, como voraz e insaciable que es, siempre recurre a la

agresividad, mientras que la levedad es inexorablemente pacífica. Ser leve es repartirse, incluso difuminarse sin querer el lugar de nadie. Agujero negro, la pesadez atrae y concentra, desea todo el espacio disponible incluyendo el de la levedad. Lo establecido, por acaparador, jamás es leve.

La levedad es ese ámbito donde se encuentra y se acaricia a sí misma la multiplicidad de las formas vivas. Esa franja delgada donde habitan la armonía, la lentitud, la belleza y la levedad no se quiere inmutable, es nómada. Y lo nómada nunca lleva más que lo realmente imprescindible. Por eso es leve y se vincula con los muchos tramos del paisaje que van a acogerle, sobre los que no puede resultar pesado.

8.7. SILENCIO

Silencio. ¡Que hable! Idioma pleno...

Miguel Hernández

Si, en un país como el nuestro, fuéramos capaces de

completar la cartografía del silencio descubriríamos que lo sin ruido anda escondido en minúsculas porciones de los paisajes más olvidados. Que resultan más escasos sus territorios que los de las águilas imperiales o los lince. El silencio escapa como el cimarrón de sus perseguidores y, aunque se sabe ya cercado y cerca de su completa extinción, ronda como un bandolero por alguna de nuestras serranías. Cierto es que ya se han hecho algunos mapas de ruido de unas pocas localidades y que desde un punto de vista puramente estadístico ese castigo que no merecen nuestros tímpanos es la más vasta, continua y sutil contaminación. Nos cuesta poco admitir que el antónimo del silencio, en la mayor parte de los casos derivado de los motores que impulsan los medios de transporte, es en alguna medida agresor casi subliminal de ese precioso órgano que es el oído, en el que el humano apoya buena parte de su propia condición, inseparable de la comunicación verbal.

Afirmar que el ruido es feo y violento tampoco necesita demasiadas teorías estéticas, ni argumentaciones lógicas. Desconocemos por completo los efectos a largo plazo de las continuas exposiciones a ruidos amplios, acaparadores del paisaje, carcomiendo sin descanso nuestros cerebros. Si alcanzamos a entreoírlo, el silencio enseguida se nos revela como un valor tan escaso como inmenso, tan inseparable de la belleza de los espacios no degradados, como de los instantes más sosegados de cada experiencia individual. Silencio sonoro, claro es, porque no se trata de no oír sino de

poder compartir con los aires esas leves noticias de la vida que transportan.

Por eso lo incluimos en este capítulo porque es inseparable de la armonía que encontramos y nos conecta a los paisajes, el silencio es el camino más corto e intenso de las emociones estéticas, incluyendo por supuesto la siempre suprema audición de la palabra, de la música y de los conciertos que también interpreta la vida en cada rincón. Entonces el aire es acariciado y se mueve suavemente hasta que nos acaricia por dentro, hasta que llega a esa laberíntica espiral que se esconde en los oídos pero que nos une al exterior más abstracto, sin peso, invisible. Por el contrario, el ruido hiere al aire y lo hace sangrar, y la herida también se nos cuela dentro. Sin esa cuna que es el silencio resulta casi imposible disfrutar de algunas de las mejores ofertas de la vida. El ruido es anexionista, parásito que entra y ocupa todo aunque nadie le haya invitado a pasar a nuestra mejor casa: el cráneo. El silencio es tímido, siempre pide permiso para hospedarse un rato contigo y además siempre trae regalos. Porque el silencio es convocante, nos adhiere a nosotros mismos, es también condición de la transparencia, de lo realmente limpio. Es la antesala de purezas por llegar, de sensaciones amigas, manantial donde dar sorbos de placer, insinúa la libertad, sugiere que encuentres lo más calmo en lo que más cerca tienes que eres tú mismo, cuando no compites o te aturdes. Porque el silencio es el único acicate serio que necesita esa comunicación, cada día más

imprescindible, que es la que a solas mantienes contigo mismo. Entonces te dices las mejores ideas, las más luminosas frases, los acuerdos más sólidos, los sentimientos más liberadores, las críticas más sinceras. Es la condición de unos mínimos de paz. Porque el ruido es una guerra no declarada contra todos, sin treguas ni excepciones.

El silencio, que en absoluto quiere decir ausencia de sonidos, pero sí de ruidos, es reivindicación ecológica, desde que bastaría una mayor demanda para que muchas tiranías del presente cedieran tiempo y espacio. Bien mirado y oído, si anheláramos algo de tregua para nuestros tímpanos, si protegiéramos al silencio, este tinglado cambiaría más que si decidiéramos seriamente no competir. Es más, tenemos casi por completo olvidado que la palabra paz es una derivación del sonido con que los griegos solicitaban el silencio. Algo muy parecido a nuestro actual *ssshhh* al tiempo que atravesamos un dedo en nuestros labios. Con lo que venimos a reconocer que la fuente del sosiego es el silencio. O que el ruido es una violencia y que toda violencia se acompaña de ruido.

IX. CON

9.1. LA MULTIPLICIDAD VITAL

*La multiplicación de nuestras invenciones
no llegará a la variación de los ejemplos.*

Montaigne

Sea quien sea, fuera quien haya sido, con poco, ha hecho mucho. Se fundó hace 3.500 millones de años. A partir de ese momento no ha cesado de reiventarse. Nada menos que unos quinientos millones de especies de animales y plantas diferentes lleva a sus espaldas. Pero también los paisajes, los procesos, sus propias condiciones para continuar y sus

acabamientos. La vida es en buena medida una creación de sí misma. Como explica Lovelock, la atmósfera, sin la que no habría posibilidad alguna para la mayor parte de los seres de este planeta, es una creación de la vida y no al contrario. La vida y la inteligencia se parecen mucho. Sobre las tierras, bajo las aguas y en los aires palpita una pasión por lo múltiple y diverso, por lo antagónico y lo complementario. Todo ello le ha llevado, probablemente sin demasiados mapas y apenas una tosca brújula, a formar un complejo panorama. Insisto en que no hay definición que convenga y menos aún que abarque la gigantesca transgresión, el paréntesis que, en el seno de la materia y de la nada, supone vivir. A no ser una que incluyera todas las palabras que existen, existieron y existirán. Lo que sea menos, apuntalaría una nueva disección, uno más de los reduccionismos que nos acompañan desde siempre. Con todo, hay un impulso por ahí en medio, agitando a todos los vivos, que puede permitir una leve aproximación, no científica por supuesto, al a mi entender cogollo de lo viviente. Vivir es un ansia de más vivir, por duras y penosas que puedan ser las condiciones concretas de un momento y lugar dados. Es, pues, un desafío permanente a algunas leyes de mayor rango y antigüedad en el Universo, como las propias de la termodinámica. Porque no podemos olvidar que con depender de la energía, imposible de crear o de destruir, la vida se crea y se destruye. Con no poder recuperar lo ya gastado no hace más que pretender crecer, y hacerlo gastando energía. Con ser frágil, episódica y dependiente ha inventado todos los antídotos

imaginables para sortear lo inexorable. La nada, perfecta, inmensa y acechante, tiene por completo rodeada a la vida y aun así ésta no cesa. Lo que me recuerda que en una de las pocas cosas en las que no estoy de acuerdo con mi admirado Cioran es precisamente cuando refuta el conocimiento científico, diciendo que no merece la pena conocer este mundo. Creo que sí, y mucho, pero sobre todo también desde otras aproximaciones: estéticas, lúdicas, morales, participativas y, por supuesto, exploratorias, cualquiera en suma que circule sin desmedido ánimo de acumulación. Lo que no quiere decir que se excluya el querer saber cada vez más. Eso sí, con ese buen sabor que deja el conocimiento adquirido por placer. Añadamos que poco hay tan hermoso como la pelea contra los imposibles, y seguramente muchos estaremos de acuerdo en que el conocer el porqué de la vida muy bien podría ir a la cabeza. Al menos se disfruta bastante con el intento. De nuevo el problema es considerar que eres, no que tienes, vida. En el viejo debate sobre el sentido de la vida, yo sólo le daría la palabra ya a quienes, como la misma Naturaleza, no tienen voz, ni voto: a los voluntariamente silenciosos. Pasión con sentido o sin él, lo que parece claro es que la continuidad está, ha estado y estará siempre amenazada. Ahora incluso desde dentro y por unos quintacolumnistas que se han aliado con lo inerte, para que éste gane tiempo y espacio sobre lo fértil y móvil. Para enfrentarse desde la debilidad a lo mucho que la acosa, la vida ha elegido dos caminos: la multiplicidad, término mucho más acertado que el anglicismo diversidad, y la

dispersión. Es decir, ocupar todo el espacio posible y hacerlo con la mayor cantidad de formas y a su vez estrategias de supervivencia posibles. La vida se vacuna con más vida. Si algunos han querido encontrar fundamentalmente la perversidad, la agresión y la competencia en la Naturaleza, lo coherente es recordar que allí están todos sus contrarios, los antídotos. Sin olvidar que hasta la muerte supone en la mayoría de los casos fundamento de más vida. Incesantemente creativa, ésta emprende todos los caminos. Y cada camino es por lo menos una forma, una relación y un destino diferentes. Incluso el más acendrado racionalismo a menudo ha reaccionado con admiración y sintiéndose desbordado por la multiplicidad. Diderot, por ejemplo, aunque usando el término más distante de lo vivo, que es el mecanismo, se expresa así: «Parece que la naturaleza se haya complacido en variar el mismo mecanismo de infinitas maneras diferentes. Sólo abandona un tipo de producción después de haber multiplicado los individuos bajo todos los aspectos posibles.»

En algunos casos, es decir, elecciones, como decía Voltaire de los sistemas, no hay salida, por mucho que parezcan fáciles y hasta evidentes. Pero cada paso es una invención. Y no pocas incluso capaces de modificar alguna de las reglas del juego, algo así como que hay premio para un porcentaje aceptable de apostantes, un probabilismo generoso, que tantos sabios estudian hoy. Esos tres mil millones de diferentes letras que componen el alfabeto del genoma

humano y sus combinaciones posibles dan una pequeña muestra. La consecuencia de esta creatividad múltiple ha sido el perpetuo dinamismo y la incesante cosecha de novedades. Porque la Naturaleza se cuida a sí misma inventando incuantificables contestaciones para cada una de las preguntas que, por otra parte, Ella misma se hace a cada instante. Muchas ya las hemos heredado y nuestro trabajo será buscar conjuntamente nuevas respuestas, que ya están ahí, en nuestro recuerdo y en los de la misma vida. Porque no podemos olvidar que a las decenas de millones de variaciones sobre el mismo tema se suman los miles de miles, de miles, de miles, de billones de individuos que somos y fuimos. El individuo es la máxima creación de la vida. Todos parecidos y todos diferentes. Todos albergaron y albergamos el mismo impulso. Todos somos un conjunto de necesidades y de información: las primeras son egoístas, la segunda es por completo altruista, por mucho que Dubouis llamara a los genes egoístas, y Dawkins dioses interiores. Pero esa información, esos recuerdos de la vida que suponen la multiplicidad benefician también al otro, incluso a un otro muy lejano hacia el futuro. Le confieren un legado que durante un período, siempre limitado, es usado sin desgaste y a menudo con nuevas aportaciones, al menos hasta que se llega a una de las puertas cerradas que es la extinción, algo que casi siempre ha dejado en su lugar otro intento, en parte diferente, en parte heredado.

Al mismo tiempo que la multiplicidad de la vida está escrita

en los genes, es, pues, Naturaleza, también es básicamente cultura, porque cultura son también las formas de perdurar, de transmitir las posibilidades de hacerlo y cuidar que éstas no se acaben. La vida es la cultura misma del planeta Tierra.

Y nuestra cultura, el primer factor de identidad de lo humano, es también un sistema de sistemas, es pura multiplicidad, es estrategia de conservación a través de la ingentes cantidades de respuestas al desafío de la continuidad. La multiplicidad de la Naturaleza y de la Cultura deberían fecundarse y apoyarse mutuamente, no excluirse entre sí.

Ingentes ambas, por supuesto, pero progresivamente empobreciéndose en la actualidad, y a una velocidad sin precedente alguno en el registro histórico o fósil de la propia Humanidad y de la Naturaleza. Porque a la multiplicidad de las culturas humanas, por cierto, le viene sucediendo lo mismo, pero con desventaja, porque su defensa tiene un soporte más endeble, sus posibilidades de resistir a la cultura dominante son mínimas por contagio, por pandemia del consumismo, por búsqueda y encuentro de la homogeneidad.

8.2. ¿ORGANISMO?

Nos gusta tanto estar en la libre Naturaleza porque ésta no tiene opinión sobre nosotros.

Friedrich Nietzsche

Pero nosotros de Ella sí. Y esas opiniones han guiado nuestros actos y han desembocado en su ocaso actual. Pero no sólo hay que pensarla, ya que hasta el pensamiento es una de sus creaciones, también hay que sentirla e intuir la, y sobre todo compartirla. Hay una obvia tentación, pendular como tantas, que se adensaría en una suerte de panteísmo científico. En algo muy parecido a olvidar que la ambivalencia es también consustancial a la vida.

Naturaleza es ilimitación amenazada. Sean cuales sean las leyes o los procesos que hacen a los mundos, son también parte de los mismos. Probablemente nada aparezca tan oportuno como dejar paso en este capítulo final a un planteamiento más literario que ensayístico, más propio de las sensaciones que de las reflexiones. Pero tampoco: mesticemos una vez más. Sírvannos las propuestas de Schiller, Unamuno, Pessoa, Paz, en el sentido de pensar con el corazón y de sentir con la mente. No caer en la tentación de considerar, torpe parcialidad, lo natural como antónimo

de lo cultural. Pero en ese callejón sin salida nos metimos con entusiasmo a bordo de racionalismos autoproclamados literalmente omnipotentes. Tanto que una de sus aparentes y desde luego transitorias consecuencias ha sido la expulsión de la Naturaleza de los sentimientos y de las ideas preponderantes en nuestro tiempo. Demasiados han decretado una muerte de la Naturaleza, como fase ya culminada de un proceso de creciente independencia de sus vaivenes. Curiosamente, a nuestra aparente independencia corresponde la dependencia de lo Natural. Un sometimiento aparentemente tan imposible como la destrucción del pasado, ya que es la supeditación del todo a la parte. Incluso de nuestro todo a una parte de nosotros. Es decir, su pérdida de condiciones, natural y humana, que puede muy bien ser definida como la búsqueda de continuidad a través de las propias creaciones. Por eso algunos afirman, tal vez con bastante acierto, que la Natura ha muerto, y con Ella el humano, ya que hoy depende casi exclusivamente de nuestras decisiones actuales. Que ha perdido su autocontrol, su independencia. Exactamente igual que nosotros.

Entre las escasas cegueras voluntarias que se han practicado en nuestro devenir seguramente la más breve ha sido la de considerar que se podía prescindir del entorno en el que se desarrollan todas las actividades de los seres vivos. No resulta aceptable porcentaje alguno sobre si somos más o menos producto de la Cultura o de la Naturaleza. Camino de poco recorrido es el sacar conclusiones de nuestros

actuales conocimientos del comportamiento animal o del parentesco genético, más o menos lejano, con el resto de los animales. Todo eso está ya al alcance de cualquier mediana inteligencia y en gran medida se ha incorporado al saber común. Algunos han llegado a considerar que en la esfera de lo natural está todo lo absolutamente imprescindible para seguir viviendo y en la de lo cultural, lo accesorio. No condenaría yo ni al peor criminal a verse privado de lo no crucial. En algunos momentos anteriores, al abordar el papel de los medios de comunicación he calificado de alimento, tan necesario como el alimento, a nuestra inteligencia y desarrollo cultural. Ahora insisto en que nada de lo cultural debe ser excluido; cada merma atenta contra nuestras posibilidades de llegar a ser alguna vez cultos, pero tampoco restarnos de lo natural es avance alguno. Si la Naturaleza ha alimentado a la Cultura, parece llegada la hora de la reciprocidad, de que la Cultura comience a alimentar a la Naturaleza: esa es la esencia del pensamiento ecológico.

El deleite, la apreciación, el sentimiento de la Naturaleza no precisa de mayores aproximaciones descriptivas, no necesita lenguaje, ni traducción. Es un idioma anterior a los idiomas y por tanto compartido por todos. Lengua materna y original. Aunque desde luego vivo sólo para unos pocos, dormido en otros, desterrado y olvidado seguramente en quienes decretan los sucesos del porvenir. Y la pérdida del recuerdo es la muerte del significado. La Cultura es un añadido a la Naturaleza, que en consecuencia no debería

excluirla, sino crecer sobre, en, de y ante todo CON su origen. El paralelismo con el árbol puede seguir conviniendo. Este, para vivir, hace vivir a lo que le da espacio, nutriente y cimiento. La Cultura para crecer también debería alimentar a la Naturaleza, librándola de nuestra actual indiferencia caníbal, que aniquila las correspondencias. De la depredación a la simbiosis. A menudo olvidamos que la abolición de la esclavitud, por ejemplo, no sólo liberó a sus víctimas, también a los verdugos. La aproximación de una nueva cultura que incluya al pensamiento ecológico beneficia en amplios sentidos a todos sin excepción, a los cultos y a los espontáneos.

8.3. OTRAS FORMAS VERBALES

*Cuando Todo es Uno y cuando Uno es Todo,
cuando llega la hora interior, se inspira la luz y
se espira una lumbre gozosa. Entonces, amor
se inflama y oímos los silencios de fuego.*

Antonio Colinas

Si escribo, por ejemplo: *a la Naturaleza nos pasa que demasiadas premuras van talando el siendo y escasean los que acuden a ser fecundados por Mi silencio que todo lo atalanta*, seguramente y como mucho se me concederá una críptica propuesta poética. Y, sin embargo, la aparente ruptura de las reglas de concordancia numérica, el gerundio y la voz pasiva, además de la arriesgada propuesta de interlocución, de diálogo, permiten una aproximación a algunas de las cualidades poco reconocidas y menos practicadas de interpretar y vivir con el derredor.

El difícil todo en uno y uno en todo que desafiantemente propone el pensamiento ecológico cuenta con una ventana abierta a la comprensión si repasamos las también múltiples propuestas que se encierran en la forma verbal del gerundio.

Para empezar, es lo menos excluyente de todo idioma. Con una sola palabra, en efecto, podemos estar refiriéndonos a los seis pronombres personales. A menudo en las gramáticas, con indudable torpeza, se define al gerundio como forma «no personal», cuando pide ser considerado como pluripersonal, «todopersonal». Todas las formas personales, al mismo tiempo, se resumen en el nosotros. El gerundio siempre se refiere a todos. Exactamente como si se tratara de una gran casa donde caben todos y a todos se admite. Por eso uno acaba imaginando que la Naturaleza escribe ante todo gerundios, pero no sólo por su

hospitalidad, sino también porque el gerundio es la forma de expresar lo abierto, lo siempre avanzando, los procesos, lo dinámico, lo inacabado, el camino, o mejor puente, que se hace, que hacemos, al andar. El gerundio es lento y leve. Hasta podría decirse que la ecología es una ciencia que estudia al gerundio encarnándose en las formas vivas y en lo que permite ser a la vida. Es decir, vínculos en constante acción, intercambios dinámicos, sucesivos puntos de equilibrio a cada instante contruidos, a cada instante borrados, como en aquel poema de Leopoldo Panero de su *Escrito a cada instante*. De ahí la revolución que supone para el método científico, para la propia filosofía, para el modelo de expresar al mundo, el que huyamos del más que desgastado participio, de ese detener a la vida que, dicen, exige el pretender conocerla. De que todo esté contagiado de acción, todo tan transitivo. De hecho, también se debería vivir, transitar más por lo intransitivo. La gran controversia de que la observación modifica lo observado se resuelve si uno se mueve con lo observado; si uno introduce las perspectivas siempre cambiantes en su perspectiva; si decide mirar de otra forma al mundo, ya no fraccionado, sino entre sí anexándose continuamente. Probablemente se le apacigüen las ansias por dominarlo, como ha pretendido desde siempre todo el conocimiento, sino acompañarlo. Acompañar, que es inmenso y sugerente verbo, además implica una actividad y una pasividad, añadiría que ambas pasionales. Pues bien, eso es exactamente lo que también aúna el gerundio. Es un hacer y un dejar que se haga,

intervenir y observar. Hay que ir *gerundiando*, es decir, yendo. La vida es ir yendo y no llegando nunca, por suerte.

Como no podía ser de otra forma, sólo el lenguaje poético puede atreverse con la expresión de este planteamiento, y por una vez fundir la tarea del pensador y la del artista. Por mi parte llevo años indagando la forma más cercana a lo que podríamos llamar traducción al nuestro del lenguaje de la Naturaleza. Mi propuesta, por supuesto sólo tentativa, es el Haikú, esa fórmula de expresión poética oriental tan sencilla como densa, tan descriptiva de la percepción como de la emoción, tan vinculada al sujeto y al objeto. Sólo que estos haikús que propongo tienen siempre un gerundio enlazando, como no podía ser menos, los otros dos versos. Como no hay nada nuevo bajo el sol, descubro con este libro ya en pruebas, que Lezama Lima escribió un poema por él llamado *haikú con gerundio*, denominación un tanto sorprendente porque no se trata ni de un haikú ni tiene gerundios. En cualquier caso acepten algunos ejemplos de lo que imagino que imagina la Naturaleza cuando una vez más expresa mis impresiones:

Aconsejó el paisaje
transparentando
su carne de aire.

Ir
yendo:
nómada.

Orgasmo en el ojo
atrapando
las teorías de la luz.

La noche miedosa
estrellando
la bóveda de tus ojos.

Juguete suyo el agua
aprendiendo
a despeñarse.

Traspasa esta primavera
lanceando
con flores tu indiferencia.

Dudando tu cabeza
al tropezar
en cada certeza.

Acaba la tarde
abdicando
de toda su luz.

La vista
vistiendo
lo visto.

Dentro de la música
danzando
una caricia para tu silencio.

Premió la luz al aire
coloreando
la lluvia que ya no caía.

Tu mirada admirada
levantando
este derrumbándose.

Cantó el árbol silencioso
acariciando
la piel del horizonte.

Una jauría de luces
mordiendo
a la noche que huye.

El culto a la acción que empapa a esta sociedad tiene asustada y en un rincón a la voz pasiva. Sin embargo, mucho, a veces casi todo, nos es dado o quitado sin que la voluntad participe más que como observadora. Desactivar la hiperactividad concuerda. Y más aún que la vida pase por uno, además de pasar uno por la vida, a veces trae un conato de comprensión, sosiego y placer.

Permítanme que recurra a algo de mi propia experiencia como naturalista que, por suerte, me ha llevado a infinidad

de lugares del planeta más vivo. Salgamos de este ensayo a la vida misma. Paseemos un rato por un desierto o al menos por el recuerdo que de uno tengo. Recorría un uadi seco del Neguev, en el extremo sur de Israel. Mi ánimo era contemplar algo de la fauna del árido Cercano Oriente. A pesar de las prohibiciones militares estuve varias horas sin que nadie humano me llamara la atención aunque al parecer yo sí que la estaba llamando. Lo que viene al caso es el hecho de que al poco de *solitariear* aquellos vacíos, descubrí que estaban llenos. Y que primero un zorro, luego dos y más tarde varias gacelas parecían querer hacerme burla imitando mi actitud, es decir, que eran ellos también los que curioseaban mi presencia. Lo hacían con toda confianza, con eso que no sin sentido llamamos naturalidad. Entonces fue cuando entendí que cabía ser objeto y no sólo sujeto de la curiosidad. Que el furor activista de nuestra propia cultura te hacía perderte la dimensión pasiva. Que puede haber reciprocidad. Un diálogo al menos de miradas, de sorpresas mutuas, de asombros compartidos. Puede que esta experiencia sea poco frecuente para quienes no han tenido la suerte de visitar los ambientes naturales mejor conservados del mundo. Sin embargo, en la Naturaleza, a todos nos ha sucedido que, en algunas ocasiones, se entiende y se vive lo que es el sosiego, la tranquilidad. Y ese sentimiento que a menudo tiene mucho que ver con los valores descritos en el anterior capítulo, es el más parecido al de oír música, esos días en que una melodía te llena de

una euforia sosegada. Te sientes ante todo en sintonía, conectado al alrededor. Seguramente hay muy pocas personas, sea cual sea su educación y sensibilidad, que no hayan experimentado algo parecido. Si añadimos la apreciación de Schopenhauer de que «La contemplación estética –ahora sería de un paisaje– calma a la desgracia del hombre separándolo del drama de la voluntad», probablemente nos aproximemos a la identificación en nosotros mismos de esos efectos terapéuticos del contemplar. Ya sea tu inmersión en un bosque, un panorama de perfiles abiertos, un estado de la luz, una letanía marina, la danza de una llama... Has dejado de actuar. La gran necesidad y la gran libertad de nuestra condición humana quedan aparcadas. Cesan también las instrucciones, los avisos, recomendaciones y órdenes del mundo reglado. Se han quedado a tus espaldas los códigos y hasta la obligación de tener un nombre. Y parece que en lugar de escrutar, de poseer, son ahora tus sentidos los que resultan acariciados por las causas creadoras de esos mismos sentidos. Es pues una vivencia en voz pasiva. No ya mirar, ser mirado; no sólo contemplar, dejarse contemplar por lo que miras; no sólo poseer y conocer, también ser del entorno y reconocido como tal. Y el resultado son unos sorbos de calma.

Pero al mismo tiempo llegas a interiorizar todo lo que tienes delante. Como dijo Whitman, «Soy grande, contengo multitudes». Y las multitudes, claro, te contienen a ti. «Elegió incluir las cosas/ que están una en otra incluidas, el todo, /

la complicada, la acumuladora armonía», que propuso Wallace Stevens en uno de sus más generosos poemas.

9.4. CON

La rebelión es dar voz a lo callado, intervenir en aquello de lo que nos excluyen y reproducir ante todos lo que se quiere confinar en la privacidad vergonzosa e inocua.

Fernando Savater

Si la importancia de algo puede medirse también por la cantidad de enemigos que ese algo tenga, seguramente la Naturaleza ocupa un primer lugar. Toda rebelión nace de una injusticia y comenzamos a percibir que el consumismo lo es, hasta cotas inaceptables, para los humanos y su entorno.

No podemos seguir acorralando y golpeando a la inmensidad de la vida. Tan callada, tan excluida, tan

confinada, tan necesitada de voz, aunque sea prestada, para sentarse a dialogar. Y además de donde más nos excluye el modelo es de la propia Naturaleza, al reducirla a la condición de prescindible. Esquilada y acorralada, no tiene lugar donde refugiarse, la retaguardia no existe para la biodiversidad, ni para las transparencias, ni siquiera para el sosiego. No hay guarida, a excepción de la que suponen sus ciegos enemigos. Porque el verdadero problema ambiental es que los destructores de lo viviente no perciben las secuelas de sus actos. Con todo, la Naturaleza también se esconde dentro de nosotros mismos. Seguramente de la misma forma que las semillas de las plantas del desierto, que pueden soportar decenios de sequía y rebrotar a las primeras lluvias caídas, en todos duermen embriones de cultura natural, de admiración y respeto por el derredor; brasas aún calientes de coherencia sensible. Los destrozos de esta larga sequía y no menos amplio saqueo que hemos realizado a lo largo de estos últimos siglos pueden estar tocando a su fin. Empezamos a entender que los delicados procesos, que las sutilísimas tramas, que la renovación necesitan nuestra proximidad y hasta complicidad. Frente al estéril proyecto que supone el creer que ya nuestras necesidades, aspiraciones y deleites pueden ser satisfechos al margen de la Naturaleza, ésta se nos muestra todavía como placenta maternal, cobijo de silencio, albergue de casi todas las bellezas, origen de los alimentos, venero de la sensibilidad y base de la razón. Es además un vínculo que no cesa y un significativo preñado de todos los significados.

Salirse de Ella, vivir sin entorno es renunciar a sustanciales porciones de nuestra inteligencia y creatividad. Casi todos los *sin* empobrecen, afean, cercan, *excluyen*, reducen, limitan, destruyen y nos condenan a la soledad. A la estúpida soledad de nosotros mismos. Casi todos los *con* enriquecen. Por eso conocerla, acompañarla, comunicarnos con Ella, conservarla, compartirla, acompasarnos, contemplarla, compatibilizarnos y, sobre todo, contentarnos nos compete, consuela y compensa. Acompañarla sencillamente *nos completa*, porque nos compone, complace y conmueve. Todas estas últimas palabras incluyen de alguna u otra forma los prefijos intensivos, constructivos y colectivos *con* y *com* que indican suma, colectividad, lazos, cooperación, amistad y creatividad... Lo característico de la amistad es la comprensión. Pero comprender es también abarcar, no excluir. Y no excluir a lo primero y más vasto da una excelente cosecha: compañía. El pensamiento ecológico busca un conocimiento consecuente como el que propone María Zambrano, «conocer es acordarse y acordarse es reconocerse en lo que es como siendo, es reconocerse en unidad». Conocer es desvanecer el velo del olvido, de la sombra, para, en la luz, ser íntegramente. Y nada será integral sin el derredor. El pensamiento ecológico es una ampliación consciente de la indagación esencial: cómo vivir lo mejor posible con el mejor sentido posible. De ahí que se apueste por no prescindir de lo que preferimos: ¡compañía! Y encuentra esa compañía amiga. Convivencia y continuidad. El pensamiento ecológico propone una mudanza a otro

oasis: de cambiar al mundo como propósito, a sencillamente ir cambiando con él. De la discordia a la concordia. De decir a conversar. Trayecto de encuentros mutuos. Y lo hace porque acepta el entorno en el interno. Y usa el interno como camino hacia el entorno. Trazos que dibujan de nuevo uno de los primeros logros del humano como artista: la espiral paleolítica que se resuelve en rostro humano.



9.5. UNA TAREA PENDIENTE

*No la vida eterna, la eterna vivacidad,
eso es lo que importa.*

Friedrich Nietzsche

El auge del envoltorio se relaciona con el afán por empaquetarlo todo. Al final nos hemos incluido en la lista. Nos metemos dentro del más grande contenedor de todos los tiempos, nosotros mismos, y dejamos fuera lo demás, que es inmensa mayoría.

Finalmente se le han puesto puertas al campo, hemos derrotado a la inmensidad. Necesitamos una comprensión de la Naturaleza como un sistema de sistemas, tan complejos como delicados, en el que los contrarios se influyen mutua y constantemente. En busca de ese empate imposible a cada instante perdido, a cada instante ganado. Su manifiesta imposibilidad es, como el de la vida misma, su principal atractivo.

Se trata de que por una vez se juegue en el mismo campo, porque es el único aunque no sepamos reconocérselo, y sobre todo que no favorezcamos todavía más esa división entre el propio espíritu y la Naturaleza. O al menos, para

mayor rigor y realismo, que aminoremos la velocidad del alejamiento. Hay que seguir dándole oportunidades a la fuente de todas las oportunidades.

Termino recordando que hay también incertidumbre, mucha. Nos enfrentamos a la tentación de, habiendo mirado hacia atrás y hacia lo circundante, hacer una propuesta rígida, cerrada. Porque no deja de ser humano, propio de nuestra condición, el intentar crear cuerpos doctrinales. Pero nadie se merece tal trato. Esto sería una faena que le haríamos al pensamiento ecológico, que, como dije al principio, no debe darse por concluido. Ojalá nunca. Aproximaciones sucesivas, decía yo al comenzar. También es cierto que se nos acusa constantemente de maximalismos y de utopías. Yo, a lo segundo, a que proponemos un pensamiento utópico, contestaría con algo tan claro como que lo no utópico, nuestro sistema, nuestro modelo, ha sido claramente conducido por la realidad al fracaso. Y que cualquier puesta en práctica de este pensamiento utópico, probablemente no fracasaría menos, también por propio efecto de la realidad que ha hecho fracasar al sistema de ideas y de pensamiento actual.

Y en cuanto al fundamentalismo, ese que inquieta a algunos, que incluso lo utilizan como consigna descalificadora, diría que están en su derecho, como yo ahora mismo, de calificar como profundización del humanismo esta propuesta de armonía, de constructivismo, de relaciones abiertas de todos con todos, de esa amistad

epicúrea, o de esa emoción estética hacia la Naturaleza. Ciertamente es que hay algo fundamental en el pensamiento ecológico: mantenernos abiertos y tolerantes con las otras lecturas del mundo. Incluso hasta algo que resulta aparentemente contradictorio con la intención del libro. No creo que sea en absoluto importante crear un pensamiento ecológico. Creo, más bien, que hay que ecologizar, simple y llanamente, al pensamiento. No creo que haya que crear una nueva ideología, sí una nueva apreciación de lo que nos rodea como valioso. Si hay suerte, de ella nacerá algo de admiración por lo que somos y nos contiene. De la admiración brota siempre un valor. Y cada valor es una tabla de náufrago.

El respeto hacia el derredor, la conservación de la Naturaleza, la armonía como objetivo de la vida son ideas tan antiguas como la misma capacidad de formularlas. Si acaso hoy todo se multiplica y adquiere más necesidad por la poderosa fuerza acumulada en los bandos de la codicia. Tal vez este extravío de la condición humana que supone entregarse a lo producido nace de pensar que hay que llegar a alguna parte y de que el intento puede fracasar. El pensamiento ecológico es partidario de no llegar, de estar siempre en el camino y de alegrarse por que éste no tenga una meta; «Alégrate hermano por no saber hacia dónde vas», nos recomendó Ornar Jayyan. Hay que inventar la alegría de sumergirse en los procesos de lo inacabado, de los tránsitos, del permanente explorar, de las fecundaciones

cruzadas, del sosiego y la confianza. No estar sobre, sino entre lo que nos rodea. Estamos todos de acuerdo en que la Naturaleza es una obra de arte, pero una obra de arte con algunas peculiaridades que conviene tener presentes, sobre todo si las comparamos con las convencionales obras de arte creadas por los seres humanos. Pues la obra de arte casi siempre la consideramos como un todo, como algo ya terminado; como algo que está cerrado, que está completo, entregado así como es a la eternidad. La Naturaleza, artesana y artista, es una obra de arte siempre inacabada, por tanto podría tener bastante sentido un pensamiento de Roger Garaudy cuando dice que «nosotros tenemos que ser los que completemos esa obra de arte». Pero se puede ir más lejos. No me convence el término completar que presupone un fin, tal vez la detención del proceso que deseamos inacabable. Tampoco basta con el hecho de que el hombre sea considerado exclusivamente como artista. ¿Por qué? Porque para mí todos nosotros somos también a su vez una obra de arte, sólo que somos una obra de arte producida por el artista que es la Naturaleza. Por tanto, somos una obra de arte que tiene que comportarse a su vez como artista para concrear con esa otra obra de arte que nunca debería ser considerada como terminada; además de ser obra de arte y artista que no pueden vivir uno sin el otro.

La Naturaleza es una campana que suena, y muy bien, cuando tú decides ser el badajo. La Naturaleza es la comida de la cultura y la cultura la comida cocinada para alimentar

las mentes y los corazones. La incorporación de la Naturaleza a nuestra apreciación más directa es un proyecto para salir de la crisis que supone no tener proyectos. Es atalantarnos con lo que atalanta, atalantar atalantándonos.

La Naturaleza es la luz y los humanos y sus culturas el ojo. Ver más correctamente, algo que resulta imposible sin ambos, es la tarea del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILERA KLINK, F., y Alcántara, V. (Comp.): *De la economía ambiental a la economía ecológica*. Barcelona, Icaria–Fuhem, 1994.

ALLABY, M.: *Diccionario del Medio Ambiente*. Madrid, Pirámide, 1984.

ALLEN, R.: *Cómo salvar el Mundo*. Madrid, FEPMA, 1980.

AMBIO: *El Mediterráneo: un microcosmo amenazado*. Barcelona, Blume, 1979.

— *Bestiario Medieval*. Madrid, Siruela, 1986.

ARAUJO, J.: *En torno al entorno*. Madrid, Grupo Libro, 1995.

— (coord.): *Ecología y vida*. Barcelona, Salvat, 1989.

— *Todavía vivo*. Madrid, Calenda, 1991.

- (coord.): *El reto de la vida. Enciclopedia Salvat del comportamiento animal*. Barcelona, Salvat, 1987.
- *La muerte silenciosa. España hacia el desastre ecológico*. Madrid, Temas de Hoy, 1990.

ASUNCIÓN, M.: *Cómo proteger la naturaleza desde nuestra casa. Conservación y consumo*. Madrid, Adena/WWF, 1991.

ATTALI, J.: *Milenio*. Barcelona, Seix Barral, 1991.

AYALA, F.J.: *La Naturaleza inacabada*. Barcelona, Salvai, 1987.

AZNAR, G.: *Trabajar menos para trabajar todos*. Madrid, Hoac, 1994.

BACHELARD, G.: *El agua y los sueños*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

- *La poética del espacio*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

BARNEY, G. O.: *El Mundo en el año 2000. En los albores del siglo XXI*. Madrid, Tecnos, 1982.

BARRERE, M.: *La Tierra, patrimonio común*. Barcelona, Paidós, 1992.

BERMEJO, R.: *Manual para una economía ecológica*. Madrid, Los libros de la catarata, 1994.

BIFANI, P.: *Desarrollo y Medio Ambiente*. Madrid, CIFCA, 1980.

BLANCO, J. C., y otros: *Libro rojo de los vertebrados de España*. Madrid, ICONA, 1992.

BLANDÍN, P: *El gran libro de la naturaleza en Europa. Flora, fauna y paisaje*. Madrid, País-Aguilar, 1992.

BOO, E.: *Ecoturismo: Potenciales y Escollos*. Maryland (EE UU), WWF/Conservation Foundation, 1990.

BOORSTIN, D. J., y otros: *La cultura de la Conservación. Ciclo de conferencias*. Madrid, F. C. Banesto, septiembre–noviembre 1992.

BOTTING, D.: *Humboldt y el cosmos*. Barcelona, Serbal, 1981.

BRESCH, C.: *La vida, un estadio intermedio*. Barcelona, Salvat, 1987.

BROWN, Lester R., y otros: *La situación en el mundo 1992*. Madrid, Apostrofe, 1992.

— y otros: *La situación en el mundo 1991*. Madrid, Apostrofe, 1991.

— y otros: *Signos vitales 1992*. Barcelona, Apostrofe, 1992.

BROWN, Lester R., y otros: *La situación en el mundo 1993*. Madrid, Apostrofe, 1993.

BROWN, J., y Friends of the Earth: *¡Háztelo verde! Mil ideas para poner ecología en tu vida cotidiana*. Barcelona, Integral, 1990.

- CAIRNCROSS, F.: *Las cuentas de la Tierra*. Madrid, Acento, 1993.
- CALABRESE, E. J., y DOSEY, M. W.: *Vida sana en un mundo insano*. Madrid, Edaf, 1986.
- CALVINO, I.: *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid, Siruela, 1989.
- CALVO ROY, A.: *La Antártida. Catedral del hielo*. Madrid, McGraw-Hill, 1992.
- CAMPS, V.: *Virtudes Públicas*. Madrid, Espasa Calpe, 1993.
- CARSON, R. L.: *Primavera silenciosa*. Barcelona, Grijalbo, 1980.
- CARWARDINE, M.: *Manual de Conservación del Medio Ambiente*. Barcelona, Plural-Adena/WWF, 1992.
- CLORAN, E. M.: *Breviario de podredumbre*. Madrid, Taurus, 1986.
- *Contra la historia*. Barcelona, Tusquets, 1983.
- *La caída en el tiempo*. Barcelona, Planeta Agostini, 1986.
- CLARKE, G. L.: *Elementos de ecología*. Omega, Barcelona, 1958.
- CLOUDSLEY-THOMPSON, J. L.: *Microecología*. Barcelona, Omega, 1974.
- COLLI, G.: *Filosofía de la expresión*. Madrid, Siruela, 1996.
- COMISIÓN MUNDIAL SOBRE EL MEDIO AMBIENTE: *Nuestro futuro común*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.

COMMONER, B.: *La escasez de energía*. Barcelona, Plaza & Janés, 1977.

— *11 cerchio da chiudere*. Milán, Aldo Garzanti Editore, 1972.

CORTINA, A.: *La ética de la sociedad civil*. Madrid, Grupo Anaya S. A., 1994.

COSTA Morata, P.: *Hacia la destrucción ecológica de España*. Barcelona, Grijalbo, 1985.

CROSBY, A. W.: *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900–1900*. Barcelona, Crítica, 1988.

DAJOZ, R.: *Tratado de ecología*. Madrid, Mundi Prensa, 1974.

DAMBORENEA DE, J. J., y otros: *Desarrollo y destrucción. Una introducción a los problemas ecológicos en España*. Madrid, CYAN, 1990.

DAMPIER, W. C.: *Historia de la ciencia*. Madrid, Tecnos, 1992.

DEJUANA, E. (ed.): *Áreas importantes para las aves en España*. Madrid, SEO Monografía n.º 3, 1990.

DELÉAGE, J. P.: *Historia de la Ecología*. Barcelona, Icaria, 1991.

DELIBES, M.: *Un mundo que agoniza*. Barcelona, Plaza & Janés, 1979.

DIDEROT, D.: *Sobre la interpretación de la naturaleza*. Barcelona, Anthropos, 1992.

DILTHEY, W.: *Historia de la filosofía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

DORST, J.: *Antes que la naturaleza muera*. Barcelona, Omega, 1972.

DREUX, P: *Introducción a la ecología*. Madrid, Alianza Editorial, 1974.

DUPLESSY, T. C., y Morel, P: *Temporal sobre el planeta*. Madrid, Acento Ed., 1990.

DUPONT, P: *Parques nacionales y reservas de España y Europa*. Barcelona, Blume, 1979.

Durrell, L.: *El futuro del Arca. Atlas del conservacionismo en acción*. Madrid, H. Blumen, 1986.

EKINS, P, y otros: *Riquezas sin límites. El atlas Gaia de la economía verde*. Madrid, EDAF, 1992.

ELIADE, M.: *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona, Labor, 1992.

ELKINGTON, J., y Hailes, J.: *La guía del consumidor verde*. Barcelona, A. Bosch, 1990.

EMDEN, H. F. VAN: *Control de plagas y su ecología*. Barcelona, Omega, 1977.

EPICURO: *Máximas para una vida feliz*. Madrid, Temas de Hoy, 1994.

ERICKSON, J.: *Un mundo en desequilibrio*. Madrid, McGraw-Hill, 1993.

FEENBER, A.: *Más allá de la supervivencia. El debate ecológico*. Madrid, Tecnos, 1982.

FERRY, L.: *El nuevo orden ecológico*. Barcelona, Tusquets, 1994.

FISAS, V.: *Ecología y seguridad en el Mediterráneo*. Barcelona, Cip/Icaria, 1993.

FISHER, M.: *La capa de Ozono. La Tierra en peligro*. Madrid, McGraw-Hill, 1993.

FOLCH, R.: *Sobre ecologismo y ecología aplicada*. Barcelona, Ketres, 1977.

FRANKFORT, H. y H. A.; WILSON, J. A., y JACOBSEN: *El pensamiento prefilosófico*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

– *El futuro es hoy: Reflexiones sobre Medio Ambiente y Desarrollo*. Madrid, Cruz Roja Española, 1990.

GARCÍA MATILLA, E.: *Escrito en nuestro cerebro*. Madrid, Bitácora, 1990.

GARDNER, M.: *El escarabajo sagrado*. Volúmenes I y II, Barcelona, Salvat, 1986.

GEORGE, S.: *Enferma anda la Tierra*. Madrid, Iépala, 1987.

- GIDE, A.: *Montaigne. Páginas inmortales*. Barcelona, Tusquets, 1993.
- GLACKEN, C. J.: *Huellas en la playa de Rodas*. Barcelona, Serbal, 1996.
- GOLDSMITH, E., y HILDYARD, N.: *Informe Tierra. Guía de la A a la Z sobre temas medioambientales*. Barcelona, Parthenon Communication, 1992.
- GOLDSMITH, E., y otros: *Manifiesto para la supervivencia*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A., y González de la Molina, M. (eds.): *La tierra. Mitos, ritos y realidades*. Barcelona, Anthropos, 1992.
- GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, E: *Ecología y Paisaje*. Madrid, Blume, 1981.
- GORE, A.: *La tierra en juego*. Barcelona, Emecé, 1992.
- GOULD, S. J.: *Dientes de gallina y dedos de caballo. Más reflexiones acerca de la Historia Natural*. Barcelona, Blume, 1983.
- GRANADA, L.: *Canto a la Naturaleza*. Granada, Universidad de Granada, 1991.
- GRAVES, R.: *La diosa blanca*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- GREIG, S.; PIKE, G., y SELBY, D.: *Los Derechos de la Tierra. Como si el planeta realmente importara*. Madrid, ADENA/WWF/E. Popular, 1991.

- HABERMAS, J.: *Teoría de la acción comunicativa*. Tomos I y II, Madrid, Taurus, 1988.
- HARRIS, M.: *Caníbales y Reyes*. Barcelona, Salvat, 1985.
- HEGEL, G. F.: *Sistema de las artes*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1947.
- HERNÁNDEZ DEL Águila, R.: *La crisis ecológica*. Barcelona, Laia, 1989.
- HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, S.: *Ecología para ingenieros. El impacto ambiental*. Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1987.
- HERRERO MOLINO, C., y otros: *Madre Tierra. ¿Por qué conservar?* Madrid, ICONA, 1989.
- HILARY, E.: *Ecología 2000. La faz cambiante de la Tierra*. Madrid, Debate/Círculo, 1985.
- HUERTA A., y Rodríguez, J. L.: *S.O.S por la fauna española. 100 especies en peligro de extinción*. Madrid, Fondo Natural, 1988.
- HUGHES, J. D.: *Ecología de las civilizaciones*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- HUTCHINSON, G. E.: *El teatro ecológico y el drama evolutivo*. Barcelona, Blume, 1979.
- ICONA: *Lista Roja de los vertebrados de España*. Madrid, leona, 1986.

INCAFO: *Espacios naturales protegidos de España. Guías Periplo*. Madrid, Incafo/Icona/Repsol, 1992.

INTEGRAL: *Páginas verdes*. Barcelona, Integral, 1991.

INTERMÓN: *Pobreza desarrollo y Medio Ambiente*. Barcelona, Deriva Ed., mayo 1992.

INVESTIGACIÓN Y CIENCIA/SCIENTIFIC AMERICAN: *Comportamiento animal*. Barcelona, Prensa Científica, 1986.

JARAMILLO, M.: *El hombre y su mundo*. Lima (Perú), Unesco/Pnuma/Mab, 1982.

KELLY, P: *Luchar por la esperanza*. Madrid, Debate, 1984.

KING, A.: *La situación de nuestro planeta. Informe del Club de Roma*. Madrid, Taurus, 1978.

KING, A., y SCHNEIDER, B.: *La primera revolución global*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.

KIRK, C. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M.: *Los filósofos presocráticos*. Madrid, Gredos, 1987.

KORMONDY, E. J.: *Conceptos de ecología*. Madrid, Alianza Universidad, 1972.

KUCERA, C. L.: *El reto de la ecología*. Barcelona, Ed. Continental, 1976.

LANDSBERG, P. T., y otros: *Proceso al azar*. Barcelona, Tusquets, 1986.

- LASZLO, E.: *La última oportunidad*. Madrid, Debate/Círculo, 1985.
- LEAN, G., y Hinrichsen, D.: *Atlas del Medio Ambiente*. Sevilla, Adena WWF–Algaida Editores, 1992.
- LOUDSLEY–THOMPSON, J. L.: *El hombre y la biología de zonas áridas*. Barcelona, Blume, 1979.
- LOVELOCK, J.: *Gaia, una ciencia para curar el planeta*. Barcelona, Integral, 1992.
- LUCRECIO: *De la Naturaleza*. México, Porrúa, 1985.
- MAETERLINCK, Maurice: *La inteligencia de las flores*. Barcelona, Orbis, 1988.
- MALINOWSKY, B. R.: *Myth in Primitive Psychology*. Londres, 1926.
- MANRIQUE, C.: *Escrito en el fuego*. Las Palmas de Gran Canaria, Edirca, S. L., 1988.
- MARGALEF, R.: *Ecología*. Barcelona, Omega, 1977.
- *Limnología*. Barcelona, Omega, 1983.
 - *Perspectivas de la teoría ecológica*. Barcelona, Blumen, 1978.
 - *La Biosfera. Entre la termodinámica y el juego*. Barcelona, Omega, 1980.
 - *Ecología, la Tierra y la Vida*. Barcelona, Planeta, 1981.
- MARGULIS, L., y SCHWARTZ, K. V.: *Cinco Reinos. Guía de los phyla de la vida en la Tierra*. Barcelona, Labor, 1985.

- MARINA, J. A.: *Ética para náufragos*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- MÁRQUEZ Mayaudon, E.: *El Medio Ambiente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- MARTÍNEZ Alier, J.: *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona, Icaria, 1992.
- MARTÍNEZ ALIER, J., y Schlüpmann, K.: *La ecología y la economía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- MAY, E.: *Filosofía Natural*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- MCKIBBEN, B.: *El fin de la Naturaleza*. Barcelona, B ediciones, 1990.
- MEADOWS, D. H., y otros: *Más allá de los límites del crecimiento*. Madrid, El País–Aguilar, 1992.
- MONOD, J.: *El azar y la necesidad*. Barcelona, Tusquets, 1981.
- MOPT: *Medio Ambiente en España 1991*. Madrid, MOPT, 1991.
- *Paisaje y educación ambiental. Evaluación de cambios de actitudes hacia el entorno*. Madrid, MOPT, 1992.
- MOPU: *Desertificación en España*. Madrid, MOPU, 1989.
- *Educación ambiental: situación española y estrategia internacional*. Madrid, MOPU, 1988.
- MORIN, E., y KERN, A. B.: *Tierra–Patria*. Barcelona, Kairós, 1993.

Moro, T.; Campanella, T., y Bacon, E: *Utopías del Renacimiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

MOSTERÍN, J.: *Racionalidad y acción*. Madrid, Alianza Editorial, 1978.

— *Filosofía de la cultura*. Madrid, Alianza Editorial, 1993.

MÜLLER, P: *Introducción a la Zoogeografía*. Barcelona, Blume, 1979.

MYERS, N.: *El futuro de la Tierra*. Madrid, Celeste Ed., 1992.

— *El Atlas GAIA de la gestión del planeta. Para quienes cuidan hoy el mundo del mañana*. Madrid, Blume, 1987.

NAREDO, J. M.: *La economía en evolución*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1987.

NAREDO, J. M., y Parra, F. (comp.): *Hacia una ciencia de los recursos naturales*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1993.

NIETZSCHE, E: *El origen de la tragedia*. Madrid, Espasa Calpe, 1964.

— *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.

NOVO VILLAYERDE, M.^a: *Educación Ambiental*. Madrid, Anaya, 1988.

— *La educación ambiental*. Madrid, Universitas, 1995.

OTERO del Peral, L. R.: *Residuos sólidos urbanos*. Madrid, MOPT, 1992.

- PANIKER, S.: *Ensayos retroprogresivos*. Barcelona, Kairós, 1987.
- *Aproximación al origen*. Barcelona, Kairós, 1982.
- PARISI, V.: *Biología y ecología del suelo*. Barcelona, Blume, 1979.
- PAZ, O.: *Conjunciones y disyunciones*. Barcelona, Seix Barral, 1991.
- PEÑUELAS, J.: *El aire de la vida*. Barcelona, Ariel, 1993.
- PESSOA, F.: *El regreso de los dioses*. Barcelona, Seix Barral, 1986.
- *Libro del desasosiego*. Barcelona, Seix Barral, 1986.
- PIGEM, J.: *La odisea de occidente*. Barcelona, Kairós, 1994.
- PINEDA, E, y otros.: *Diversidad Biológica. Biological Diversity*. Madrid, ADENA/COPE/Fundación Areces, 1991.
- POINTING, C.: *Historia verde del mundo*. Barcelona, Paidós, 1992.
- PORRIT, J.: *Salvemos la Tierra*. Madrid, Aguilar, 1991.
- POUROYO, A.: *La erosión*. Madrid, MOPU, 1988.
- PSOE, Cuadernos de Política Sectorial: *Ecología, Medio Ambiente y Socialismo*. Madrid, Revelles, 1980.
- RAMADE, F.: *Elementos de ecología aplicada*. Madrid, Mundi-Prensa, 1977.
- REICHMANN, J., y otros: *De la economía a la ecología*. Madrid, Trotta-Fundación I.º de Mayo, 1995.

- REYES, R.; UÑA, O., y Vericat, J. (eds.): *Conocimiento y comunicación*. Barcelona, Montesinos, 1989.
- ROJAS Marcos, L.: *La ciudad y sus desafíos. Héroes y víctimas*. Madrid, Espasa Calpe, 1992.
- ROSTAND, J.: *El hombre y la vida*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- RUIZ PÉREZ, M.: *Panorama ambiental de las Comunidades Europeas*. Madrid, Coda/Quercus, 1990.
- RUSSELL, B.: *Historia de la filosofía occidental*. Tomos I y II, Madrid, Espasa Calpe, 1994.
- SATZ, M.: *El arte de la Naturaleza. Monografía n.º 18 de la Revista Integral*. Barcelona, Oasis, 1988.
- *Arca de roca*. Barcelona, Kairós, 1992.
- SAVATER, F.: *Diccionario filosófico*. Barcelona, Planeta, 1995.
- SCORER, R. S.: *El idiota espabilado. Lo verdadero y lo falso en la catástrofe ecológica*. Barcelona, Blume, 1980.
- SCHILLER, F.: *La educación estética del hombre*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1941.
- SCHREIBER, R. L., y otros: *Salvemos las Aves*. Madrid, Pro-natur/Pigmalión, 1989.
- SCHRÖDINGER, E.: *¿Qué es la vida?* Barcelona, Tusquets, 1988.

- SCHUMACHER, E. F.: *Guía para los perplejos*. Madrid, Debate, 1981.
- *Lo pequeño es hermoso*. Madrid, Blume, 1978.
- SHELDRAKE, R.: *El renacimiento de la naturaleza*. Barcelona, Paidós, 1994.
- SILVERSTEIN, M.: *El factor ambiental: su impacto en el futuro de la economía mundial*. Madrid, Pirámide, 1991.
- SKINNER, B. J., y TUREKIAN, K. K.: *El hombre y el océano*. Barcelona, Omega, 1976.
- SORMAN, G.: *Los verdaderos pensadores de nuestro tiempo*. Barcelona, Seix Barral, 1991.
- SPINOZA, B.: *Obras completas. Ética y tratados menores*. Madrid, Clásicos Bergua, 1967.
- TAMAMES, R.: *La España alternativa*. Madrid, Espasa Calpe, 1993.
- THOREAU, H. D.: *Walden. Seguido de «Del deber de la desobediencia civil»*. Barcelona, Editorial del Coiai, 1976.
- TOHARIA, M.: *El desierto invade España*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1988.
- UICN/PNUMA/WWF: *Cuidar la Tierra. Estrategia para el futuro de la Vida*. Gland (Suiza), UICN/PNUMA/WWF, 1991.
- URTEAGA, L.: *La tierra esquilmada*. Barcelona, Serbai, 1987.

VADROT, C. M.: *Muerte del Mediterráneo*. Barcelona, Granica, 1978.

VAL, A. del, y JIMÉNEZ, A.: *Reciclaje*. Barcelona, Integrai, 1991.

VARILLAS, B.: *Las organizaciones no gubernamentales de medio ambiente en Europa Occidental*. Madrid, Coda/Quercus, 1991.

WÀTZLAWICK, P: *Lz realidad inventada*. Barcelona, Gedisa, 1990.

WEINTRAUB, K. J.: *La formación de la individualidad*. Madrid, Megadul-Endymion, 1993.

WHITMAN, W: *Hojas de hierba*. México, Novaro, 1964.

WILSON, E. O.: *La diversidad de la vida*. Barcelona, Critica, 1994.

— *Sociobiologia. La nueva síntesis*. Barcelona, Omega, 1980.

— *Biofilia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

ZAMBRANO, M.: *El hombre y lo divino*. Madrid, Siruela, 1992.